


Marzo 1989

# 465

## Homenaje a Ramón Carande

Con inéditos de Ramón Carande y colaboraciones de:
César Albiñana García-Quintana, Gonzalo Anes Álvarez,
Lucas Beltrán, Bernardo Víctor Carande, Julio Caro Baroja,
José Manuel Cuenca Toribio, Manuel Fernández Álvarez,
Josep Fontana, Jaime García Añoveros, Antonio Morales Moya,
Amando Represa y Julio Valdeón Baruque



HAN DIRIGIDO ESTA PUBLICACIÓN
Pedro Laín Entralgo
Luis Rosales
José Antonio Maravall

DIRECTOR
Félix Grande

JEFE DE REDACCIÓN
Blas Matamoro

SECRETARIA DE REDACCIÓN
María Antonia Jiménez

ADMINISTRADOR
Alvaro Prudencio

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
Instituto de Cooperación Iberoamericana
Avda. de los Reyes Católicos, 4 - 28040 MADRID
Teléf.: 244 06 00, extensiones 267 y 396

DISEÑO
Nacho Soriano

IMPRIME
Gráficas 82, S.A. Lérida, 41 - 28020 MADRID

Depósito Legal: M. 3875/1958
ISSN: 00-11250-X — NIPO: 028-89-003-0

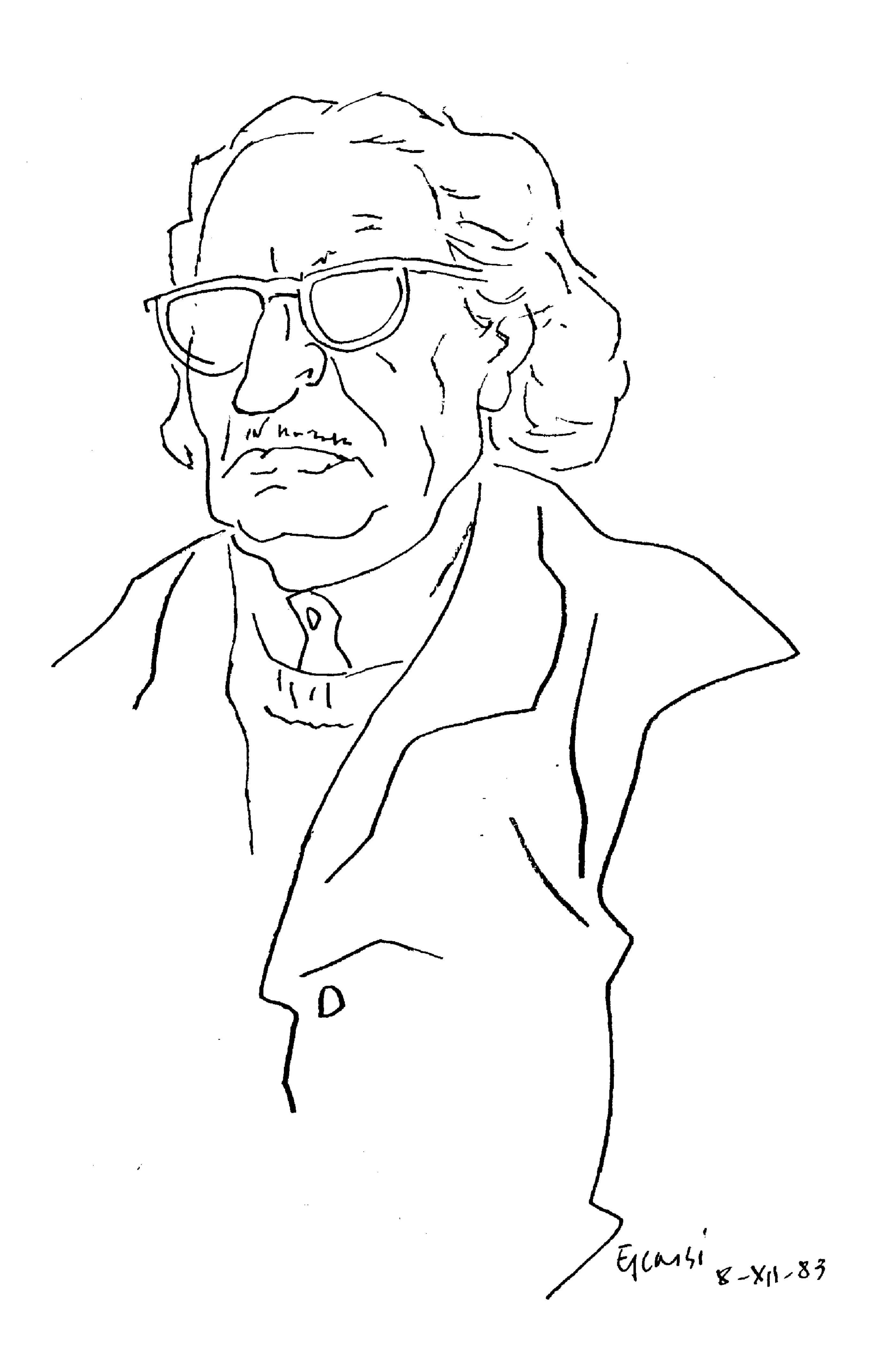
# 465

## INÉDITOS



## VIDA Y OBRA

# INÉDITOS DE CARANDE




Anterior Inicio Siguiente

# Recuerdos de la Alemania guillermina

En el fomento de la educación, la enseñanza y la investigación científica de los españoles es justo atribuir frutos memorables a la *Junta de pensiones y de ampliación de estudios en el extranjero*. Fundada en el curso del año 1907 por el Ministerio de Instrucción Pública, instaura durante treinta años consecutivos un régimen de moderada autonomía, para desarrollar su obra. Nombra ella misma a sus miembros, formula sus programas de trabajo, planifica su organización y define las funciones que enuncia su título, y elabora el presupuesto anual de gastos que, una vez aceptado por el Ministerio (y así ocurrió sin interrupción), discutía y aprobaba el Parlamento. Los miembros directivos de la Junta, presidente, vocales y secretario, gozaron todos, en España, de la estimación del mundo académico y alguno alcanzaría autoridad universal: todos colaboraron asiduamente en deliberaciones y acuerdos del Instituto, y es fama que sus decisiones tenían voto unánime; los inspiró la vocación que alentaban y los afanes solidarios animados con diversidad de criterios científicos, políticos y religiosos. En la Junta convivieron, por ejemplo, Santiago Ramón y Cajal, que no era el único descreído de aquel grupo, y Eduardo de Hinojosa, arraigado católico, unidos a representantes de distintos matices del ideario liberal-conservador. Subrayo el caso —menos raro en otras latitudes— porque certifica la persistencia de un ambiente de mutua tolerancia. Desde que la Junta tuvo a su alcance los equipos indispensables, crearía y sostendría centros de estudios y de investigación que alcanzaron, algunos, autoridad internacional en filología, arqueología, historia, y en biología, física y química, por lo menos.

La *Junta de pensiones,* como su nombre declara, seleccionaba desde su nacimiento cada año a los estudiantes que saldrían pensionados, ante las instancias de los candidatos; sustituía a las universidades que hasta entonces lo hicieron de manera discontinua, y en pequeña escala, ajustada a sus dotaciones, sin la inspiración y la perseverancia de un plan meditado. Sin reseñar aquí otras actividades suyas, de aquellos treinta años (1907-1936), la Junta otorgaría pensiones, con cargo a su presupuesto, a unos 1.500 estudiosos, no todos universitarios, y ofrecería a quienes lo solicitaron normas flexibles e informes conducentes al mejor aprovechamiento del tiempo durante viajes de estudio dentro o fuera del país.

La mayoría de los estudiantes habían elegido universidades alemanas. Ejercía sobre nosotros atractivo poderoso la universidad de la era guillermina. Culminante desde los tiempos de Guillermo Humboldt y que superaba con creces a los dos otros tipos de universidad europea, el centralista y burocrático organizado por Bonaparte, que prohijaron varios países —harto nos consta— y el inglés, autónomo sin duda pero extraño y arcaico, que no nos recomendaban ni siquiera nuestros más fervorosos britanizantes. Otro tanto ocurría en amplios sectores del mundo culto, no tan sólo en los pueblos europeos.

El número de estudiantes que acudían a Alemania yo no sé cifrarlo, pero impresionaba el caudal de la corriente y la riquísima variedad de los cauces convergentes. En lo que voy a contaros aparecerá algún japonés (de ellos había cantidad) alguna ucraniana, y algún georgiano, que llegué a frecuentar, pero la lista sería interminable si mi memoria la conservara completa. Muchas naciones allí representadas pasaban inadvertidas si eran contados sus titulares, y poco llamativa su apariencia, y, deslumbrados por los más extraños, apenas retenían los observadores la imagen peculiar de países europeos de vieja cultura y gran historia. Más de una vez lamentaban, estudiantes españoles, su desilusión patriótica al observar que el interlocutor de tanda no acertaba a dar con el nombre de España sin atribuirles antes más de una docena de países lejanos. Perdonad esta mínima ocurrencia que no será la única de mi relato, si no renuncio a notas de poco relieve, expresivas sin embargo.

Obtendría la enseñanza gracias a la Junta frutos copiosos a medida que se incorporaban a la vida activa los pensionados más afortunados. De ellos brota un plantel de profesores universitarios y de profesionales y de ciudadanos cultivados. De aquí por lo tanto el eco de nuestra gratitud por la universidad alemana, y me agrada reconocerlo en esta honrosa ocasión. Nuestras universidades elevaron, a partir de aquella afluencia, de un modo considerable su nivel, sobre todo en el campo de la investigación. Varios testimonios lo tienen acreditado. He aquí uno indirecto, pero elocuente: libreros de Berlín y de Hamburgo me expresaron, hace años, la sorpresa que sentían leyendo listas de pedidos de libros formuladas por universitarios españoles; elegían con sorprendente acierto obras apenas aparecidas y bien calificadas por las revistas más competentes.

Al entrar en materia tendréis presente un par de advertencias: mis recuerdos de estudiante en Munich y en Berlín (1911-1912) y, al cabo de diez años (1921-1922), allí mismo y en Friburgo, los presentaré sin respetar, siempre, el orden cronológico; además, aunque me veáis solo, habla conmigo Regino Escaro de Nogal, mi alter ego. Me sirve la palabra de Regino, cuando la invoque, para no usar continuamente la empachosa primera persona del singular y para puntualizar divergencias latentes en mí mismo, a medida que pasan los años. Regino y este octogenario, con la misma voz, tienen distinto humor y tendencias contrapuestas. A menudo una de estas voces conmemora nostalgias, la otra crea ilusiones. De esta manera Regino procura convencerme de que no soy un viejo cómodo, ni un viejo triste, ni un viejo verde. Si Regino, impetuoso, incurriera en algún desliz deberíais perdonarle.

Se preguntaba Francisco Giner de los Ríos en una monografía escrita en 1902 *(Obras Completas* II, 98 y siguientes) «¿Qué debe ser la universidad española en el porvenir?» No es peculiar del alumno universitario el carácter inquisitivo de sus estudios —afirmaba— porque todos los métodos de enseñanza, en cualquiera de sus grados, deben eliminar de la educación el dogmatismo y labrar la personalidad del alumno; y no será tampoco inquisitivo el método que imponga cualquier dogmatismo. Giner concibe así la misión de la universidad:

*a)* Relegará a un plano secundario todo lo referente a la formación de servidores del Estado, o titulares de profesiones liberales; *b)* Atenderá, con primacía, a la investigación científica original del profesor y en colaboración con los alumnos, educándolos para ser hombres, además de investigadores; *c)* Relacionará con intimidad, en la esfera científica, todas las ramas del saber

en una labor de conjunto, para que gane horizonte, profundidad y riqueza el trabajo de los especialistas; *d)* Fomentará la educación humanista, en la vida corporal y mental; *e)* Dirigirá la evolución del espíritu nacional; *f)* Trasmitirá los frutos tenidos, continuamente, a todas las clases sociales; *g)* Despertará amor a la investigación, con armonía entre medios y fines; *h)* Elevará la espiritualidad del pueblo inspirándole nobles afanes (poesía, arte, naturaleza, viajes, juegos, deportes); *i)* Imprimirá en la conciencia del hombre el sentimiento de la fraternidad.

Invoco casi literalmente, estos rasgos de la universidad futura señalados por Giner con anterioridad, muy semejantes a los trazados por Max Scheler en 1919. No estaba, pues, muy atrasada España en el plano de las aspiraciones ni tampoco Alemania había logrado, en la universidad, todo lo necesario y que no tiene sustitución y que, dado el tiempo transcurrido desde entonces, costará mucho introducir. Pero ya se comprende que llegábamos a Alemania en busca de algo que nos faltaba y que esperábamos encontrar.

Pesaron en mi elección de la universidad de Munich para un período inicial diversas circunstancias; en primer lugar la esperanza de tener a mi alcance a un docente privado a quien había conocido en Madrid, autor de un libro dedicado a la política agraria de Carlos III. Rodolfo Leonhard, así se llamaba, era discípulo de Lujo Brentano y encarecía las dotes de su maestro, y me hablaba de personas dispuestas a facilitar mi tarea. Desgraciadamente la fatalidad se interpuso; en Munich me faltaría el prometido guía; Leonhard a mi llegada acababa de quitarse la vida. Resignado no tardé en acomodarme. Era urgente habituarse a escuchar, dentro y fuera de la universidad, una lengua que sólo leyendo entendía imperfectamente. No perdí ninguna ocasión de ejercitar el oído y los labios. Luego mencionaré a algunos de mis fortuitos interlocutores. Comenzaré presentando al maestro que Leonhard me recomendaba.

Pertenece Lujo Brentano a la generación de economistas que, al comenzar el siglo, estaban en la senectud y, sin embargo, destacaban en la universidad alemana como astros refulgentes; los más jóvenes estaban distantes de la cumbre. Gozaban aquellos, con exclusivismo, el crédito de gloriosos supervivientes. Limitada a cinco nombres la lista de celebridades —dos más podría incluir— el senior, Adolfo Wagner, nace en 1835; Guillermo Lexis en 1837, Gustavo von Schmoller en 1838, Jorge Federico Knapp en 1842 y Lujo Brentano en 1844. A este —el menos viejo— le faltaban, en 1911, unos seis meses para cumplir 67 años.

De lozana fisonomía, era sanguíneo y vehemente; tenía dotes oratorias, cosa rara en la cátedra germánica (según pronto pude apreciar); poca talla, tronco adiposo, hermosa cabeza, ojos claros y, siguiendo la moda, dejaba crecer su barba, blanquísima como su cabellera. Su nombre, su vivacidad y su elocuencia presuponían sangre italiana; en su producción destacan famosos estudios de las organizaciones obreras inglesas. En Inglaterra residió algunos años; allí publica una de sus primeras obras, que enriquecida y escrita en alemán ganó gran autoridad y cimentaría su fama. Los afanes de la vida académica de Brentano y los de Schmoller coinciden, como su acción, en la política social; luego he de explicarlo. En cierto modo identificados defienden, por lo pronto, la libertad de la pequeña industria juntos, y con Hildebrand, Wagner y Conrad, organizan la trascendental reunión de Eisenach (1872). La más importante revista alemana de ciencias humanas, fundada por Holzendorff, dirigida después por Brentano, bien conocida desde el principio, en cuanto la recibe Schmoller la inspira y la nutre tanto

que el *Jahrbuch für Gesetzgebung, Verwaltung und Volkswirtschaft* llegó a ser más conocido bajo el nombre de *Schmollers Jahrbuch.* Cultivó Brentano con predilección en la historia económica de Alemania, el sector del mundo obrero y era, sin duda, entre los universitarios el mejor conocedor de la política social británica, e Inglatera le despertó simpatías: estuvo muy relacionado con los fabianos y distinguía a los Webb. Su magisterio, iniciado en Berlín (1873) como docente privado, a los 26 años, le elevaría inmediatamente a profesor extraordinario en Breslau y, diez años después (1882) alcanza, en Estrasburgo, plena categoría. El haberle reclamado a su claustro esta universidad, tan cuidada por la administración pública en la selección de maestros, desde la anexión de Alsacia, certifica la autoridad académica de Brentano, a los diez años de vida docente. La atracción de Baviera, su tierra, explica que al cabo de dos lustros, con un entreacto en Viena y Leipzig, aceptara el requerimiento de Munich en 1891.

Asistí con irregularidad a un curso suyo de historia económica universal, en el semestre de verano de 1911. Ante unos quinientos alumnos, cifra muy numerosa en aquellos años, la generalidad del tema y las dimensiones del anfiteatro despertaban menor apetencia que la intimidad de diez o quince personas en torno de cualquier docente privado y por eso, de acuerdo con Brentano, elegí a dos jóvenes de éstos. El nombre de uno lo he olvidado y lo siento mucho. Los cuadernos de clase que había conservado Regino como reliquias desaparecieron, con personas y cosas queridas, hace más de treinta años. Era despierto, celoso y prometedor, pero pronto caería, entre tantos, en la primera gran guerra. Nos hablaba muy bien de teorías del dinero. Cerca del otro, J. M. Bonn, después famoso en Norteamérica, no aprendí menos. Creía él saber mucho de la economía española y, sin duda, se hacía ilusiones. Tenía talento, pero demasiada jactancia.

Estas lecciones de principiantes ansiosos del perfeccionamiento, promotor de ascensos en el profesorado, acreditan a mi juicio el acierto del régimen alemán de provisión de cátedras. Entre los jóvenes destacan los mejor dotados que renuevan el plantel con brotes florecientes, de manera continua, a medida que sustituyen los briosos a los ancianos. Estos corrieron el mismo periplo, les acreditaron sus investigaciones y el ejercicio de la enseñanza en las aulas. La fama adquirida en el yunque, con perseverante aprendizaje, gana solera y la experiencia adiestra a los docentes, pero también —y esto es grave— al cabo de los años «una cátedra con la monotonía de su regularidad cansa a medida que el profesor envejece, mientras que los discípulos se renuevan, y los muchos años mellan la mente y el carácter» (Unamuno). Otro acierto incorpora la corriente migratoria de los profesores alemanes cuando cambian de sede. El ejemplo de los ascensos de Brentano y el de tantísimos universitarios llamados, sucesivamente, por varias universidades, pone de manifiesto que cada una procura encontrar, para sus cátedras vacantes, catedráticos distinguidos ya en otra universidad con su labor inquisitiva y sus lecciones. Mantiene con estímulo la vocación y, a la vez, con el cambio de sede, la tradición de cada *Alma mater* se perpetúa, y se transmite lo peculiar con ganancia, casi siempre, para todos.

Pensando en las ventajas de este método selectivo, fácil de adoptar, si renunciáramos al favoritismo y a la rutina, comencé a sentir angustia ante las estragadoras oposiciones a cátedra, fatales cuando una sola prueba, nunca concluyente, otorga al joven ganador, de una vez y para toda su vida, una prebenda. Muchas serán nuestras capacidades inte-

lectuales —me decía Regino— si, a pesar de la contumacia opositorial, todavía tenemos buenos catedráticos. Lo atestigua el nombre de grandes maestros; varios de estos justifican las siguientes palabras de Unamuno:

> La verdadera universidad popular ha sido en España el café, y entre nosotros abundan los autodidactas. No pocas cátedras eran, y en el más generoso sentido, como una tertulia de café donde no pocos alumnos se descubrieron a sí mismos.

Varios profesores conocí en la universidad de Madrid (Canseco y Castillejo) y en la de Sevilla (Ramos y Pedroso), que hablaban y enseñaron a los alumnos como contertulios, y luego veremos en un café a quien, sin ser catedrático (Soltura), derramó chispeante sabiduría. Y Unamuno añade:

> Me enseñaron a leer en el más noble y alto sentido de la palabra, y me enseñaron a escribir. Lectores se llamó, en un tiempo, a los catedráticos universitarios —lentes, en Portugal— y sin maestros (lectores) todo laboratorio de investigación será baldío.

Nada despierta la curiosidad y la sed de lectura tanto como la charla de los leyentes, y también afirma Regino —pese a leyendas difundidas— que, en general, nuestra monarquía supo respetar la libertad de enseñanza. Más de un catedrático militó en el partido socialista (Besteiro, Ovejero, Fernando de los Ríos) y no pocos, reinando Alfonso XIII, eran republicanos. Bajo Guillermo II, en Alemania, no creo que se dieran estos ejemplos, ni *mutatis mutandis,* en la república francesa. Como veis, Regino, cuando juzga situaciones ajenas, se desmanda.

Si no en la universidad continuamente, por la razón indicada, en su casa pude escuchar unas cuantas veces a Brentano. Llegó a interesarse en mi porvenir, me recomendaba libros, con insistencia los de Knapp, Lexis y Bücher, y me contó alguna vez, siempre sin hiel y con gracejo, incidencias de su estancia en Estrasburgo (a la que tiene dedicada un librito). Le puse al corriente de mis planes ulteriores y al escuchar que en Berlín me proponía seguir un par de semestres, trazó con humor y donaire semblanzas de algunos colegas cuyas lecciones escucharía Regino.

Más horas que en las aulas consumí en la biblioteca real, ciertamente majestuosa. Antes de haberme asomado a las sesiones privatísimas de cualquier seminario me despertaban ganas de leer sin tasa los tesoros de aquel recinto y me sorprendía la riqueza de sus fondos y la liberalidad de sus servicios.

Fuera del marco universitario no prescindo de señalar algunos de mis ocios. Los días laborables, de sobremesa, después del Mittagessen, en una pensión inmediata al jardín inglés, nos trasladábamos varios de los comensales a un café para charlar un buen rato. De esta manera los extranjeros, predominantes en aquella tertulia, practicábamos el idioma incitados y corregidos por dos alemanes, el Gymnasiallehrer Weiss, y un funcionario de hacienda, jubilado, cuyo nombre no recuerdo, ambos disertos y amables.

Un joven vasco instalado desde muchos años antes en Munich, y relacionado con grupos de artistas, y que conocía mis aficiones, me introdujo en el barrio de Schwabing. Allí, cerca de tipos divertidos y despreocupados, se puso Regino al corriente de lo que le interesaba conocer en la vida de pintores, músicos y literatos. Fueron mi guía en visita a conciertos, museos y exposiciones; me descubrieron algún teatro de vanguardia, cuando ya la prensa me había encaminado a los mejores espectáculos líricos y dramáticos, don-

de escuché buena música y representaciones cuya calidad no hubiera podido siquiera imaginar. Entre las noticias de personas famosas que escuché en aquellas reuniones habré olvidado muchas impresionantes, y olvidado tenía, por ejemplo, el nombre de una figura casi legendaria, de una mujer singularísima, de quien no se cansaban de hablar mis contertulios, y a la cual he vuelto a descubrir leyendo, hace poco tiempo, su escueta y apasionante autobiografía, publicada por el heredero de sus papeles íntimos, así como también acabo de leer una biografía más detallada, escrita en inglés y traducida al alemán, y al castellano, por lo menos. Me refiero a Lou Andreas-Salomé, muerta en Gotinga en 1937.

Los domingos y fiestas, después de corretear calles, jardines y parques de la ciudad, los pasaba Regino en la campiña del contorno y, con predilección, en los lagos alpinos. Con menor asiduidad que a los círculos artísticos (y descuidando el cumplimiento de compromisos sociales, acaso porque la sangre azul me intimida) acudí al palacio de Nymphenburg, residencia de la alteza real doña Pilar de Borbón. Esta serenísima señora tuvo siempre abierta su mansión a los españoles, y trataba con cariño maternal a sus jóvenes compatriotas; era también acogedor miembro de aquella rama de los Wittelsbach, y digno de recuerdo, el príncipe Luis Fernando, esposo de la infanta, distinguido cirujano y apasionado violinista. Más apasionado que apto, si creyéramos lo que en los círculos musicales se murmuraba.

Pasadas las bulliciosas fiestas de octubre, me trasladé a Berlín, después de despedirme, con tristeza, de Munich y después de escuchar a la dueña de la casa que me alojaba (en calle desaparecida, inmediata a la Odeonplatz) decirme con lágrimas, al separarnos, «quiera Dios que traten bien al doctor los... prusianos»; y aquella enternecedora mujer bávara los calificaba con un adjetivo que el osado Regino no se atreve a repetir. Primera prueba recibida de que aún no había cuajado la efusión cordial entre Baviera y Prusia.

No podrá Regino, a la distancia que hoy se encuentra de aquellas impresiones alemanas, señalar, de las mayores, las primeras, ni saber dónde ni cuándo quedarían grabadas todas ellas en su memoria. Un dato minúsculo, desdeñable, casi podría fecharlo porque despertó su curiosidad y, luego, su sonrojo. ¿Qué explicación tiene, se preguntaba, después de haber visto sobre la acera de su calle, un día tras otro, y casi en el mismo sitio, al regresar de la universidad, o de la biblioteca, una tirita de papel blanco, residuo violador de la pulcritud de aquella calle muniquesa? Intrigado decidió, por fin, recogerlo y en aquella franja del *Heraldo de Madrid,* a que estaba suscrito, leería, con las señas de su albergue, su nombre. Al salir de casa y desplegar el periódico, recién llegado, era Regino el único transeúnte que dejaba caer sobre el pavimento la huella de su paso, cada día.

Según el refrán los viajes instruyen y acaso lo prueben estas ocurrencias. Avanzaba mi estancia en Berlín cuando tres comensales en una pensión de la que hablaré luego, si me quedara tiempo, hicieron un viaje dominical a Postdam, para mostrar a uno de ellos el palacete de Sans Souci y para que otro, estudiante de canto, avanzara en la emprendida identificación de cada una de las piezas de música interpretadas con su famosa flauta por Federico el Grande. El viajero novato era un simpático joven inglés de buena presencia, y de poderosa familia, recién llegado a Berlín, de paso a la India.

Dos de los viajeros, pretendiendo informar al inglés (que no les escuchaba) hablaban sin cesar del siglo XVIII, de las campañas de Federico, de sus escritos, de sus relaciones con Voltaire... y cuando ya casi terminábamos de subir la escalera monumental de piedra, conducente a la terraza, nos preguntó, con flema británica y una ligera inquietud ante la posibilidad de que quebrantáramos el horario de visitas: «¿No estará ahora el rey en sus habitaciones...?» En este caso enseñó la experiencia, pero no nuestras disertaciones.

Por entonces, aproximadamente, atestigua otro suceso la maravillosa celeridad del aprendizaje de ciertos viajeros. Un compatriota, estudiante de derecho penal, llevaba poco más de quince días en Alemania cuando vino a casa a despedirse, y por si quería darle algún encargo para mi familia. Sorprendido del inesperado retorno, al cabo de tan corta estancia, y alarmado, le pregunté si alguna desgracia le obligaba a dejarnos: «nada de eso —respondió— es que he terminado mis tareas: me llevo los métodos».

Al descender de la alta Franconia a la arenosa marca de Brandemburgo me detuve en unas cuantas ciudades, y quedé enamorado de Dresde. En Berlín entraría con buen pie; vi en los prusianos buenísimos sujetos y excelentes amigos, tan fieles algunos que hoy continúan siéndolo. Los temores de mi Wirtin eran infundados. No habrá de enterarse, ni me creerá ingrato, si encuentro en los prusianos, sin establecer comparaciones, bellísimas prendas; a lo sumo, me parecen más flexibles y más abiertos los renanos y los badenses.

La universidad en Unter den Linden, sobre lo que pudo haber sido —según me dijeron— Forum Fridericianum, instalada desde 1810 en el palacio construido por el arquitecto Boumann para ser vivienda del príncipe Enrique, hermano del citado rey de Prusia, me impresionaría sobremanera; me asaltaba el recuerdo de las eminencias que enseñaron allí, y contemplé con fervor las estatuas de los Humboldt, Mommsen y Helmholtz, a la sombra de los castaños.

Al recordar, a distancia de 58 años, la primera lección de Adolfo Wagner, la primera a la que asistí, me estremezco: tenía Wagner seis años menos que Regino hoy; avanzó claudicante hacia el sillón, dejó caer al sentarse, con alivio, la gravedad de su cuerpo descarnado, desenrolló unos pliegos, puso sus ojos sobre el numeroso auditorio, tras los cristales de sus gafas, con mirada cansada, y comenzó a dirigirnos su voz opaca. Mal podían pronunciar sus labios carentes de brío y de dentadura. De lo que nos decía sólo muy pocos trozos logré descifrar, cuando por lo general ya entendía casi todo lo que escuchaba. Entonces le afligía a Regino no poder seguir con provecho las lecciones del autor del *Tratado de hacienda pública* que había leído varias veces, elaborado teniendo a la vista, con ánimo de superarlo, el *Manual* de Rau, y consiguiéndolo de tal manera que conquistó Wagner autoridad no superada. A Regino hoy, con dieciséis lustros corridos sobre sus espaldas, lo que le estremece es pensar en lo que estarán observando quienes me escuchan.

Atribuyo ahora, después de rebasar la edad de Wagner, atribuyo el enojo de su rostro y la aspereza de su voz fatigada a que, probablemente, le habrían dicho aquel día, al salir de casa, camino de la universidad, lo que con la mejor intención la buena gente nos repite: «Los años no pasan por usted, sigue usted siempre joven». Plácemes que, alguna vez, fustigan como un látigo.

Al terminar Wagner su lección no pude librarme de temer que los setenta y tres años de Schmoller me produjeran idéntica tristeza; temor inmediata y felizmente desechado.

No representaba Schmoller más edad que Brentano: creo que ni siquiera tanta. Con temple sereno, más frío que su ardiente colega, lucía una vivacidad comparable. De igual estatura y menos corpulencia, conservaban agilidad su cuerpo, su paso y sus gestos y, sin ser orador, hablaba con locución muy expresiva de Suabia: las *ü* sonaban como *i* en su voz aguda. El rostro, con barba más recortada, en punta, conservaba la piel tersa y sonrosada, los ojos azules incisivos, y no era raro verle sonreír con picardía. Un detalle de su actitud y de su indumentaria retiene mi memoria: hablaba de pie y dando algunos pasos, y al meter la mano en el bolsillo del pantalón, retirando el ala del chaquet o chaqueta, brillaba sobre el chaleco una gruesa cadena de oro; por último —y esto lo hubiera aprobado Goethe— nunca le vi usar gafas.

Las lecciones de Schmoller eran brillantes y sugestivas. Dotado de gran facundia desplegaba, ante los oyentes, el cuadro de sus riquísimas representaciones de la realidad, las pasadas y las presentes, tal y como las aprehendieran su sensibilidad y sus intuiciones, dando fuerza a sus enseñanzas aquellas *anschauliche Vorstellungen;* utilizaba con predilección lo empírico como materia y base del trabajo intelectual; sometía sus observaciones y experiencias, muy nutridas, a minucioso análisis. Sin duda este método, más o menos psicológico, ponía sus afanes en no simplificar la complejidad de los fenómenos económicos y sociales, para evitar sorpresas y desengaños a futuros investigadores de este campo de relaciones múltiples, no siempre calculables, como todas las concernientes a las ciencias humanas. Sobre factores antropológicos, psíquicos, éticos y sociológicos había elaborado un nuevo cuerpo de doctrina, durante su larga vida, este gran maestro, laborioso e incansable. Siempre —y aquí estaría el fallo, a juicio de sus detractores, llamados a prevalecer—, siempre con notorio desvío ante cualquier clase de construcción teórica pura. El tratado que Schmoller titularía *Grundriss* de economía política —aparecido al rayar el siglo— hizo llegar su fama a todos los confines del mundo académico. Este libro —que alguien ha comparado por su universalidad a la *Riqueza de las naciones* de Adam Smith— es la cosecha de toda una vida y pone término a una época que periclitaba. Es un libro epocal, nutrido de saber, espejo de la personalidad de quien, después de quedar pronto superado, lega en sus páginas observaciones perennes, no recogidas con anterioridad dentro de ningún sistema y que son patrimonio, también, de muchos estudiosos ignorantes de su existencia o desdeñosos de su obra.

Comienza a trabajar muy joven como funcionario de estadística, en Würtemberg, su tierra natal; de ella emigra seducido por Prusia; pasa a la vida académica como profesor extraordinario de Halle (1864) a los veintiséis años; asciende inmediatamente, cuando ya sentía fervor por los problemas del mundo obrero y, simultáneamente, por la historia de las instituciones y de la economía de Prusia, bajo el reinado de Federico Guillermo I. Un libro suyo inicial (1870) *Geschichte des deutschen Kleingewerbes in 19 Jahrhundert,* abriría una polémica (Oppenheim-Brentano-Schmoller) de inmensa trascendencia puesto que engendraría las reuniones de Eisenach (1872), que antes he citado, y el *Verein für Sozialpolitik,* en el otoño de aquel año. Los congresos anuales reunirían a un gran sector de profesores y sus publicaciones habrían de ser, durante cerca de medio siglo, promotoras del desarrollo de la política social en Alemania; y

el carácter de esta política habría de bautizar la corriente doctrinal denominada *Kathedersozialismus.* Un socialismo, si lo fuera, previsor y paternalista, frente a las asperezas y los riesgos del capitalismo que, a juicio de estos catedráticos, no serían consustanciales, ni inevitables. Schmoller fue, a partir de entonces, el alma del *Verein* y su segundo presidente, puesto que le precede Erwin Nasse.

La orientación política del *Verein,* sus denuncias de peligros del régimen económico imperante, las aspiraciones de su programa, sus mismos triunfos, acaso, encontraron contradictores dentro de la universidad y alentaron más de una polémica. Resonaría, con otras, la voz de Treitschke, su contendiente. El caso, curioso, es una muestra de la intervención apasionada del mundo académico en los afanes civiles de cada día. Diversas tendencias, contrapuestas, no desmentían, sin embargo, la solidaridad de los afanes. Los frutos del *Verein,* sus debates y publicaciones, que tantas cosas aclaran, registradas están, pienso que también en vuestra memoria, y quedan más allá de mis objetivos actuales. Anoto, en cambio, un par de datos referentes al carácter de los trabajos de Schmoller en Estrasburgo, su segunda sede. Se le atribuye el ingreso en aquella universidad de J. F. Knapp (1874) que con W. Lexis elevaría el nivel de las tareas alsacianas, antes de la recepción (1882) allí de Brentano. Entonces cultivaba Schmoller la historia local, en especial la medieval y la vida de los gremios de tejedores, sobre documentos inéditos; colaboró asiduamente en los *Preussische Jahrbücher,* antes de asumir la responsabilidad del *Anuario* que quedaría atribuido a su nombre.

Este camino le condujo a Berlín (1882). Allí llevaba enseñando e investigando casi treinta años cuando lo encuentra Regino; allí replica, sin gana, a una acometida de K. Menger, sobre metodología y ello promueve una polémica larguísima que dejaría sin alteración las posiciones de los contendientes. Sobre este pleito se ha escrito demasiado. En Berlín, la sede más propicia para la culminación de Schmoller, realizaría con brillantez sus tareas. Enamorado desde su juventud del Estado prusiano, penetra en su seno y logra averiguaciones perdurables como el descubrimiento de la génesis de la política mercantilista y el alcance de sus postulados. Este hallazgo hace que sean imprescindibles páginas de sus *Umrisse und Unterschungen;* y si esto fuera poco bastará invocar la publicación de los *Acta borusica,* colección de estudios históricos que Schmoller concibe y encomienda a prestigiosos colaboradores.

De mi aproximación a él guardo vivo el recuerdo de las primeras sesiones de trabajo en su seminario de la Dorotheenstrasse donde Regino no hacía otra cosa que ver, oír y callar. Allí me llevaron dos asistentes suyos, A. Spiethoff y Felix Somary, investigadores bien conocidos en distintos campos. Schmoller lucía su calidad al frente de su equipo: sugería, objetaba, ponía en claro las cosas, o subrayaba lo que aún estaba turbio; cómo acentuaba sus puntos de vista, personalísimos, con su vocecita algo chillona, exclamando: «¡Ah! freilich... el colega aguza, pule, perfila, afina con tal rigor sus conceptos que pudiera dejar el cuchillo sin hoja».

Tuve el propósito de acudir a Estrasburgo, al finalizar uno de los semestres, pero me quedé con las ganas; pretendía conocer personalmente a J. F. Knapp. Me deleitaba la lectura de obras suyas recomendadas por Brentano. Unas ponen en claro vicisitudes trascendentales de la vida de los campesinos prusianos en el siglo XIX, y analizan la trama de la propiedad territorial; la lectura de otra, posterior (1905) —su teoría del



dinero—, llegó a deslumbrarme. Dice uno de los grandes maestros actuales que «la influencia de este libro en Alemania sobre la teoría dineraria ha sido, en su mayor parte, aberrante» (Schumpeter). Para mí es una joya, tanto en su concepción como en su desarrollo. Los primores literarios de un escritor no siempre puede apreciarlos un extranjero y en este caso corta, o ninguna, es mi autoridad, pero con audacia Regino me asegura que quisiera encontrar el estilo diáfano y sugerente de este portentoso historiador en todos los libros de ciencia alemanes, o de cualquier lengua que leyera sin esforzarse demasiado.

Como en Munich, asistí en Berlín a las clases, poco concurridas, de profesores de menor edad que las vetustas luminarias, y aunque no encontré ninguno tan joven como los citados doctores muniqueses, varios maduros ya y de gran valor tuve a mi alcance.

Llevaba en Berlín, en cartera desde el verano, con varias cartas de presentación, dos que me había dado un amigo ruso, Eugenio Alesandrovich Frenkel: una para Ladislao von Bortkiewickz y la otra para Werner Sombart. Las dos estaban firmadas por Tugan-Baranowski, reputado intérprete de Carlos Marx, en el sector revisionista, nacido como Frenkel en Ucrania. Con la carta dirigida a Bortkiewicz no pude dar cuando quise presentarme, pero recordaba haber leído que Bortkiewicz, a pesar de estar postergado en la universidad, era autor de estimadísimas publicaciones dedicadas a problemas de teoría económica y a métodos estadísticos. «Conoce Bortkiewicz mejor que nadie —me dijo uno de los pocos estudiantes que asistía a todas sus lecciones— a los clásicos, y ha desentrañado, por lo menos, un importante capítulo de la obra de Carlos Marx». Era Bortkiewicz un hombrachón muy serio y muy recio; su ciencia, poco accesible para mí, sin preparación ni devoción matemática, no pude captarla. Tuve sin embargo, con poquísimo rendimiento, extraordinaria perseverancia, y contribuiría sin duda a mantenerla el propósito de evitar una deserción más que dejase sin oyentes a aquella preterida eminencia. Una de las razones de su aislamiento pudiera ser su extranjería; de origen polaco, criado en Rusia, cuando llegó a Alemania (por Estrasburgo) era ya un hombre hecho y derecho. Así como en las lecciones de Wagner no conseguí descifrar los vocablos, en las de Bortkiewicz no estaba en la lengua, que la morosa pronunciación foránea suele aclarar, sino en el asunto el invencible impedimento.

Di los primeros pasos de mi actividad berlinesa dirigido por Ballod. Era, como Stieda, satélite de Schmoller, asiduo colaborador en su revista. Su labor científica es importante. De apariencia humilde, prematuramente envejecido, fue siempre condescendiente y celoso con el grupo mío de alumnos rezagados. No recuerdo el número total de oyentes que posiblemente no pasarán de dos docenas; nos conducía y alentaba, a los reacios o tímidos, e insistía para hacernos hablar, disculpando nuestras faltas. Acababa entonces de leer Regino una obra que le enseñó mucho, el primer tomo —único aparecido— de la *Historia de las doctrinas económicas* de Oncken, que sigue siendo, con Hasbach y Esteban Bauer y, desde hace poco, con el portentoso *Análisis* de Schumpeter —publicado por su viuda— mi ventana sobre el mundo de los fisiócratas. Aquel cursillo de Balod, una especie de seminario de principiantes, fue complemento o campo de experimentación de lecturas proseguidas en la biblioteca de Berlín, más copiosa aún y tan acogedora como la de Munich, que antes he celebrado. En aquel semestre hasta marzo, y a partir del otoño siguiente (ya que en los meses interpuestos una enfer-

medad, la única que recuerdo, interrumpió mi labor y me obligó a regresar a España) fue muy asidua mi asistencia a las clases, una vez familiarizado con la lengua alemana. De otras lecciones debo mencionar las de F. Oppenheimer sobre la renta diferencial de David Ricardo y la Bodenreform, las de Eduardo Meyer sobre historia de la antigüedad, y las muy amenas de G. Simmel dedicadas a temas filosóficos y sociológicos, pero no me detendré, si he de decir algo de mi presencia en la Escuela Superior de Comercio visitada para escuchar a Werner Sombart.

No altero el orden de lo acontecido si antes de presentarlo, tal y como lo veíamos en la cátedra, acepto rumores difundidos en la universidad, y fuera de ella, acerca de la situación académica de Sombart. Sorprendía a lectores de sus libros famosos que no fuese profesor ordinario —algo similar a lo que se decía, con menor énfasis, sobre Bortkiewicz— y molestaba que para escucharle fuera imprescindible acudir a otra escuela. Extranjeros, estudiantes veteranos de economía, daban distintas versiones del caso, recibidas casi todas de labios o plumas alemanas. Éstas las tomo en cuenta y repito lo que decían, no tan sólo los extranjeros. Lo hago sin información pero nada invento y recordaré, en mi descargo, el aplauso que he dado a los aciertos generalizados del régimen de ingreso y de selección en vuestro profesorado universitario. Bajo esta regla general lógico es que hubiera excepciones, y una de ella sería que el ingreso de Sombart en la universidad lo precedieran, en tres vacantes consecutivas, tres economistas menos conocidos y menos estimados por la crítica. No diré sus nombres; fácil es dar con ellos y graduar su peso. Mi frágil memoria no retiene otro nombre, muchas veces repetido entonces, del alto funcionario que en el Ministerio de Cultos del Reich encauzaba las correspondientes apelaciones de profesores llamados a ocupar los puestos vacantes. Determinaron aquellas reiteradas preteri          ciones el estupor que provocara una de las primeras obras de Sombart, reeditada numerosas veces no siempre con el mismo título.

Pertenece Sombart, como Max Weber, a la generación posterior a Schmoller. Nacidos en 1863 y 1864, respectivamente, tienen muy distintos rangos y si los cito juntos es porque además de ser rigurosamente coetáneos, juntos editaban, con el estadístico Jaffé, el *Archiv für Sozialwissenschaft,* revista muy conocida; y en lo más importante de la labor inquisitiva se presiente la influencia de Max Weber. Quiero puntualizarlo luego. Sabido es, por otra parte, que a pesar de haber muerto relativamente joven Weber (1920) sus empresas científicas y políticas rebasaron, por su elevación y universalidad de temas, el marco profesional de todos los economistas de su tiempo.

Como quiera que de Sombart estoy hablando, ahora debo recordar que, después de haber estudiado en Pisa, dedica su primer trabajo a un asunto de economía italiana: *Die römische Campagna,* publicado (1888) en las *Forschungen* de Schmoller, bajo cuya dirección había estudiado algún tiempo. Nada tiene de común con el *Kathedersozialismus* la obrita de Sombart, que acaso frenara el curso de su carrera y traducida, no alcanzaría la notoriedad de sus frutos más cuajados, surgida en 1896, con el título de *Sozialismus und soziale Bewegung in 19 Jahrhundert.* Obra que indujo al error tanto a los universitarios timoratos y alarmados ante lo que escribía un economista burgués, como a los miembros de la socialdemocracia, que concibieron la esperanza de ganar un nuevo adepto. No sé dónde, ni cuándo, iniciaría Sombart la vida docente antes de ser nombrado (1900) profesor extraordinario en la universidad de Breslau. La Escuela

Superior de Comercio de Berlín le recibiría en 1906, después de haber publicado la primera versión del *Moderne Kapitalismus* (dos tomos, 1902), *Wirtschaft und Mode* (1902) y *Die deutsche Volkswirtschaft in 19 Jahrhundert.* Acaso habría publicado más libros antes de 1906, pero ninguno de igual calidad que su obra magna, tal y como apareció por primera vez. Habré de considerar principalmente la edición definitiva y otras circunstancias ratificadoras teniendo presente que entre la primera y la última edición mediaron veinticinco años, y que entretanto no dejaría su libro de la mano y así lo prueban otros, complementarios suyos.

Su interpretación del marxismo la exterioriza por primera vez en 1909, *Das Lebenswerk von Karl Marx.* Regino únicamente había leído, en Madrid, un par de años antes, la *Kritik der politischen Oekonomie* y, claro está, el memorable y misterioso prólogo. Por eso le impresionaron las frases de Sombart escritas en 1911, durante su escolaridad berlinesa *(Technik und Wirtschaft).* Sombart, ante el debatido concepto de las *Produktionskraefte* escribe: «La economía es una función de la técnica; las restantes manifestaciones de la cultura son funciones de la economía», de aquí que «sólo es concebible una posibilidad de la economía (tan sólo un régimen económico), en el seno de una determinada técnica y únicamente la posibilidad de una cultura, en un determinado régimen económico». En una palabra: la técnica trae consigo la economía, y la economía acarrea todas las demás manifestaciones de la cultura. Pero, claro está, la versión definitiva del «capitalismo moderno» no presupone que este sistema económico sea una criatura de la técnica, ni renuncia Sombart a investigar su génesis, su desarrollo y sus metamorfosis.

A Regino la interpretación del materialismo histórico según Sombart (aceptada por algún marxista) le parece de perlas acaso por preferir, más que ninguna, las aclaraciones concisas. Bien se ve, leyendo el *Capitalismo moderno,* que Sombart no acepta el credo, no es «partidario». Esta palabra castellana la escribe —para terminar pronto— recordando un cuento que, lejos de mi tierra, no habréis oído. Un campesino vasco de torpe lengua (cuando tenía que hablar castellano) estaba casado con mujer de Castilla. Al regresar de misa le preguntó la esposa cuál había sido el tema del sermón; «el pecado» manifestó el marido; «y ¿qué ha dicho?», volvió a preguntar ella, y el campesino, para ahorrarse trabalenguas, hizo este resumen: «que no es partidario». Aunque Sombart no aceptase el materialismo, conoce y admira la producción teórica e histórica de Marx, y llega a pretender, por otro camino, ir más lejos. Está su obra libre de tendencias políticas y sociales; no engarza su versión de la realidad juicios valorativos acerca de lo que debiera ser; prescinde de normas éticas en su investigación de la génesis, del desarrollo y de la culminación del capitalismo moderno; profesa —valga la expresión— una estricta «neutralidad ética». Presiento aquí una influencia de Max Weber. A Sombart, en su empresa científica, le atrae la esencia del capitalismo. Prescinde de lo que luego pudiera advenir, en un fatal proceso del cual se desentiende; no pronuncia admoniciones, ni preferencias; examina el *estilo* (su palabra predilecta), el estilo económico que precede a la culminación del capitalismo, y recorre las etapas sucesivas aportando grandes novedades cuando persistía la polémica Mengel-Schmoller, e imperaba el divorcio entre la teoría económica y la historia de la economía, en las universidades alemanas; inaugura por consiguiente una época. El examen teórico del material empí-

rico, realizado con la interpretación de un *Idealtypus*, le permite dar con una criatura engendrada en la edad moderna, criatura alentada por la expansión espiritual del renacimiento italiano. Sombart define una individualidad histórica y con ella avanza rebasando los límites de la historia institucional (con sus regímenes jurídicos, políticos y económicos) y enfoca las nuevas aportaciones del hombre en el comportamiento de aquella sociedad en la esfera económica; puntualiza el cambio de situaciones introducido con el advenimiento del capitalismo, las conquistas de la cultura y la transformación de la técnica. Su historia, engarzada en la teoría, es una historia sociológica, distante del sociologismo de Schmoller (de cepa positivista), da preeminencia a factores espirituales y en esto —como dije— sigue a Max Weber, aunque elija otros modelos en la génesis del capitalismo. Le interesa también husmear el rastro del credo religioso en la vida económica *(Die Juden und das Wirtschaftsleben)* pero sus pasos, en campo muy circunscrito, quedan lejos de los inmensos confines trillados, con sabiduría, por Max Weber. Destaca Sombart, sin rebasar el arco de los pueblos de Europa, en primer lugar, la acción creadora de la cultura en las conquistas tecnológicas, y dentro de la intrincada red de correlaciones sociales, diseca la trama de las «fuerzas productivas», con otras pretensiones que Carlos Marx. No atribuye primacía a la técnica. Así como acabo de señalar el eco de Max Weber, no hace valer, en cambio, en la vida económica, el papel de los ascetas puritanos, luteranos y calvinistas, secuaces del dogma de la predestinación, eso que estos credos esperan de la gracia con su actitud tensa en la lucha cotidiana, lejos de la vida contemplativa y sin el concurso de las «buenas obras». Una de las aspiraciones originales de Sombart le lleva a identificar a los protagonistas del capitalismo moderno, en su fase precoz, insinuándose en el espíritu que les anima, su *kapitalistiche Geist*. En él examina dos afanes: uno le revela el modo de pensar y de querer peculiar de la burguesía urbana, cuando alcanzaba importancia su presencia, como clase social, hacia el final de la edad moderna. Su papel iba tomando relieve con sus costumbres tradicionales (laboriosidad, cumplimiento de la palabra dada, parsimonia) a medida que también se perfeccionaba la técnica de producción de bienes y prestación de servicios, entre ellos los propios de un comportamiento racionalizado en planes previstos, cuyo desenlace comprobaría una contabilidad depurada, freno y acicate del lucro.

Las reservas reticentes de los colegas ante el librito estaban tan infundadas como las ilusiones de los socialdemócratas. El marxismo de Sombart no podía ser más tibio. Su trayectoria en los últimos años alemanes lo certifica.

Bien se ve que Sombart acoge una versión difundida pero, además de lo antedicho, exalta otro impulso generador del capitalismo moderno y al hacerlo pone de manifiesto su devoción por el Renacimiento, una vez más. Mientras Max Weber tiene presente la influencia de la Reforma, la novedad de Sombart destaca —utilizando fuentes italianas, por cierto, exclusivamente impresas— la imagen del mundo que flota en la retina del hombre renacentista. El germen más fecundo del capitalismo lo propagarían los inventores, los descubridores del Nuevo Mundo, los conquistadores, los aventureros emprendedores, animados de la sed de liberación y el afán de inmortalidad. El espíritu que les impulsa, el *Faustensgeist*, Sombart lo sustancia y lo bautiza recurriendo a otras fuentes. Construye de esta manera una hipóstasis poetizando, perdiendo de vista la realidad histórica, en aquel momento. Así la juzga Otto Hintze, reprobándola, con estas

palabras: «En resumen una abreviatura retórica, ciertamente muy impresionante, muy plástica y muy característica... pero no se debe sustancializar o personificar así un sistema de relaciones sociales y psíquicas tan complicado».

Puesto que estoy narrando recuerdos propios confesaré que Regino, mientras escuchaba a Sombart, no podía presentir que a semejante construcción le faltaran cimientos; no tenía Regino desarrollado el espíritu crítico: le fascinaba el aliento romántico de la versión de Sombart; se encontraba —con la mayoría del auditorio— en pleno *Sturm und Drang*. Recuerdo también que observando a Sombart, durante algunas entrevistas, desde que le hice entrega de la carta de Tugan-Baranowski, me pareció hombre frío, reservado, desdeñoso, displicente; pero en sus lecciones —era su dicción esmeradísima, con algún puntillo de afectación y su estilo didáctico muy accesible— nos gustaba sobremanera; acaso más que a otros, a los estudiantes de países mediterráneos. La voz y la letra de Sombart nos facilitaba la tarea; disfrutábamos con su predilección por vocablos del léxico latino o con sus desinencias que suavizaban la aspereza de otras palabras alemanas en nuestro oído.

Sombart alcanzó pronto cotización en medios extrauniversitarios; sonaba mucho su nombre en círculos disidentes, entre políticos y artistas, especialmente entre los literatos. Antes que las de Weber se tradujeron obras suyas al francés y al castellano. La misma preterición que Weber sufrieron, en países vecinos pero no en España, libros de Stammler, de Meinecke y de Tröltsch, por ejemplo. Explíquelo quien lo entienda.

En un año más próximo a nuestros días, creo que el 1932, la Facultad de Derecho de Madrid invitó a Sombart para que diera un par de conferencias. Tuve entonces ocasión de verle y escucharle. Estaba visiblemente envejecido; repitió, claro está, doctrinas que quienes le conocíamos ya le habíamos oído, en su propia lengua; le presentó Flores de Lemus. Con mi maestro español y con Agustín Viñuales le acompañé en dos excursiones, a Toledo y a El Escorial. No puedo decir que sintiera gran interés ante aquellas maravillas a diferencia de su esposa, dama rumana amabilísima y muy inteligente. La excursión a Toledo despertaría a Sombart, a la hora del almuerzo, en la venta de Aires, tan voraz apetito que el ventero, contento y agradecido, se negó a cobrar la cuenta: «No recuerdo —declaró— otro comensal que haya acreditado tanto mi cocina». Sombart, que entretanto, a instancia propia, dormía la siesta en la alcoba de los dueños de aquella casa, había comido dos perdices y unas lonchas de jamón, con tomate.

No tuve la suerte de escuchar lecciones de Max Weber, por quien los universitarios sentían predilección ya en 1911, predilección acrecentada antes de su muerte (1920). La actividad docente de Weber durante varios años (en Heidelberg estuvo hasta 1903) fue intermitente por su deficiente salud. Así ocurría cuando en 1912 Regino lo buscaba, y tampoco lo encontraría en Munich, puesto que se lloraba su muerte. En Friburgo (1921-1923) estudiantes y profesores pronunciaban con veneración su nombre. Su obra brillaba en el firmamento de las ciencias humanas. En los primeros años de mi estancia era difícil dar con las piezas dispersas de su producción, en revistas y publicaciones colectivas. Desde 1921 ya estaban reunidas y, naturalmente, acrecentadas. En 1911 diríase que Weber era el perfecto *homme introuvable*, buscado sin cesar por sus admiradores. Leyéndole con el detenimiento que piden sus temas y su estilo (muy distinto del de Jorge Federico Knapp) se pueden aprender muchas cosas, y el lector atento conven-

cerse de que sabiendo todo lo que Max Weber escribe sobre derecho, economía, religión, historia, filosofía, etc. rinde extraordinarios frutos el método sociológico. ¿Es acaso —me pregunta Regino— la sociología otra cosa que un método? Esta pregunta, que puede sorprender a muchos, la formulo teniendo a la vista el párrafo de un libro de Jorge von Below *(Die deutsche Geschichtschreibung,* Berlín, 1924, p. 146), que dice así:

> La pretensión de quienes ven en la sociología una ciencia particular la rechazo invocando —por lo demás— los mismos argumentos que he aducido en contra de quienes, también, aspiran a construir la historia de la cultura como disciplina dialéctica hecha y derecha, y piden cátedras para ella. En cambio siempre he reconocido el valor de las consideraciones sociológicas en cuanto método. De la sociología se obtienen cosas serias siempre que se fundamentan en alguna de las viejas disciplinas, y otro tanto ocurre con la historia de la cultura, por eso debemos grandes realizaciones sociológicas a representantes de diversas ciencias; pero si no está ligada a otra ciencia, la sociología flota en el aire. La sociología, si no encarna sustancia de una disciplina particular, es algo así como un muñeco fanfarrón, una cosa vacía carente de base, mera charlatanería o, si se quiere, puesto como se ve, incluso los fanfarrones aspiran a ser especialistas, «un instituto que otorga disfraces verbales». [Las palabras entrecomilladas son de A. Dove, *Wortmaskenverleihinstitut.]*

Numerosos autores y devotos de la sociología rechazarán estas palabras que terminan con vocablos desdeñosos. Regino, indigno discípulo de von Below, tal vez por ser un superviviente *dëmodé,* acata y comparte la opinión de su maestro.

Una de las grandes autoridades alemanas en ciencias humanas, Hintze, observa que el desarrollo de los estudios de sociología encontró suelo muy fecundo en la economía política y anota, además, que esta doctrina social ha brotado en gran parte con debates promovidos frente al marxismo, por eso los autores estudiaron a fondo la contextura económica de la sociedad. Invoco el caso, como el mismo Hintze, puesto que Max Weber —cuya talla rebasa la de cualquier sociólogo, sobre firmes puntos de apoyo— dedica especial atención a los temas humanos y sociales propios de la vida económica de cada tiempo, y Hintze termina afirmando que el trabajo mental de Max Weber acusa profunda influencia de Marx, *auch ohne dass ausdruecklich davon die Rede ist.* Este juicio sería aplicable a no pocos economistas profesores alemanes, Sombart entre ellos.

He aquí, con aquellas horas berlinesas de estudio (1911) algunas de recreo. En mis paseos (siempre fue Regino gran caminante) me acompañaba el doctor Katayama, gran trabajador, como tantos paisanos suyos japoneses que, según se contaba, no prescindían de copiar cuantos libros alemanes manejaban. Atravesábamos el Tiergarten, hacia Charlotemburgo, una tarde tibia de otoño discretamente soleada con rayos de paja. Evocaba mi interlocutor su archipiélago nativo, y conseguía poner en el ritmo de su voz cantarina el acento grave de un alemán irreprochable. Sonriente se detuvo un momento y me abrió su corazón nostálgico con esta declaración imprevisible: «... y es que al sentirme ahora tan a gusto descubro que usted, español, como yo, asiático, somos meridionales». Entre otros compañeros de mesa, en una pensión de la Chamiso Strasse, teníamos uno georgiano, estudiante de lingüística y de música, sumamente ingenioso e inspirado: de buena presencia, envidiable memoria y muy propenso a la haraganería. Había corrido Sergio Ivanovich Yanenko casi medio mundo, dominaba idiomas y literaturas. Recuerdo que otro día nos proponíamos el georgiano, una ucraniana estudiante de canto, bellísima, y yo, escuchar un concierto. Mientras se acercaba la hora, para

entretenernos, Vera Petrovna Vasiliewski incitaba a Sergio Ivanovich para que recitase en alemán poesías que éste traducía del ruso, del francés, del persa, o de cualquier otro idioma. También era una delicia escuchar, otras veces, aquellas canciones rusas que nos cantaba Vera. Repetía a menudo Sergio Ivanovich poesías de Goethe y alguna vez cerraba el chorro de su caudal poniendo a la famosa letra de Mignon este estribillo burlesco:

> Aber nein, aber nein, ich liebe nicht so viel
> das Land wo die Kartoffeln bluehen...

De innumerables conciertos recuerdo entre los mejores los que durante la temporada se celebraban en la Sing Akademie. No sólo en Berlín, en toda Europa, desde su clamorosa aparición en París (1897), acaso ninguno tuvo entonces mayor fama que Arturo Nikisch, director durante veintisiete años (moriría en 1932) de la orquesta filarmónica berlinesa. Más que con la batuta —dice un crítico— conducía Nikisch a sus músicos «con la mirada de sus ardientes ojos» y según Tschaikowsky «poseía Nikisch la virtud mágica de hacerse invisible, desde que comenzaba a sonar su orquesta». Pero añadiré, por haberlo observado, no dejaban de buscar su presencia, donde quiere que estuviese, los prismáticos de sus numerosas y cálidas admiradoras para traerle cerca de ellas. Hablando de conciertos recuerdo también que en el curso de 1912 no podía actuar en Berlín Félix Weintgartner —ignoro la razón— pero tuvimos la ocasión de disfrutar de su maestría, en nueve lunes consecutivos, acudiendo, muy cerca de la capital, a Frankfurt sobre el Oder, donde dirigió, completa, la serie sinfónica de Beethoven. Si en Munich me revelaron sus teatros lo que pueden dar de sí las representaciones escénicas ello lo confirmarían en Berlín Leopoldo Jessner, Max Reinhard o Erwin Piscator, con diversas tendencias, excelentes conjuntos y magistrales versiones de Shakespeare, Kleist, Goethe, Tolstoi, Ibsen, etc.

Gracias a Helmuth Ruhemann y a Martin Bloch tuve acceso a círculos de la sociedad israelita. Ellos me llevaron a reuniones de Paul Cassirer y allí escuché conversaciones de G. Hauptmann, F. Wedekind, M. Harden, T. Wolff..., de pintores, actores y actrices que ya había admirado en la escena, y entre las que más me atrajeron citaré una sola, Sybile Binder. Pero si casi todo aquello fue ocasional y, por lo tanto, episódico, un hogar de amigos invariables sería mi refugio en innumerables veladas. Desde las primeras semanas, y a lo largo de temporadas sucesivas, presentado por una carta de Elsa Pausleck, primero en Schlachtensee y luego en Zehlendorf-West, visitaría cada semana a Hilde y a Eric Neuhaus, modelo conyugal de la fidelidad germánica que perdura al cabo de más de medio siglo, en el que tantas gentes y tantas ilusiones perecieron.

Al rayar el año 1912 tuve la suerte de ser presentado a una eminencia de la filosofía del derecho. Un amigo español (Manuel M. Pedroso) instalado en Berlín y esposo de una bonísima joven alemana, cuya casa frecuentábamos varios pensionados, había cursado en Halle unos cuantos semestres con Rodolfo Stammler, de quien conservaba gran recuerdo y recibía cartas. Nos anunció Pedroso que Stammler vendría a lo largo de algunas semanas para dar lecciones en Berlín, no recuerdo en qué centro, y ofreció acercarnos a su maestro. Nuestras reuniones, cuatro o cinco, en una tertulia en torno a Stammler me parece estar viéndolas, en una de las salas del *Rheingold,* inmensa cervecería muy concurrida, situada en la Postdammerplatz. Al atardecer, después de la lección,

le traíamos con nosotros para escucharle. No era menester provocar diálogo: diríase que Stammler ante un *Mass* y rodeado de contertulios administraba sin tasa el santo sacramento de la palabra: preguntaba, contestaba y desarrollaba el tema planteado —por muy inesperado que fuese— con la misma lucidez que cualquiera de sus problemas predilectos. Estaría, se me figura, al borde de los sesenta. Era de tipo fornido y su rostro, de facciones muy acusadas, impresionaba por su vivacidad; su palabra delataba inmensa cultura y los rasgos de humor jovial, agridulce y socarrón, tanto como las graves disquisiciones, y su clarividencia, nos parecían dones insuperables. Compartía Stammler rasgos peculiares de seres raros, predilectos de Regino, puesto que, a juicio de sus contertulios, después de publicar libros memorables, le quedaban inéditas revelaciones copiosas y virginales, y las refería como muy pocos saben hacerlo; era, en suma, capaz de fecundar cosechas de hallazgos en la mente y en el corazón de sus oyentes; uno de esos maestros que encontramos, a veces, los españoles en torno de la mesa del café, una de las fuentes de nuestras promesas científicas, rarísimamente realizadas.

Y sin tiempo para ampliar la narración de mis recuerdos de Alemania concluyo insistiendo en mi tema, tema desarrollado en un librito que acaso termine.

Debo más que a los libros a mi generosa fortuna; ella me puso cerca de hombres inolvidables que no dejaron obra impresa en letras de molde y están hoy, por haber sido ágrafos, olvidados. Una de vuestras luminarias que lo es del mundo, aquel a quien nuestro Ortega, con olímpico desdén, llamó alguna vez *mandarín de Weimar,* decía algo parecido a esto: «¿Qué sería de mí si no hubiera estado rodeado de gentes inteligentes, y ellas no me enseñaran?» Nada se aprende en los libros cuando no descubren el vivo caudal de las ideas, que no dejará huella escrita. Los griegos —y no es mal ejemplo— charlaron, dialogaron, mucho más que escribieron. Los hombres, ayer y hoy, además de hacer cosas estériles, o aniquiladoras, escriben mal porque escriben demasiado. No nos queda tiempo —por lo visto— para entablar (o trabar) diálogos. Sin conversaciones trabadas con amor por quienes se creen enemigos y no son más que extraños, sordos y zazos, no puede haber paz, ni fraternidad humana.

**Ramón Carande**

*Conferencia en Colonia, homenaje a Richard Konetzke, 1968. Inédita. De donde provienen dos trabajos suyos: «Una tertulia al pie de la Selva Negra», en* Homenaje a Xavier Zubiri, *Madrid, 1970, y «Maestros de Economía en Berlín y en Munich (1911-1913)», en* Homenaje al profesor Carriazo, *Sevilla, 1972.*



Ramón Carande y Albert Neuhaus. Berlín, 1911

# Los fisiócratas

Los fisiócratas, que se llamaban a sí mismos *economistas,* dieron a este vocablo, puesto por ellos en circulación, un sentido que visiblemente ya no tiene. No es ajeno a la denominación de la fisiocracia el hecho de ser médico el fundador de la escuela, doctor Quesnay, fisiólogo, filósofo y político. Sus doctrinas rezuman fisiología y naturalismo. Su único libro extenso, y muy poco leído, *L'essai physique sur l'économie animale* (1736), tiene un título revelador, como los de otros libros de secuaces de la escuela, sus propagandistas fidelísimos, que se atenían a la pluma o a la palabra del maestro. Formaron un grupo poco numeroso; su voz resonó en los salones del siglo XVIII, estuvieron de moda durante unos veinte años, escasos; inspiraron a la sociedad ilustrada; encontraron en ella detractores de tanta malevolencia como Voltaire, que puso en solfa rasgos aparentemente inocentes de las doctrinas fisiocráticas, pero, con todo, ganó la fisiocracia influencia gracias a evidentes aciertos, no siempre originales, y a la difusión de cuatro revistas famosas de economía, las primeras conocidas. Dieron programas al despotismo ilustrado, en parte por lo menos obra suya, y, sin promover movimiento social alguno y sin violencias que pretendían evitar, dejaron profundo rastro en la sociedad de su tiempo y en la política económica de algunos príncipes, dentro y fuera de Francia.

Quesnay es un filósofo del derecho natural, con clara tradición escolástica delatada en su lema *Ex natura jus ordo et leges.* En la Francia del XVIII acaso hubieran prevalecido las reformas propuestas por los fisiócratas, contra abusos y privilegios, manteniendo la monarquía bajo un monarca imperativo. Respetuosos, los fisiócratas, con la Iglesia tenían en la monarquía su razón de ser.

No tan sólo en el campo de lo económico era la agricultura centro del sistema. Las grandes innovaciones de la técnica agrícola, que en Inglaterra aumentaron el rendimiento del cultivo, acaparaban el pensamiento político y proporcionaban tema a disertaciones y polémicas en París, como en Londres. Por otra parte la asociación arbitraria de la doctrina del derecho natural con la glorificación de la vida primitiva y sencilla, y la no menos arbitraria de ésta con el agrarismo, llevó a círculos selectos la afición al campo; las marquesas se creían pastoras; veían en los palacios, cabañas. Si éste no era, claro está, el estado de espíritu de Quesnay, favorecía su programa.

Dos postulados de los fisiócratas, el *laissez faire* y la libertad de comercio, no han sido siempre bien interpretados; tampoco la propuesta del impuesto único. Eran tres normas de sabiduría política y, dígase lo que se quiera, la primera presupone una profunda interferencia gubernamental. Para que la libertad imperase habría que eliminar obstáculos abriéndole franco curso con disposiciones que rectificaran el estado de cosas y eliminasen trabas consustanciales del absolutismo y de la organización gremial. En cuanto a la libertad de comercio, sobre todo si se piensa en el comercio de granos, que, algo más tarde, tantos trastornos provocaría, debe tenerse presente que, hacia 1760, el proteccionismo no era necesario en Francia, dado el nivel de los precios. Tampoco

ha sido bien interpretada la defensa del impuesto territorial; se imponía una simplificación y, si la idea del impuesto único no era absolutamente nueva, descansaba en una premisa originalísima y de mayor repercusión: el concepto del producto neto, única fuente de renta, base ineludible del impuesto.

En cuanto al derecho natural, no se mueve Quesnay, casi nunca, en el campo de lo abstracto. Su diálogo *Du commerce* (1766) contiene una parte de su doctrina del capital referida a situaciones reales; lo empírico tiene en Quesnay extraordinaria importancia, sin perjuicio de que cualquier razonamiento exija, como punto de partida, una afirmación de principios, en este caso el principio del mínimo coste para el máximo goce; en este sentido, Quesnay es uno de los patronos del utilitarismo. Tiene siempre presente la solidaridad del interés público con el privado, la que luego habrían de llamar armonía universal de los intereses. En el *Tableau Oeconomique* (1758) lucen las relaciones compatibles y complementarias de las clases sociales. La prosperidad de los terratenientes es indispensable para las demás clases sociales; no es preciso que lo abone el reconocimiento de un orden providencial.

Quesnay, a diferencia de Turgot y de Smith, considera condición explícita, para el proceso económico, que el hombre gaste sus ingresos en bienes de consumo, que *utilice* toda su renta, ya que si retiene sus reservas, todas las clases sociales decaen y la negativa a gastar destruye las rentas ajenas.

Es importantísima la teoría del capital de Quesnay, aunque no olvidemos la labor de alguno de sus antecesores; se le deben los cimientos de la teoría económica. Las explotaciones agrícolas, el cultivo en gran escala, con libertad de movimientos y altos precios, impulsan a toda la economía nacional. El programa de Quesnay presupone tres condiciones: que los granjeros emprendieran con afán el cultivo (en caricatura, que las tierras se dedicasen a producir y no a cotos de caza), que el cultivo fuese estimulado desde el exterior, y que se pusieran en juego capitales a buen precio. El capitalista, al poner en movimiento dinero, anticipa fondos para producir, de aquí el concepto penetrante de las llamadas *avances (foncières, primitives et annuelles).*

Si los fisiócratas (como antes Cantillon) ven en el producto neto el único caso de creación de riqueza, ello, anticipando la nomenclatura marxista, nos presenta un caso auténtico de plusvalías. La escasez de los agentes naturales, aun suponiendo que únicamente operasen éstos en el cultivo, aporta valores, los aumenta incorporados a las manufacturas, permite fomentar el consumo de los trabajadores.

En el *Tableau Oeconomique* aparecen interesados en el proceso de la *circulación* de la riqueza (punto de vista novísimo) los actores todos de la vida económica, en un esquema de la estructura social. No importa que Quesnay reciba este esquema de otro economista; él, Quesnay, lo formula con originalidad al denominar a las clases sociales y explicar su función, fuese o no productiva. Acaso el *Tableau Oeconomique* simplifique con exceso, pero traza una teoría económica con una representación fiel de la naturaleza del equilibrio económico, con la interdependencia general que traba unas cosas con otras, de una manera visual, presentando el proceso económico en el plano de la circulación de la riqueza, que tanto preocuparía, más tarde, a Carlos Marx, después de haber estado oscurecido cerca de un siglo aquel punto de vista.

**Ramón Carande**

# Elogio de Ranke

(Leopold von Ranke, que nace el 1795, en la Turingia, es, acaso, el historiador culminante del siglo XIX y su obra se extiende desde 1824 casi hasta finales del siglo. Muere en 1886, en Berlín. Cultiva preferentemente la historia universal de los siglos XVI y XVII. Tiene, entre otros, un libro sobre la historia de España, en dichos siglos.)

## Las ideas y la historia

Para Ranke como para otros historiadores, la historia dentro de ciertos períodos está conducida por *ideas directivas,* por *tendencias dominantes* en cada siglo. Dentro de un determinado círculo de cultura (a pesar de las variedades de tipo nacional) predomina, o prevalece, un cierto tipo de individualidad política, más allá y por encima de las fronteras. En este sentido es una de sus creencias predilectas que los pueblos romanos, con los germánicos, forman en Europa una unidad. A esta creencia llega Ranke por el camino de la abstracción, esto es, la desprende de lo que observa en su tiempo. Son para Ranke las ideas *testimonios inmanentes* de la conducta de los hombres y no *fuerzas trascendentales* ajenas a ellos. Ranke ante ellas, lejos de juzgarlas, como seres vivos que para él son, prefiere interpretarlas y lejos de pretender remontarse a sus orígenes piensa que pueden ser algo *indescifrable,* como órdenes de la divinidad, y las sitúa entonces en el plano de la teología.

## Los factores internacionales

Aunque Ranke no niega la importancia de lo nacional, de cada pueblo, a diferencia de los románticos, no acepta el dogma que para éstos representa la *acción todopoderosa del elemento popular.* La cuna del desarrollo histórico no es privativa de cada pueblo, no es peculiar del mismo, sino que se encuentra en la *comunidad de los pueblos romanogermánicos.* A diferencia de los románticos, por lo tanto, toma posiciones en contra del carácter internacional de las luchas políticas; no repudia los movimientos engendrados en el extranjero. En cambio, le separa de los políticos liberales el hecho de que observa con simpatía perceptible, aunque no siempre declarada, la presencia de fuerzas externas en la vida interior de un Estado. Pocos historiadores, acaso ninguno, con excepción de Droysen, han llegado a hacerse cargo de la importancia cardinal del poder, en las relaciones interestatales. Ranke ha acentuado la importancia —lo que muchos pretendían negar— de la intromisión de las acciones del poder internacional en la política interior de los Estados europeos que llegan, aquéllas, a modificar. Es interesante anotar, en este orden de cosas, su convicción de que la misma revolución francesa que se consideraba un producto de la situación interior del país, Ranke

la pone en relación con la repercusión en Francia del poder de relaciones internacionales. La revisión extraordinaria que ha traído consigo este punto de vista implica el abandono de la creencia en la misteriosa acción de fórmulas místicas predilectas de los románticos y la aceptación, en su lugar, de este otro criterio: «La historia de cada Estado no se atiene a sus propias leyes sino que está a merced, en última instancia, de la acción fortuita de apetitos de poder que determinan unos y otros Estados». Y la revisión mencionada es trascendental en cuanto los mismos procesos de engrandecimiento y decadencia dejan de explicarse, si este criterio se acepta, de una manera simplista, como una ley de crecimiento por etapas, o como un decreto providencial, y hay que pasar a hacerse cargo de que coinciden, en un mismo pueblo, fuerzas ascendentes con otras igualmente activas que pugnan entre sí y cuya acción se entrecruza.

## La concepción artística de la historia

En la concepción de Ranke de la historia, la atención que pone ante la acción de la fuerza y del poder está relacionada con su predisposición artística. Lejos de rendir culto al poder exterior, como lo hacía Maquiavelo, es decir, a la fuerza bruta, a Ranke le mueve su sentido artístico en la estimación de las fuerzas cuya acción descubre en la historia. Es el suyo un punto de vista estético. Se recrea contemplando cada vida, que se conduce de acuerdo con su naturaleza. La fuerza de un pueblo es para él un bien valioso, aun cuando no esté puesta al servicio de la humanidad, o de la nación, o de otra finalidad digna de anteponerse. Pone en duda la aserción tan problemática según la cual es la cultura el único contenido de la historia del mundo. Le atraen a Ranke todos los testimonios de la vida en sus orígenes; pero no hay que olvidar que en Ranke, a diferencia de Droysen, por ejemplo, la cotización de la fuerza depende de sus *manifestaciones espirituales;* Ranke podría decirse que cotiza más la fuerza cultivada que no la fuerza bruta.

## La psicología en Ranke

Las dotes artísticas de Ranke se aprecian mejor aún en la devoción que siente ante el carácter de las individualidades. Nunca resplandecen tanto las dotes de Ranke como cuando persigue la *evolución de las ideas* o investiga la *influencia de las relaciones mundiales* en la vida de un pueblo: entonces se aprecian los frutos que la psicología da a la historia, cuando el historiador está bien dotado.

Hay en este aspecto —culminante— de la personalidad de Ranke algunas analogías con los románticos en cuanto gustan a Ranke el color y la frescura de la vida; pero no puede olvidarse lo que les separa; les separa lo que la psicología enseña. Mientras que los románticos visten muñecos con atavío histórico, con traje de época, penetra Ranke en la interioridad de los seres que estudia y describe. No descuida el color local, pero no se limita a observarlo; más que el traje le interesa el hombre.

Pocos escritores antes que Ranke, y menos historiadores, han puesto tanto empeño en descifrar los rasgos de sus personajes. No ceja en su afán de introducirse en la vida espiritual de los que le atraen, hasta que se adueña de las últimas determinaciones de

su conducta. Poseía Ranke en alto grado la capacidad admirable de penetrar en las sensaciones y sentimientos de otros hombres; perseguía hasta sus orígenes sus pensamientos, no sólo ante lo que realizaban sino incluso ante lo que proyectaban; adivinaba sus intenciones y claro está que éstas están en menor grado a merced de las circunstancias cuando se proyecta una cosa que cuando se realiza.

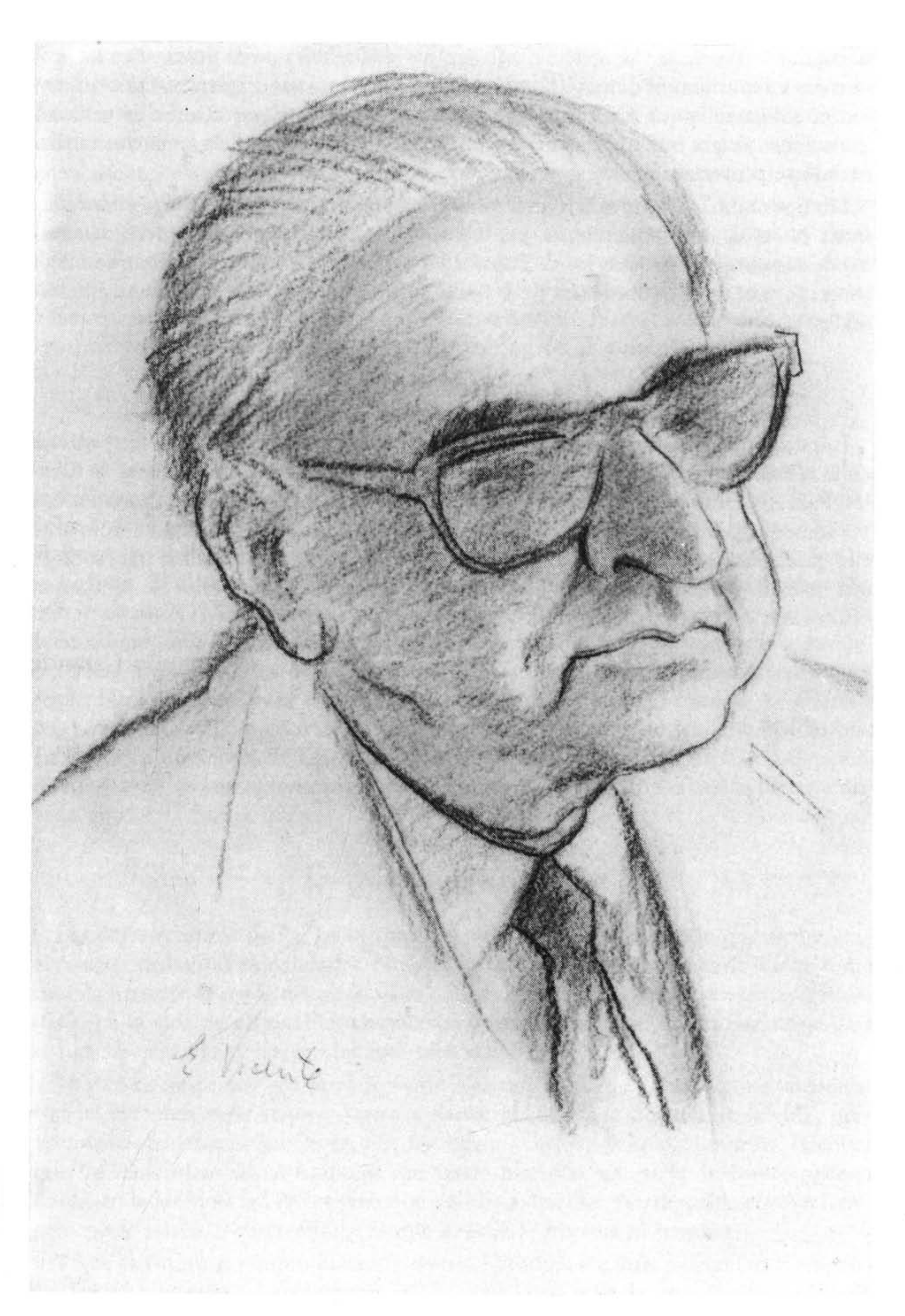
Los tipos humanos que más le atraen son los representantes de una *religiosidad ilustrada.* No es raro, ni sorprendente, por lo mismo, que en la portentosa galería de retratos de sus obras, destaquen los de Papas de los siglos XVI y XVII (los siglos que mejor conoció) pues en ellos encuentra tipos como él mismo, mitad devotos, mitad intelectuales.

## Las fuentes de Ranke

Importa mucho hacerse cargo de que un historiador para el cual *tanta importancia tenía el análisis psicológico* no podía contentarse con utilizar cualquier género de fuentes. Para sorprender el alma del hombre tiene que entrar en contacto el historiador con sus inmediatas exteriorizaciones; con fuentes, diríamos, de primera mano. Sólo ante ellas puede buscar las intenciones del personaje. Esta exigencia ineludible trajo consigo una revisión de las teorías hasta entonces dominantes acerca del valor de las fuentes históricas*.

**Ramón Carande**

**Dos cuartillas de R.C. que encuentro entre las páginas del Burckhardt,* La cultura del Renacimiento en Italia, *traducido por José Antonio Rubio Sacristán. Escelicer, Madrid, 1941.* B.V.C.




*Carande,* por Eduardo Vicente (hacia 1960)

# *Veritas vincit*

Entre los 149 cuadernos de trabajo de Ramón Carande se encuentra una serie de ellos, redactados en abecedarios, esos que reparten sus páginas desde la A hasta la Z, y que pueden igualmente servir como índices. De esta serie hay algunos que por su interés merecerían publicarse, si no en facsímil, que la letra del autor impediría su lectura, sí transcritos. Como aquí a continuación se va a hacer con el contenido de los epígrafes que uno incluye desde la A hasta la D, como muestra. Como muestra lo que aquí cabe, anuncio de lo que un día merecerá la pena completar, y que en vez de darse espigando aquí o allá, se ha preferido dar seguido, continuo y completo (hasta la letra D, inclusive, repito) para mejor conocimiento de sus primeros lectores.

El interés de estos cuadernos de trabajo no se exagera si se dice que es de toda índole. Para empezar están redactados en cualquier idioma conocido del viejo mundo, incluido el latín, y su ámbito va desde el socio-histórico-económico de la dedicación específica del autor, a otros muchos temas, innegablemente colindantes pues ¿qué pueden cohibir las razones de un hecho existencial, donde hasta el mismo ambiente influye? Así se ratifica la *toda índole* de las cuestiones que se encuentran en ellos: política, literaria, financiera, lírica, teatral o cinematográfica (en el traído a colación hasta figura una filmografía italiana), por enumerar, sin agotarlas, sus sugestiones, incitaciones, motivaciones, cuestiones a desarrollar —o no— por el poblado mundo interior del hombre.

*Veritas vincit* se titula este abecedario sin fecha, que se calcula de 1951 (con anotaciones posteriores correspondientes a *Los dineros de San Pedro,* una de sus investigaciones inacabadas) pues al final viene una foto suya, con boina y prenda veraniega, junto a una laguna y el siguiente pie datado:

> Laguna de la Solana, o del Duque de Béjar, cerca del Barco de Ávila. 2.000 metros; el 29. 7.1951.

Y en la primera de solapa la siguiente explicación:

> Se recogen en estos cuadernos textos literarios y científicos, dignos de recuerdo. Asimismo algunas referencias bibliográficas. *Veritas vincit* (divisa de una abadía): el amor propio, maravilloso instrumento que sirve para hacernos saltar agradablemente los ojos.

Eso provoca su lectura, hacer saltar agradablemente los ojos (del lector) de uno a otro de estos epígrafes, tan fascinado casi como el escritor que un día lo redactó, reseñó o recogió. Pues como un enciclopedista, en algunos —véase entre los aquí publicados los correspondientes a *ahorros* o *diezmos,* por ejemplo— escribe todo un sustancioso razonamiento. De tal manera que a la postre, en este puzzle, no se llega a saber bien a quién se debe, si Gide, Azorín, Américo Castro, Sainte-Beuve... o Ramón Carande.

# *Veritas vincit*

## A

**Aplicación** (A. Gide, *Journal,* (648)

L'insuffisance d'application provient souvent d'un doute sur sa propre importance: mais est due plus fréquemment encore a une suffisance excessive.

**Agricultura** (Hanssen. Véase G. F. Knapp, *Einführung,* 341)

Am 13 Mai 1831 zum Doktor der Philosophie promoviert, Seine Dissertation trug den titel: Agriculturae doctrina cathedris universitatum vindicata, also Forderung landwirtschaftlichen Unterrichts auf den Universitäten, genau das, was unter H. Leitung, Später in Gottingen, verwirklicht worden ist.

**Ahorros**

La falta de ahorros, secuela de toda economía que no produce lo suficiente para conservar, por lo menos, el nivel de la renta nacional, ni para que se eleve el nivel medio de vida, debe tomarse en cuenta, en la medida que la han padecido grandes sectores de la sociedad española, durante mucho tiempo, ya que en la inveterada falta de ahorros —que tantos síntomas de nuestro malestar delatan— podría encontrarse la explicación de estas dos notas que concurren en días culminantes, y en largos períodos de nuestra historia: nuestra frugalidad, con la inherente capacidad para afrontar privaciones, o nuestra probada resistencia al acometer empresas de tipo heroico, «ánimo magnífico para las empresas bélicas» y, con ellas, nuestra tendencia fugitiva: la inquietud, el desarraigo que siempre nos llevó más allá, atraídos por lo desconocido, lo soñado o lo que la fe nos revelara. Valor impetuoso, etc.

La falta persistente de ahorros tiene, principalmente, estas causas en nuestro caso: *a)* el hecho de que el número corto de sujetos, o familias, instituciones titulares de grandes patrimonios o copiosas rentas, gastaran de una manera desmedida sea por las exigencias de su función, sea por la necesidad imperiosa de representar un papel en la vida, o deslumbrar con su ostentación de riqueza. (Invóquese lo que dice el obispo de Troya, en la tasa del pan; lo que todos sabemos de la vida de los nobles en los siglos XV y XVII, y, para el XV, lo de Fernández de la Torre, que recoge A. Castro, 34.) Sea, solidariamente, por las cargas que la improvisación y el desorden de su conducta les impuso con las expensas que aceptaron sirviendo en puestos de representación del monarca, o pretendiendo sacar a éste de insistentes apuros. Recuérdese, además, lo que Heckscher ha observado (en la *Festgabe* a Cassel) y yo aludí en mi libro. En todo caso los miembros de esta clase que medraron , ni serían tantos que diesen la tónica de la economía española, ni, sobre todo, sus enlaces con ella sirvieron para elevarla; *b)* lo generalizado de la pobreza, que impidió, a numerosísimas economías, cubrir sus necesidades elementales. Se lo impidió, entiéndase bien, la carencia de bienes, que afligió a tantos, y, a la vez, se desvió de las tareas que exige reflexivo e ingenioso esfuer-

zo. Justo será pensar que una y otra circunstancias, coincidentes, predominarían alternativamente, sin que el mayor peso eventual de una o de otra, modificara el resultado.

La ocupación más difundida, el cultivo de la tierra, no sacó de la pobreza más que a una pequeña parte, digamos —ateniéndonos a referencias conocidas—, a un 10 %, a lo sumo, de los agricultores de Castilla. (Invocar de Aragón, por lo menos, las notas de Asso.) La falta de reservas de los agricultores al impedirles mejorar los cultivos y asociar el ganado a la agricultura, fue determinante de la persistencia de las roturaciones, del cultivo de rapiña, a medida que, al cabo de varias cosechas sobre una misma suerte, se mermaba el rendimiento con el estrago de la feracidad no repuesta. De esta manera el arado continuó surcando tierras de inferior calidad, y con la expansión de la superficie cultivada se redujo el rendimiento medio de las explotaciones, a la vez que se fue mermando el área de los pastos y de los bosques.

Esta pobreza tan difundida, en la medida de lo humano, la hubieran podido vencer el ingenio y la reflexión, de no haber acaparado a los españoles otros afanes, a los que se dedicaron de una manera acaparadora dada su secular actitud guerrera que moldea su ánimo. La «grave austeridad» —dice A. C.— del castellano «halló en el prestigio del poder consuelos para la ausencia de placeres y esplendor material» (pág. 296). El «vacío de cosas», provisiones... —dice Castro (627)— es indisoluble de la forma misma de la vida española. Y el vacío de personas en el mundo que determinó la pobreza, fue creciendo a medida que se llenaron los claustros, por razón idéntica. Dice Caxa de Leruela (68) que la retirada a los claustros y sacerdocios se debe a las miserias, trabajo y necesidades del siglo, y así es efecto de la común necesidad, no causa. Otra parte de los hombres, menos morigerada, mas por el mismo impulso, se la lleva la milicia (69).

**Agronomía**

*Diccionario de Bibliografía Agronómica* por B. Antón Ramírez. Madrid, 1865.

**Aspereza y Arrogancia** *(apud* Zarco Cuevas)

Dice Mariana *(De los juegos públicos,* cap. XXVI) que cuenta en nuestros males la envidia de otras naciones, pero, si es lícito decir la verdad, aumentada ciertamente por la avaricia de los que gobiernan y por la aspereza de las costumbres de los nuestros y su arrogancia.

**Alembert, d'**

Hijo, ilegítimo, de Mme. de Tencin y el caballero Destouches (nacido, aquél, en 1717), éste muy amigo de Fenelon, devoto de Virgilio: hombre vicioso pero muy cultivado. De él dice F. con Plinio, el joven, *neque anim amore decipior.*

**Ahrens, R.:** *Wirtschaftformen u. Landschaft.* Hamburg 1927. 84 págs. (HZ 139, 614).

**Annatas**

(Goeller, *ob. cit.,* 80)

Aquella exacción impuesta por la cámara apostólica sobre los beneficios no consistoriales, desde Bonifacio IX a los beneficiados cuya renta anual alcance a 24 florines de oro, con ocasión de su otorgamiento. En general se refiere, o grava, los frutos del primer año. Existía ya en los siglos XI y XII.

## B

**Biografía e Historia**

(G.F.K. «Die bauerliche Leibeigenschaft im Osten». *Einführung* 88).

En todas partes la importancia de los grandes hombres, la acusa la historia, en el arte como en la ciencia y equivale a desconocer la realidad pretender con Buckle que son ajenas al curso de los sucesos las grandes personalidades. La acción de éstas está desde luego condicionada por lo que hicieron las gentes que les precedieron. Pero el biógrafo rara vez prescinde de ensalzar a su héroe, y como quiera que las exteriorizaciones de los hombres revelan su pensar y su sentir, a ellas se refieren sobre todo, a las que muestran al desnudo sus pasiones *Denn die Leidenschaft, wie ein vulkanischer Ausbruch, zerreist die Halle,* que envuelve lo más interno de los hombres. Esto, que el biógrafo acomete, al investigador no le basta. No son los planes que los hombres concibieran, en cuanto reformadores, los que interesan a éste, sino los que realizara, los medios que puso en juego para vencer las poderosas resistencias con que tropezara su obra. *Die Geschichte der sozialen Entwicklung* nos lleva a averiguar lo que hicieron los que concib :ron grandes planes, y no lo que se propusieron y no llegaron a realizar. Lo que más nos importa no es saber quiénes hablaron de reformas, sino *wer hat Reformen geschafft.*

No significa mucho, en la vida del Estado, el hombre de ciencia, desde luego, pero tiene la fuerza que le da su autonomía, en la órbita de sus trabajos; con ellos no pretende servir a nadie más que la verdad. *Wer Geschichte schreibt, ist selber eine Art von Herrscher: zwar nicht im Gegenwärtigen, aber im Vergangenen; zwar nicht im Reiche der Taten, aber im Reiche der Anschauungen; hersscht über Könige,* y como tal puede hablar un idioma regio, el de la ciencia, para que todos le entiendan.

**Briffault, Robert**

*The Decline and Fall of the British Empire,* 1938. Para el autor —según A. Castro, 654— la historia inglesa es un tejido multisecular de bandidaje y cinismo. *It has never been obscured by abstract and moral principles* (p. 154).

**Baldíos**

Montes baldíos los terrenos de dominio público que no son propiedad particular, ni están labrados o adehesados; estos terrenos incultos en Aragón, montes blancos. (Dieste, *Diccionario del Derecho Civil Aragonês,* pág. 426. Asso, Manuel de, *Instituciones de Derecho Civil de Castilla,* Madrid, 1806, I, pág. 151.) Cree Jovellanos que son las tierras sobrantes del reparto de los visigodos, abandonadas o no adjudicadas por falta de población; campos vacantes por lo mismo.

**Brousser à l'aveugle**

Caminar sin tino, sin rumbo, a ciegas, entre el bosque y la maleza.

**Burckhardt, J.**

Sobre Burckhardt el libro de Carl Neumann.

**Bauer, Clement**

(Okenstr 49. Freibur i. Br.) Sobre teólogos y canonistas del XVI en cuestiones económicas. Sobre la hacienda pontificia, bajo Diezmos, en este cuaderno.

## C

**Cultivo de rapiña**

(Feldgraswirtschaft. G.F.K. *Einführung* 333.)

Se venía creyendo, aunque ya Roscher lo dudase, que el cultivo de tres hojas era la forma primitiva de explotación. *Hanssen zeigte nun den richtigen Weg: es war die wilde Feldgraswirtschaft... Regellos wurde ein Fleck Landes aus der Weide herausgenommen u., solange es ging, mit Getreide bestellt. War das Land erschöpft, so fiel es wieder in die Weide zurück, und anderswo wurde ein neuer «Schlag»* (un rompimiento más, dirían nuestras fuentes —roturación, claro está) *für den Getreidebau ausgesondert.* He aquí el secreto —la persistencia del cultivo de rapiña en nuestra agricultura paupérrima— que explica la lucha del agricultor contra la Mesta: que no los supuestos desmanes de ésta.

**Criados**

(Su número excesivo. Castro, 34)

La necesidad de «representar» (el sentirse *figurero* que decía Azorín) un papel social, llevaba a los nobles a rodearse de muchedumbre de servidores y paniaguados... El caballero español necesitaba rodearse de un halo de trascendencia, de un prestigio religioso o de honra.

**Civilización**

(Unamuno, *Del sentimiento trágico de la vida)*

La civilización empezó el día en que un hombre sujetando a otro y obligándole a trabajar para los dos, pudo vagar a la contemplación del mundo y obligar a su sometido a trabajar de lujo.

**Caín**

(Unamuno, *La agonía del cristianismo,* al final)

La envidia es el pecado cainita, el de Caín, el de Judas Iscariote, el de Bruto y Casio según el Dante. Y Caín no mató a Abel por concurrència económica sino por envidia de la gracia que hallaba ante Dios.

**Gracia de Dios**

(Unamuno, *apud* Clavería)

Es hablando de Fray Luis, cuando Unamuno escribe: cantó el maestro al pastor errante que se *enseñorea de la tierra,* no al labrador, que *esclavo del terruño,* la ara... El pastor que guía sus rebaños por las extensas praderas *lo espera todo del cielo;* de la gracia de Dios; el labrador que suda sobre la tierra y la desgarra, estima el sol y la lluvia como debida recompensa a sus afanes. Tal vez por eso fue más grata a Dios la ofrenda del que sólo esperó de su gracia...

**Guerra civil, mellicida**

(Unamuno, *La ciudad de Hanoc,* 1933)

... se me ha enconado ahora en que se encona la lucha y sentimos a los campesinos, a los abelitas, con sus lobos y sus jabalíes, y de otro lado a los ciudadanos, a los cainitas, con sus perros y sus puercos, y que todos son unos. Y al ver que al Cristo, que murió por todos, por los unos y por los otros, solitario y de pie, se le vuelve a poner, por los unos y por los otros, el inri.

**Concisión**

(Un autor avaro)

Je goûte toujours grande joie à supprimer tout l'inutile. Mes corbeilles à papier s'emplissent de «repentirs» qui, maintenus, eussent paru du foisonnement; mais qu'ai je à faire de cette fausse richesse? Un auteur est dit plantureux, qui, souvent, n'est qu'avare et ne sait, ou n'ose, rien supprimer... La ligne la plus étroite, la plus subite et la moins attendue. (Gide)

*Foisonnement,* abundancia, grosura, aumento de volumen; se aplica a la cal, al apagarla con agua: *la chaux vive foisonne sous l'action de l'eau.*

*Plantureux:* copioso: *repas plantureux.*

**Cetina** (27 agosto 1951)

En el archivo de la parroquia de San Juan Bautista, hoy, acta de casamiento de Francisco de Quevedo, natural de la villa de Juan Abad (26 febrero 1634), con doña Esperanza de Mendoza, natural de la villa de Cetina.

**Clasicismo y romanticismo**

Entiende Goethe (21 marzo 1830) y así lo declara, que la antinomia de ambos vocablos data de una polémica que con él sostuvo Schiller a propósito de la Ifigenia, y desde entonces prendió el uso de estos vocablos, en los que cincuenta años antes nadie pensara, ni en el contenido que entonces reciben.

**Cristiana de Suecia**

no comprendió que la mejor prueba de inteligencia y su mejor destino está en gobernar bien a sus súbditos, cuando uno está llamado a hacerlo (Ste. Beuve, C.5.284).

**Campomanes**

Cartas politicoeconómicas escritas por... al conde de Lerena, publicadas por Antonio Rodríguez Villa. Madrid, 1878. (Duda Desdevises du Dezert que estas cartas sean de Campomanes.)

**C** **Calvinismo y Capitalismo**

Ver Sayous contra M. Weber.

**China**

(Aforismo que invoca Nietzsche. *Jenseits von Gut und Böse,* VIII 267.)

La madre dice a sus hijos: «*¡Siao-Sin haz tu corazón chiquito!* Verdadero apéndice de civilizaciones tardías. No dudo que un viejo griego nos descubriría a los europeos contemporáneos, por nuestro autoempequeñecimiento que marchamos ''contra el buen gusto''».

**Camerino, duque de**

En 1527 una hija del duque, Julia, habilitada por Clemente VII para suceder al caído en perjuicio de los otros Varano, entonces en Ferrara, emparentados con los Estensi. Apenas sucedió a su padre tuvo que luchar con Rodolfo, hijo natural de Juan María, y con Hércules, del ramo de Ferrara, que puestos de acuerdo devastaron el Ducado; hacia 1528 Hércules fue preso por Guidobaldo della Rovere. Durante la sede vacante Rovere (1536) hizo que la hija de Julia, de 14 años, contrajese matrimonio. Paulo III que había querido casar a Julia con Alejandro Farnesio, su sobrino, excomulgó, apenas llegó a la tiara, a Catalina y Julia, y tanto persiguió a Camerino que Guidobaldo cedió al pontífice en 1542 su derecho al Ducado que pasó a los Farnesio. Octavio Farnesio renunció al Ducado en 1545 y Camerino pasó a la S. Sede. (El duque de las cuentas no es otro que Alejandro Farnesio, y las partidas testimonio de nepotismo.)

**Cine italiano**

(Dadas en la semana de Madrid)

*Due soldi di speranza,* «film asombroso».

*Processo alla città,* «gran oficio».

*Il camino della speranza,* «el más comercial, de realización perfecta».

*Paisà,* «el más sugestivo de la semana».

*Umberto D,* «obra maestra» (Clair), «perfecta» (Chaplin).

*Bellisima,* «belleza impresionante».

*Gli uomini non guardano il cielo.* ¿Pío XII? (Intolerable).

*Ossessione,* «gran realización».

*Il capotto,* la cinta más aplaudida.

*5 poveri in automobile.*

*Le ragazze di Piazza di Spagna,* gran éxito.

**Cesarini, Aless**

Cardenal protonotario apostólico bajo León X, que lo promueve al cardenalato con 30 más en diciembre de 1511. Participó en el cónclave de 1521, que eligió a Adriano VI. Le acompañó de España a Ostia. Tuvo que abandonar su palacio cuando el Saco de Roma, en San Eustaquio y refugiarse bajo el cardenal Colonna. Acompañó a Clemente VII a Bolonia, cuando la coronación. Estuvo de parte del emperador en la elección de Paulo III y preparó el concilio tridentino. Fue legado volante entre Francisco y Carlos, 1537. Obispo de Albano, 1540; de Palestrina, 1541. Muere en Roma, 13 febrero 1542.

**Camerarius collegii cardinalium**

(J. P. Kirsch, «L'admon. des finances pontificales au XIVe siècle». *Rev. H. Ecclesiastique* 2.° 1, págs. 274 y ss.)

Era el administrador de los ingresos comunes del colegio cardenalicio y a sus órdenes los *clerici collegii cardenalium.* El mismo autor y mismo trabajo, pág. 283, dice de las annatas que las crea Juan XXII, bula *Si gratanter adverteritis,* 8 diciembre 1316: «ingresos del primer año de todos los beneficios eclesiásticos vacantes en aquella fecha o que quedasen vacantes en los tres años inmediatos». Su sucesor, Benedicto XII, especificó *(De regimen ecclesiae,* Constitución de 1335) qué beneficios eclesiásticos tenían su provisión reservada al papa, y Clemente VI ordenó (20 mayo 1342) que los ingresos del primer año de *todos* los beneficios vacantes *in curia* y cuya colación tenía sólo el papa se asignaran a la cámara apostólica y su cuantía (la de la annata) una suma igual a la tasa fijada anteriormente, o a mitad de los ingresos de un año. (Rentas, y no ingresos.)

**Fructus medii temporis**

Las rentas o frutos de una mensa episcopal o abacial *durante el tiempo de la vacante.*

**Camerarius dominii papae**

El ministro de hacienda del papa. Éste era el que escribía de su mano «Approbatur, camerarius». Aunque alguna vez continuara el que era nombrado cardenal, por lo general eran obispos o arzobispos.

## D

**Destino hispánico *(apud* Castro 323) Integralismo**

Nuestro realismo suelda (como los sufíes musulmanes —Ibn Arabi entre ellos, en el *Intérprete de los amores.* Ver vidas de santones andaluces de M. Asín) con el afán de eternidad la existencia de la persona que inserta en sus aspectos más nimios y deleznables: el Cid, en el *Poema,* aparece idealizado, pero en el cuadro caben unos molinos que tuvo junto al río Ubierna. Por esta senda quiso nuestro destino histórico dirigir la Historia de España, empeñada en hacer las cosas «con toda su alma», «con todo su ser». Senda de ambición y de angustia de nuestras empresas incomparables.

**Diversidad,** en un mismo sujeto

Si Plutarco, dice St. Evrémont, hubiera definido a Catilina nos lo hubiera pintado avaro o pródigo, pero no como nos lo presenta Salustio: a la vez *alieni appetens, sui profusus;* percibir esta simultaneidad «était au-dessus de sa connaissance, et il n'eut jamais demelé ces contrarietés que S. a si bien separées et que Montaigne lui-même a beaucoup mieux entendues». *Apud* Gide, 662.

**Droysen, Joh. Gust.**
*(apud* Meinecke, Sch. So. 202/10).

La actitud de Droysen frente a Ranke tiene explicaciones de índole personal. Dos cosas no le perdonaba: 1.° su falta de propósitos éticos, de la historia; su distanciamiento de los grandes problemas nacionales del día, su suave cortesanía; 2.° su crítica unilateral de las fuentes y su escolarismo en la manera de atenerse a los hechos.

La objeción primera implica desconocimiento del genio de Ranke. La segunda denuncia una radical diferencia de método.

Droysen veía con escepticismo lo de mostrar «wie es eigentlich gewesen» y la pretensión de objetividad de Ranke. «La expresión Objetivo, escribe D. es una *contradictio in adjecto* pues solo disponemos de una representación de lo real, y una representación (Bild) nunca es objetiva». Es curioso cómo este escepticismo es un resultado de su fuerte voluntad moralizadora. Era para D. la fuerza de voluntad un valor moral y sabía que la voluntad definía las concepciones. Con esta acentuación del apriorismo subjetivo (que nunca le condujo a lo arbitrario) el pensamiento histórico de D. se acerca más a los historiadores modernos que Ranke. Además descubrió, acaso, un punto débil de la enseñanza de R.: pudo éste muy bien llevar a sus alumnos a un culto unilateral de la técnica en el método crítico.

«Aprender a investigar» era lo que D. pretendía, lo que, como hoy sabemos, es cosa distinta que explicar los efectos por las causas; mas, con todo, no es en esto decisivo el avance de D. sobre R., que ejerció el arte de entender más y mejor que D. sino su actitud frente al positivismo: «nuestra ciencia no quiere explicar, ni puede construir, tiene que aprender y entender». A D. sus rasgos impulsivos, moralizadores, heroicos, le impidieron llegar tan lejos como R., pero dejó cosas magistrales, en su helenismo y su metodología: «dos cosas quiero dejar claras: que no podemos hacer experimentos y, sin embargo, tenemos que investigar; pero que la más fundamental de nuestras investigaciones solo nos depara una imagen fragmentaria del pasado; que la historia y lo que nosotros sabemos de ella están tan distantes como el cielo y la tierra; de nada sirven para acercarlos al arte y la fantasía. Podemos, ciertamente, seguir la evolución del pensamiento en el curso de la historia, aunque sólo sea sobre retazos del material. Así no obtendremos una imagen del pasado, pero nos formaremos una idea, ofreceremos una elaboración de lo que fue; nuestro sucedáneo, en suma. No es fácil obtenerlo, ni por lo mismo tan cómodo como algunos se imaginan el estudio de la historia».

**Ducado, y otras monedas castellanas**

El *maravedí* era en el s. XVI ya una moneda de vellón. No lo fue antes (que primero fue de oro y luego de plata) siendo sucesivamente desvalorada.

El *castellano,* venía siendo la moneda de oro (como la dobla granadina). Igual a la cincuentaava parte del marco de oro, de finura de 23 3/4 quilates, y de un peso igual a 230,0675 gramos, o sea, el castellano, pesaba 4,5534 gramos de oro.

El *ducado,* a partir de 1497, lo introducen sobre modelo veneciano, con la misma ley del castellano (23 3/4 quilates), pero otra talla, a saber 65 1/3 de un marco, o sea su peso contenía 3,485 gramos (su valor 375 maravedises). La moneda de plata era el *real,* igual a un sesentaysieteavo del marco y como quiera que (después de 1477) el valor de un marco de plata era 2,278 mrs., el real valía 34 mrs. Es decir, el ducado 11 reales y 1 maravedí.

El *peso de minas* era una moneda imaginaria, equivalente al castellano, de menor finura, sólo 22 quilates y un valor presunto de 450 mrs.

El *pesofuerte,* moneda de plata de 272 mrs. acuñada en América, después de 1537, llegó a sr el famoso *duro* (o *pieza de ocho* en el comercio) que contenía, durante el s. XVI 25,563 gramos de plata (en nuestro tiempo 25, o sea, 40 piezas en kilo de plata).

Por último puede hablarse de otro peso introducido en Perú por el virrey Francisco de Toledo (1569-1581). Dispuso este virrey que cuando el *quinto* y *tributo* de los indios lo pagasen en reales de plata, el peso se tasaba a 12 1/2 reales, esto es 425 mrs. A este peso, promulgado por Felipe II para todas las Indias (Cédula del 29 junio 1592. Rec. lib. VIII, título 8, ley 8) se le llamó *peso ensayado de tributos.*

(Todas estas noticias las da C. H. Haring en su folleto «American gold a. silver production in the first half of XVIe century». *Quarterly Journal of Economic,* vol. XXIX may 1915. Está en A. G. de Indias signatura 100/16.)

**Diezmos**

(C. Bauer, «Die Epochen der Papstfinanz». H.Z. 138, año 1928, pág. 437.)

Los diezmos, abren las vías del impuesto en la Iglesia. Son impuestos sobre el producto y rentas de las prebendas eclesiásticas y fábricas de la Iglesia. La cuota ha variado de 40 al 10, aun conservando siempre el nombre de diezmo, que era el impuesto. Le falta un elemento del moderno concepto del impuesto, la periodicidad regular, en cuanto se establece para períodos de tiempo limitados, pasados los cuales requiere su nuevo establecimiento y otro, además, es un impuesto dentro de la hacienda pontificia de aplicación limitada en el espacio, ordinariamente; junto al diezmo aplicado a toda la cristiandad predominan los diezmos establecidos para uno u otro país. Desde Inocencio IV lo que antes se limitaba a una estimación de las diócesis pasa a ser un impuesto sobre cada prebenda, y en esta individualidad radica la diferencia esencial entre los diezmos y los subsidios: en éstos, un régimen de cupo, un contingente, se derrama sobre territorios o diócesis, mientras que los diezmos tienen como base el producto y son así impuestos de cuota *(Qualitätsteuer* y no, como el subsidio, *Repartitionsteuer).*

(Sobre la historia de los subsidios: Emil Goller, *Die Einnahmen der apostolischen Kammer u. Johan XXII.* Paderborn 1910, págs. 103-06.)

En cuanto a los organismos recaudadores, comienzan a centralizarse bajo Honorio III: legados y nuncios investidos de la facultad de recaudar desplazan en las diócesis a los obispos; bajo Inocencio IV éstos quedan pospuestos y los legados, colectores generales, se sirven de los organismos locales, de los archidiáconos y deanes; desde mediados de aquel siglo este organismo queda independiente de las autoridades locales y en manos de los subcolectores, delegados del colector general, cuya cumbre está en la cámara apostólica, a la que han de rendir cuenta. Se ha creado, pues, un organismo fiscal que por encima de los poderes particulares (autoridades diocesanas) llega a los contribuyentes.

(Sobre organización y técnica de la cobranza, materiales copiosos en Gottlob, *Die papstlichen Kreuzzugssteuern... des 13 Jahrhundert,* 1892.)

En cuanto al volumen y el poder de la hacienda central pontificia, que en su sentido moderno y racional entre los contemporáneos sólo algo parecido de extensión reducida tiene en la monarquía de Federico II, puede percibirse que subsiste en ella la tradición del Imperio Romano. El colector general, con todos los atributos que el papa le confiere, incluso la interdicción, es el instrumento odiado, pero eficiente de aquella centralización. Si se compara este aparato fiscal y estas fuentes impositivas con las de los Estados del XIII *wo sich ein recht buntes Bild feudalistischer u. zentralistischer Tendenzen u. nur in relativem Mass ein wirkliches System zeigt,* se aparecía la enorme superioridad y predominio político del papa sostenido por su hacienda.

(Para Francia, superando a Vuitry, Borrelli de Serres, *Recherches sur divers services publiques du 13e au 17 siècle,* tomo I, París, 1895. Invoca C.B. a Francia como el país de administración mejor organizada.)

En cuanto a la participación de los príncipes en los ingresos eclesiásticos, unas veces se les transfiere parte de la recaudación de los diezmos, o les confiere el papa su recaudación y se asegura una parte, siempre obligándose los príncipes a contribuir en la cruzada, y siempre incurriendo (los príncipes y el papa) en desviaciones en cuanto al destino del ingreso. Sería interesante perseguir sobre esto, entre nosotros, la historia de las *tercias* y su relación con este proceso.

Así, de una y otra parte, se vulnera el monopolio papal del derecho de imposición de la Iglesia. Ya pretendiendo los príncipes dejar a salvo su país del pago de diezmos, ya resistiéndose a que en él se recauden ingresos en cuya inversión no intervienen. Y también reaccionaban los contribuyentes, a saber: cuanto más feudalizada está la Iglesia en algún país tanto mayor resistencia oponen a los impuestos pontificios (aquí también el caso nuestro, merece señalarse). En esta oposición los príncipes encontraron aliados en los obispos, para combatir el monopolio fiscal del papa.

*Relaciones estrechas de la curia y los banqueros del XIII:* así lo imponía la necesidad de cambiar el dinero de los diezmos, más las otras, crecientes, de la curia: las guerras de los Anjou, costosísimas. Hicieron operaciones a corto plazo dando anticipos sobre los diezmos, pasando los banqueros a ser recaudadores, bajo Bonifacio VIII, depositando en sus filiales el dinero de la cobranza y haciendo ellos las transferencias; y el mercader, y no los monasterios o los templarios, intervienen en la inversión de los diezmos en objetivos políticos, sobre todo desde Martín IV. La intervención de los bancos, bajo Bonifacio VIII, llega a convertir a la cámara apostólica en una mera contaduría, y los

«mercatores camere», «mercatores domini Papa», adquieren rango burocrático: cobran y pagan por orden de la cámara y se obligan a prestar hasta ciertas cuantías. A estas relaciones de los banqueros con la cámara preceden las que toman con los obispos. Los préstamos sobre *Cruce signati* habían desarrollado las operaciones de crédito entre obispos y banqueros. En la historia accidentada de los «mercatores camere» se refleja la historia de las finanzas en las cortes italianas del XIII. En el siglo XIII son los sieneses los que prevalecen: en él son los banqueros de Francia y del papa; con leves alternativas dura su casi monopolio con el pontificado hasta 1270; ante todo, los Buonsignori. Luego siguen los florentinos, desde Alejandro I, los Scali, Benincasa y Perini, Alemani, que ya por aquel año compiten con los sieneses. Pero bajo Nicolás III (1277-1280) el papa procura que desaparezcan las situaciones monopolistas y se balancee el poder de los banqueros y entre sí compitan unas cuantas casas, junto a los Buonsignori, las florentinas, los Pulci, Rimberti, Spini, Spiliati, Frescobaldi, Bardi, Mozzi y Scali; de Lucca, los Riccardi y de Pistoia los Chiarenti, cuyos nombres todos se repiten en las ferias de Champagne.

La gran intervención de la banca por entonces, la muestra el hecho de que en las cuentas de Berardus, en la cámara, bajo Nicolás IV (1290) el 50 % de los gastos se cubren con créditos a corto plazo. La época más universal de la historia de la hacienda pontificia va a terminar con Anagni. El primer papa de Avignon, Clemente V, intenta una restauración, busca nuevas formas para la recaudación, y desarrollar las bases existentes, pero al período de Avignon le falta universalismo; nuevas formas de imposición eclesiástica con desarrollo de lo más formal del organismo administrativo (Libro citado de E. Goller. Del mismo autor otros trabajos, entre ellos en «Römischen Quartalschrift» y en «Quellen u. Forschungen aus italienieschen Archiven u. Biblioteken»; también Samarah. Mollat, *La fiscalité pontificale en France en 14e siècle.* París 1905, hace una exposición muy clara; I. P. Kirsch, «L'administration des finances pontificales» en *Revue d'histoire ecclesiastique* B.I. 1900.) La plena utilización del poder fiscal en la Iglesia no sólo se les escapa, a los papas, con el cisma, tienen en casa otro concurrente que reclama parte de aquella baza: el colegio cardenalicio (El mismo I. P. Kirsch *Die Finanzverwaltung des Kardinals-Kollegium in 13 u. 14 Jahrhundert.* Munster 1895.) Los cardenales llegan a reclamar, ante la postración del papado a consecuencia de la catástrofe de Avignon, hasta la mitad de los ingresos mayores de la curia.

Ante la disminución de los diezmos había que buscar otro ingreso, otros impuestos. ¿Cómo gravar los beneficios? Sacando partido de que los otorgaba el papa, y así se exigió una tasa a cargo del beneficiado que se fijó en la mitad de la cuantía de la predecesora. Ésta es la *annata.* La exige por primera vez para la cámara apostólica Clemente V que se reserva el año 1306 los frutos del primer año de todos los beneficios vacantes, como ya lo estaban en Inglaterra (La bula la publica W. Elunt «The first levy of papal annatas» en *American Historical Review* XVIII, pág. 63.) No hizo en suma otra cosa que adjudicarse lo que venía siendo derecho tradicional de los obispos y patronos de la Iglesia, sobre el primer año de las prebendas. El requisito previo para la exacción de las annatas era que el papa se las reservase, lo que con virtuosidad suma lleva a cabo Juan XXII; mediante este aparato y la frecuencia de su empleo, la tasa que es la annata pasa a ser un impuesto que el papa detrae de los beneficios. Y he

aquí una correlación más entre la centralización y la fiscalidad, cuanto más centraliza la colación de beneficios más medios tiene el papa de gravarlos. En el presupuesto de Juan XXII ocupan las annatas el primer lugar de los ingresos, y conservan mucho tiempo posición destacada. Por este camino se alcanzará también el poder impositivo de los prelados, en cuanto el papa o el consistorio los nombraba, y así los patriarcas, metropolitanos, obispos exentos y abades. De ellos se extrajo el *Servicium* (servitium comune), para la cámara apostólica y cardenales, que importaba un tercio de los ingresos anuales, y sobre éste, para los oficiales de la curia, el recargo de los *Servitia minuta.* El *servitium* tiene larga historia en el XIII y era antes usual como donación obligada, que se convierte en una tasa al final del siglo. (Frente a Gottlob, *Die Servitien Laxe im 13 Jahrh,* Stuttgart, 1903, Göller, *Einnahmen der apostolischen Kammer unter Johann XXII.* Paderborn 1910, acusa con sagacidad la historia y las clases de servicios y su desarrollo.) La importancia del servicio data del siglo XIV en que durante tiempo alcanza el 15 % de todos los ingresos.

Otra manera de hacer contribuir a los prelados era la *Visitatio liminum* que se cumplía trayendo algún regalo, lo que luego pasó a tener cuantía determinada y consiguientemente carácter de tasa.

Por lo tanto fueron las annatas, servicios, y visitas, formas de gravar al conjunto de la Iglesia, y unas y otras otros tantos retrocesos frente a la época precedente: por una parte se restringe el círculo, se estrecha el círculo, y de otra, falta la regularidad y periodicidad de la exacción. La cámara apostólica queda sin ingresos que puedan exigirse en cuantía determinada y en períodos de antemano señalados y que de nuevo retornan. Otros ingresos de menor cuantía del presupuesto de Avignon son: las *procuratione* o viáticos para viaje de la curia que se convirtieron en un pago en dinero, casi periódico; los *fructus mala percepti* que habrían de devolverse a la curia por haber mediado irregularidades o injusticias en la percepción, y los *espolios* por beneficios vacantes que se reservaba la curia.

También los organismos de la cámara apostólica se reforman en Avignon, la caja central y contaduría. En la cumbre el *camerarius,* jefe supremo, junto a él el tesorero conductor efectivo en cuanto contador y a sus órdenes el colegio de clérigos de la cámara que realiza los servicios. Como órganos principales de la jurisdicción el auditor de la cámara y como defensor del interés del fisco el fiscal procurador y abogado, y a las órdenes del *camerarius* los colectores con sus distritos territoriales y bajo éstos los subcolectores, con grandes prerrogativas para la exacción de los ingresos que recaudan, y severas sanciones a los morosos e infractores.

En cuanto a las relaciones bancarias interrumpidas a raíz del cisma, las restaura Juan XXII; intervienen los banqueros, ya sin el menor carácter monopolista, sobre todo en dos negocios: la transferencia de numerario que reciben de la cámara señalándoles el lugar del pago y la fecha, muchas veces inmediata, y los bancos cobran en relación con la distancia, el riesgo y el plazo un *portagium* que oscila entre el 1 y el 8 %; además, el otro negocio, son las letras de cambio. El banquero se encarga de cobrar, en otro lugar, una suma que anticipa. Ambos negocios se llamaron *de cambio;* los préstamos de la curia en Avignon, comparados con los del siglo XIII tienen menos importancia.

En dichos negocios hasta mediados del XIV tienen los florentinos (Acciaiuoli, Buonacorsi, y Bardi-Peruzzi) un gran predominio. Actúan desde Escocia a Sicilia y Chipre, y así se extendió su influencia que se quiebra en la crisis de los años del 1340, con la bancarrota de los Bardi y Peruzzi. Desde entonces el dinero de la curia se derrama por muchos canales: en Florencia, los Alberti viejos y nuevos, los Soderini, Gardi, Ricchi, Palharseni, Melliori, Ranuchini; en Lucca los Spiefani, Brancali, Podio y Vanichi y en Pistoia, los Francesi, Hennei, Lapi, Chiarenti, de Asti, los Malabalia...

Por primera vez en Avignon se puede establecer una estimación cuantitativa del presupuesto de la curia, o por lo menos de la cámara apostólica. Bajo Juan XXII los ingresos se elevan por término medio a 230.000 florines de oro al año, para bajar en tiempo de los sucesores. Con Benedicto XII a unos 170.000 y pasan de nuevo, bajo Clemente VI de 190.000 a más de 250.000 bajo Inocencio VI. Si se tiene en cuenta que el cabildo cardenalicio, a la cabeza de los ingresos, participaba en los servicios, visitas y censos, en un 50 %, resulta que el total sería de unos 300.000 florines de oro. En cuanto a los gastos, las guerras consumieron mucho y los impuestos tuvieron que ser muy gravosos. El cisma, que llegó a desmembrar la cristiandad en tres obediencias, cada una con muchas necesidades, descompuso y destrozó, en parte, la hacienda. Al terminar el cisma en Constanza se inicia, ante aquella postración, un nuevo rumbo contra la fuerza económica de los Estados y naciones con tendencias mercantilistas, que pretenden combatir la intromisión fiscal de la Iglesia. Más radical que ninguna la *natio gallica* procura liberarse de annatas y servicios, y restringir el oro del papa a los diezmos; también los alemanes se oponen a los gravámenes. Los concordatos suscritos en 1418 introducen una considerable limitación de annatas y servicios, y en algún caso de los diezmos. Ante esta situación, al acabar el cisma, la Iglesia para poder vivir tiene que pensar en conquistar el Estado de la Iglesia para salvar su hacienda.

(Sobre el tema, Bernard Hübler, *Die Konstanzer Reformation u. die Konkordate von 1418.* Leipzig 1897.)

¿Qué parte tiene la hacienda papal en el desarrollo de Europa, antecedente? Aceleró sin duda, con sus percepciones, el impulso de los pagos en dinero. Y en cuanto a la estructura económica tiene una trascendencia aún mayor, en la dinámica económica. La hacienda papal concentra una gran parte del dinero que circula en Europa, sobre todo en el Mediterráneo. Con ello experimentan los centros del comercio una considerable recepción de capitales, no sólo con los gastos inherentes a aquella concentración de fondos. Además en las transferencias propias de los pagos de la curia participa la banca italiana, por sus canales circula el numerario, sólo una parte la retiene como ganancias la banca, pero la mayor, en los depósitos, desarrolla las inversiones. Gracias al dinero de la curia entran en contacto con los bancos los terratenientes y prelados. La fuerza de muchos banqueros, de Siena y Florencia, está en aquellos depósitos cuyos acreedores son monasterios y prelados, en su mayoría. Los impuestos de la Iglesia gravan rentas del suelo y lo que los banqueros reciben como depósito, de los prelados, también es dinero de rentas. En una palabra, la hacienda papal maneja gran parte de las rentas territoriales y las aporta a la economía italiana de los siglos XIII y XIV, alentando a un naciente capitalismo. ¿Pudo este favor que recibió la economía de los países mediterráneos perjudicar a los que se vieron privados de aquellos capitales? No puede negarse que así fue cuando rayaba el siglo XV.

(Sobre el tema del papel de la banca en este proceso: L. Z. Dekauer «Il mercante senese nel Dugento». *Bolletino Senese* t. XXXI. s. 24. La quiebra de los Bardi y Peruzzi señalaba la alarma que causó la retirada de depósitos de prelados napolitanos. Sapori... *La crisi delle compagnie mercantile dei Bardi e Peruzzi,* 1926.)

Las luchas por el Estado eclesiástico se desarrollan desde fines del XV y principios del XVI por los papas del Renacimiento, desde Martín V a Paulo IV. En Constanza y Trento se menguaban las posibilidades que tenía la Iglesia de gravar, universalmente, con impuestos (como puede verse en los concordatos). La hacienda de los papas se concentra más y más sobre Italia, como fuente principal del Estado eclesiástico, el poder temporal de los papas. Desde Sixto IV estos ingresos importan, por lo menos, del 60 al 70 %, y a mediados del XVI, cerca del 80. Cuantos más municipios y más feudos sometía más rendía su hacienda. El mayor triunfo de la política estatal del papado lo tuvo en la absorción de las haciendas municipales de Roma, Perugia, Viterbo, Orvieto y otras ciudades; sólo Bolonia consiguió mantener su autonomía. Otro rasgo del período es el creciente desarrollo del crédito, hasta tal punto que la historia de la hacienda será la historia del crédito. Crece desmedidamente el endeudamiento mediante créditos a corto plazo y con ellos, en algunos pontificados, crece el crédito consolidado, introducido en el siglo XV, y que se desarrolla sin cesar. Antes del Saco de Roma, ya bajo Clemente VII, pasan los intereses de la deuda consolidada al 30 % de los ingresos ordinarios, y bajo Pío IV del 50 al 60 % de los ingresos.

Subsiste la organización administrativa de la hacienda de Avignon, pero las funciones se alteran: todo el régimen de caja queda bajo la dirección de comerciantes. Como una caja central actúa en la cámara apostólica la depositaría general; paga y cobra, pero no puede hablarse de una unidad de caja. Cada provincia tiene la suya y otras hay con dotación especial, autónomas: el depositario general es siempre una casa bancaria y asimismo están en manos de banqueros las otras cajas. En cuanto a los organismos receptores hay dos: para los ingresos papales *quad jus spirituale,* las colectorías, ya conocidas en tiempos de Avignon; y para los ingresos *quad jus temporale* las tesorerías de provincias y los departamentos del Estado eclesiástico.

Las colectorías pierden importancia en el XVI desde que se les quita la percepción de diezmos, los que bajo dirección del tesorero general o del camarero, mediante arriendos, pasan a cobrarlos los banqueros. Se unen las colectorías con las nunciaturas permanentes, sobre un mismo territorio. En el XVI existen los de España, Portugal y Nápoles, amén de Italia.

Junto a la cámara apostólica aparece en el XV otra institución fiscal, en el organismo central, la *Dataría.* (Sobre el tema, Léonce Celier, *Les Datarias au 15e siècle et les origines de la Datarie apostolique.* París 1910 y también W. von Hofmann, *Forschungen zur Geschichte der Kurialen Behorden von Schisma zu Reformation.* Rom, 1914.) La dataría, que desde Sixto IV se nutre de indulgencias, dispensas y venta de oficios, tiene desde el XVI un propio depositario y un enlace directo con la tesorería secreta que, a disposición privada del papa, consume la mitad de sus ingresos. Otra novedad es que el colegio cardenalicio no participa directamente en los ingresos, servicios, etc. sino que los cardenales pasan a recibir sus provisiones de la cámara apostólica.

En cuanto a la proporción de los ingresos impositivos y de ellos las annatas y servicios, a fines del XV, la cuota media de éstos es de 40 a 50.000 ducados (en el presupuesto de Sixto IV) y en el XVI este rendimiendo desciende. (Como no cuenta los espolios no es fácil decir, a la luz de los papeles de Poggio, hasta qué punto tiene razón.) De aquí la necesidad de buscar nuevos ingresos, sobre todo tasas administrativas, que crecen en el XV. Asimismo el desarrollo de las gracias de la curia, tuvo sentido fiscal: dispensas *(Verleihungen)* a las que acompañan tasas en el momento de la concesión; asimismo las *compositiones* corresponden a la dataría. No es casual que las indulgencias plenarias y los *Anni Santi* se acumulen desde Bonifacio IV, es decir, al comienzo de la sequía de las annatas y otros ingresos que deniegan o acortan distintos países. Si bien lo que rinden estas gracias e indulgencias, en que pronto participan los agentes exteriores a la Iglesia en no menos del 50 %, dista mucho de justificar el escándalo que luce en su torno; descontados los gastos, a fines del XV, las cifras son tan cortas que no pasan a veces de 2.000 ducados.

Como ingreso extraordinario quedan a la cámara apostólica los diezmos, *quad jus spirituale,* que conservan los papas íntegros en los Estados de la Iglesia, pero muy mermados en Italia y los demás países y en algunos, como Venecia, nulos para el papa.

Lo más característico, para los siglos XV y XVI, es, como se ha dicho, en la hacienda papal, el desarrollo del crédito. Créditos a corto plazo, con pignoración de ingresos, y a largo plazo, en forma de rentas cuya deuda se cancela a gusto del acreedor de la cámara. El origen de esta transformación del crédito está en la enajenación de oficios, recurso muy en boga durante el cisma, en tiempos de Bonifacio IX principalmente, permanente luego pese a las críticas. Y en la segunda mitad del XV, sin excepción, todo oficio de administración central de curia, si no tenía carácter espiritual, fue enajenado. Ello contribuyó a que sus compradores adoptaran una organización colegiada, y en estos colegios se apoyan las necesidades del crédito: se crean nuevos colegios dotados con el rendimiento de derecho de cancillería y otras tasas, cuyos miembros ocupan otros tantos puestos enajenados que al quedar vacantes vuelven a venderse, o sea, dispone de ellos la cámara apostólica, es decir que se instaura un sistema de empréstitos en forma de renta vitalicia para el aporte al capital del colegio; los puestos vacantes dan lugar, al cubrirse, a una especie de arriendo de determinadas tasas.

El sistema lo inicia Pío II (1468) al fundar el colegio de 70 *abbreviatores* y vender los setenta puestos en 30.000 ducados (Hoffmann, ob. cit., 1122) y así continúa hasta que, por ejemplo, Inocencio VIII declara sin reparos que funda un colegio más para emprender una consolidación de deuda, convirtiendo con ello, por primera vez, títulos de deuda a corto plazo. Así funda el colegio de los Secretarios apostólicos (1486) que le reporta 62.400 ducados. Todos los colegios de creación posterior son otras tantas consolidaciones (desde Alejandro VI a Julio II).

Julio II y León X recurren a otra solución: el título de empleado y ciertos derechos honoríficos sirven de estímulo o factor psicológico para movilizar la vanidad. Así en 1509, los 141 puestos del colegio presidencial de la Annona que vende Julio II y cuyos intereses se pagan a cargo de las Salinas de Roma; así también los colegios de caballeros de San Pedro que instaura León X (1520). El sistema, dada la gratitud que la curia

debía a tantos acreedores que quedaban dentro de ello, dio lugar a indecibles abusos, abandonos e irregularidades y fue muy criticado.

Trento lo pone a prueba con sus reformas. Y en ellas se inicia un proceso de democratización del crédito pontificio. El crédito se difunde entre un mayor número de partícipes; así ocurre con las *societas officiorum* que reúnen el pequeño ahorro y así se llega a los *monti* que comienzan bajo Clemente VII; su desarrollo se inicia con la venta de rentas perpetuas en la forma de *Monte de Fede* (1526) que se sirve de este recurso para financiar la Liga Santa: 200.000 ducados en títulos de 100 ducados, transferibles, hereditarios, que rinden un 10 % y están garantizados por la Aduana de Roma. Otro tipo de monte (más próximo a la enajenación de oficios) es el que introduce Julio III (1550) con el *Monte vacabole,* cuyos títulos son vitalicios, si bien el interés es mayor.

Las emisiones de estos empréstitos *(i reoghi di Monti)* las hacen, casi sin excepción, los bancos, sobre todo los que fueron depositarios generales, que los suscriben en bloque y los colocan entre su clientela.

Después de Trento —universalismo frente a particularismo, espiritualidad y acometividad— con el barroco, desde Pío V a Inocencio XI, se hace precisa una nueva hacienda que en sus gastos tiene tres principales registros: pago de subsidios, grandes edificaciones, gastos bélicos, y cuya contrapartida es un inmenso crecimiento de la deuda, y sus ingresos en los dominios del poder temporal (regalías) los impuestos que los Estados de la Iglesia soportan...

**Ramón Carande**

# PALENCIA

## 4 A 15 MAYO 1987

# CENTENARIO RAMON CARANDE

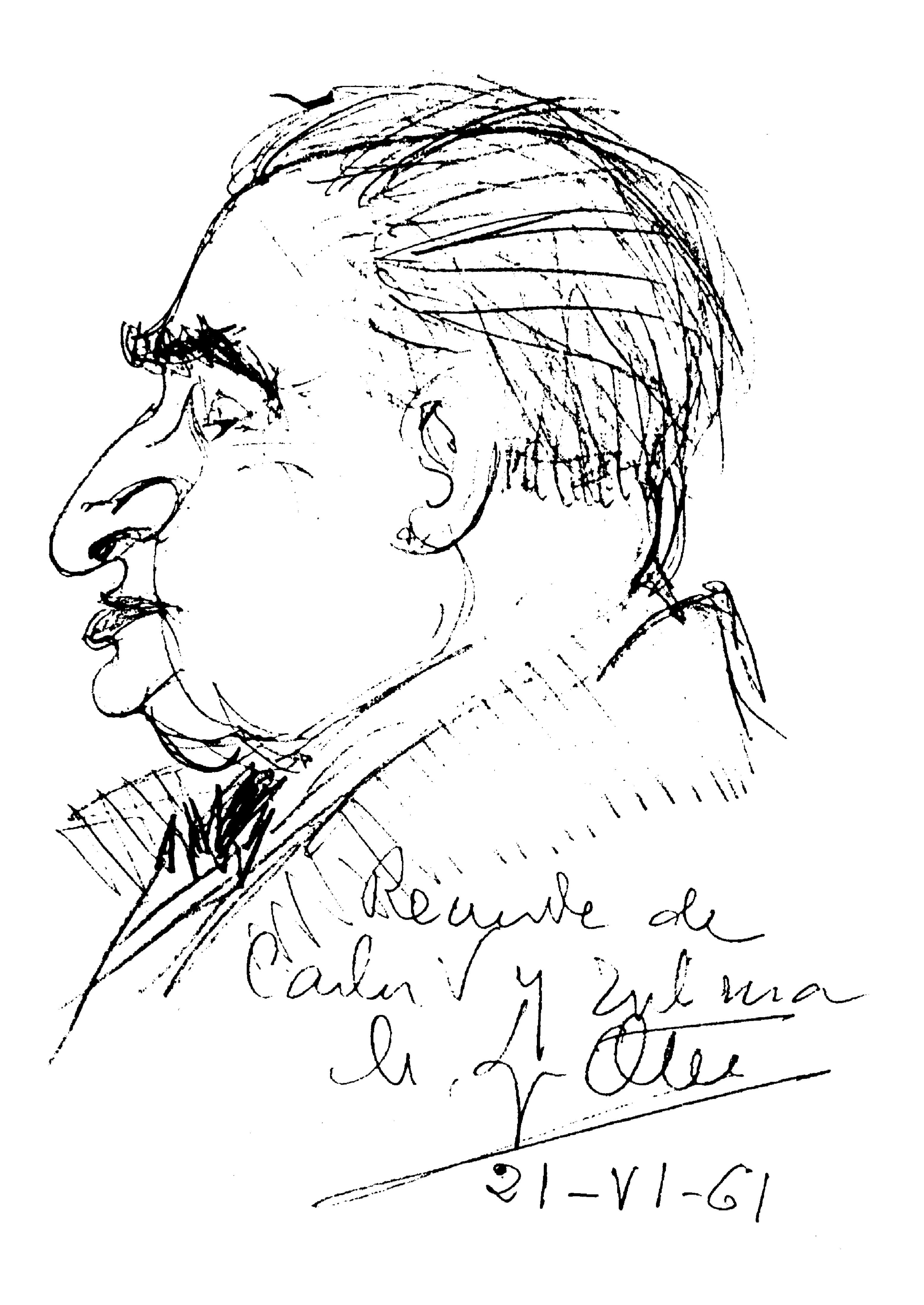
**EXPOSICIONES - CONFERENCIAS**
**AUDIOVISUALES - CONCIERTOS**
**PUBLICACIONES**



DEPARTAMENTO DE CULTURA - EXCMO. AYUNTAMIENTO DE PALENCIA

 Anterior  Inicio Siguiente

# VIDA Y OBRA


Recuerdo de
21-VI-61

# Don Ramón

Esta mañana destemplada del 1 de septiembre de 1986, a las 11,15 me comunican desde un periódico madrileño que ha muerto don Ramón Carande. La noticia me ha hecho el efecto de un mazazo o más bien de un golpe traicionero. Me vacila la cabeza, siento una angustia infinita y, sin embargo, he de escribir por deber. Escribo atenazado por el dolor, y el escribir aumenta el dolor mismo. ¡Qué clase de dolor! Con don Ramón se me va —también a España entera— el último representante de una generación, la de los padres de los hombres de mi edad, que fue admirable por muchos conceptos, pero a la que le tocó el sino de vivir en la plenitud las horas más amargas que cabe imaginar. Don Ramón, dentro de generación semejante, se destacaba, sobresalía por su personalidad no sólo intelectual, sino también física y ética. Difícilmente cabe imaginar un hombre más completo.

Hay sabios, hay santos, hay hombres de prestancia y brío, pero hombres enteros en todo se dan pocos. Don Ramón lo era. Tuvo una fortaleza corporal muy poco común en intelectuales, porque los que hay y que viven mucho, como él, tienen una vida siempre algo restringida y condicionada por alguna debilidad física que les hace cuidarse. Don Ramón, a los 90 años, era capaz de cansar al que quisiera acompañarle en sus paseos por Sevilla. Antes se había movido de aquí para allá sin conocer el reposo, sin padecer dolencia alguna.

Esta inmensa fuerza vital iba unida a una memoria prodigiosa, de suerte que podía hablar con pelos y señales de cosas remotas, como su estancia en la Alemania de Guillermo II, dándonos imágenes increíbles por su plasticidad; por ejemplo, la del gran helenista Wilamowitz-Moellendorf, enemigo de Nietzsche, paseando a caballo por un parque o una avenida de Berlín allá por el año 1911. Podía trazar la silueta de Simmel explicando sutilmente en su cátedra, y recordaba cómo había visto a Lenin con sus correligionarios en Suiza, antes, claro es, de la revolución de 1917. Don Ramón había seguido a la farándula, tuvo actividades políticas intensas, fue confidente del cardenal Segura y puede decirse que su vitalidad desbordante producía en la gente de los más distintos pelajes una inmensa confianza.

Su obra como historiador supone la renovación total de técnicas, métodos y planteamiento de problemas. Para prepararla trabajó largos años en tareas preliminares que le parecían imprescindibles. Realizó así no sólo minuciosas exploraciones de archivos y bibliotecas, sino también largas entrevistas con sabios de los que creo que ningún español de su época tuvo idea directa. Conoció a Sombart, al príncipe Kropotkin y a otras muchas personalidades que nos resultan lejanísimas en el tiempo y en el espacio. Por desgracia, parte del esfuerzo inmenso se perdió en la maldita guerra de 1936.

Antes de preparar su obra capital, *Carlos V y sus banqueros,* había reunido enorme cantidad de información sobre tema más recóndito, acaso incluso más difícil, acerca

de la hacienda de Castilla en la época de los reyes de la dinastía de Trastámara. Todo esto se perdió miserablemente durante aquel desastre, que a don Ramón le produjo zozobras y tribulaciones sin cuento. Pasada la tragedia, repuesto en su cátedra y acompañado del cariño, del respeto de familiares, colegas y discípulos, llega a ser en su vejez una de las figuras públicas que producen más curiosidad y atracción. Es durante esta fase cuando yo lo traté y cuando me favoreció de manera que choca por su generosidad admirable, a la que jamás he podido corresponder debidamente: tan corto de recursos me encontré siempre ante él y tan desmedrado por todo concepto.

Los recuerdos se agolpan con el dolor. En 1963 me dio el espaldarazo al ingresar en la Academia de la Historia. Tenía ya más de 70 años y el viejo parecía yo, que no llegaba a los 50. En Madrid, en Sevilla, alguna vez aquí, en Vera, he pasado horas de las más intensas de mi vida oyéndole o dialogando con él. Con frecuencia hablaba de algo ajeno a la vida profesional, pero que incluso resultaba más interesante por la humanidad que ponía al tratarlo; por ejemplo, cuando describía aquella serie de amigos y conocidos a los que denominaba «raros» y de los que hizo unas semblanzas estupendas en un librito. Recordaba también episodios de su vida familiar, retrataba a su abuela, al antepasado progresista, o daba notas originales sobre algunos amigos comunes.

Don Ramón llevaba afincado en Sevilla desde 1918, si no recuerdo mal. Amaba a la ciudad como el que más, pero puede decirse que no había perdido un átomo de su carácter y de su manera de hablar de castellano viejo. Tenía un aspecto enigmático con el bastón y la melena blanca. Él decía que se parecía mucho a Cohen, el filósofo neokantiano que fue también maestro de Ortega. En todo caso, no era una figura común.

Estas pobres líneas, escritas con mano temblorosa, con la vista y el ánimo turbados por el dolor y sin el reposo necesario, por tanto, no pretenden dar una imagen cabal del muerto querido y admirado. Sí testimonio del dolor inmenso que me domina ante una de las mayores pérdidas que he experimentado en estos años, que supongo que son ya de los finales de mi vida.

**Julio Caro Baroja**

# Don Ramón Carande Thovar

Hace un tiempo visité con don Ramón Carande el monasterio de Uclés, uno de los pocos de España que él no conocía. Tenía entonces noventa años, y a esta edad casi todas las cosas del mundo suelen suscitar un interés moderado. Pero don Ramón recorrió el edificio con una atención, una vivacidad y un entusiasmo extraordinarios; interrogó a los acompañantes sobre todos los detalles de la arquitectura y de la historia. Su conducta estaba lejos de ser la corriente en un nonagenario; parecía más bien la de un joven que preparase una publicación sobre aquel monasterio o sobre un tema relacionado con él.

Esta anécdota refleja el carácter del maestro: tras noventa años de estudios y viajes, la posibilidad de conocer y apreciar una nueva joya de arte le llenaba de emoción y trataba de obtener de ella el máximo provecho intelectual y estético. Tuvo hasta su muerte un afán de ilimitada perfección y elevación.

Don Ramón Carande figurará en los anales del pensamiento español como un gran tratadista de la historia económica de nuestra patria. Aportó al conocimiento de los siglos del Renacimiento, trabajos que los iluminaron y sirvieron de modelo a sus discípulos y a otros investigadores. Gracias a él y a ellos, hoy tenemos ideas más claras sobre la historia económica y sobre la historia general de España en los años que siguieron al descubrimiento de América.

Pero los discípulos y amigos de don Ramón Carande le recordaremos además por una serie de cualidades que hicieron de su trato una fiesta espiritual. Tanto es así que si imaginamos por un momento que una rara catástrofe destruyera todos los ejemplares de sus libros y artículos, no por esto desaparecería su imagen de nuestro panorama intelectual y cordial. Mientras viviera alguno de los que le ha conocido y tratado, su figura se proyectaría luminosa y sonriente en la memoria de los hombres.

Don Ramón no era sólo un economista e historiador. Tenía el don de lenguas: dominaba el latín, el francés, el alemán y el inglés; leía el italiano y el portugués y no sé si algún otro idioma. Y poseía una vasta cultura que se extendía a muchos campos. Su erudición en literatura, música, pintura, escultura y arquitectura era sorprendente. Había leído una increíble cantidad de libros, había visitado reiteradamente los museos de Europa, había asistido a innumerables conciertos y representaciones teatrales, había viajado por todos los países del Viejo Continente y conversado con muchos de sus hombres más distinguidos.

Con este caudal de conocimientos, ideas y experiencias, era generoso. Estaba dispuesto a dar parte en él a cualquiera que solicitara orientación o información. Prefería, para la conversación o la docencia, a los jóvenes, pero no excluía a nadie. Su condición de profesor universitario se había extendido a todas sus actividades y con relación a todas las personas de su trato.

En don Ramón Carande se combinaban un elevado sentimiento patriótico y una capacidad para encontrarse con naturalidad en cualquiera de las las naciones europeas. Había pasado largas temporadas en Francia, Alemania, Italia, Inglaterra y Portugal, y temporadas menos largas en Bélgica, Holanda, los países escandinavos, Polonia, Grecia y otros Estados, y en todos ellos había desarrollado sus actividades intelectuales y se había encontrado como en su casa. Pero a diferencia de lo que ocurre con otras personas que han viajado por el extranjero (generalmente menos que don Ramón), éste no producía nunca el efecto de un español extranjerizante. Sus conocimientos de los países europeos iban acompañados por conocimientos más profundos y detallados todavía de todas las regiones y comarcas españolas. Había visitado las capitales de cuarenta y ocho provincias y todos los monasterios, iglesias, palacios y monumentos de algún interés artístico o histórico. Su buen conocimiento de muchas lenguas antiguas y modernas no había perjudicado la pureza de su castellano. No es necesario ponderar el rigor gramatical y la precisión y brillantez de su lengua escrita, porque ahí están sus libros, artículos y cartas que los atestiguan, pero su lenguaje hablado tenía la misma exactitud sintáctica y la misma fuerza plástica. Si sus conversaciones más familiares y relajadas se hubiesen tomado taquigráficamente, se habrían obtenido textos que podrían servir como modelos escolares de corrección y de elegancia idiomáticas.

Las razones últimas de esta capacidad de adaptación de don Ramón, de que fuera un buen ciudadano del mundo y un gran español eran su corazón, su inteligencia y su cultura. Su amor a todos los hombres, su conocimiento de la historia y de otros aspectos de la vida de una nación, le hacían sentirse bien en ella; las diferencias de costumbres o de psicología no le chocaban, las comprendía fácilmente y no constituían un obstáculo para que pudiese vivir meses o años trabajando, estudiando y cultivando amistades en Francia o en Alemania. Y asimismo, su amor a España y su conocimiento detallado y profundo de la historia, la geografía y el arte de todas sus comarcas le hacían encontrarse en todas ellas como en familia. Tenía dos preferidas, Palencia y Sevilla, la ciudad de su nacimiento y aquella en que había construido su hogar. Le gustaba rememorar largamente su infancia en Carrión de los Condes y comentar anécdotas de las dos personas que presidían sus recuerdos de aquellos años: su padre y su abuela. Y también repetía con frecuencia que en Sevilla había encontrado un puerto de tranquilidad en su agitada vida y había consolidado amistades duraderas. Pero en cualquier ciudad española podía hablar de su historia y de su carácter, y su explicación hacía que él y sus oyentes, al cabo de un rato, se encontrasen en ella como si fuera la suya propia.

El trato con Ramón Carande era educador y estimulante. Tras una conversación con él, los interlocutores se sentían mejor, en todos los sentidos de la palabra: habían aprendido muchas cosas, habían visto una cuestión compleja iluminada por una nueva luz, habían descubierto un aspecto nuevo e importante de un problema que se había debatido largamente. Al mismo tiempo notaban que el clima moral a su alrededor se había depurado, se sentían menos inclinados a la crítica maligna, a la mezquindad, a la maledicencia. Tenían más deseos de estudiar y menos de pontificar, comprendían que el mundo es un misterio, que cada hombre encierra problemas insondables y que sólo grandes esfuerzos de inteligencia y de amor nos pueden aproximar lentamente a un poco de comprensión de la maravilla de nuestra existencia.

Y el gran pedagogo que fue don Ramón, que conjuraba esta elevación moral e intelectual, estaba, a su vez, dispuesto a participar en ella. El maestro estaba deseoso de aprender. Hasta los últimos meses de su larga vida, se interesó por un hecho nuevo, por un libro recién aparecido, por una nueva corriente intelectual o artística, un nuevo partido político o una personalidad nacional o extranjera que pudiera parecerle carismática o portadora de buenas intenciones. Añadir un poco más de información a la fabulosa que había acumulado o deleitarse en la contemplación de un nuevo objeto bello o en una evocación histórica fueron para él una tarea que sólo concluyó con su muerte.

Era don Ramón una síntesis acabada de tradición y modernidad. Para él la cultura histórica no era nunca mera arqueología, ni su interés por las últimas escuelas intelectuales o artísticas se confundía con la creencia de que eran totalmente nuevas. La conducta de los antiguos le ayudaba a comprender la de los modernos y viceversa. Creía que el hombre y la mujer han cambiado poco a través de los siglos y que sus reacciones a los distintos estímulos que les ofrece la vida son aproximadamente constantes. A veces, para ayudar a la comprensión de un hecho histórico, lo comparaba con un acontecimiento contemporáneo que parecía de fácil inteligencia. Otras veces, para interpretar un hecho nuevo y sorprendente aducía un ejemplo histórico, que mostraba que aquél no era tan nuevo como parecía. Con palabras muy repetidas pero ciertas, para él, la historia era la maestra de la vida. Su gran conocimiento del siglo XVI no le impedía vivir plenamente en el XX.

Tenía gran honestidad intelectual e independencia de criterio. Solucionaba un problema, juzgaba a una persona o un hecho, valoraba una obra de arte, atendiendo exclusivamente a las circunstancias de la cuestión, sin tener en cuenta posibles conexiones con otros problemas, otras personas u otras obras de arte. En los primeros tiempos de nuestra amistad, hablamos de un poeta ligado a corrientes políticas que le eran gratas; pensé que lo juzgaría favorablemente desde el punto de vista artístico. Pero no, su juicio fue netamente adverso. Otra vez le pregunté su opinión de una novela que estaba muy lejos de los gustos de casi todos sus amigos; me dijo que le parecía una gran obra. Cuando le conocí más, hechos como éstos (que se reiteraron) ya no me sorprendieron: respondían a la vez a su honestidad intelectual y a su claridad mental; distinguía cuidadosamente las cuestiones, y juzgaba cada una de ellas en virtud de sus propios méritos.

La generosidad de don Ramón se puso de manifiesto en su libro *Galería de raros,* publicado poco antes de su muerte. Este libro singular es una colección de biografías de hombres desconocidos para la mayoría de los lectores: no habían escrito nada ni habían tomado parte en acontecimientos aparentemente importantes. Pero el autor los había conocido bien, había descubierto en ellos méritos morales o intelectuales y los registró con minuciosidad y amor para deleite y edificación de los lectores. Con este libro atípico Carande parece decirnos que hay hombres mejores que los que hacen ruido en el mundo, y que el observador interesado descubre personajes interesantes que escapan a la vista de los frívolos y de los que se dejan impresionar por la arrogancia.

Carande fue nombrado por oposición catedrático de Economía Política de la Universidad de Murcia cuando tenía veintinueve años. Dos más tarde pasó a la de Sevilla, donde profesó hasta su jubilación. Formó parte del grupo de jóvenes investigadores

y docentes dirigido por Antonio Flores de Lemus que, en las primeras décadas del siglo renovó los estudios de economía en España. Unas cifras pueden servir de índice de la amplitud de esta renovación: el número de economistas en nuestro país en 1936 puede cifrarse aproximadamente en una docena. La influencia del grupo de Flores de Lemus determinó la creación en 1943 de la Facultad de Ciencias Económicas de Madrid, a la que pronto siguieron otras; en ellas se han licenciado unos veinticinco mil economistas.

Dentro de este grupo, Carande se especializó en historia económica y muy pronto se convirtió en la primera autoridad nacional en la materia y lo ha sido hasta su muerte. De la historia económica, un tema le atrajo particularmente, el siglo dieciséis español. Estudió otros períodos y publicó trabajos sobre ellos; especialmente el siglo dieciocho, el nacimiento de la economía industrial y del Estado democrático, suscitaron ensayos llenos, como todos los suyos, de agudeza y originalidad. Pero realmente don Ramón consagró la mayor parte de sus fatigas de investigador al estudio de los cambios económicos que tuvieron lugar en Europa y sobre todo en España a consecuencia del descubrimiento de América.

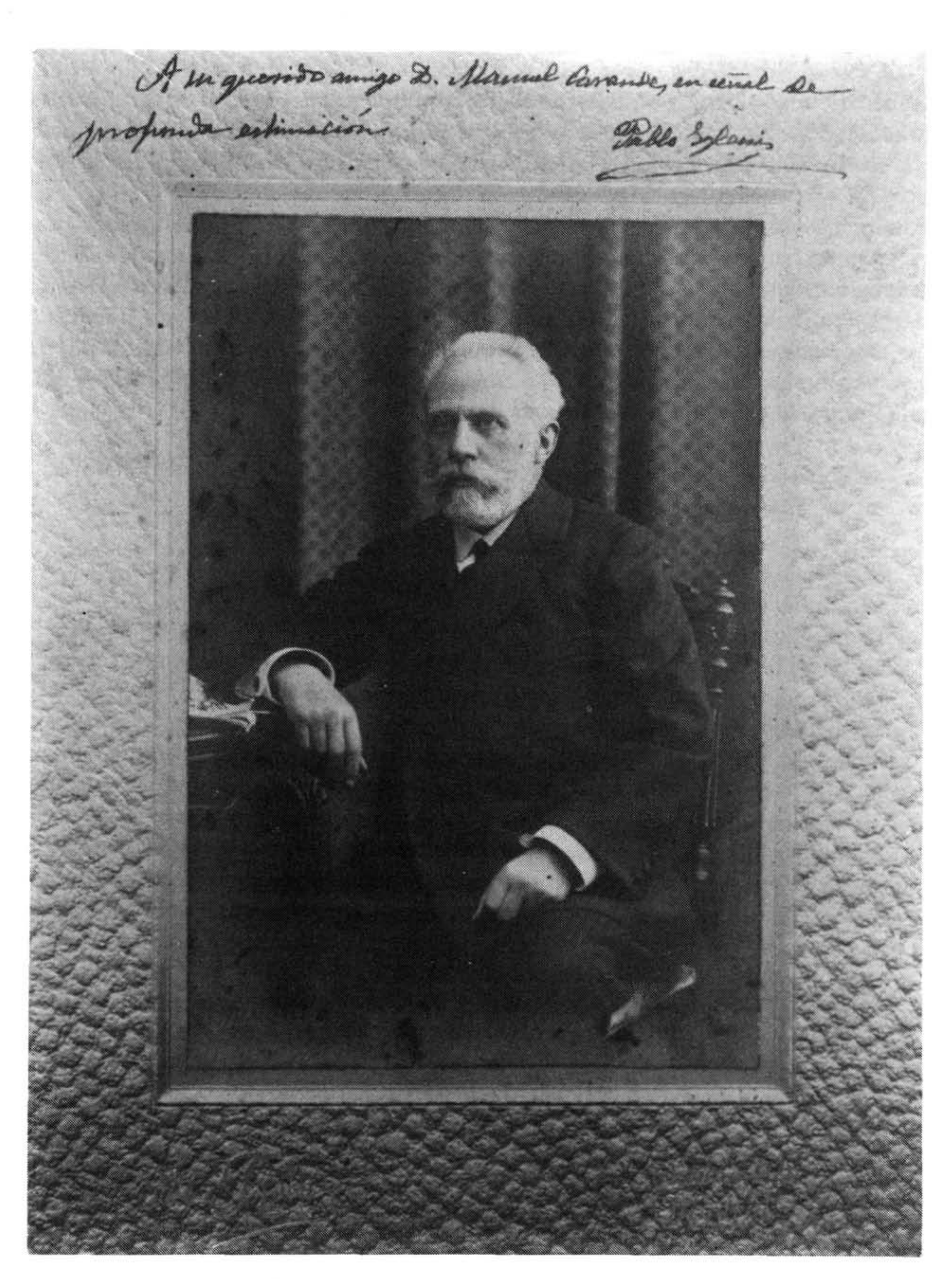
El Renacimiento fue un fenómeno complejo. La invención de la imprenta, el descubrimiento de la forma del planeta, la exploración de casi todas las tierras del mismo, la reforma protestante, la conquista de Constantinopla por los turcos y la traída a Occidente de textos clásicos procedentes de Oriente, cambiaron la mentalidad de las naciones europeas. Pero a todos estos hechos se añadió otro que se prolongó durante varias centurias: la llegada al Viejo Continente de grandes cantidades de oro y plata de América. Tal llegada produjo una elevación continuada de los precios, la cual a su vez cambió la marcha de los procesos económicos en Europa: unas personas y unas clases sociales se enriquecieron más que otras, y algunas se empobrecieron; la ordenación de los Estados según su riqueza, según su fuerza política, según su poder militar, se modificó repetidamente. ¿Es posible encontrar explicaciones o intentos de explicación de estos cambios? España fue, por breve tiempo, la primera potencia mundial, primera en extensión territorial, en cultura, en fuerza política y militar, en riqueza. Después perdió esta primacía. ¿Por qué? Los metales preciosos del Nuevo Mundo llegaban al Viejo principalmente a través de España, pero la atravesaban rápidamente y se desparramaban por las otras naciones europeas y en la carrera del desarrollo económico, nuestro país quedaba relativamente cada vez más atrasado. Este hecho suscitó ya la atención en el siglo dieciséis y desde entonces muchos economistas han intentado encontrarle una explicación. No se ha llegado a un consenso general.

Con su obra *Carlos V y sus banqueros*, Carande aportó al estudio de esta cuestión materiales preciosos que ningún investigador del tema podrá descuidar. Por otra parte todo economista español, historiador o tratadista político, debe leer este libro si no quiere privarse de unos conocimientos que le serán indispensables en muchas ocasiones. La materia del libro es la política financiera del Emperador, pero la Hacienda está tan relacionada con la economía y ésta con toda la vida humana, que *Carlos V y sus banqueros* resulta ser una crónica animada e interesantísima de la España del siglo dieciséis.

En la preparación, redacción y edición de este libro, Carande trabajó la mitad de su vida. El primer tomo se publicó en 1943, el segundo en 1949, el tercero en 1967.

En 1957, a los setenta años de edad, don Ramón se jubiló en su cátedra de Sevilla. Había terminado lo que podemos considerar el tiempo normal de su actividad. Muchos hombres dedican el resto de los años de la vida que la naturaleza les concede, al reposo y la meditación. Don Ramón Carande, sin descuidar la meditación, que cultivó siempre, antes y después, siguió trabajando con la misma intensidad que antes, tal vez con más intensidad, y ciertamente con más eficacia, porque sus facultades se mantuvieron en plenitud hasta pocas semanas antes de su muerte, y su personalidad estaba cada vez más madura y llena de experiencia. Artículos, conferencias y libros siguieron manando de su pluma. Su mente fue enriqueciéndose y haciendo partícipes de sus riquezas a sus discípulos, a sus amigos, a sus lectores en general. Esta elevación continuada de su espíritu, que venía durando casi cien años, no había de interrumpirse: continuó hasta llevarle a la claridad eterna.

**Lucas Beltrán**




Fotografía de Pablo Iglesias (Archivo de Ramón Carande)

# La factible continuidad del discurso de Ramón Carande

Pasando las hojas de un cuaderno de Ramón Carande encuentro un poema anónimo, éste, que me atrevo a pensar que es suyo:

> A la visita
> asidua
> invisible
> que desde lo alto, volteando,
> envía a este recinto
> que llenan de resonancia
> las campanas de la Giralda
> en su voz limpia y jubilosa
> a la hora de vísperas.

Viene en un cuaderno menor, de pasta dura, que encabeza cita de Tolstoi, borrador, el cuaderno, la mayoría, del *Carlos V.* Son versos que saben algo, no mucho, a Enrique de Mesa, Moreno Villa, Salinas... En la primera edición de *Presagios* figura una foto del Salinas sevillano en una azotea, teniendo tras él la Giralda. Ramón Carande compró, y así lo fecha, el 11 de marzo de 1910, *Vendimión* de Marquina, y en junio la traducción que éste hiciera de *Los simples* de Guerra Junqueiro. En otro libro de poesía de la época estaba una hoja suelta con versos balbuceantes. Todos esos poetas, y otros más —Guillén, Dámaso, Gerardo...— fueron amigos suyos. También se conoce algún poemilla dedicado a sus nietos, en tarjetas postales, cual mensajes, a los que añoraba. Pero no, no vamos a inquietar el merecido ¿qué nos queda decir?, descanso de don Ramón con la amenaza de que se va a publicar un libro suyo inédito... de versos.

También se conoce suyo algún dibujo. Que no está nada mal, por cierto. Un retrato caricatura de Manolete, algún bosquejo... el mejor, y su existencia alegrará a Antonio Blanco Freijeiro, especialista en ellos, es el de un cochinillo, si no berraco, tumbado, durmiendo ese tan apacible sueño animal, tan característico de la dehesa extremeña, por donde gustaba disfrutar su descanso, incansablemente laborioso.

Con verdadera delectación, en muchos de sus 54 cuadernos de trabajo dedicados a *Carlos V y sus banqueros,* reproduce, copiándolas, firmas y rúbricas de mercaderes y personajes de alcurnia de la época... también sellos y orlas. Pero nunca tuvo la intención, sí de emularle, de ganarle la partida, a lápiz, a Julio Caro.

Tras recorrer, sólo someramente, y ordenar, inicialmente, 149 cuadernos de muy distintos tamaños, algunos hasta de 500 páginas, otros libretas meramente de bolsillo, de sus escritos y revisar, algo más que por encima, no del todo, fichas, carpetas y archiva-

dores, se puede entender que hay toda una parte de la obra de Ramón Carande ignorada y digna por tanto de darse a conocer.

¡Qué mundo tan increíble aquél en el que se movía este hombre, de umbral adentro, de papeles a través! ¡Qué mundo tan denso y tan suyo! Sin dejar de estar atento al mundo de los demás, para lo cual dejaba la puerta abierta.

—Don Ramón, ¿se puede?

Nos imaginamos la escena según la cuenta Miguel Maticorena en un artículo de *ABC* de 1969. Y don Ramón le contesta:

—Espere un momento: ahora le atiendo...

En esos cuadernos registra, casi telepáticamente, el impulso que acaba de recibir —los cuadernos viajaban con él a todas partes— bien en forma de manuscrito que transcribe, documento que desflora, dato que encuentra o lectura sugerente, a la vez que al resuello de su reflexión instantánea, un apunte. Acumula así incitaciones; luego, más tarde, llegará el redactar. Primero en borrador, también a mano, luego dictando. Nunca supo —o quiso aprender a— escribir a máquina. Si dictaba a persona afín, cual fue su caso, atemperada a sus maneras, ello le daba la ventaja de la pausa para hacerlo bien. A su gusto. Remataba así una manera de trabajar propia.

En esos cuadernos que deja escritos, numerosos, minuciosos, y ordenados, en lo que cabe, con su personalísima letra que no enrevesada para el que se haya acostumbrado a ella, deslumbra la cuantía de su riqueza. La densidad del cónclave evocado y la peculiaridad de aquel mundo. Su manera, por ejemplo, de leer el libro de interés. Primero subrayaba a lápiz los párrafos escogidos, después los trasladaba a sus cuadernos, comentándolos, si no era en el mismo margen, como —se dan tres ejemplos contrapuestos— *Das Zeitalter der Fugger* de Ehrenberg, *España en su Historia* de Américo Castro o *El discurso a las juventudes de España* de Ramiro Ledesma Ramos, tan dispares, tan sugerentes cual le fueron. Cito uno más, hoy de tan subrayado a lápiz, usaba también regla, casi ilegible: *La Rosa de Fuego* de Joaquín Romero Maura. Cotejos singularísimos. Su incitante manera de seguir una sugerencia. Su búsqueda de pistas que le condujesen al hecho. O su manera de interpretar. O de entender. «Nos advierte don Ramón —cuenta Julio Caro Baroja en una reseña que hizo del *Carlos V* para *Revista de Occidente* (1968)— en el párrafo final de la introducción del tomo tercero, que sus maestros pertenecen a otro tiempo, que él adopta el método narrativo y nada más. Pero acaso no haya procedimiento más demoledor para destruir síntesis falsas, teorías ligeras y atrevidas, concepciones falazmente ingeniosas, que el de poner los hechos uno detrás de otro.»

Algunos de sus cuadernos de trabajo, si no todos, son perfectos puzzles donde engranan las piezas con holgada justeza, globalizando un todo plural, por la variedad de temas que se abarcan, y singular, por su calidad y hondura. Dignos de publicarse.

De sus muy frecuentes viajes, en aquellos cuadernos, cartas y otras páginas, escribió detalladas crónicas. Ya de uno de ellos, a estas fechas, se publica anticipo, de aquel que realizó a su regreso (1953) a Europa lleno de ilusión, nostalgia, ¡ay! e inquietud: la Europa que recupera está en ruinas. En una libreta de hule negro de bolsillo escribe

sobre su viaje a Madrid en junio de 1945. Cuenta del avatar, aún tardaría cuatro años en hacerlo, de su ingreso en la Academia.

Hay relato suyo de otro viaje a Baeza y Úbeda (1954), a Castilla (1975), al Rhin, un crucero, por el que le acompañé (1960) y más de uno a Italia, encabezado por aquel del que dio primicia en *Galería de raros* cuando fue acompañado por Pablo Gutiérrez Moreno (1922). Con sus minuciosas descripciones, cual acostumbraba a hacer sin concederle demasiada importancia, amena y a la vez atenta descripción de lo que ve, todos ellos pueden perfectamente englobar un su *Libro de Viajes.* Se está en ello.

De *Galería de raros,* ese libro que escribió un día cuando renunció, según sus palabras, a más empeñada dedicación, como liviano ejercicio de menor esfuerzo, ese incomparable libro, tan diferente y tan suyo, tan literario y tan preciso, algo mucho más denso que lo que su ambiguo (y bello) título precisa, crónica fidedigna de todo un tramo dilatado de la vida, suya y nuestra, española, tenía escrito prólogo, el que desechó para dejar paso al admirable de Rafael Pérez Delgado que incluye. Pero este prólogo bien podría encabezar otra galería suya publicable, ahora *de amigos,* de fácil reunión. Allí podrían ir las semblanzas que hiciera de Castillejo, Juan Lladó, Ortega y Gasset, Flores de Lemus, Marañón, del mismo Pérez Delgado... más otras no menos enjundiosas, como las de Romero Murube, Viñuales, Duperier, Sopeña Boncompte, Knapp, Ramón Gómez de la Serna,... sus mismas recreaciones, en discurso de contestación, de Ferrari, Valdeavellano, Julio Caro Baroja o Díez del Corral y algún que otro raro, que no incluyó y sí dejó escrito, como su retrato del cardenal Segura, también su amigo.

En un cuaderno de 1946/47 titulado *Simancas 1947 RC Carlos V 2.º* viene reproducida la portada del *Tractado de las Rentas de los beneficios eclesiásticos* (etc.) del doctor Martín de Azpilicueta, impreso en Valladolid por Adrián Ghemart en 1566 y una cita, «los prelados tengan poca alhaja y recámara; que su mesa sea pobre; que sean contentos con solo el comer y el vestir moderado; que no hagan gastos suntuosos; no sean delicados; que no enriquezcan a sus parientes...» ¿Si Rubén Darío le dio el título de los *Raros,* y Ehrenberg la idea del *Carlos V y sus banqueros,* no sería este *Tractado* el germen de sus *Dineros de San Pedro?*

> Fue en Roma, después de fracasar en la inmensidad del archivo vaticano —cuenta— por haberme faltado orientación y paciencia, donde me amparó la fortuna, encarnada en la asistencia del profesor de la Universidad Gregoriana Pedro A. Leturia, insigne jesuita. Me condujo al archivo de Estado en Roma, y en él descubrí un impresionante caudal de documentos procedentes de la colectoría general de la cámara apostólica en España, cuando era nuncio y colector general Juan Poggio...

Desde 1953 entonces y desde 1969, en firme, se dedica al tema, al escalofriante asunto de poner en pie las cuentas de los dineros entregados por España a la Santa Sede, exacciones que se recolectarían «hasta cerca de las postrimerías del siglo XVIII». Viajó a Toledo, Santiago, Lugo, Mondoñedo, Orense y Plasencia, investigando en sus archivos episcopales, y a *otras diócesis más alejadas* de su residencia. Algo publicó de su trabajo en el *Boletín* de la Academia, algo redactó, pero quedó inacabada, con muchos materiales reunidos, su investigación. Renunciaba a ello para dedicarse al liviano ejercicio de menor esfuerzo de culminar su *Galería.* Aquel mismo día de Madrid en que hablara

del asunto ofertó (Banco de España, junio 1982): «Mis materiales están a la disposición de quien quiera y sepa publicarlos». ¿Por qué no cumplir su voluntad; reunir todo lo elaborado y por elaborar y publicarlo, cual investigación inacabada, para ejemplo y socorro de investigadores dispuestos a portear la antorcha?

Aún hubo otra investigación más, abandonado el proyecto de los dineros papales y concluida *Galería de Raros,* cuando con 96 años y aprovechando unos días de playa en Cádiz, como el que se hace un crucigrama se fue, por no perder la costumbre, a investigar al Archivo Municipal. Sus cuadernos de la ocasión rotulan el título *Cádiz, escuelas.* Allí se sigue la huella de Pestalozzi, también y no desfavorablemente cual es de rigor, la de Godoy, y el surco de unas prometedoras iniciativas ilustradas, reliquia al cabo de cierto estertor colonial. Parece evidente que estos trabajos, de los que sólo llegó a redactar seis folios o poco más, pero que constan de cuatro o cinco cuadernos de apretada letra, aún firme, en ascendente línea a la derecha, cual mejor pudieran lucir, como muestra de su soterrado alcance, serían publicados, transcritos, simplemente, en su integridad.

La escuela y la universidad sin cerrar las puertas a estudios tecnológicos no deben olvidar la cimentación de la vida moral, y del examen y el culto a la naturaleza y el aprendizaje de la biología, de los escolares...

Escribe en otro cuaderno bajo el título actualísimo de *Crisis de la educación.* El tema de la educación, y de las escuelas, no dejó nunca de inquietarle. Dentro de un sobre encuentro una cuartilla doblada:

De la *educación.* Lo que podríamos denominar *economía de la educación,* y que bien podría ser su estudio lema propio de una universidad, estival o no. Me refiero, claro está, al desarrollo armonioso y fecundo de la educación, clave de nuestro comportamiento en nuestras relaciones con los demás; cosa tan íntima e intransferible como lo es el poder comprobar continuamente cada uno, cada individuo, que lleva consigo *al otro;* que formamos parte de él y le debemos amor, con entrañable solidaridad. Además de ser clave, que todo lo descifra, la economía de la educación, es luz que nos guía, nos conduce y es manantial de recreo y de gozo, tanto en el *ocio* como en el *negocio* y es además testimonio de nuestra responsabilidad, de nuestra solvencia, de nuestra veracidad. Casi me atrevo a decir, requisito previo de nuestra *autonomía,* palabra esta muy repetida ahora, en cuyo profundo sentido acaso no hayamos reparado bastante, si pensáramos —y así se ha dicho— que es un privilegio, y olvidáramos que presupone, exige, una tarea ingente únicamente realizable con denodada solidaridad.

No tiene fecha. Por la grafía puede ser de finales, principios, década 70/80.

Sobre oposiciones *reñidas* como las adjetivaba con sorna escribió artículo para cierta revista que ésta le devolvió, sin publicarlo, excusándose. Se conserva. Otro sobre guarda otro texto en cuartillas, con citas de Inama, von Below y Curtius, y el perentorio subrayado, «Historia, ¡estructuras!» también sobre la *esencia y misión de la Universidad.*

Con distintos trabajos y artículos que no incluyó en los volúmenes publicados, algunos simplemente, como reconocía, porque no daba con ellos, se podría reunir una serie más de estudios de Historia de España. En 1952 dio una conferencia, *De la economía de paz a la economía de guerra* en Capitanía General de Sevilla, y otra sobre Keynes en el Instituto Británico.

Doce de sus cuadernos de trabajo contienen sus clases, redactadas con anterioridad, preparadas con esmero, tanto de Economía Política como de Hacienda Pública, al re-

greso a su cátedra sevillana en 1945. En ellos se puede apreciar la satisfacción que a aquel docente embargaba de poder volver a sus alumnos, y el interés que tienen, dado el detalle con que se recogen, tales lecciones, todo un curso completo de ambas asignaturas, debidas a su pluma.

Hay mucho que hacer con su legado, importante, hasta llegar a conseguir lo que Josep Fontana pronosticó, «hasta hoy la obra de Carande ha pertenecido a los especialistas, a los historiadores; mañana pertenecerá a todos». Pero no se puede ir, apresuradamente, por la obra de un hombre que caminó, pausado y seguro, durante 99 años.

Algún día tendré que escribir, lo comprendo, su biografía. Sé muchas cosas de él, las que sólo tengo, si me atrevo a ello, que recordar, para contarlas. Cosas insospechadas, humanas, inquietantes. Las de la enorme cantidad de ser que tenía su manera de ser. Pero también, desde la franqueza que dan tantos años pasados a su lado, se me permite conocer que el Ramón Carande alcanzado por mí, cuando yo comienzo a enterarme de algo, cuenta ya 53 años de edad; ha vivido antes toda una vida. Si a ello sumamos esas 3.000 fichas, todo ese material perdido infaustamente sobre los Trastámara, más los 25 años que dedicara a Carlos V y toda esta obra inédita o reeditable que, a grandes rasgos, he enumerado ya, parece estar lo suficientemente claro, para poderse decir en una biblioteca nacional, donde copió íntegra la *Relación de los corregidores de Castilla acerca del remedio para la conservación de labranza y crianza,* manuscrito n.° 9.372 y el *Cuaderno sobre ganadería* de Floranes, manuscrito n.° 11.264, en este «mar sin fondo» de Rodríguez-Moñino, que ese ser humano conocido en su DNI, en su nombradía y en su lápida cual Ramón Carande Thovar, fue también un noble, entrañable y hermoso gigante. E igualmente se puede aventurar que la continuidad de su discurso está asegurada y con ella la pervivencia de su manera de ser, su manera de hacer y de su pensamiento, sin atreverse uno a medir cuál va a ser el alcance de influjo o fascinación en las personas que aún no le han leído, que aún no lo conocen, cuando lo conozcan.

Se ha contratado ya la edición italiana (Marietti, Génova) de *Carlos V y sus banqueros;* se prepara en Barcelona (Crítica, Grijalbo) su tercera edición, corregida y completa, en tres tomos y cual novedad. Espasa/Calpe en su colección Austral publica sus *Recuerdos de mi infancia.* Y a estos títulos van a seguir más.

(En *Biblioteca Nacional,* Madrid, 6-5-1987)

El 6 de mayo de 1987, en Madrid, Biblioteca Nacional, me referí a la *factible,* por aquellas fechas, *continuidad del discurso* de Ramón Carande. Allí contaba cómo «tras recorrer sólo someramente —entonces— y ordenar, inicialmente —entonces— 149 cuadernos de muy distintos tamaños, algunos hasta de 500 páginas... de sus escritos y revisar, algo más que por encima, no del todo, fichas, carpetas y archivadores» se podía entender que había toda una parte de su obra ignorada y digna de darse a conocer. Hoy, dos años después de su muerte y año y medio mas tarde de aquel acto, este otro acto y algunos hechos significativos acaecidos, como el muy reciente de la creación, aquí en Sevilla, de una asociación universitaria «Ramón Carande» promovida por los mismos estudiantes, que próximamente dará fe de vida, nos dicen que el nombre de aquel

«maestro de historiadores, discípulo de la vida y hombre esencial a quien nada le fue ajeno» (según las certeras palabras de Juan Gil que lo glosan en el azulejo municipal de su casa de Álvarez Quintero), el nombre, la lección, el ejemplo, la manera de ser y el mensaje de aquel hombre, siguen estando en la cresta de su vigencia. Nos puede seguir inundando, felizmente, su blanca estela.

De entonces acá, publicados sus recuerdos de infancia en la colección Selecciones Austral de Espasa/Calpe, la 3.ª edición de *Carlos V y sus banqueros* en Crítica, *Carlo V e i suoi banchieri* en Marietti, corregidas terceras pruebas o sea de inminente aparición su *Galería de amigos* en Alianza Tres (donde figuran todos estos sevillanos: Norberto Almandoz, Ángel Ferrari, Diego Martínez Barrio, Enrique Otte, Joaquín Romero Murube, José Sopeña Boncompte o el cardenal Segura...), e iniciada la impresión del primer volumen de una serie de cuatro de sus *Estudios* por la citada editorial Crítica, sin olvidar la edición de ese entrañable *Viaje a Turquía (Grecia e Italia) con Ramón Carande* escrito por María Rosa de la Torre Millares, su viuda, mi madre, se puede aseverar, como en mayo de 1987 sólo parecía factible, que la continuidad de su discurso es un hecho.

Hoy, ordenados, repasados, releídos y, ¿cómo no?, admirados sus papeles, sus carpetas, sus cuadernos y sus fichas, puedo hablar de un plan de edición de su obra, édita o inédita, perseverando en la intención, la loable y justificadísima intención de un escritor, de que se lean sus escritos. Le sigo escuchando, «en vez de tanto agasajo... ¿por qué no se leen mis libros?» En sus libros, en su obra, se encuentra su legado y éste, por el empeño, la calidad y la cantidad de lo que contiene es de hecho aleccionador.

La serie de *Estudios* recoge: el primero, sus catorce de Historia de España; el segundo, los sevillanos, no sólo *Sevilla, fortaleza y mercado,* también discursos, prólogos, artículos (¿quién no recuerda aquel último suyo, aparecido en *El País,* como una despedida, «El hundimiento de una bóveda», recogiendo el suceso de la bóveda que se hundió sobre un Archivo?)... más una lección que dio en esta ciudad (1948) cuando la conmemoración de su conquista, y sobre su identidad hispano-musulmana, y una lectura crítica, rigurosa y exultante a la vez, de los libros sevillanos de Ruth Pike; el tercero, *La sonrisa de la esfinge y otros escritos económicos,* contiene un curso dado en La Rábida (1945) de seis lecciones sobre Quesnay y la fisiocracia, inédito también, y otros trabajos sobre el Banco de Inglaterra, Keynes, De Roover, Oxford, paz, guerra... Y el cuarto, *De historia, historiadores y Alemania,* en el título dice lo que incluye, mucho de ello igualmente inédito, lo demás disperso por inencontrables revistas. También un *Libro de viajes,* recuerdos, diarios o cartas desde su amada Europa (incluida España), saldrá en el Departamento de Publicaciones de la Diputación Provincial de Badajoz. Y este número monográfico, muy nutrido, de *Cuadernos Hispanoamericanos,* dedicado a él. Más otro de la revista *De Hacienda Pública Española* del Instituto de Estudios Fiscales.

Pero hay más, me he referido a su manera de leer. Con sus lecturas, ejemplares, se podría conjuntar algún que otro tomo, antes de llegar al magno capítulo de su correspondencia, el que un día habrá que abarcar, treinta y tantos archivadores repletos —no en balde fue cartero honorario— de su correspondencia con Jorge Guillén, Marcel Bataillon, Luis García de Valdeavellano, Claudio Sánchez Albornoz, Natalia Cossío, Fer-

nand Braudel, Federico Melis, Henry Lapeyre... Por citar sólo los que comparten su ausencia. De las cartas de Ramón Carande a los tres primeros ya se tiene copia. También se conservan de su puño y letra —todo lo que escribía lo escribía a mano; menos mal que con tinta... verde— completos, un curso de Historia de la Economía dado en Madrid en 1932, otro de Economía Política (Sevilla, 1945) y otro de Hacienda Pública del mismo año, su reingreso en la cátedra. Volvía y quería volver bien preparado. Escribió, una a una, sus lecciones.

Aún hay más, modélicos cuadernos de trabajo de arrebatadora entidad propia (uno de ellos se llama *Veritas vincit*), investigaciones inacabadas *(Los dineros de San Pedro, Cádiz, escuelas...)*.

En Madrid (Banco de España, junio 1982) dijo: «Mis materiales están a la disposición de quien quiera y sepa publicarlos...» ¿Por qué no cumplir su voluntad, reunir todo lo elaborado y por elaborar y publicarlo, para ayuda del investigador siguiente?, pregunté; y ahora lo sigo preguntando.

Es un hecho, decía, la continuidad de su discurso, pero ahora sólo queda... el hacerlo. Se ha empezado, se ha de seguir adelante. Se necesita ayuda; con esa ayuda podrá cumplirse este plan. Plan sugestivo y no menos ilusionado que expongo en lugar nada ajeno a su inquietud (estuvo muy cerca del Instituto Hispano Cubano desde su fundación y muy cerca también de la Expo 92 y de su comisario desde el primer momento), y entre amigos. A todos vosotros, muchas gracias y a esas dos —como don Ramón decía— *liberadoras palabras:* He dicho.

**Bernardo Víctor Carande**
*(Expo 92.* Sevilla, 7-10-1988)

# Los poemas de Ramón Carande

Líneas arriba y meses atrás comentaba un poema supuestamente suyo, del que nada más sé. Hay varios, un tanto ripiosos, muy cariñosos, a Rocío, Victoria, Manuel, sus nietos, cuando niños. Hoy encuentro éste desahogado y sustancial. Así que don Ramón no sólo fue consumidor —son frecuentes los versos que cita en su obra, testimonios de un agudo lector: dos de Goethe, por ejemplo, cierran su lúcida obstinación de Cajal (Lección inaugural de Curso en Sevilla, 1948, luego capítulo, el 15, de *Galería de raros)*— o destinatario, Jorge Guillén le dedicó un poema, o amigo de los poetas (Unamuno, Luis García Bilbao, Paco Vighi, Pedro Salinas, Marquina, Sánchez Mazas, Joaquín Romero Murube, J.G... por citar sólo los desaparecidos), sino poeta él, a su manera.

Hace poco, ordenando sus separatas, las que le enviaron dedicadas, todo un tesoro, encuentro, al azar, en la solapa trasera de una de Amando Melón, «Ritmo de la población de España: posibilidades y problemas», publicada en la *Revista de las Ciencias* (Madrid, XXVIII, 3, 1963), con tinta roja, de propia mano, el siguiente poema en verso libre pero con unidad de origen, destino, tema y destinatario, dedicado a su autor, y buen amigo:

Bajé al mar
a ver el sol,
pero llueve,
llueve, llueve
y aquí estoy
negro, como un calamar
(en su tinta)
ciego, como un caracol
(en su concha)
replegado, cabreado...
Así es que...
¡qué caramba!
paso a paso
y desde esta
(esta es Villajoyosa)
hacia Valencia me voy,
tras el ritmo de la prosa
magistral
que D. Amando Melón
ha ofrecido a D. Ramón.
Con el ritmo que descubre
en la población de España,
hacinada en las ciudades,
en pos de las vanidades
de este mundo,
disipa usted con su pluma
mi disgusto.

El contenido de la separata lo justifica: el autor (1963) ya entiende que «si el movimiento depresivo de los pueblos no se detiene, lleva camino España de perder su *ser* y su fisonomía»... «pues, los municipios disminuidos de habitantes afectan a algo más de las tres cuartas partes del territorio español»... y «el crecer de las capitales y de otros núcleos de su población sólo en parte puede compensar la merma de habitantes producida por el decaer de los pueblos rurales»... ya que «la ciudad cuanto mayor y más absorbente, acompleja más sus problemas de servicios, de viviendas, de comunicaciones, etc.,... dificulta más la vida humana de relación, atosiga más a sus residentes y... es como sumidero que recoge aguas puras y fecales.»

Amando Melón y Ruiz de Gordejuela —¿se contaba entre sus antepasados el famoso abate Melón, se pregunta García Gómez en su necrológica *(BRH,* CLXXII, II, 1975)?— geógrafo hijo de geógrafo, catedrático (Valladolid, Madrid) y académico de la Historia (Zaragoza 1895-Madrid 1975), también entreveró la Historia en sus afanes, y en su vida la calidad con la calidez. Fue buen amigo de R.C. Cuando alcance —casi desde donde esto escribo los contemplo— los 36 archivadores repletos de las cartas que recibió mi padre (sólo de 1940 hasta su muerte), tarea que pospongo a otras suyas más acuciantes, seguro que encontraré las de don Amando; y con ellas posiblemente se incremente el interés, ya de por sí (y por obra de Gonzalo Anes) manifiesto de la relación de don Ramón con la Academia, y la significación humana de ese geógrafo al que dedicó un poema.

**Bernardo Víctor Carande**



Leopold von Ranke

# Don Ramón Carande, humanista

Don Ramón Carande como intelectual se hizo acreedor a un conjunto de títulos ciertamente excepcional. Nadie le ha regateado que fue economista, historiador, literato, hacendista, investigador y maestro de historiadores. Como hombre se ha escrito de él que fue bondadoso, vital, tenaz, liberal incansable e irreductible, amante de la lectura —que no es poco—, «nada menos que todo un hombre» (J. Caro Baroja) y, sobre todo, entrañable según desde su niñez anunciaba (v. *Recuerdos de mi infancia,* Madrid, 1987, 172 págs.) Y si estas calidades se dan en un hombre repleto de humanidad para todos, prefiero resaltar en don Ramón Carande su condición de humanista, como ya lo hizo Francisco Correal, pues fue más que economista, historiador y hacendista, y tanto como maestro en el saber y en el buen hacer.

Razonado el título de esta pobre colaboración, unas líneas más para explicar lo que tiene difícil explicación; a saber, que quien la elabora y firma tenga la honrosa oportunidad de participar a título personal en el volumen que *Cuadernos Hispanoamericanos* prepara en homenaje a la obra de don Ramón Carande y Thovar, nada más y nada menos.

Confieso —y de ello me avergonzaré siempre— que comencé a saber del maestro Carande de cuando leí y releí la tesis doctoral de Juan Velarde: *Flores de Lemus ante la economía española,* defendida en 1959 y publicada en 1961. Ella me llevó a reparar en un artículo suyo *(Moneda y Crédito,* núm. 14/1945, págs. 22-30), que años después volví a consultar *(Hacienda Pública Española,* núm. 11/1971, págs. 21 y sigs., dedicado a Luis López Ballesteros —reseña de la obra de Natalio Rivas Santiago, 1945) y en el que había acotado el siguiente párrafo: «Alguien que desde 1904 a 1936 hilaba sin cesar en una oficina interior del segundo piso del Ministerio,[1] la mayor parte de las horas de vigilia de aquellos treinta y dos años,[2] y conoció, muy de cerca, la gestión de unos treinta ministros y otros tantos subsecretarios y de bastantes directores generales de Rentas, no se cansaba de repetir que administraron con probidad casi todos, y los más de ellos, además, no eran ricos». Aludía —hoy sobra la indicación— a don Antonio Flores de Lemus, que don Ramón, en 1957, incluyó en sus siete «acreedores preferentes», según más adelante anotaré.

Asimismo, acudí a la *Historia Económica de España* del profesor Vicens Vives (Barcelona, 1959), y capté la importancia y la trascendencia de las aportaciones de don Ra-

[1] *El día 15-3-1982 y en dicha «oficina interior» se colocó una modestísima placa que recordaba la presencia de don Antonio Flores de Lemus durante tantos años al servicio de la Hacienda pública española. Presidieron el acto don Ramón y el profesor García Añoveros, a la sazón ministro de Hacienda. Dicho día me dedicó en términos inmerecidos su* Galería de raros *(Madrid, 1982, 376 págs.), firmando «Regino», pues el título completo de esta obra, como todos saben, es:* Galería de raros atribuidos a Regino Escaro de Nogal.

[2] *Como nos advierte Bernardo V. Carande en su bellísima introducción a* Recuerdos de mi infancia, ob. cit., *gustaba don Ramón de escribir las magnitudes con letras, no con números.*

món Carande. El prólogo de don Luis de Urquijo, marqués de Bolarque, a la obra *Homenaje a Don Ramón Carande* (dos volúmenes, Madrid, 1963), ya me dio los «datos externos de la personalidad de don Ramón Carande» y algunos, muy significativos, de sus rasgos humanos. Su «lección de despedida» (17-5-1957) en el acto de solemne conmemoración de su jubilación como catedrático de la universidad española, citada por el profesor Velarde y publicada en *Moneda y Crédito* (núm. 61/1957), me había dado parte de su perfil y, sobre todo, de su reconocimiento a quienes no duda en llamar «grandes maestros» [3]. Anoté entonces las siguientes frases: «Tuve la fortuna de que me distinguiese, y a su lado (el del profesor Flores de Lemus) aprendí a trabajar. De sus mercedes, (...), le agradezco, sobre todo, el amor al trabajo que me infundió, el culto a los codos clavados en la mesa, auténtico patrocinio de nuestro gremio, actitud fecunda para quienes la adoptan *sine ira et studio,* fuente de inspiración preservadora del aburrimiento, epidemia de los señoritos. (...) Doy gracias a Dios de poder divertirme trabajando, y se las doy a don Antonio Flores de Lemus por haberme contagiado la curiosidad inquisitiva que aún me tienta, a los setenta años, cual un vicio».

En aquel acto académico pronunció unas palabras el decano de la Facultad de Derecho, profesor Alfonso de Cossío Corral, poco conocidas o, al menos, poco aireadas, por lo que no me resisto a reproducir algunos —dos— de sus párrafos, por lo que dicen, por lo que echan en falta y por lo invariable de su mensaje: «Y no podía ser de otro modo —dijo el profesor de Derecho Civil—, ya que al fin y al cabo de ellos lo aprendimos, al escuchar diariamente en estos claustros su lección, que nos llevó a sentir la Universidad como una obra activa y nunca terminada que exige de nosotros la ofrenda permanente de nuestro espíritu abierto, que no admite otras ligaduras que las que nos impone la verdad». Seguidamente expuso el desaparecido profesor Cossío: «Dentro de este ambiente se ha desenvuelto la vida ejemplar de don Ramón Carande, al servicio de una honda vocación casi obsesiva, que le ha llevado al logro de la obra plena, modelo de honestidad científica, rigurosa y exigente en sus métodos, ponderada en sus conclusiones, libre de la frivolidad del ensayo, profunda en su concepción. Nos encontramos —añadió el decano de la Facultad de Derecho hispalense— no sólo ante la realidad feliz de un gran maestro de la Economía, cuyo prestigio ha excedido las fronteras, en pleno dominio de sus facultades creadoras, que dejará una huella imborrable en todas las materias que han sido objeto de su particular estudio, sino, además, ante el asombroso ejemplar humano del amigo entrañable, a veces huidizo y extraño, con sus pasos rápidos, su bastón y su pipa, con su estampa de castellano viejo,[4] malhumorado en los difíciles momentos de ruptura de su mundo íntimo, aunque siempre sincero y dispuesto al entusiasmo en el juego de su sonrisa casi infantil, en agudo contraste con la gala de su decir irónico». Cabrá decir más, desde luego, en elogio de don Ramón Carande, sea economista o sea jurista quien lo suscriba, pero será difícil expresar mejor en menos

[3] *Con seis estudios más, se reprodujo la referida «lección de despedida» en* Siete estudios de Historia de España, *Barcelona, 1969, págs. 201-229, con el título: «Mis acreedores preferentes».*

[4] *Había nacido en Palencia (4-5-1887) y a los seis o siete años —según él mismo cuenta— fue a vivir a Carrión de los Condes. En octubre de 1897 inició en Reinosa los estudios de bachillerato. Don Ramón gustaba llamarse «viejo palentino-sevillano».*

palabras la palpitante personalidad de nuestro maestro de la historia de la Hacienda pública española [5].

Hora es de que intente explicar mi participación en el presente número de *Cuadernos Hispanoamericanos,* ya que carezco de título que me legitime en el expresado sentido. Diré, en primer lugar, que amablemente me invitó Bernardo V. Carande a que colaborara, ignorando, tal vez, que no tengo otras credenciales que la admiración y el afecto a su padre. Después consideré que mi condición de ex-director del Instituto de Estudios Fiscales (Ministerio de Economía y Hacienda), me obligaba a rendir cuentas de algunas iniciativas y realizaciones, con cierto carácter oficial, cuando todavía pocas instituciones habían comenzado a reducir la deuda de gratitud, la «inmensa deuda de gratitud» como se escribió en *Moneda y Crédito,* cuando no de reparación, por todos contraída con don Ramón Carande y Thovar. Con esta explicación, que fundamento no es, paso a relatar lo que el Instituto de Estudios Fiscales patrocinó en consideración del autor de *Carlos V y sus banqueros,* a sabiendas de que todo era bien poco para tan ilustre maestro.

Naturalmente, en un número de *Hacienda Pública Española* dedicado al profesor Flores de Lemus (42-43/1976), no podía faltar una colaboración de don Ramón: «Nuestro D. Antonio Flores de Lemus (En el recuerdo de un discípulo superviviente)» (págs. 23-25) [6]. Años después, en la misma revista (núm. 87/1984, págs. 29-35) y gracias al Banco de España y a María-Teresa Tortella, se publicó su trabajo: *Viaje vocacional a los archivos de España,* que, desde luego, abrió la serie de colaboraciones de dicho número de contenido histórico. Y programado he dejado un número más de dicha revista (¿el 103?), también de contenido histórico, con colaboraciones de F. Ponce, profesor Voltes, M. Ibáñez Molina, F. Brunet, Paloma Villota, profesor Juan Hernández Andreu, etc. y de Bernardo Víctor Carande («La libreta negra del retorno a Europa: economía y viajes en la vida de Ramón Carande»), cuyo editorial-presentación ha aceptado radactar el profesor José Luis García Delgado, y que se dedica a la memoria de nuestro autor.

Reanudando el orden cronológico se ha de reseñar que el día 5-5-1979, a sugerencia del profesor Gonzalo Anes y con ocasión del octogésimo segundo aniversario de don Ramón Carande, organizó el Instituto de Estudios Fiscales un homenaje en la Universidad de Sevilla consistente en un acto académico en el que intervinieron su Rector —Francisco González García—, el ministro de Hacienda —profesor Jaime García Añoveros— y los también profesores A. Domínguez Ortiz, G. Anes y el propio don Ramón Carande, además del director del Instituto citado. Se dio asimismo lectura a un documentado escrito del profesor Rafael Gibert Sánchez de la Vega dedicado a don

[5] *Con otro estilo pero con envidiable pluma, Manuel Vicent en* El País *(20-3-1982, págs. 11-12) con el título: «La inmortalidad de Ramón Carande». El profesor Carande murió a las tres de la madrugada del día 1-9-1986, esto es, a falta de ocho meses para cumplir cien años y en «fecunda ancianidad» como escribió el académico Antonio Domínguez Ortiz.*

[6] *Importa anotar que el artículo que el profesor José María Naharro no llegó a escribir para* Hacienda Pública Española *en homenaje a don Antonio Flores de Lemus, fue publicado en* Moneda y Crédito *(núm. 162/1982, págs. 7-13), y en él, refiriéndose a don Ramón, expone: «De todos ellos sólo vive hoy don Ramón Carande, figura egregia entre los cultivadores de la Historia económica, y actual patriarca de los universitarios españoles, que intervino en el acto celebrado en el Ministerio de Hacienda, recordando la figura de su maestro»* (cfr. *la anterior cita 1 a pie de pág.).*

Ramón desde la historia del derecho, y se aportaron propuestas de investigación suscritas por los profesores G. Anes, M. Artola, A. Domínguez Ortiz, J. Fontana, M. Garzón Parejo, M.A. Ladero Quesada y R. Pérez-Bustamante, todos ellos asistentes al acto celebrado en el Aula Magna de la Universidad hispalense. También se plantearon investigaciones por el profesor Javier Lasarte y por Alfonso de Otazu [7]. Las palabras pronunciadas por don Ramón Carande se reproducen a continuación:

Fácilmente comprenderéis que este acto me sitúa en una actitud difícil y, por qué no decirlo, tan grata como amarga. Las dádivas recibidas por este anciano durante los años de su senectud (llevo ya en ella más de diez; el Señor es inagotable en sus mercedes) me hacen pensar que ya desde el principio, pero progresivamente, en la criatura humana con sus deficiencias (que conoce el Señor mejor que nosotros) se reúnen rasgos de indulgencia y de altruismo. Lo atestiguan las dádivas que nos endulzan la vida, si sentimos responsabilidad, y nos transforman en deudores muy próximos a la insolvencia.

Se dice, y me repiten, que estoy muy joven. No quiero creer que lo digan, exclusivamente, para halagarme, pero esto de la juventud se acaba pronto y a mí se me acabó, claro está, mucho antes que la vida. Y que con la juventud se acaban, cuando se ha querido trabajar, la fecundidad y la inspiración, y crece, con la conciencia de la deuda contraída, la noción clarísima de nuestra decrepitud; y esto no me lo borra a mí nadie, aunque agradezca mucho el que me llamen joven. Pero la amargura de ser viejo es profunda, muy profunda en este declive hacia la esterilidad y porque al fin y al cabo, con muchas dádivas y cosas buenas, también llegan los desengaños; a pesar de todo, he de reconoceros, me he considerado y lo he dicho muchas veces, un hombre privilegiado. He tenido muy buena salud, y la sigo teniendo. Hace poco me envidiaron y descubrieron una serie de maravillas en el organismo. He tenido un ambiente familiar inmejorable, con gran cantidad de maestros y de amigos. De manera que si yo me quejara sería un ansioso. Debo al Señor muchas dádivas y las estimo, es decir, me he dado cuenta de que ha sido la gente conmigo dadivosa y me ha dado más de lo que merezco, y así ha crecido más y más mi deuda.

Cuando analizo, o pretendo analizar, a qué deberé yo todo lo que he recibido, además de lo que debo al Creador, debo decir que la mayor parte de lo que tengo, siempre sin olvidar lo recibido antes, se lo debo a Sevilla y no exagero, puesto que estoy en Sevilla desde el año 1918, fecha en la que no habíais pensado nacer y, probablemente, alguno de vuestros padres tampoco había nacido. Claro que si, desde el año 1918 hasta el año 1957, no debiera nada a Sevilla sería yo un idiota y Sevilla, si nada me debiera, sería una ingrata. Sevilla ha conseguido, y yo mucho lo necesitaba, transformarse. Cuando llegué era un hombre joven, ya se comprende, y completamente distinto del que soy hoy. Yo era un hombre irascible, violento, arbitrario, muy versátil, y me ha enseñado Sevilla tantas cosas, que mi gratitud es inmensa. Yo vine a Sevilla con el acento que tienen los castellanos. Yo soy castellano viejo. Castilla es tierra áspera, altiva, de gente grave, sobria. Yo vine con una especie de desdén; el castellano, orgulloso, al andaluz le llama farolero, pinturero, ¡qué sé yo las cosas que le llama! Pero el castellano, digámoslo en secreto, es como ser un poquitín envidioso, como buen español. Y siente envidia por los andaluces. El castellano cuando habla del sevillano pretende pronunciar con acento andaluz y dice que le desdeña, pero en el fondo le envidia, y lo comprendo. El sevillano tiene entre otras características que he podido observar (con algunas que se me escapen) dos muy importantes. La primera sobre todo es envidiable y aunque me haya esforzado para observarla, me falta aún mucho para aprenderla. El sevillano, el sevillano del pueblo, el sevillano más humilde, no sabe enfadarse.

He contado muchas veces la impresión que me produjo una de las grandes lecciones que he recibido en mi vida, y he recibido muchas. Acababa yo de llegar a Sevilla, llevaba aquí unos quince días y al salir de la Universidad me di cuenta de que tenía roto el cristal del reloj. Pedí a un bedel que me enseñara una relojería y me condujo a la de Torner, en la calle de Sagasta. Yo llegué con el reloj en la mano esperando (porque en otras ocasiones me había ocurrido) que

[7] *El Instituto de Estudios Fiscales publicó la obra de este autor:* La reforma fiscal de 1749-1779 en Extremadura, *que prologó don Ramón Carande.*

en el acto y delante de mí pondría el artesano un cristal al reloj. Cogió en sus manos el relojero el reloj y me dijo aproximadamente esto: «Pues mire usted, señor, esto es una cosa "mu fásil", pero "mu delicá", una cosa "mu fasilita" pero "mu delicá", venga usted mañana...» Fui trece mañanas consecutivas y a la catorce se despertó el carrionés violento. Las cosas que yo le dije a Torner no me atrevo a repetirlas. Le cogí por las solapas, le dije improperios durante unos cuantos minutos. Y el hombre no es que se enfadara ni que se quejase, es que me miraba con absoluto asombro, como si estuviera ante un elefante. Y ya cuando vio que menguaba mi violencia me dijo: «Señor, yo no he pretendido molestarle, ni burlarme de usted. Todo lo que usted me dice, señor, perdóneme usted, no es nada de eso. Y perdóneme usted también otra cosa: ¿usted cree que el cristal de un reloj vale la pena para que usted se ponga así?» Y le di un abrazo y le dije: «Amigo mío, me ha dado usted una lección de buena educación». Pues como ésa he recibido muchas. En ese sentido el sevillano, para mí, es un ser admirable. Hay quien dice que eso es fatalismo. No sabemos lo que somos, dicen que el cangrejo no sabe que es un crustáceo, de manera que es muy posible que yo tampoco sepa lo que es el fatalismo, pero bendito sea el fatalismo, si nos permite sobrellevar las molestias que pueda causarnos la vida.

Luego Sevilla tiene otros rasgos, y perdonadme, señores, que prolongue unos minutos más esto, pero quiero contar otra observación mía para dar cuenta de las causas de mi admiración. Además de eso de no enfadarse, el sevillano, y la sevillana, claro está, me refiero al pueblo, y repito la observación —la sociedad sevillana descansa, sobre todo, en las clases más humildes—, el sevillano es de una pulcritud, de una limpieza física, verbal y espiritual, sorprendente. Yo recuerdo que en visitas a lugares humildes que hacíamos acompañados, algo que se refiere a la beneficencia, visitábamos casas de los barrios más pobres de Sevilla, casas de Triana, de la Macarena, y me acuerdo que en la calle Pagés del Corro (de Triana), visitábamos, sin señalar la fecha, sin señalar el día de la semana, a un pobre anciano ya ciego que había sido marisquero; Blas se llamaba. Estaba postrado en la cama porque además de la ceguera tenía no se qué lesión en una pierna. Cualquier día que llegásemos allí, y llegábamos semanalmente en días indeterminados, Blas estaba siempre recién afeitado, entre sábanas pulquérrimas, y en aquella casa no había una peseta. Otras veces preguntábamos a las mujeres que no hacían más que lavar y fregar: «Habréis pasado ratos muy amargos en aquellos años cuarenta, con la miseria de aquellos años... Sí señor, no teníamos ni "pa" jabón, ni "pa aljofifa"». No se acordaban del pan, ni del aceite y no digamos de la carne que no conocían.

No, en esto no quiero detenerme. Tengo muchos motivos de admiración por Sevilla y ello explica que no haya pretendido nunca salir de aquí, porque ya comprendéis que por muy «negao» que uno sea, desde el año 18 hasta el año 57, se me habrán presentado ocasiones para pedir en concurso cátedras de otras Universidades. Es más, un ministro, que me quería mucho y no quería que yo fuese catedrático de Sevilla porque, según él, aquí hacía mucho daño, me ofreció varias veces, por tercera mano, que solicitase la cátedra de Barcelona o de Madrid. Claro que yo le contestaba: «señor Ministro, la cátedra de Sevilla es la mía»; anunciaba en un concurso que estuvo seis años sin resolver por no ser yo persona grata.

Pero no hablaré más de mí, sería excesivo. Estoy hablando de Sevilla. En cuanto a mi conducta se refiere, he tenido la suerte, una más, de que me gustase trabajar y he trabajado porque me gustaba y no he esperado nunca recompensa. Por lo tanto que me recompenséis me sorprende y lo agradezco.

Sería superfluo: no pienso ni recomiendo otra cosa más que eso. Que tengamos la conciencia de la responsabilidad y que pensemos en el otro, que seamos altruistas, con esto basta. Que cada cual trabaje en su tarea y que todos nos propongamos no digo ya enseñar, pero sí aprender que todo se lo debemos a nuestros hermanos, y que debemos contribuir —precisamente los que hemos hecho profesión de enseñanza— a que a todos les llegue la posibilidad de discurrir, y les demos los medios para discurrir y para trabajar. Ya comprendo yo que, por ejemplo, se festejen mucho los puños... yo festejo más los codos. Si clavamos los codos en la mesa es posible que contribuyamos a que la claridad venga a la mente de nuestros hermanos, que aprendan a discurrir y les demos a todos, a todos, y no pienso exclusivamente en los proletarios, sino en todos los necesitados, privados de salud o de medios, o perseguidos, les demos ocasión de discurrir y que aprendiendo, veamos mejorar a nuestros hermanos.

Y ahora para terminar este sermón voy a dar gracias a todos los que, anteriormente, me han festejado y me han honrado. Y, después de esta declaración general a los que me han festejado, en España y fuera de España, quiero puntualizar y concretar por el orden en que se han emitido aquí las voces laudatorias, mi profunda gratitud por César Albiñana, a quien quiero y admiro de veras y llega, también, al Instituto de Estudios Fiscales. Del Instituto de Estudios Fiscales tengo recibidas pruebas notorias de afecto y de generosidad. Tanto Albiñana como su antecesor en el cargo, mi querido paisano Enrique Fuentes Quintana, me han favorecido. Fuentes Quintana nació en Carrión, en casa que ya no era, pero que había sido de mi abuela, de manera que tenemos también ese vínculo. Tengo una profunda admiración y una gran simpatía por este hombre extraordinario, muy poco amigo de los festejos y de los actos ceremoniosos, y esto sólo bastaría para explicar su ausencia. Conste que le envío a través de Albiñana un fuerte abrazo. La labor del Instituto de Estudios Fiscales es una labor memorable. Sus publicaciones, tanto en la rama de las investigaciones actuales como en la reedición de obras clásicas, es meritísima. Lo que se espera, por lo tanto, de su patrocinio en el proyecto que aquí se ha formulado, es alentador. De manera que felicito al Instituto de Estudios Fiscales y le agradezco que acometa esta tarea porque son muchas las lagunas que habrá que llenar.

Ahora bien, además de esto quiero decir otra cosa. Hasta hace unos años, muy pocos años, los estudios de la investigación en el campo de la Historia, la Economía y de la Hacienda —no quiero hablar de los otros campos porque los desconozco— han estado preferentemente, o gran número de veces, en manos de investigadores extranjeros. Hemos debido, o les debemos, exploraciones importantes. Desde hace unos pocos años podemos decir, sin vanidad, con objetividad y con esperanza, que el equipo de personas preparadas en España y el número de jóvenes investigadores, han crecido de una manera prometedora. Han dado aquí nombres, se podrían dar otros, no sé si alguno se ha olvidado. La juventud española, y digo juventud porque la inmensa mayoría de los investigadores son jóvenes, está ya en condiciones de hacer, si tuviera medios y si se les atiende, la labor seria que tanto necesitamos. De manera que en este sentido también mi gratitud es evidente.

Lo mismo le digo a Gonzalo Anes. A Gonzalo Anes lo conocí ya hace algunos años, me fascinaron sus facultades y tengo por él una simpatía extraordinaria y una admiración proporcionada. Tiene ya una labor, que he festejado, envidiable. Es un hombre de luces, de perseverancia y de un atractivo que no podéis calcular. Es un hombre eminentemente atrayente y tan evasivo que procura borrar el rasgo de sus pasos.

En cuanto a Antonio Domínguez confieso, y perdonadme los demás si con eso creéis que quedáis postergados, confieso que mi mayor satisfacción en este acto ha sido que sea mi padrino, o que haya sido el heraldo de esos pretendidos méritos míos, Antonio Domínguez Ortiz. Él sabe bien, y acaso no lo sepa del todo, que ha sido para mí uno de los historiadores predilectos, que he admirado su labor, que he procurado siempre aprender sus enseñanzas y que he contribuido a que se reparen injusticias; muchas que se han cometido con él. Es hoy, y no es que yo quiera pagar con elogios el tributo que él me ha rendido, los que no lo sepan escúchenlo (otros ya lo saben), es, entre los historiadores de su edad, el más conocido y más festejado en Europa. Esto es evidente y, además, lo tiene merecido. Es un hombre que nació en cuna humilde, que ha sabido salir de la humildad económica y llegar a la gloria intelectual, y después de hacer mucho esperamos de él —y lo veréis vosotros más que yo— otras grandes cosas.

Y aunque no haya hablado todavía el señor Ministro, no puedo prescindir de dedicarle algunas palabras. Él sabe que lo hago con sumo gusto y que siento que ya sean tantas las pronunciadas. A Jaime Añoveros lo conocí haciendo oposiciones. Algún pariente mío que está presente y que —ese sí es un hombre glorioso— no quiero aludirle con el nombre para que no se ruborice me habló de Añoveros diciéndome «oye, hay un amigo mío que hace oposiciones, habla tú con Fulanito» (no me acuerdo ya quién era el juez aquel). Claro, yo no tuve que hacer nada, ni hubiera servido para nada lo que yo hiciera. Añoveros lo hizo todo; salió airoso como no podía ser menos, en aquellas oposiciones. Y desde entonces, desde que está en Sevilla, tengo recibidas de él, además de la de hoy, muchas otras mercedes. Pero sobre todo me ha dado ocasión para que admire en él varias virtudes; citaré algunas, y es posible que me quede corto. De la inteligencia que le ha dado el Señor no hay para qué festejarla porque es también una dádiva. Ahora bien, este hombre es inspirado y trabajador, extraordinariamente trabajador, es un hombre que

se desvive por hacer lo que le gusta, que, convengámoslo, es lo que se hace bien —lo que se hace bien es lo que le gusta a uno hacer— y a Jaime García Añoveros le gusta trabajar y por lo tanto trabaja muy bien y trabaja mucho, a veces demasiado. Hace años tuve ocasión de hacer observaciones a quienes le daban trabajo, para que le cuidaran un poco y no fueran tan espléndidos en dárselo. De manera que tiene condiciones meritísimas, aparte de su simpatía extraordinaria que comparte con su esposa, a la que tengo que festejar aquí, porque es también uno de mis seres predilectos: Sisina es una encantadora criatura. Pues por Jaime tengo esta devoción, esta devoción que, claro está, hará que yo ponga la cosa demasiado sonrosada. Y en cuanto a su cargo, como sé que le gusta, pues no le quiero contrariar, ahora que ya verá dónde se ha metido, y en este orden de cosas siento por Jaime y por todos los gobernantes de buena voluntad una inmensa compasión. Dios le dé buena mano, porque él la sabrá manejar: que tenga muchísimos éxitos y España reciba los beneficios.

Señoras, señores, muchísimas gracias y nada más.

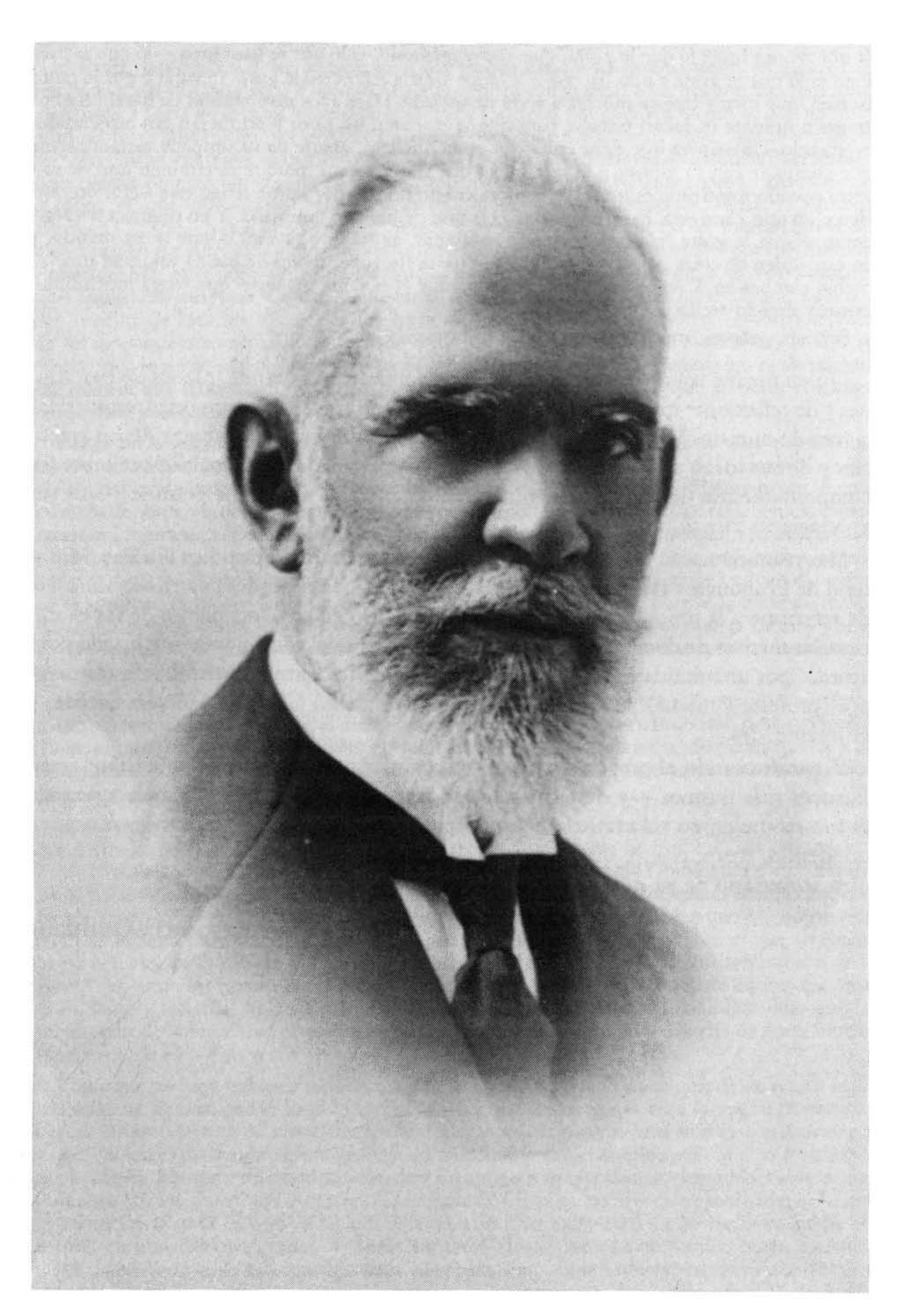
Quien medite sobre los anteriores párrafos del maestro Carande, plenos de evocaciones y de reflexiones que los jóvenes debieran leer y releer cada día con otras recomendaciones de nuestros Unamuno, Cajal y Marañón, comprobarán la firmeza de sus creencias y de sus ideas, que equivale a reconocer la sinceridad de sus acotaciones sobre los comportamientos de las personas, que valen tanto o más —si se me permite— que sus aportaciones científicas.

Mas reanudemos la reseña de las relaciones del Instituto de Estudios Fiscales (Ministerio de Economía y Hacienda) con nuestro autor, español por los cuatro costados. He de referirme a la propuesta que dicho Instituto cursó en reconocimiento de los excepcionales méritos de don Ramón, y que fue aceptada por el correspondiente Jurado pues acordó, por unanimidad, otorgar al «más grande de los historiadores de nuestro tiempo» (profesor Fontana), el Premio «Príncipe de Asturias, 1985» de Ciencias Sociales y Humanidades.

Y parafraseando al propio don Ramón Carande [8] concluyo esta colaboración: crean lo suyos más íntimos —y destaco con todo respeto y reconocimiento de lo que para él fue su mujer, su «María Rosa, María Rosa»— y a quienes le quisieron y le siguen queriendo, crean, repito, que comparto efusivamente su duelo cuando va a cumplirse otro aniversario de su muerte. Descanse en paz el maestro Carande.

**César Albiñana García-Quintana**

[8] *Del escrito que dedicó a la memoria de don Juan Lladó* (Moneda y Crédito, *núm. 162/1982, págs. 3-6), fallecido el día 4-7-1982.*



Rafael Altamira

# Deudores y acreedores de don Ramón

## I

Don Julio Caro descibre en *Los Baroja,* ese libro fundamental para conocer la España del último medio siglo, lo que fue la Universidad en los primeros años de la postguerra: «Y es que si mi experiencia de estudiante de 1931 a 1936 no fue muy agradable, lo que padecí del 39 al 41 no puedo expresarlo. Era la época de los exámenes patrióticos, de los alféreces y tenientes y capitanes que iban a clase con sus estrellitas, cuando no con el uniforme de Falange. Al entrar en la clase se alzaba la mano, se cantaba el *Cara al sol,* se decían palabras rituales. Esto un día y otro. Entre los profesores los había que estaban asustados y corridos. Otros se hallaban en pleno frenesí, mezclando el más ardiente fervor gubernamental con un espíritu de odio profesional bastante vergonzoso (...) La indecencia individual se notaba incluso en los más pequeños detalles». Carande nos cuenta el triste, melancólico final de uno de sus más conmovedores raros, Pablito, Pablo Gutiérrez Moreno, todo generosidad y altruismo, expulsado de la Residencia de Investigadores de la calle del Pinar, después de haber dedicado su vida y sus ahorros a fomentar la enseñanza de las Bellas Artes, y obligado a reingresar en el servicio de su primera profesión, la de telegrafista, de cuya jubilación viviría modestísimamente sus últimos años, al no ser tenido en cuenta para nada en el cuerpo de arquitectos al que pertenecía. La España liberal, muy debilitada ya en el período republicano, era sustituida tras la guerra civil por un «nuevo orden», que «empezaba destruyendo las bases sobre las que se había fundado la vida española a costa de mil esfuerzos, a partir de Carlos III por lo menos. Porque los teorizantes del momento no sólo renegaban del socialismo y de la República, sino que también cargaban toda clase de culpas sobre la Revolución del 68, la del 54, la Constitución del 12 y los partidos liberales desde el tiempo de Jovellanos al de Romanones. No había más que la «Tradición».[1] Juan Benet, en un magistral ensayo, *Barojiana,* ha conjurado sus recuerdos de entonces y su testimonio constituye una luminosa interpretación del significado de Pío Baroja y su entorno —su humilde entorno— para unos hombres situados en una dramática coyuntura. Los hombres, aquellos que fueron «educados en un clima liberal» y esperaban día a día que se produjera el fin de una situación. La coyuntura, los finales de la Segunda Guerra Mundial, 1946, unos pocos meses antes de que Bidault, obedeciendo el mandato de la Asamblea Constituyente, cerrara la frontera para que, de consuno con la resolución de la ONU condenando al régimen español, «dejara a aquellos hombres en el más escuálido y desamparado aislamiento». Benet nos trae el duro recuerdo de aquellos años de hambre y de frío, de «renovada jactancia y patriotismo de campanario»,

[1] *J. Caro Baroja,* Los Baroja (Memorias familiares). *Madrid, 1972, p. 343.*

en los que la tertulia barojiana de Ruiz de Alarcón 12, en pleno «barrio griego» de Madrid: Casas, Arteta, Val y Vera, Gil-Delgado, Valderrama..., hombres que, como don Pío, nunca serían genios oficiales ni directores generales, es decir, que «nunca llegarían a nada», representaba, simplemente, la sencillez, la decencia, la libertad: «Para mí —diría Benet— aquel par de horas en su casa, cada diez o quince días, constituía la única posibilidad de ver con mis ojos un orden que por todas partes veía turbado, del que me habían hablado en casa, pero que yo no llegaría a compartir ni a disfrutar; a falta de una sociedad en la que vivir con cierto gusto, a la que prestar el propio concurso, no quedaba más que la visita devota a las ruinas de la civilización precedente y la participación en la lucha...» Sí, Baroja y su entorno significaban la continuidad de la tradición liberal. [2]

Unos años después, para los que, como a principios de siglo lo hiciera Regino Escaro de Nogal, ascendíamos por la monumental escalera, presidida por la estatua de Cisneros, del desvencijado y, en el tiempo, entrañable caserón de la calle San Bernardo, la situación no era ya la misma. Llegábamos con un curioso bagage literario. Hojeando a Ramón y Cajal, a Caro Baroja, al propio Regino, se comprueba que las lecturas de los jóvenes bachilleres inquietos habían cambiado muy poco a lo largo de más de cincuenta años: las fábulas de Samaniego, Fernández y González, Erkman Chatrian (no ha mucho un embajador francés, socialista, no sé bien si desde la incultura o el desdén, se refirió a Galdós como el Erkman Chatrian español), el capitán Marryat, Julio Verne, Salgari y Pedro Antonio de Alarcón, se mezclaban con Alejandro Dumas, el Quijote, *Fabiola, Ivanhoe, Los últimos días de Pompeya,* algunas obras de Galdós, Pereda y Palacio Valdés y, por supuesto, Bécquer y Rubén Darío. También «Azorín», Curwood, Zane Grey, Kipling, quizá Tolstoy y Dickens... Posiblemente, las novedades fueron las novelas de la colección de *Hombres Audaces* y del Coyote, Van der Meersch y Lajos Zilahy, Juan Centella y Jorge y Fernando...

Pienso ahora que no muy diferente de la de aquellos hombres era también nuestra actitud. Más o menos inficionados por las ideas vigentes, entrábamos, sin embargo, en la Universidad con mucho respeto, con ideales románticos, con fe en la ciencia, creyendo que la verdad podía alcanzarse y con una cierta concepción de la cultura que uno recuerda como bastante auténtica y, pese a todo, ciertamente entonces no lo sabíamos, con un fermento liberal indudable: una cultura que entendíamos unida a la adquisición de saberes de difícil aprendizaje y que nos enseñaría a escoger, a orientar nuestra vida desde unas razones bien fundamentadas.

¿Cómo era entonces la Facultad de Derecho de la Universidad Central? En el recuerdo se mezclan profesores excelentes y tipos extravagantes: la cátedra permite, observa Pío Baroja, el cultivo de la personalidad postiza y genialoide. Pero allí estaban Galo Sánchez, Ursicino Álvarez, Federico de Castro, Pérez Serrano, Garrigues, García Valdecasas, los muy jóvenes García de Enterría y Alonso Olea... Algunos, por fortuna, nos siguen enseñando, otros se fueron y su silueta se va desvaneciendo. He pensado a veces, recordando aquellos tiempos, en las palabras de Carande al evocar a don Manuel Gómez Moreno: «Estas anécdotas son banales; sin embargo, acaso encierren algu-

[2] *J. Benet,* Barojiana, *en VV.AA.,* Barojiana. *Madrid, 1972, p. 42.*

na almendra amarga en su corazón. Presumimos con frecuencia de ser patriotas. Se presume —dice el refrán— de lo que no se tiene. Las pruebas de carencias nuestras, en este orden de cosas son notorias. Una me preocupa, entre tantas. De nuestros diálogos con grandes españoles coetáneos, que ya murieron, y tampoco de sus monólogos tenemos acta, ni la levantaron en sus días nuestros antepasados. Esta omisión contumaz nos deja el espíritu empobrecido y sin el recuerdo fiel de la palabra de los maestros. No sería Eckermann un genio. Fue un hombre sencillo, afortunado, curioso y abnegado. No creo que fuera difícil seguir su ejemplo. ¿No imitarle es, acaso, prueba de patriotismo?»[3] Pronto en la Facultad, era inevitable, no es posible el derecho sin la libertad; junto a los grandes nombres como Ihering, Savigny, Kelsen, empezábamos a encontrar las huellas de la tradición sumergida. Torres López, un excelente profesor de Historia del Derecho, nos remitía a Hinojosa y Sánchez Albornoz; Pérez Serrano, a Adolfo Posada... Creo que fue en la vieja biblioteca del Aula Valdecilla, donde las pálidas sombras de los krausistas, de quienes apenas nada sabíamos hasta entonces, empezaron a tomar contornos precisos, en un ambiente físico que seguramente no se diferenciaba demasiado del de muchos años atrás: en aquellas aulas habían profesado sus cursos de doctorado don Francisco Giner y don Gumersindo de Azcárate, en la calle de la Estrella estaba la casa donde vivió Sanz del Río, en Espíritu Santo tuvo la suya el Amigo Manso...

Creíamos entonces que el 98 recuperaba, apoyado desde posiciones falangistas críticas, una vigencia que después perdería, semiborrado por el culto a la generación del 27, que el amor a España exigía conocerla profundamente y ese conocimiento nos llegaría con una relación física, casi carnal, recorriéndola a pie, sumergiéndonos en ella. Con este espíritu proyecté una excursión para recorrer a pie la comarca de la Vera, cruzar después el Macizo Central de Gredos y concluir en Ávila. Casualmente, el día antes de partir encontré en la cuesta de Moyano un pequeño volumen de pastas azules, en su interior la reproducción de un cuadro de Sorolla, representando a un caballero distinguido, de figura muy semejante a las de los cuadros del Greco. Era *De su jornada,* fragmentos recogidos por sus discípulos de la obra de Manuel Bartolomé Cossío. Por curiosidad, el nombre del autor me era desconocido, lo compré y lo llevé a la marcha. La lectura de Cossío, el recorrido de la Vera, ¡aquella acampada junto al estanque de un Yuste abandonado!, la travesía de Gredos, fueron experiencias inolvidables. Seguramente ningún libro me ha influido más. Lo que hasta entonces habían sido chispazos, atisbos, intuiciones, ideas dispersas, a veces encontradas, justo es decirlo, en publicaciones del falangismo inconformista: *Alcalá, La Hora, Juventud,* empezaron a relacionarse, a organizarse. Allí estaba lo que, más o menos intuitivamente, venía buscando, depurado ya de gangas retóricas, de desviaciones y desmesuras. Una cierta idea del hombre, incompatible con cualquier pretensión totalitaria o estatalizadora, del «hombre interior», es decir, la persona, el individuo, entendido como único generador de la vida colectiva, que será siempre la expresión del ser y de la condición moral de aquél; una concepción de la educación, entendida como «una acción universal, difusa y continuada, de la sociedad (y aun del medio todo), dentro de la cual la acción del educador intencional desempeña la función reflexiva, definida, discreta, propia del arte en los

[3] *R. Carande:* Don Manuel visto y oído, *en* Personas, libros y lugares. *Valladolid, 1982, pp. 15-16.*

demás órdenes de la vida, de excitar la reacción personal de cada individuo, y aun de cada grupo social para su propia formación y cultivo; todo ello mediante el educando mismo y lo que él de suyo pone para esta obra, ya lo ponga espontáneamente; ya en forma de una colaboración también intencional», es decir, una educación entendida en el más amplio sentido: físico, intelectual, estético, moral, social, o cívico, religioso, tal como corresponde a la «unidad orgánica del ser humano»; un nuevo sentido de la religiosidad, de la naturaleza, de la moralidad y el trabajo, una forma de vivir, en fin. La expresión, tan usada entonces, de «estilo de vida» adquiría pleno sentido. Y una nueva visión de la historia española: nuestro pasado inmediato dejaba ya de ser aquel conjunto de catástrofes que se nos decía. Había, por el contrario, alumbrado valores olvidados, aunque, hay que reiterarlo, no del todo perdidos, que era necesario recuperar, si se quería cambiar un presente que, a la luz de aquella tradición, resultaba crecientemente intolerable. Asumir el pasado venía a ser entonces la condición necesaria si se quería alumbrar un futuro distinto. Muchos cambiamos o evolucionamos entonces. Antes de finalizar los cincuenta, la Universidad, la Facultad de Derecho, empezaba a ser el principal foco de oposición al franquismo.

Y en esta búsqueda de nuestras raíces, encontrábamos a don Ramón Carande. Gonzalo Anes ha glosado su descubrimiento desde la perspectiva de un estudiante de la Facultad de Ciencias Políticas y Económicas, a quien la lectura, en 1952, del primer tomo de *Carlos V y sus banqueros,* le despierta su vocación investigadora.[4] Para mí fue pronto un nombre aureolado por todos los prestigios de una época que se había intentado suprimir. Carande, lo recordaba aquel hombre «ejemplar y destartalado, espejo de dignidad y paladín de las más nobles causas de la inteligencia», recientemente perdido, que fue Rafael Pérez Delgado, prologuista de *Galería de raros*[5], representaba, arquetípicamente, a aquel profesorado, preparado por el esfuerzo de la parte señera de la generación anterior —Institución Libre, Junta de Ampliación de Estudios—, «para poner en marcha una reforma radical de la enseñanza que hiciera posible la integración de España en el concierto europeo, una vez curada de sus dolencias seculares vinculadas al estancamiento dogmático de su pensamiento especulativo». Antes de la lectura de su obra, que sabíamos excepcional por su calidad y por el ánimo esforzado de quien fue capaz de hacerla en la madurez, superando pérdidas irreparables y en condiciones extremadamente difíciles, Carande era ya, para tantos de nosotros, sus deudores, referencia inexcusable, testimonio y ejemplo de lo que podría haber sido y quizá pudiera volver a ser, modelo, en fin, de dignidad humana. Los que no tuvimos el honor de conocerle en persona, supimos siempre de don Ramón, de su denodado esfuerzo intelectual, de su vitalidad, de su permanente juventud, de su cordialidad, trasmitida a través de mil anécdotas. El camino recorrido desde aquellos años ha sido largo, los logros, no cabe duda, fundamentales. Pienso, sin embargo, que los riesgos actuales son graves, y no sólo, desde luego, para los españoles, especialmente, quizás, al ser causa de otros muchos, el del olvido de una tradición liberal, inseparable del mundo contemporáneo, no más fácil de encontrar hoy que antaño, al verse deformada en cari-

[4] *G. Anes:* Don Ramón. Ínsula, *263 (octubre, 1968).*
[5] *C. J. Cela:* Breve noticia de un amigo. Diario 16, *5 de junio-87.*

catura o anegada por los restos de la contracultura o de un marxismo degradado y por una cierta forma hedonista e irresponsable de entender la libertad: la cultura actual, ilimitadamente abierta, se traduce, en último término, en indiferencia hacia la verdad, desde una neutralidad moral y vital.[6] No se trata, por cierto, de reivindicar aquí un liberalismo concebido como un conjunto de recetas elaboradas por oposición al socialismo —¿habrá que recordar que el socialismo nace como una reacción a los temas del pensamiento liberal?—[7], sino de encontrar el justo equilibrio entre la libertad y la ley, siempre tan difícil, más en un momento como el presente de suma indefinición, en el que, como ha recordado Alain-Gerar Slama, por un lado se postula la libertad total, afirmando el protagonismo de la sociedad civil y, por otro, se pide al Estado una protección absoluta. Se exige a la ley que ordene lo menos posible, paralizando al ejecutivo y, a la vez, no se reconoce en el seno de la sociedad otro poder distinto del Estado, de quien se espera la resolución de todos los problemas. ¿No estamos llegando a la configuración de «sociedades bloqueadas, en las que el individuo es gobernado por un Estado... que no gobierna»?[8] No será ocioso recordar aquí el liberalismo de don Ramón, lleno de entusiasmo hacia lo verdadero y lo bello, abierto a los problemas sociales, comprometido, incluso, con un cierto socialismo, entendido, me atrevería a interpretar, no tanto como ideología política, sino como orientación ética, muy en la línea, pienso, de un Peguy: «La revolution sociale sera morale ou ne sera pas», cuya vigencia se revela creciente.[9]

## II

El interés que despierta en nosotros *Galería de raros*[10] tiene mucho que ver con la restauración de una tradición extraviada, a veces utilizada de manera burda o simplista, con la devolución de un mundo perdido, en un momento en que es necesario resistir a la degradación de los valores que han venido fundamentando nuestra cultura. *Galería de raros* nos acerca a la generación de Carande: «Hombres y mujeres —ha escrito Santos Juliá— con afán de aprender, sin fatiga en el trabajo, deliciosos en la conversación, rigurosos y elegantes en la escritura, entrañables en la amistad, incansables en el caminar. Fue una gente rara que quiso saberlo todo, que gozó en el trabajo a pesar de los escasos y aún míseros medios, que disfrutó en la tertulia, que sufrió, a veces hasta el llanto, en la escritura o que se mantuvo ágrafa (como gusta de decir Carande) y que brindó, a quien tuvo la fortuna de acogerla, una forma de amistad que sólo puede palparse en esas largas caminatas, cuando parece que el tiempo se hunde en el olvi-

[6] Cfr. *A. Bloom:* L'Âme désarmée, essais sur le déclin de la culture générale. *Julliard, París, 1987.*

[7] Cfr. *P. Manent:* Histoire intellectuelle du liberalisme, dix leçons. *Hachette, París, 1986.* Les liberaux *(2 tomes) présenté par... Calmann-Lévy. París, 1986.*

[8] *Alain-Gerard Slama:* Liberalisme: l'esprit des lois. Le Point, *757 (23 Mars 1987).*

[9] Cfr. Peguy, homme du dialogue, *textes reunis par Françoise Berbort,* Cahiers de l'amitié Charles Peguy, *28 (1986); F. Laichter:* Peguy et les Cahiers de la quinzaine, *«Editions de la Maison des Sciences de l'Homme». París, 1985; J. M. Rey,* Colère de Peguy, *Hachette, textes du XXème siècle. Recientemente, la* Pléiade *de Gallimard, ha publicado el tomo I de las* Oeuvres en prose complètes *de Peguy, edición presentada, establecida y anotada por R. Burac.*

[10] *R. Carande:* Galería de raros atribuidos a Regino Escaro de Nogal. *Prólogo de Rafael Pérez Delgado, 2.ª edición. Madrid, 1983.*

do». Hombres y mujeres, en fin, que «aunaron como ningunas otras antes y, desde luego, ningunas después, el trabajo, la charla y el paseo». [11]

¿Por qué Carande llamó «raros» a sus personajes? ¿Porque eran escasos en su especie? ¿Porque eran insignes o excelentes en su línea?

El término lo emplea Rubén Darío, poeta por quien don Ramón tuvo la mayor admiración: «Llegué a aprenderme de memoria muchas de las poesías, entonces tan discutidas, de este incomparable autor». [12] Rubén Darío escribió precisamente un muy curioso libro con este título, *Los raros* [13]. En el apasionante tránsito del siglo XIX al siglo XX, en ese mundo ideológico-artístico de naturalistas, decadentes y estetas, parnasianos y diabólicos, ibsenistas y neomísticos, prerrafaelistas y tolstoyanos, wagnerianos y anarquizantes cultivadores del yo [14], «raro» es el esteta, apostrofado de decadente que, comulgante en la religión de la belleza, lucha por la afirmación de su singularidad, de su aristocraticismo espiritual, frente a la plebeyez de la masa, y se enfrenta a las convenciones, a veces a las injusticias, de una sociedad burguesa que integra difícilmente al artista, al «bohemio». El «raro» ve con horror y asco el triunfo pleno de una industrialización que consagra la fealdad y la vulgaridad. «El americanismo —dirá Eugenio de Castro— reina absolutamente; destruye las catedrales para levantar almacenes; derrumba palacios para alzar chimeneas, no siendo de extrañar que transforme brevemente el monasterio de Batalha, en fábrica de conservas o de tejidos, y los Jerónimos, en depósito de carbón piedra o en club democrático, como ya transformó en cuartel el monumental convento de Mafra. Las multitudes triunfantes aclaman el progreso; Edison es el nuevo Mesías; las Bolsas son los nuevos templos. ¡El humo de las fábricas ya oscurece el aire; en breve dejaremos de ver el cielo!». Tal es la queja, dice Rubén, «es la misma de Huysmans en Francia, la queja de todos los artistas, amigos del alma». [15] «Raro», pues, equivale aquí a artista exquisito que, en su rechazo de lo social triunfante, se coloca altivamente, victorioso o derrotado, en la búsqueda de su ideal, por encima de las normas morales de la época.

Pío Baroja, otra de las devociones literarias de Carande, esculpió, a lo largo y ancho de su obra, un amplísimo retablo de «raros», definido en sus *Memorias* como «Galería de tipos de la época», que desborda el limitado concepto de «raro» del poeta. Ciertamente Baroja, mucho más preocupado por la parte moral de la vida que por la estética «el romanticismo inmoralista es para mí completamente ridículo», [16] manifiesta escasa estimación por muchos de los «raros» rubenianos: Barbey d'Aurevilly, Oscar Wilde, Jean Lorrain, Catulle Mendès, d'Annunzio y «otros por el estilo», aunque la acogida en su

[11] *S. Juliá:* Ramón Carande, contra el olvido. El País, *año IV, n.° 158 (domingo, 31 de octubre de 1982).*

[12] *R. Carande:* Recuerdos de mi infancia. *Madrid, 1987, p. 170*

[13] *R. Darío:* Los raros. *Madrid, 1953.*

[14] Ibid., *p. 174.*

[15] Ibid., *p. 212.*

[16] *P. Baroja:* Desde la última vuelta del camino. Memorias. Galería de tipos de la época. *Madrid, 1947, p. 21.*

«Galería» a modestos epígonos madrileños: los Cornuty, Sawa, Barrantes, Gálvez... [16 bis] Lo que a Baroja interesa, desde su desdén por los gestos del hombre de letras, desde su aversión por los arribistas, los buscadores de honores y prebendas, los pagados de sí mismos, los hinchados por el prestigio oficial, son las «personalidades», las gentes con individualidad, más o menos extravagantes: esos son sus «raros». «Mas para mi tío —recuerda Caro— lo principal no eran ya los libros, ni los pueblos, ni las regiones, ni las naciones, ni las ideas: lo principal eran las personas, los individuos, hombres o mujeres como tales. Lo mismo le daba que fueran ricas que pobres, cultas o incultas. La cuestión era que tuvieran algún rasgo enérgico o característico. Y era maestro en encontrarlos o destacarlos en el lugar más insignificante en apariencia. Vera fue el laboratorio donde yo le vi moverse mejor, ante una serie de individuos que, desde luego, llamaban la atención, incluso al que no era novelista ni literato. Los personajes estaban. El autor también. No necesitaban ir a buscarle, aunque es cierto que a última hora mi tío se encontró rodeado de personajes barojianos. Unos parecían decirle: «Somos tus hijos, tú nos has formado tal como somos, porque de leerte hemos salido así justo es que ahora nos atiendas». Otros, en cambio, parecían responder a este pensamiento: «Ya es hora de que me incluyas en tus novelas» [17]. La «Galería» barojiana no abunda así en grandes personajes. Don Pío era liberal a la antigua: «Aborrecía las instituciones fundadas con intención de intervenir en la conciencia individual o de someterla, fuera el que fuese su signo, lo mismo los del partido socialista que los de la extrema derecha. Sentía también antipatía profunda por las personas bien situadas dentro de una sociedad organizada burocráticamente y su simpatía por el anarquismo se fundó en este rasgo de su temperamento. Soñaba con lo imposible: con una sociedad en que los méritos individuales fueran los únicos reconocidos. Y por eso siendo liberal y hasta anarquista de temperamento profesaba el culto a los grandes hombres». [18] A los que él consideraba verdaderamente grandes, naturalmente. La obra de Baroja rebosa, en cambio, personajes «raros», socialmente irrelevantes, incluso absurdos, siempre interesantes, no siempre vistos con simpatía, tratados a veces con cierto despego. Con el título de una narración de Ricardo Baroja, de ellos puede decirse que «Pasan y se van»: «Unas sombras pasan por paisajes fríos y severos. Esto es cuanto ocurre en la vida. Podría decirse, en suma, que esta es también la esencia del «barojianismo» [19]. De muchos «raros» barojianos nos conmueve hoy su soledad y, pícaros a veces, su ingenuidad, su candidez última. De entre ellos, ¿cómo no sentir un vivo afecto, también lo sintió don Pío, por el «peregrino escritor» don Ciro Bayo y Segurola? El gran novelista soñaba, lo hemos dicho ya, con una sociedad liberal, con un liberalismo basado en una libertad de conciencia individual, que había sido aplastada en el siglo XX. Lo que le preocupaba en sus últimos años era «pensar si Europa saldrá de su atolladero y si se

[16 bis] Cfr. *F. C. Sainz de Robles: «La Promoción de* El Cuento Semanal (1907-1925) (Un interesante e imprescindible capítulo de la historia de la novela española)». *Madrid, 1975; y* Raros y olvidados, *Madrid, 1971, p. 142.*

[17] *J. Caro Baroja,* op. cit., *pp. 78-79.*

[18] *J. Caro Baroja:* Del país: familia y maestros. *San Sebastián, 1976, p. 142.*

[19] Ibid., *p. 235.*

podrá ir y venir como antes, hablar y pensar sin obstáculos como hace años».[20] Era pesimista. Sus sueños se fueron alejando. Permaneció atento a los esfuerzos, a los proyectos de las gentes humildes: «Lo rico, lo fácil, lo aparatoso no le atraía. Pero un esfuerzo hecho en medio de la adversidad o de la pobreza era algo que le encantaba», mas advertía que el mundo se hacía crecientemente chabacano, chato y vulgar. Y sus personajes, los tipos «raros», iban desapareciendo.

Los «raros» de don Pío están, es evidente, más cerca de los de Carande que de los de Rubén. Cercanos también a don Ramón, los entrañables que poblaron el mundo segoviano de Antonio Machado.[21] Y entre don Pío y Carande, los «raros» de Caro Baroja. Hombres sencillos unos, acreedores de excepcional relieve otros. Todos de personalidad singular, acusada: los de la tertulia de Ruiz de Alarcón, don Juan Menéndez, Aranzadi, Barandiarán, Azkúe... Caro hace un comentario, al referirse a un «raro» por derecho propio, su abuelo don Serafín, que merece destacarse, por cuanto ayuda a entender la especie: «Pasó por los puestos más propios para enriquecerse con la profesión, como podría ser el de ingeniero jefe de minas en el Bilbao finisecular y la tentación resbaló sobre él. Pienso, a veces, que en su caso y en el de otros colegas suyos más famosos, como don Lucas Mallada, la excentricidad fue un sistema defensivo en gran parte: para defenderse de intentos de soborno, de corrupción, de participación en negocios turbios, como eran muchas veces los de las minas. «Don Fulano es un sabio, pero está chalao»; «¡Cuántos hombres habrán salvado su integridad gracias a esta frase estereotipada!».[22]

Y al final de este itinerario, y no sin dedicar un cálido recuerdo a otros, ejemplares, arquetípicos, Cejador[23], Carlos Rubio[24]... llegamos a los «raros» de Carande, a los que pueblan su *Galería,* pues el destacado relieve público de algunos de los biografiados por don Ramón: Gómez Moreno, Azcárate, Tormo[25]... los excluye. Muy distintos a los de Rubén, aunque se asemejan en una cierta probidad, pueden definirse, sin embargo, con una frase de Ibsen, en *Los guerreros de Helgeland,* que recoge el propio poeta: «Se está a solas contigo, y te asemejas a los raros a quienes voluntariamente se escogería por amigos». Bien, aquí está. Próximos en su sencillez a los barojianos, vecinos ya a los de Caro, los «raros» de Carande han sido escogidos, subrayemos la frase, por amigos. Se trata, pues, de amigos, de amigos admirados. Aun más, de acreedores.

En un prólogo a *Galería de raros* publicado en 1968, y no incluido, finalmente, en el libro, nos habla así el propio don Ramón para darnos cuenta de su propósito de «traer a escena la efigie de unas cuantas personas que, recatadas siempre, no quisieron ponerse ante las candilejas y, sin embargo, o acaso también por ser evasivas, me causaron sorpresa, asombro, respeto, y les debo gratitud». Y los define: «Casi ninguno de ellos, y así se confirma su rareza, pretendió puestos visibles en la esfera oficial, ni en

20 *P. Baroja:* Desde la última vuelta del camino... *p. 288.*

21 Cfr. *M. Cardenal de Iracheta:* Comentarios y recuerdos. *Madrid, 1972, pp. 253 y ss.*

22 *J. Caro Baroja:* Los Baroja... *pp. 51-52.*

23 Cfr. *J. Cejador y Frauca:* Recuerdos de mi vida (Obra póstuma). *Prólogo de R. Pérez de Ayala. Madrid, 1927.*

24 Cfr. *Azorín:* España. Hombres y paisajes. *Madrid, 1909, pp. 57-61.*

25 *R. Carande:* Personas, libros y lugares. *Valladolid, 1982.*

lugares de primera línea; rehuyeron la publicidad, procuraron pasar inadvertidos; fueron casi todos gente esquiva; ni figurantes, ni figurones. Difícil sería, salvadas un par de excepciones, encontrar su rastro en la prensa diaria, ni en letra impresa alguna. Tan sólo en la memoria de unos pocos supervivientes queda en relieve su imagen, y en nuestro oído todavía resuena su voz. Diríase que los encontramos como esas viejas fotografías de seres fugitivos que, de pronto, desaparecen (...) la mayoría de nuestros raros repudiaba los gajes de la fama creyendo que podría desviarles de su deseo de encontrar la verdad, y que el uso del poder les impondría responsabilidad sin disfrutar independencia». Pertenecientes estos «raros» a distintas familias, predominan en ellos los ágrafos. Y es que la actitud, el estilo vital de estos personajes es lo que realmente importa: «Cuando no es la luz de su inteligencia lo verdaderamente raro (y así ocurre en algún caso), lucen otros rasgos no compartidos por la generalidad de los mortales. Y si, en los que no pusieron la pluma a prueba son excepcionales sus cualidades humanas, también en aquellos que dejaron escritos escondidos, inéditos o impresos supera a la calidad (desconocida) de éstos la impresionante talla del sujeto».[26] Los «raros» de Carande, sus «acreedores» son quince. De profesiones varias, o sin profesión bien definida, hay funcionarios, poetas, un labrador, un alto jefe militar, una jerarquía eclesiástica, una historiadora norteamericana y «un extraño personaje —José María Soltura— cuya función social en la vida española no fue otra que la de aceptar o rechazar los frutos del cercado ajeno, prestando ayuda y consejo a su entorno humano». A la vez que reconstruye el clima de una época, Carande con su libro, consigue salvar a unos personajes valiosos por su bondad, por su inteligencia, por su entrega a la cultura, por su persecución de la verdad científica o histórica, en suma, por su «defensa de los valores humanos bajo la especie de autenticidad» (Pérez Delgado), de un olvido que nos empobrecía a todos.

*Galería de raros* es, sin embargo, algo más que un espléndido conjunto de retratos. He dicho antes que nos da también un cierto clima de época. Hay que agregar que a través de unos personajes se dibujan los complejos trazos de una sociedad, frecuentemente descalificada, pienso que con cierta ligereza, con la lapidaria frase: «Oligarquía y caciquismo». Oligarcas y caciques los hubo, por supuesto, pero cabe pensar desde nuestra experiencia presente, si todo funcionó tan mal entonces. No cabe duda que Rodríguez de la Borbolla, cacique sevillano cuya figura pasa por las páginas de Carande, admite ventajoso parangón con no pocos oligarcas nuevos, oportunistas pasados por Althusser o Gramsci. No se trata, por cierto, de magnificar nostálgicamente el pasado. Sí parece conveniente aunar la crítica. Nadie quizá la haya hecho con la conmovedora dureza de un Azorín, con el respeto por la modernización que entonces se produjo y que alcanzó logros notables, en la línea que precisamente, propugnaba el mismo Azorín: «Sí; el esplendor, la vitalidad, la solidez de un país no pueden ser resultado más que del trabajo y de la ciencia. Ciencia y trabajo, he aquí en dos palabras, para los nuevos españoles, todo un programa»;[27] con el aprecio también por ciertos valores de un mundo tradicional al que tan sensibles fueron los hombres del 98, o el propio don Ramón Carande: el sentido de la solidaridad, el valor de lo religioso... Es la integración de tradición

[26] *R. Carande: Prólogo a* Galería de raros. Insula, *263 (octubre, 1968).*

[27] *Cit. por R. Carande:* Galería... *p. 344.*

y modernidad, hecha con rigor crítico, lo que da tan sólida consistencia a personajes como Carande o Caro Baroja. Un libro del primero, *Recuerdos de mi infancia,* nos permite ver sus profundas raíces. Caro, por su parte, nos ha descrito dramáticamente el hundimiento de la vieja sociedad castellana: «Los últimos representantes de la gravedad, del estoicismo hispánico, van muriendo en un ambiente de decadencia y opresión y las nuevas generaciones son flojas y sin carácter (...) Porque todos los valores sobre los que se fundaron han sido removidos» [28] y «¡Qué decir de las costas y de las viejas ciudades del Sur, de la Naturaleza mancillada por todas partes!» [29]. Y la ruina del País Vasco: «¿Frente al pueblo vasco de fines del XIX y comienzos del XX qué es lo que presentamos de positivo? Un pueblo en estado de crisis demográfica, de crisis espiritual, de crisis lingüística, económica, etc.» [30] La catástrofe se va consumando a los acordes de una trivial, lamentable, cultura de espectáculo, de ruido y de «movida», charanga y pandereta... La obra de Carande, como la de don Julio, nos restituye un mundo en el que, con todos sus defectos, aún era posible el «habitar poético» en el sentido de Hölderlin. En el que eran posibles los «raros». ¡Cuántos hubo entonces! ¡Y qué calidad! Ese «habitar poético», en una naturaleza respetada, en un mundo urbano cercano y abarcable, debe ser, advierte Caro, preocupación fundamental del hombre del futuro. Algo habrá que hacer para que el «raro» pueda volver a residir entre nosotros.

## III

En algunos comentarios a *Galería de raros* parece percibirse, más o menos explícitamente, una cierta diferenciación entre el Carande de *Carlos V y sus banqueros,* el maestro de todos los historiadores de nuestra economía, el más importante, seguramente, entre los historiadores españoles modernos, y el Carande de la *Galería,* humanista, entrañable, cercano, complementario, quizás en un tono menor, del primero. Habría, así, «un otro Ramón Carande». En realidad, y sin pretender comparar estas obras, tan distintas por su contenido, sí hay que señalar, pienso, que ambas son el resultado de una misma forma de entender la historia, de una concepción historiológica sólidamente tradicional y, quizá por lo mismo, extremadamente moderna.

En verdad, son muy diversas las orientaciones que subyacen o fundamentan el trabajo de los historiadores actuales: se presta una creciente atención a la historiografía; asistimos a la disgregación de la historia en disciplinas parciales, en items; no obstante, es perceptible el renovado cultivo de la historia nacional periodificada; persiste en muchos historiadores el sentido de la totalidad o de la globalidad de su quehacer; es patente —y no necesariamente contrario a lo anterior— el auge de la perspectiva individualizadora, trátase de hacer de nuevo una historia de o con personas, o de estudiar el acontecimiento; y a la preocupación por la cientificación, hay que oponer el retorno de la forma narrativa, del relato, de la descripción; en fin, se presta atención al discurso, al texto histórico, al «enunciante», se cultiva el estilo literario, se profundiza en los

[28] *J. Caro Baroja:* Los Baroja... *p. 434.*
[29] Ibid., *p. 550.*
[30] *J. Caro Baroja:* Del país... *p. 271.*

problemas lingüísticos... La investigación histórica no sólo cubre hoy una inmensa extensión —nada le es ajeno— sino que se manifiesta en una pluralidad de enfoques teóricos de legitimidad indiscutible: ninguno de ellos puede pretender un imposible monopolio. Escribir historia viene a ser así expresión de una libertad que se manifiesta de diversas aunque relacionadas formas. En el establecimiento del objeto de su estudio por el historiador que, libremente, construye la trama, desglosándola del campo inmenso, infinito, de la historia. Libertad también para romper la sumisión al tiempo y al espacio. El historiador puede desvincularse de las unidades de espacio y tiempo, para entregarse por entero y exclusivamente a la trama que construye. La historia adquiere entonces autonomía plena para inventar categorías y encontrar nuevos «items» que le permitirán renovarse permanentemente. Autonomía, también, en cuanto al método. El método de la historia se funda, en último término, en la experiencia, en la riqueza intelectual y vital del historiador, desde la que investiga, selecciona y ordena sus materiales. Libertad, en fin, frente a los míseros condicionamientos de la historia militante, de la historia centrada en fines partidistas, frente al «presentismo». Se recuperan, así, el placer y la curiosidad como impulsos motores de un quehacer histórico que, como dijo Marc Bloch, tiene sus «propios placeres estéticos», entre ellos la cierta «voluptuosidad de aprender cosas singulares». [31]

Ahora bien, aun siendo cierto lo anterior, no lo es menos, entiendo, que el aspecto más significativo de la historia actual es la existencia como pone de relieve Stone de una crisis de la «historia científica», es decir de aquella que, aun invocando al hombre —o a los hombres— como sujeto o como objeto de la historia, se apoyaba en una creencia fundamental: «Las fuerzas motrices de la sociedad eran las condiciones materiales, tales como la relación variable entre población y subsistencia, los cambios en los medios de producción y los conflictos entre clases». Determinismo económico o demográfico que llevaba consigo la sustitución de la narración por el análisis, mucho más adecuado para organizar y presentar unos datos históricos que, en lo posible, deberían ser de naturaleza cuantitativa. [32] En este sentido, empiezan a ser hoy frecuentes las manifestaciones, no necesariamente opuestas, sino frecuentemente compatibles con un enfoque «globalizador», de una tendencia historiográfica a la individuación, de una vuelta a la historia de o con personas singulares, de un retorno al acontecimiento, de un resurgir de la narrativa histórica, una vez perdida la fe en los modelos deterministas de explicación.

En este sentido, la obra de Carande, trátese de *Carlos V...* o de *Galería...* resulta, hay que repetirlo, ejemplarmente moderna desde su anclaje en la tradición historiográfica. Carande hace historia narrativa. Él mismo lo señala en el párrafo final de la introducción al tomo III de *Carlos V...* al advertirnos que sus maestros pertenecen a otro tiempo y que él adopta el método narrativo y nada más. Y Caro Baroja comenta: «Acaso no haya procedimiento más demoledor para destruir síntesis falsas, teorías ligeras y atrevidas, concepciones falazmente ingeniosas, que el de poner los hechos uno detrás

[31] *M. Bloch:* Introducción a la historia. *México, 1952;* Cfr. *G. Thuillier:* Sur le plaisir de l'historien. Commentaire. *8 (Hiver, 1979-1980, pp. 303-306).*

[32] *L. Stone:* La historia como narrativa. Debats. *4, p. 94.*

de otro». [33] *Galería de raros,* dice Pérez Delgado, no es sino «un relato bajo la especie de historia en biografías», testimonio vivido de un trozo de la historia social de dos generaciones españolas. Don Ramón hace historia con personas. Ya H. Lüthy ha puesto de relieve cómo «La historia económica y social lo mismo que la política no es anónima; más allá de los acontecimientos, de los números y de las curvas están los hombres que actúan y sportan, y sin los que no habrá movimientos en la historia» [34]. Carande se referirá a su propensión, dentro de su condición de economista, a escudriñar personajes, incluso rasgos de la vida íntima de éstos [35]: cuando nos habla, por ejemplo, del régimen de tesorería de la Hacienda Castellana, da abundantes detalles de la biografía del tesorero Francisco de Vargas... Y así tantas veces. Y de su empatía, hasta de su devoción —dice textualmente— por el gran emperador, nos ha dejado Don Ramón abundantes testimonios, devoción, aclara, «compatible con mi esfuerzo en la tarea de contabilizar sus despilfarros» y que le impide «festejar sin distingos a los comuneros» [36]. Don Ramón podría haber dicho, con J.E. Neale, que «siendo los seres humanos la substancia de la historia, no se podrá conocer algo de la naturaleza y del funcionamiento de un grupo humano sino cuando se sepa algo concerniente a los individuos que lo componen».

Toda la obra de don Ramón, de *Carlos V...* a *Galería...* es, pues, historia. Historia planteada desde un idéntico enfoque, desde un semejante método, podría decirse. Rigurosamente positivista. Y ya va siendo hora de reivindicar el positivismo: con Momigliano hay que señalar que la historia en la época de la educación de masas debe permanecer en lo que era cuando se escribía para un número limitado de adultos, a saber, la información —la historia no puede reemplazar a la religión, la filosofía o la simple moral, indicando a los hombres lo que deben hacer— acerca de nuestro pasado, basada en fuentes [37]. Historia narrativa. Historia individualizada, desde la comprensión de sus personajes. Véase la descripción que hace Carande del emperador en las primeras páginas del volumen tercero de *Carlos V...:* «Nos lo imaginamos —escribe— caminando en pos de ensueños caballerescos, pero no siempre vive alejado de la realidad circundante, ni libre de los cálculos interesados. No abandona, ciertamente, la tarea evangelizadora, de sus abuelos maternos en el nuevo mundo, y de las Indias, más que de ningún sitio, saca los recursos que le permitieron realizar en Europa y en el norte de África la misión asumida con el imperio. Fue, sin duda, en sus días el campeón de la unidad de la fe, y le impulsa el anhelo de lograrla, sin estar libre de apetencias domésticas y de ambicioso poderío en el orden terrenal. Cuando —después de calcular el pro y el contra— se cree llamado a acometer una empresa ineludible, se lanza a ella sin que le sujeten los frenos que el recto sentido del cristianismo debería imponerle. Diríase

[33] *J. Caro Baroja:* Ramón Carande: Carlos V y sus banqueros. Revista de Occidente. *65 (Agosto, 1968), p. 215.*

[34] *Cit. por R. Pillorget:* La biografía en Francia, *en II Conversaciones Internacionales de Historia.* Las individualidades en la historia. *Pamplona, 1985, pp. 90-91.*

[35] *R. Carande:* Carlos V y sus banqueros. La vida económica en Castilla (1516-1556). *Segunda edición corregida y aumentada, Madrid, 1965, p. XV.*

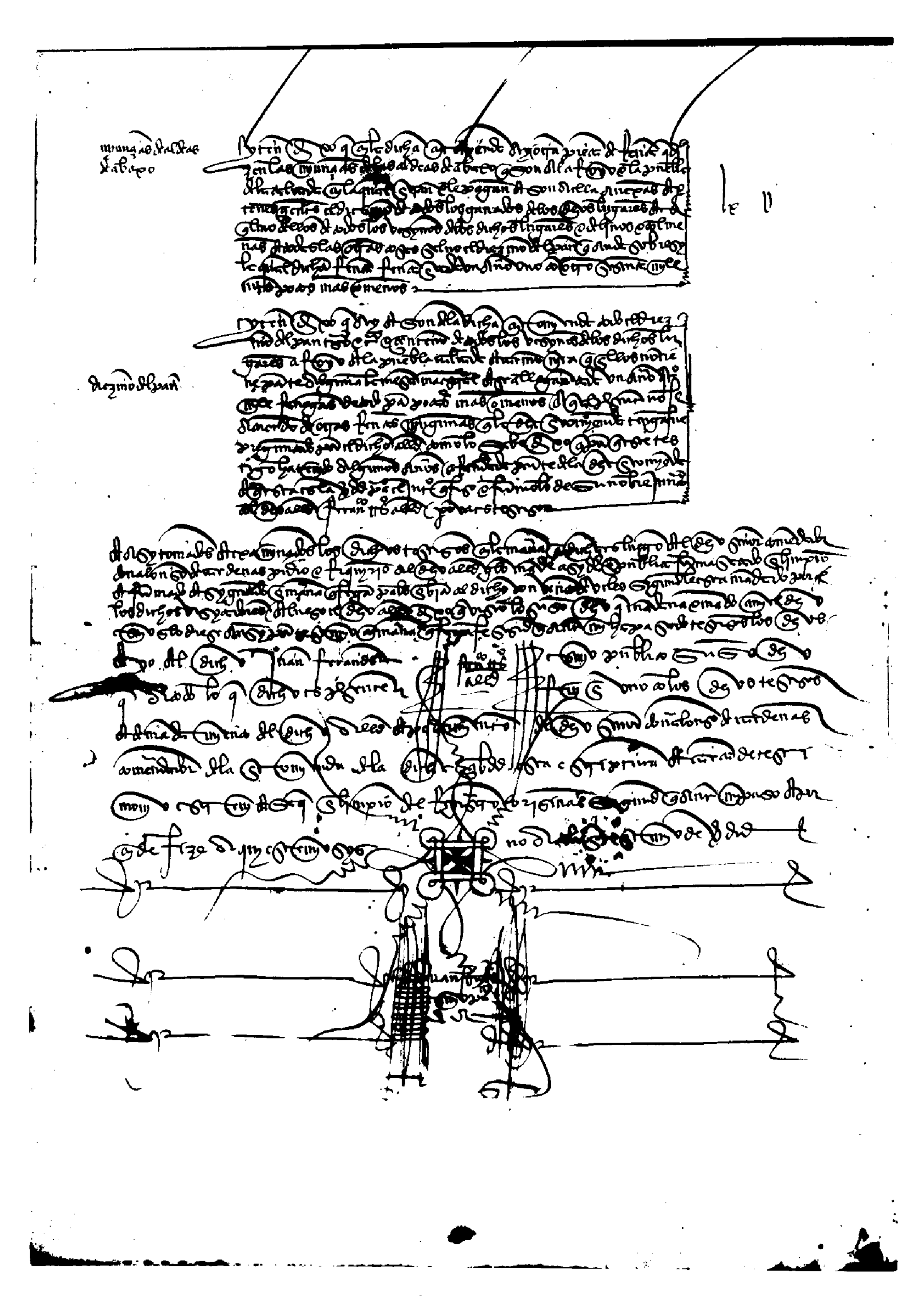
[36] *R. Carande:* Personas, libros..., *p. 99.*

[37] Cfr. *A. Momigliano:* L'Histoire à l'âge des idéologies. Le Débat, *23 (enero, 1983), pp. 129-146.*

que a sus ojos el fin justifica los medios. La imagen refulgente de los veneros de oro y plata flota ante su retina y la explotación de las minas de metal precioso la lleva a cabo en términos que remorderían la conciencia de misioneros y de varones piadosos. Carlos V se comporta como un poderoso catalizador de banqueros...». De este texto se desprende claramente que el rigor estilístico, la preocupación por la escritura, es aspecto fundamental en la obra de don Ramón, como puso de relieve Valdeavellano. «En su afán de merecer el nombre de Ciencia, la Historia se ha olvidado cada vez más de Tito Livio y de Tácito, o sea de la Historia como obra de arte y, en su justa aspiración al rigor, ha renunciado a su cualidad de género literario, de tal manera que no serán muchas las páginas de los historiadores contemporáneos que merezcan el honor de ser incluidas en las antologías literarias. Sin embargo, nada estorba a la Historia como Ciencia el ser asistida en la exposición del pasado por el talento verbal, hermano de la claridad, por la elegancia en la manera de decir, en suma por la literatura. Y la verdad es que, con muy pocas excepciones, los historiadores verdaderamente grandes han sido a la vez grandes escritores: desde los griegos y los «ilustrados» como Gibbon hasta los románticos y liberales como Michelet, Carlyle y Ranke, o los más modernos, como Renan o Burckhardt, sin olvidar el extraordinario escritor que fue Mommsen (...)». Frente a una historia, escrita en «jerga insufrible», plagada de los «términos bárbaros de obras de sociología, en su mayor parte traducidas del angloamericano», recordemos también el *langage de bois* del marxismo. Valdeavellano reivindicaba, pues, el lenguaje correcto, el estilo expresivo, en un momento en que «escribir bien la Historia, cual la escribe Carande, no (estaba) de moda» [38]. Hoy vuelve a estarlo. También en este punto, don Ramón sintoniza desde el clasicismo con las más recientes orientaciones historiográficas.

**Antonio Morales Moya**

[38] Cfr. *Luis G. de Valdeavellano:* El otro don Ramón Carande. Insula, *263 (octubre, 1968), pp. 1-3.*



Archivo Histórico Nacional (Órdenes militares) Mesa Maestral Mérida
C. 198/n.° 85/6 reverso. Uno de los infinitos manuscritos leídos por R.C.

# Desde el otero de Simancas

## (Don Ramón Carande y el Archivo)

Don Ramón ha sido ya visto y considerado desde múltiples facetas, y siempre por boca de ilustres especialistas; don Ramón, como humanista, historiador de la Edad Media, de la economía y de Carlos V; don Ramón, en sus relaciones con la Institución Libre de Enseñanza —en la que se formó—, y con la Real Academia de la Historia, de la que formó parte, etc.

¿Cabría añadir más a esta «disección» de nuestro hombre? Modestamente, pienso que sí. Porque en todos los considerandos anteriores, don Ramón era el exponente de una cultura, en parte libresca, académica y de estudios superiores, hechos aquí o en las escuelas alemanas de von Schmoller y von Below, en sus contactos con el norteamericano Hamilton y el también alemán Konetzke, y en sus relaciones con institucionistas tan señeros como Hinojosa, Menéndez Pidal, Sánchez Albornoz, etc.

¿Pero, de dónde le venían los saberes, que me atrevo a llamar «inéditos», es decir, aquellos que no están en los libros, las academias y los maestros, y con cuyo conocimiento, trastocó más de un concepto mítico sobre la realidad de la Castilla de la primera mitad del siglo XVI, vista a través de su economía, recursos y finanzas? Aquí de los archivos, esos silentes depósitos de papeles y legajos, cuya consulta es imprescindible si se quiere avanzar en el conocimiento serio del pasado, en una tarea dura, esforzada y tenaz, y bien distinta, por cierto, del ensayismo superficial y literario, aparentemente brillante en su morfología externa, pero indefectiblemente hueco de contenido y peso. Y aquí, entonces, de Simancas, el Real Archivo de la Corona de Castilla (según su titulación originaria), que precisamente está allí, en la vieja fortaleza construida por los Almirantes de Castilla, porque el europeo Carlos V así lo dispuso, asombrado de que un Estado moderno —tan certeramente creado, en otros aspectos, por sus abuelos españoles Fernando e Isabel—, no tuviese aún recogidos en un depósito único, los múltiples documentos de gestión, política exterior, gobierno y administración indispensables para el manejo cotidiano de los negocios públicos (no se piense aún en nada de «archivo histórico»), que andaban dispersos por el reino —Toledo, Segovia, Burgos, etc.—, sin garantía alguna de seguridad y protección.

Imperativamente, por tanto, don Ramón —al proyectar su estudio sobre la economía y las finanzas del Emperador—, tuvo que acudir a Simancas. Y ésta es la última «imagen» de don Ramón: la del investigador Carande, «visto» a través de los quince voluminosos expedientes de estudios, cronológicamente extendidos entre 1942 y 1972; total, treinta años de labor investigadora.

Los expedientes no tienen precio. Son la pequeña historia íntima de un trabajo, expresado día a día, en las consultas efectuadas, los legajos pedidos, las copias solicitadas. El armazón documental de *Carlos V y sus banqueros* —que empezó titulándose, más prosaicamente, *Investigación sobre documentos referentes a la hacienda de Carlos V*—, está allí, y allí va cociéndose en una lectura reposada, sagaz y crítica, de multitud de informes, datos, cifras, estadísticas, cédulas y relaciones, que descubren el complicado mundo de las finanzas, la hacienda y la economía de los Reinos y Señoríos del César.

Naturalmente de estos Reinos y Señoríos, el que va a soportar la mayor carga fiscal es la Corona de Castilla —pivote del *dominium mundi* carolino—, y por eso a Castilla dedicará don Ramón las más lúcidas páginas de su capacidad económica, a través de todo un tomo —primero de la obra—, en el que analizará su población, agricultura, ganadería, industria, comercio (con su apéndice de banca y ferias) y navegación, en el vasto período que se extiende de 1516 a 1566.

Este estudio —que, evidentemente, desborda la temática del título, puesto que no son ni Carlos ni sus banqueros los únicos personajes y protagonistas del argumento—, se centra ya más en su titulación, en los dos tomos siguientes, dedicados a la *Hacienda Real de la Corona* y a *Los caminos del oro y la plata,* quizá más áridos, por abordar cuestiones técnicas, institucionales y financieras.

La masa documental que don Ramón movilizó para ello fue, prácticamente, la mitad de los fondos del Archivo en el período estudiado, muy en especial la de las secciones que integran la Hacienda de la Corona de Castilla, a través de sus órganos directivos, contables y de inspección, como eran —entre los primeros— el Consejo y la Secretaría de Hacienda; las Contaduría, Dirección General del Tesoro y Escribanía Mayor de Rentas, entre los segundos, y el Tribunal Mayor de Cuentas, entre los últimos, con un volumen total de legajos vistos que ascendió a 226. Como cada legajo contiene —por término medio—, unos 100 documentos y expedientes, quiere decirse con ello que don Ramón estudió, anotó y examinó unos 22.600 documentos, sólo de estos fondos hacendísticos y fiscales. Y digo «sólo», porque el investigador «total» que era Carande, no se contentó con ello, y quiso dar a su pesquisa histórica economicista la complementaria visión «política» del momento, consultando, a su vez, otros 42 legajos más de las secciones de «Estado» —a través de sus diversas series y negociaciones de España, Francia, Alemania, Inglaterra, Países Bajos, Estados italianos, etc.—, y de la serie «Diversos de Castilla», con lo que el total absoluto de legajos que nuestro hombre vio ascendió a 268 y 26.800 documentos, aproximadamente. No voy a referirme aquí a las numerosas consultas por correspondencia que don Ramón formuló, porque desbordarían los términos justos de esta página. Pero sí quiero señalar, como ejemplo, para los jóvenes investigadores que puedan leerme, que esto —estadísticamente tan exacto y tan aburrido—, es, verdaderamente, investigar con honradez, seriedad y correcta metodología científica, y que todo lo demás —basado a lo sumo en cuatro libros, algún que otro documento impreso, y media docena de ideas, más o menos apriorísticas o hipotéticas—, son garambainas sin fundamento, pérdida de tiempo y ganas de gastar papel impreso para engrosar el crecido número de libros inútiles que se publican, incluso con el aplauso de la galería «desilustrada».

Al final —y por etapas—, salió la obra. Pero no por ello don Ramón se olvidó de Simancas. Porque, a partir de 1955, Carande siguió buceando en los papeles simanqui-

nos sobre materias muy diversas: «Los Cinco Gremios Mayores de Madrid» (1955), «Noticias de Cambios» (1957), «Datos sobre Luis Próspero Chachard» (1958), «Noticias sobre los Fúcares», evidentemente en relación con la hacienda carolina (1960); «Fundación de la Universidad de Douai» (1961), «Correspondencia de Carlos V y Cobos en torno al sitio de Viena» (1962), «Noticias acerca de las Molucas y Filipinas» (1972), etc.

La curiosidad, por tanto, del historiador Carande, se extendió a campos muy amplios, que van desde el Medievo —como ha señalado mi buen amigo y antiguo discípulo Julio Valdeón—, al mundo colonial hispánico, faceta en la que don Ramón, desde las gradas de la Casa de Contratación de Indias, en Sevilla —hoy el gran Archivo de Indias— hubiera sido un especialista —y ya algo apuntó en su obra magna—, si el tiempo se lo hubiera permitido.

Y junto con los expedientes, las cartas. La letra de Carande era un tanto temblona, y su ritmo o *ductus,* ligeramente ascendente. Es posible que los grafólogos sacaran de esto conclusiones muy positivas sobre su talante y carácter. El estilo, llano, irónico y extraordinariamente lucido. Su contenido, de entrañable amor al Archivo, al valorar, ¡y con cuánto fundamento!, su extraordinaria riqueza documental y su perfecto funcionamiento. «No puedo resistirme al magnetismo que ejerce en mí el Archivo de Simancas», escribe desde el cortijo de Valmojado, en Almendral (Badajoz), el 1 de septiembre de 1944. Fijémonos bien en esa palabra, «magnetismo», como clave de la seducción simanquina en don Ramón, que una vez descubierto el inagotable manantial de sus fondos, llegó a afirmar —con una óptica supranacionalista y universal—, que Simancas era «un Archivo inapreciable para la Historia del siglo XVI en el Occidente europeo y en las tierras del Nuevo Mundo», proyección americana (algo he dicho hace un momento) que habrá que tener en cuenta, desde Castilla, ante la próxima efemérides del V Centenario del Descubrimiento, y antes de que se lleven el gato al agua otras regiones españolas, pero sin caer, por ello, en exclusivismos y localismos paletos, tan extraños a la esencia última del talante castellano.

Once años más tarde, desde Munich —donde ha ido a trabajar en el Archivo de la ciudad—, vuelve a repetir: «La organización de este archivo, sin halagar a Simancas, no le aventaja, y los catálogos dejan bastante que desear. El personal, muy numeroso, no supera ni en rendimiento ni en buena acogida, al de ese inolvidable castillo que V. gobierna» (carta 28 agosto 1955).

Quien gobernaba a la sazón el Castillo-Archivo era mi entrañable antecesor y profesor en la Facultad de Historia, Ricardo Magdaleno, el mejor conocedor documental de la historia europea del XVI y XVII a través de sus numerosos catálogos publicados, y al que Carande trató siempre con respetuosa admiración, extensiva igualmente al elenco de colegas de la época: el también palentino Ángel de la Plaza Bores, cuya *Guía* del investigador del Archivo es un acabado modelo de perfecto conocimiento, no sólo de la totalidad de sus fondos, sino de las instituciones históricas que los produjeron, director, a su vez, en otra etapa anterior; Filemón Arribas, catedrático y secretario general de la Universidad vallisoletana; Asunción de Mendoza Lasalle, secretaria en aquel entonces; Amalia Prieto y Concha Álvarez Terán, autoras de más de doce tomos de documentos sobre RR.CC., Estado y Secretaría de Guerra del XVI, y, por último, los extraordinarios auxiliares Rosalía Velasco y Miguel Ladero. Este equipo —a juicio de

Carande—, superaba en todo al de Munich, pese a las consabidas virtudes germánicas de organización, eficacia y perfección. Así don Ramón podía terminar su carta, afirmando: «Por esta vez, podemos sentirnos orgullosos».

Con ellos, también, dos de los conserjes más singulares del Archivo; su «fiel copista» (como le llamaba) y paleógrafo autodidacta, el señor Eutiquio —que tanto le ayudó en la transcripción de documentos, puesto que por entonces, aún no había llegado la famosa tecnología de las máquinas fotocopiadoras de hoy, tan horrendamente llamada «reprografía»—, y el señor Paulino, sempiterno cazador de grajetas en lo más alto de la torre del homenaje del Castillo, que después se comía, y al que don Ramón recriminaba sus «grajicidios», mereciendo esta socarrona réplica: «Nada, don Ramón; ave que vuela, a la cazuela».

Si cuento estas livianas anécdotas, es para demostrar cómo el ambiente de concordia, familiaridad y atención al investigador que en Simancas dominaba, captó al ilustre historiador y lo integró, como uno más, del Archivo, desbordando las estrictas relaciones profesionales de orientación, asesoramiento y prestación de servicios, para acabar en amistad profunda y recíproca.

Así del «Mi respetado Director», como le llama a Magdaleno en carta de 4-XII-44, se pasa a «Mi querido Ricardo», en otra de 24 de mayo de 1954. Las relaciones anudadas en diez años, las estancias otoñales de Carande —siempre septiembre, octubre y aun comienzos de noviembre, al menos durante los años 42 a 45—, y las episódicas de otras temporadas, fueron creando unos vínculos muy íntimos, en los que Carande hizo partícipes a todos de sus problemas y avatares; enfermedades y dolencias de uno de sus hijos («la enfermedad de mi hijo, me preocupa y me impide, de momento, precisar la fecha de mi ida a Simancas», 21 de mayo de 1954); matrimonio de su otro hijo Bernardo Víctor, con el tarjetón correspondiente («Ramón Carande Thovar, M.ª Rosa de la Torre de Carande, les participan el próximo enlace de su hijo Bernardo Víctor, etc... Octubre 1955»); entrañables felicitaciones navideñas; búsqueda de alojamiento en la ciudad («¿Podría V. proporcionarme algún hospedaje con habitación sola, limpia y tranquila? La última vez que estuve en Valladolid ya no fui al Hotel Moderno, etc.», 2 de julio de 1955); viajes y traslados a Capela («Dios mediante, saldré mañana para el campo», Sevilla, 11 de junio de 1954); etc.

Pero aún hay más. El liberal e institucionalista Carande, republicano —como tantos otros intelectuales y científicos de la época, tal el caso del doctor Marañón—, y agnóstico *sui generis*, se vio depurado por el Régimen con la pérdida de su cátedra. Humorísticamente, él pudo decir, ante este contratiempo —leáse el prólogo de la primera edición de *Carlos V*—, que gracias «a no haber sido atendida la demanda del autor para reingresar en el servicio docente, la excedencia le ha permitido intensificar el trabajo y acelerar la aparición de este libro». Por ello su reincorporación a la docencia, la anunció con júbilo al Archivo: «También puedo darles una noticia que será de su agrado. Está, por fin, en marcha, la resolución de mi asunto de Sevilla, y acordado ya el nombramiento para la Cátedra que desempeñé tantos años. Todo llega, como se ve, y esto, no por tardío, lo recibo con menor agrado» (Almendral [Badajoz], 4 de agosto de 1945). La contestación desde Simancas —13 de agosto de 1945— no pudo ser otra que ésta: «La noticia de su integración a la Cátedra de Economía y Hacienda

de la Universidad sevillana, a la que tanto amor V. profesa, ha producido en todos nosotros suma satisfacción, pues ya sabe V. que en este viejo Castillo se le quiere y respeta». Porque el viejo Castillo —guardián de todo el contradictorio pasado hispánico—, seguía conservando en esos días —y aún hoy—, para el atado de los legajos de algunas de sus secciones, las cintas con los colores de la bandera republicana, que adquirió, precisamente, el director durante la II República, Reverendo Sr. don Gerardo Masa López, Presbítero, ya que los archiveros, como conservadores —tal es, al menos, el nombre que nuestros colegas reciben en Francia—, conservan todo, porque «todo» es Historia, y están, en consecuencia, al margen de esta manía de deshacer lo de antes (nombres de calles, símbolos, monumentos, listas de escalafones, etc.) porque era «de los otros», actitud, por otra parte, común a tirios y troyanos, y en el fondo, infantilmente voluntarista e irreal. De esta suerte, el agnóstico don Ramón, podía decir: «Dios les pague el afecto que Vds. me dispensan». Y en otra ocasión: «Sé, por Hamilton, las buenas ausencias que me hacen ustedes».

Don Ramón se integró también en el mundo de la cultura histórica vallisoletana —tan vinculada, a su vez, al Archivo—, y aún a tertulias literarias y artísticas, y en su correspondencia aparecen muy frecuentemente los nombres de Cayetano de Mergelina y Luna, Rector Super-Magnífico de la Universidad; Joaquín Pérez Villanueva, catedrático y decano de su Facultad de Historia, y más tarde, gobernador civil y jefe provincial del Movimiento de Segovia; Gratiniano Nieto, arqueólogo, catedrático y director general de Bellas Artes; su discípulo José Antonio Rubio Sacristán, actual académico de la Historia; Narciso Alonso Cortés, patriarca de las letras castellanas y académico de la Lengua; José María de la Peña y Cámara, otro castellano de Valladolid, emigrado a Sevilla, y viejo militante socialista desde su época estudiantil, lo que no le impidió ser director del gran Archivo de Indias sevillano con el general Franco; el pintor Sinforiano del Toro, otro enamorado de Simancas y su paisaje, que incluso le hizo un retrato; y, el entonces joven profesor de Historia del Derecho, Alfonso Guilarte Zapatero, uno de los más eficaces colaboradores de don Ramón en Valladolid, y aún más en Simancas, revisando multitud de datos que Carande le enviaba para cotejarlos minuciosamente, máxime en este tipo de historia en que la estadística es fundamental.

Con ellos, también, el de una singular fémina, la norteamericana miss Alice Beatrice Gould, sempiterna investigadora de las tripulaciones colombinas, nombre por nombre, natural de Boston, y especie última del emigrante británico «a las colonias», que no había perdido aún la querencia por la «merry old England», ya que en su casa de Simancas, al amparo de los muros del Castillo, aún seguía tomando el té a las 5, bajo un retrato de Jorge VI y la bandera inglesa, frente a otro del presidente Roosevelt y la bandera norteamericana. Carande platicó largamente con ella, tanto en Simancas como en Sevilla, adonde se trasladaba en los inviernos, y cuando la veterana investigadora enfermó, pues ya era muy mayor, no dejó de interesarse por ella. «Estoy intranquilo por la salud de miss Gould» escribía en diciembre de 1949.

No voy a entrar aquí en una valoración de la obra histórica de Carande, porque ya lo han hecho los especialistas en su oportunidad. Pero sí decir que el historiador de la economía y la hacienda de Carlos V, llevado de su concepción «humanista» de la Historia, procuró adentrarse en los rasgos de la vida íntima de su personaje. Y así, don

Ramón conceptuó a Carlos V como capitán invicto, magistral diplomático, el mejor conocedor de los hombres de su tiempo, y, en definitiva, el hombre «cuya grandeza humana —son sus palabras— resplandece en la suprema renuncia que le llevó a Yuste, sufriendo, tan a menudo, amarguras sin cuento, no sólo de sus banqueros y prestamistas, sino de sus mismos generales, ministros, obispos y más de un Pontífice». ¿Exageración, tal vez? No lo sé. Sí sé, en cambio, lo que ya explicitó —teatralmente— Pirandello, con el aquel de los personajes en busca del autor, y que aquí es a la inversa; el autor a la busca del personaje. Es evidente que Carande quedó seducido por Carlos el Imperante, precursor de una Europa unidad y aún de un mercado común europeo, desde Castilla, y buena prueba de este pirandellismo, es el delicioso diálogo teatral que Claudio de la Torre escribió para la jubilación de don Ramón, entre el emperador y el propio autor, recordado, no ha poco, en un agudo e intencionado artículo de José Jiménez Lozano.

De la misma manera, algo hay que decir sobre el «ropaje» expresivo con que Carande escribió su historia, ajustado a unos cánones clásicos —aunque un tanto barrocos— del buen decir castellano, lejos de la jerga sibilina y tecnocrática dominante hoy. Como todas las grandes figuras intelectuales de su generación —Menéndez Pidal, Américo Castro, Eduardo de Hinojosa, Gregorio Marañón, Ramón y Cajal, Sánchez Albornoz, etc.—, don Ramón se expresó bellamente, y rotuló los capítulos de su obra con títulos obstinadamente literarios y sugerentes. ¿Quién podría decir —por ejemplo—, que detrás de «Las llevaderas alcabalas» (uno de los capítulos de su *Carlos V)* hay todo un denso tratado sobre impuestos, tributos y gravámenes? Recuerdo que en una de sus numerosas estancias simanquinas, se puso la capa castellana de Eutiquio, y así se hizo fotografiar ante las murallas del Castillo. Parecía, talmente, un pastor... intelectual de «Rebaños y Vellones» —otro de los acertados títulos literarios de su obra—, en el que jugaba, muy irónica y lingüísticamente por cierto, con el doble significado de «vellón» como moneda de la época y vedeja de lana. Hasta el título de una de sus proyectadas conferencias en Valladolid —que luego no se dio—, era bellamente literario: «La economía del siglo XVI, desde el otero de Simancas» (carta de 1 de septiembre de 1944).

«Desde el otero de Simancas» —siquiera sea simbólicamente—, yo he querido evocar aquí las relaciones de este hombre con el Archivo más universal de Europa, fuente inagotable de su obra maestra y refugio de su persona en horas, para él, difíciles, y en donde encontró siempre afecto, comprensión y aliento. Y le evoco ahora —yo le conocí ya en su ocaso, y aún conservo alguna estimulante carta suya de felicitación ante mis pequeños artículos y disquisiciones históricas—, con pena y tristeza. Porque este gran don Ramón, de plateadas melenas y gruesas gafas de buho sabio, escrutador incansable del pasado e intérprete del mismo, no tan sólo desde una óptica hacendística y economicista, sino existencial y humana, castellano ecuménico y nada «castellanista» hasta el punto de llamar al comunero Acuña, el «Obispo ahorcado» (carta a Plaza, 12 de diciembre de 1957), liberal convicto e institucionista, ha muerto —muy lejos ya de sus presuntos agnosticismos—, como los viejos patriarcas bíblicos, *in senectute bona,* anciano y lleno de días, y rodeado de sus hijos, a los que ha pedido —cristianamente— perdón.

¡PAX ET HONOR EI!

**Amando Represa**

# Don Ramón Carande y la Academia*

Muchas gracias, Bernardo, por tus palabras de presentación. Es verdad que yo conocí a tu padre, por las diferencias de años que nos separan, en la época suya ya de persona mayor, en años, pero tan joven de espíritu, que lo mismo que a todos los más jóvenes que le conocíamos, nunca la diferencia de edad nos pareció que significaba nada. Porque cuanto nos pasaba, cuantos problemas le planteábamos, pues respondía a ellos como uno más de nosotros en lo que se refiere a la edad, con todo el saber que él llevaba acumulado, y esa perspicacia y esa agudeza que le caracterizó hasta el último momento de su vida. Así que el privilegio era para nosotros contar con una persona de esa experiencia y de ese saber, que nos enseñase sin hacer alarde de ello, como que las cosas se decían porque sí, sin más.

Y es su recuerdo el que nos convoca aquí, y a mí con especial nostalgia, porque recuerdo la visita a Palencia con motivo de su nombramiento de Hijo Predilecto. Estaba en plena salud, a pesar de los años, con toda su vitalidad.

Aquel día estuvo en el Ayuntamiento, habló en la Diputación, si no recuerdo mal, fue a inagurar el Colegio Ramón Carande; después hubo un almuerzo en un restaurante, en Monzón. De Monzón volvió a Palencia, y a las cinco de la tarde le daba prisa a María Rosa, su mujer, a tu madre, diciéndole: «María Rosa, que a las siete hay otro acto». Y yo le decía a Eduardo García de Enterría, dado lo cansados que estábamos todos, digo «No sé si todos estos actos a don Ramón le van a originar algún trastorno en su salud, porque es que es casi insoportable todo este tipo de... Y él que ha hablado... Fíjate nosotros, que fuimos sólo espectadores, y yo estoy que no puedo más, a las siete de la tarde». Y me decía: «Nada, nada, no te preocupes. Todas estas cosas para don Ramón son como un masaje. Al contrario, disfruta con esto y le revitaliza».

Y justo en aquel día yo encontré que, hacía me parece tres o cuatro meses que no le veía, y siempre esperaba encontrarle un poco menos lúcido o con menos salud, y le encontré especialmente bien. Y comentándolo con Lucas Beltrán, con quien vine a Palencia desde Madrid y regresé con él, me dijo: «No te tiene que extrañar. Sabe todo lo que sabía el año pasado y lo que ha aprendido de entonces acá. Por eso le ves lúcido e inteligente como siempre».

Pensaba, y lo decía el otro día en Madrid, que íbamos a celebrar con él sus cien años.

* *Palabras pronunciadas el 14 de mayo de 1987, en el Ayuntamiento de Palencia, con motivo del centenario de Ramón Carande.*

Puede que don Ramón se nos haya ido para evitar estar presente en estos actos, que sin duda, si viviera, se celebrarían igual.

Y yo he elegido como tema de mi intervención, uno que tiene muchos aspectos íntimos, de algo que trasluce pocas veces, de lo que se habla poco, de las Academias, don Ramón y la Academia, esta Casa situada en Madrid, en la calle de León, recoleta... No trasciende al público lo que allí ocurre; y yo voy a hacerlo trascender por boca de don Ramón Carande, no tanto para estudiar o presentar las intimidades de la Academia, sino para, a través de la correspondencia mantenida con algunos académicos, mostrar la calidad humana, el temperamento, el ingenio de don Ramón Carande.

Es muy conocida la biografía... Supongo que en estos días se habrá dicho todo lo más importante de lo que se puede decir de su juventud, formación, publicaciones, contribuciones a la historia medieval, a la historia moderna e incluso a la contemporánea. Es autor de trabajos de historia que comienza a publicar en fecha tan temprana como 1925, aunque ya para él era una fecha casi de adulto, porque no fue un hombre precoz. Fue un hombre pausado, que comenzó a escribir cuando consideró que podía decir algo nuevo.

Catedrático desde el año 1916. No llegaba a los treinta años; iba a cumplirlos. Para hoy nos parece una edad temprana; entonces no lo era. Antonio Rubio yo creo que fue catedrático a los veintidós años (me parece), y había otros catedráticos mucho más jóvenes.

Y le dio a conocer, sobre todo, la publicación del primer tomo de *Carlos V y sus banqueros*. Le dio a conocer entre los historiadores generales, porque don Ramón era catedrático de economía política, y aunque se dedicó a la historia después por no satisfacerle sólo enseñar economía, sino que quería investigar, pues es la obra *Carlos V y sus banqueros* la que le abre las puertas de la Academia. Ya lo repetí (tú eres testigo de que reincido), un académico amigo le escribe: «Con este libro da usted un aldabonazo muy importante en la puerta de la calle de León», diciendo, con este libro sin duda le llamarán de la Academia para incorporarle entre sus miembros.

Y tardó un poco todavía, después de la publicación del libro. La elección aún se hizo esperar, hasta que por fin fue propuesto en junio de 1948, firmando el Acta de Propuesta el historiador, conocido de todos, don Antonio Ballesteros Beretta, Natalio Rivas (que, por cierto, murió dos meses después), y un buen amigo de don Ramón, don Melchor Fernández Almagro. Y fue propuesto para cubrir la vacante que quedaba por fallecimiento de don Salvador Bermúdez de Castro, marqués de Lema.

La elección tuvo lugar unos días después de la propuesta, el 18 de junio de 1948, y en su expediente de la Academia, que yo revisé, expresa don Ramón su profundo reconocimiento por la elección, el 28 del mismo mes. Y pronuncia su discurso de ingreso el 18 de diciembre de 1949, en una tarde de domingo húmedo y brumoso. Le acompañaron en el estrado aquel día los académicos recientemente ingresados, los últimos en ingresar, los señores Gómez del Campillo y el general Kindelán. Y le contestó, como es tradicional (todo discurso de ingreso implica una contestación), le contestó el duque de Maura. Y echó de menos entre los asistentes aquel día a uno de sus mejores amigos, a don Juan Lladó Sánchez-Blanco, viejo amigo de don Ramón Carande desde

que juntos se incorporaron al Banco Urquijo en 1931. La niebla le impidió a Juan Lladó llegar a la sesión de ingreso de don Ramón en aquella tarde de diciembre.

Satisfecho Carande con la elección y el ingreso en la Real Academia de la Historia, cumplió puntualmente cuantos encargos le fueron hechos por el director, en nombre de la Academia. Lo era entonces, cuando él ingresó, y todavía lo siguió siendo por unos años, el XVII duque de Alba, don Jacobo Fitz James Stuart Falcó y Portocarreto, quien fue director de la corporación hasta su fallecimiento, en 1953.

Don Ramón Carande admiró siempre al duque de Alba, recordando con nostalgia su época de académico con el duque de Alba como director. Nunca la corporación, le oí decir alguna vez, había alcanzado después la altura que había tenido entonces. Y era una Academia en la que tenía que encontrarse a gusto don Ramón, porque formaban parte de ella don Ramón Menéndez Pidal, don Manuel Gómez Moreno, don Emilio García Gómez (que vive, afortunadamente), don Antonio Ballesteros Beretta, don Leopoldo Torres Balbás, don Melchor Fernández Almagro, don Gregorio Marañón, cuyo centenario también se conmemora ahora. Siempre, repito, don Ramón añoró aquellos años de Academia.

¿Qué se hacía y qué se hace en la Academia, entonces y hoy? Informes diversos que pide la Administración Pública, que piden los particulares; disertaciones de los académicos sobre asuntos en los que estén investigando, en las sesiones de los viernes, que duran exactamente desde las siete a las ocho de la tarde.

Don Ramón era un hombre impaciente; a veces con prisas. Parece que en Sevilla los sevillanos le ayudaron a acomodar un poco más el tiempo y a ser más pausado. Pero siempre tuvo un carácter nervioso y no le gustaban los prolegómenos, ni las cosas que, a su juicio, se podían resumir. Y por eso le impacientaban, en las sesiones académicas, la lectura de las actas de la sesión anterior para su aprobación correspondiente, y los asuntos de trámite que el secretario a veces leía, a juicio de don Ramón, sin ahorrar a los oyentes ninguna frase de las cartas en que se solicitaba dictamen para lo que fuera. Y algunas veces decía: «No aguanto las sesiones de la Academia. Y encima me hacen cambiarme porque tengo que llevar corbata. Porque el otro día que fui sin ella, noté que aquellos señores me miraban con una cara un poco de censura», cosa que no cambió. Yo, que pertenezco, asisto a las sesiones desde hace siete años, y por razón de mis circunstancias de profesor universitario, los viernes por la tarde tengo clase de cinco a seis, y voy desde la Universidad para llegar a la sesión de las siete. Y el atuendo universitario, aunque yo soy muy tradicional, y nunca he asistido a clase sin chaqueta y corbata, alguna vez... Recuerdo que una de las veces llevaba una chaqueta, no de sport, corriente, con mi corbata y mi camisa, y yo creí que iba muy bien vestido. Y el actual secretario, que es muy puntilloso, me saludó y me dijo «¿Qué cuenta nuestro deportista?». A la semana siguiente, que iba con un traje como éste, «Muy bien; traje académico», recordando el atuendo de la anterior. Y a don Ramón esos requisitos no le gustaban nada.

Las Academias, como creación que son del siglo XVIII, permanecen con sus estatutos fieles a las tradiciones. Han modificado sus normas muy pocas veces, y sería muy peligroso modificarlas ahora, y mucho más que se las modificara por Orden ministerial. Las Academias son como los muebles de época del siglo XVIII, que puestos en manos

de un ebanista, por bueno que fuere, que quisiera reformarlos, cometería un verdadero disparate. No pueden ni limpiarse esos muebles de época de firma ni con un plumero; hay que soplar, y de lejos. Y con las Academias pasa algo parecido.

Sabemos cómo surgió la Academia de la Historia en el año 1735. Varios eruditos de la Villa y Corte habían dado en reunirse en la casa de don Julián de Hermosilla, abogado de los Reales Consejos, para hablar sobre asuntos de Historia, y para discutir sobre algunos oscuros de la de España. La tertulia oculta dio en denominarse Academia Universal, ya que en ella se trataba también de Ciencias, de Artes y de Buenas Letras. La Junta fue elevada al rango de Real Academia de la Historia por Real Orden de Mayo de 1738 confirmada por la consiguiente Real Cédula.

Se componía de veinticuatro académicos de número. Había entonces otros tantos supernumerarios para suplir, por antigüedad, a los numerarios que se ausentaran. En 1744 se refundieron en la Academia los oficios de Cronista, y en 1775 se refundió en la Academia de la Historia el oficio de Cronista Mayor de Indias. Es decir que la Academia de la Historia es hoy, por esa refundición, Cronista Mayor de Indias.

Y en diciembre de 1766 se reformó el reglamento. En 1787 Vargas Ponce, ayudado por Jovellanos, dio nueva vida a la corporación con otro reglamento. Los nuevos estatutos entraron en vigor en 1792, y con estos estatutos la Academia quiso atarse ella misma las manos, para que en tiempo ninguno en el futuro pudiera atárselas alguna autoridad intrusa, autoridades, se decía, que suelen respetar por conveniencia la pusilanimidad, la pereza o el egoísmo. Los estatutos de entonces siguen vigentes en su espíritu, aunque experimentaron modificaciones en 1856 y en 1899.

¿Qué trabajos hizo don Ramón en la Academia? Participó e informó en diversas sesiones de la misma. Dio a conocer el contenido de la colección Sempere y Guarinos, colección de manuscritos, del siglo XVIII sobre todo, que se conserva en el Archivo de la Real Academia, luego biblioteca. Y publicó el contenido de esta colección en el *Boletín* de la misma, y en él manifestó el propósito de ir publicando documentos selectos de esta colección.

En el tomo 139 del *Boletín,* correspondiente al año 1956, publicó el famoso informe de Olavide sobre la Ley Agraria. Y fruto de sus consultas en los fondos de la colección Sempere y Guarinos fue el trabajo titulado *El Despotismo Ilustramo de los Amigos del País,* publicado por la Universidad de Valladolid en 1957, y que se incluye en los Siete estudios de *Historia de España* publicados por Ariel.

Y por encargo de enero de 1953, se le encomendó la publicación del tomo 57 de las Actas de las Cortes de Castilla. Y hubo una confusión respecto a este encargo, porque don Ramón creía que tenía que esperar a recibir en su domicilio el original para transcribirlo y presentarlo después a la Academia. Y en carta al director manifiesta que una mala interpretación suya (ya entonces —estoy hablando del año 1953, hay que ver la de años que vivió desde entonces—, ya se quejaba en ese año de su...) dice «o algún fallo de mi pobre memoria, o ambas cosas», le habían hecho creer que su trabajo para la edición dependía de ese envío de que hablo. Y escribiéndole al director, y con finísima ironía, como solía siempre, le dice: «Si hubiera entendido que la tarea dependía exclusivamente de mí —aseguraba don Ramón—, hubiera constituido esa tarea una de esas ocupaciones urgentes aludidas amablemente en la carta por el director». El di-

rector debía de decirle —la carta la conservaréis—, que quizás otras obligaciones más urgentes u ocupaciones le habían impedido cumplir con ésta. De esas obligaciones hubiera sido la que más. Y entonces don Ramón dice: «Si algún académico estuviera dispuesto a emprender la tarea con más autoridad que la mía, por el hecho de haberla perdido yo por esta demora involuntaria y lamentable, desde luego que renunciaría a la tarea». Al fin fue él quien publicó ese tomo.

A don Ramón le apetecía cada vez menos viajar a Madrid, y a partir de 1968 frecuentó poco la Academia. Le molestaba el tráfico y el trasiego de Madrid, la contaminación (más de una vez le oí decir que le picaban los ojos)... Su viejo *Hotel Inglês* se vio invadido por aquellos grupos que a él le ponían tan nervioso, y la tranquilidad de Sevilla le retuvo más y más, y vino a Madrid pocas veces. Julio Caro Baroja, que habló aquí me parece el día cuatro, y don Luis García de Valdeavellano, le escribían contándole asuntos de la corporación, y también el actual secretario, Dalmiro de la Válgoma. Las cartas fueron para don Ramón el medio de mantener sus relaciones con la Academia. Y gracias a su gusto por las cartas, fue muy activo en ese interés.

El gusto por las cartas, por recibir y por escribir cartas, es una de las características yo creo que más fundamentales de don Ramón. En noviembre de 1967 le escribe a Valdeavellano, al regresar de un viaje de dos semanas repartidas entre Galicia y Portugal, diciéndole: «Le contesto enseguida para estimularle a mantener la correspondencia. Me felicito viendo a Vd. reanudar sus buenísimas misivas». Insiste una vez más en su gusto por las cartas: «Poco agradezco tanto como las cartas de personas queridas, y pocos son los que yo quiero que todavía escriben. Tan raras son como mis raros inéditos» (las cartas que recibía en contestación a las suyas), y añade: «A cuántas otras personas no les cuadra esta copla de Jorge Guillén»... La copla en cuestión es la siguiente:

Mi carta sin su respuesta,
se le convierte en anillo
de nariz.
No le molesta
porque es español,
caudillo de esta moda
tan molesta.

La lista de personas que no contestaba a sus cartas no creo que fuera larga. Tenía muy presentes los nombres de quienes habían permanecido mudos después de recibir una carta suya. Refiriéndose a la copla de Guillén, continúa en la carta a Valdeavellano a que aludo: «No diré los nombres de quienes lucen este anillo ibérico. Son muchos».

En aquellos días de 1967 no podía D. Ramón excusar el silencio del eminente paleógrafo D. Agustín Millares Carló, ante repetidas cartas suyas. Le parecía intolerable que no le contestara. Vivía entonces en Méjico, según tengo entendido... En Venezuela, perdón, era primo carnal de su mujer. Por ello no puede menos de dar su nombre a Valdeavellano como merecedor del anillo, y éstas son sus palabras en la carta que cito: «Sin embargo, (a pesar de que decía que no quería dar nombres), sin embargo el caso flagrante de Millares exige denuncia. Aceptemos que mis cartas no las haya recibido. Pero me consta que entonces y después familiares suyos le transmitieron mi encargo. Y me consta también que no ha llegado a mis manos, sin duda a causa del anillo ibérico, ninguna letra suya, y ya desde que lo prometió han corrido meses. Por lo demás,

en él sería lo contrario sorprendente, aunque su carácter y sus disgustos familiares expliquen lo que pudiera parecer extraño.» Y concluye con indulgencia: «Es un despistado seductor y seducido». Y continúa: «Y ya que el anillo nos trajo a Millares, pasemos de Millares a la Academia».

Por aquellos días había tenido un accidente el director de la misma, don Javier Sánchez Cantón. Alguna noticia le había llegado de la caída o de las fracturas del director, y le dice a Valdeavellano: «Ignoraba el accidente de Sánchez Cantón. Mejor dicho, tenía vagar noticias recibidas de Válgoma». Y, como una confidencia, le dice a Valdeavellano: «Y le confieso mi pecado: Posiblemente, y lo que es gravísimo, deliberadamente, no le habría escrito con sincera aflicción. Ya comprendo que, como confesor que es usted mío, aún siéndolo fortuito, me guardará este secreto».

¿A qué se debía esta animadversión al director? Pues a la actitud que el director había adoptado en relación con el posible nombramiento o elección de don Agustín Millares como bibliotecario de la Academia. Y entonces, con toda claridad, se expresa así don Ramón. Bueno... Primero Millares había sido elegido académico en el año 1934. Fue dado de baja por Orden Ministerial en el año 1941. Fue reincorporado después en 1966. Y don Ramón quería mucho a don Agustín Millares; era uno de los pocos amigos a los que tuteaba, y le admiraba mucho. Y cuando la Academia acordó que Millares, que permaneció en Venezuela, se reintegrase a la misma, después de ese castigo que había sufrido por causa de la guerra y de su actitud en aquel conflicto, don Ramón le escribió a Millares una carta en la que le comunica que la Academia ha decidido por fin incorporarle entre sus miembros: «...suscitan recelo y envidia la irresistible simpatía y la arrolladora seducción que Dios te ha dado, y que en esta ocasión, muchas de otra eficacia conoces, conquistó el unánime asentimiento de los inmortales».

Tenía don Ramón motivo para felicitarse, porque la incorporación de Millares era muy provechosa para la Academia. Describe Carande en su carta a Valdeavellano (ésta que ya he citado varias veces), su actitud en la Academia ante lo que él consideraba abuso del director: El hecho de que el nombramiento de bibliotecario se hiciera sin elección de los académicos y por simple decisión del mismo. Y en la sesión en que esto ocurrió, don Ramón padeció mucho, porque hubiera querido protestar, pero al ser primo suyo el otro candidato, le parecía que no era él el llamado a reclamar. «Tuve que morderme la lengua, para no replicar en la sesión de su abuso de poder y carencia de delicadeza. Y me mordí la lengua haciéndome daño por reconocer que no era yo el llamado a poner las cosas en claro. Afecta este abuso de poder a la Corporación, y soy el menos corporativo de la Academia. Me dio vergüenza el silencio de todos, y se enfriaron mis deseos de asistir más que hasta ahora. Saben algunos que soy pariente político de Millares, y más rojo que él. Esto desautorizaba en aquel trance mis reparos a la sucia cacicada impuesta a un tímido, el director, por un osado. No creo que ya mantenga la candidatura de Millares un número pesado de Académicos. Es más, llego a temer que si la candidatura, por casualidad, prevaleciese, nos dejase Millares en la estacada».

Y refiriéndose a otra persona que escribía poco, concluía Carande esta larga carta que extracto, a Valdeavellano, con las siguientes palabras (se refiere a José Antonio Rubio Sacristán, entrado recientemente como miembro de número en la Real Academia

de la Historia): «¿Sabe usted algo de Rubio? me dice su hija que recientemente tuvo alguna dolencia, pero no lo explica. Me inquieta no saber nada de ese ágrafo contumaz a quien tanto quiero».

Su parentesco político con Millares y su orientación política decía en otra carta que le inhabilitaban para ser el campeón de la campaña en pro del paleógrafo para bibliotecario: «Podrían los que no me conocen y aceptan las consignas pensar que me muevo con motivos bastardos». Tenían, además, Millares y él, otra nota común desfavorable: los dos eran ausentes contumaces de la Academia.

Refería Carande en carta de noviembre del 67, cuando se había hablado de la candidatura de Millares para bibliotecario, que al conversar sobre ello con don Francisco Cantera y Burgos, arabista, y con el agustino padre Angel Custodio Vega, le habían dicho que la idea les parecía excelente, y el candidato insuperable. «Hasta creo recordar —concluye Carande—, que siguiendo la broma abordada en otros casos, me dijo en el Escorial el Padre Angel: "Ya veo que, como rojo, no olvida usted a los de su color". Imaginen ustedes (refiriéndose a Julio Caro y a Valdeavellano), lo que habrían dicho más de seis y más de ocho, y acaso más de diez de nuestros colegas. En un palabra: si ustedes creyeran, como dice Millares, que existe una posibilidad para el logro del asunto, muévanlo, y el día que sepamos que votarían con nosotros los Académicos necesarios para hacer triunfar a Millares, yo les secundaría complacidísimo. Complacidísimo, digo, porque habría de ser el mejor de los bibliotecarios; y regocijado, no lo oculto, porque serían muchos los que se sentirían indignados. Esto también me agrada». Porque era profundamente contestatario.

Las críticas de don Ramón a la Academia eran continuas. Don Ramón era inconformista, y no podía estar satisfecho con el ambiente de la Academia. Cuando se habló de la posible elección de Valdeavellano en enero de 1958, expresaba sus deseos de que entrara pronto en la casa, con la esperanza de que Valdeavellano, por ser más joven, elevara el aire mortecino de los viernes. Veamos cómo comenta don Ramón las posibilidades de que triunfe la candidatura del nuevo aspirante, Valdeavellano. En esta carta parece que don Ramón se propuso darle una versión realista de lo que era de verdad por dentro la Academia. Y comienza la carta con estas palabras: «Por más que yo quiera, puesto que a usted le agrada, verle cuanto antes dentro de la Academia, no viene mal que, previamente, tenga ocasión de conocer los tejes y manejes de la casa. Según Ovidio, y tantos otros buenos conocedores de los hombres, también los había en el Olimpo, y acaso, en otro plano, no faltasen en el Jardín de Academos, aunque nos repugne. ¿Serán cosas de la inmortalidad o de los inmortales?, que, como decía Unamuno, no es lo mismo. Pero dejándonos de citas más o menos clásicas, todo lo que sabemos de estas elecciones parece repugnante». Su versión de los entresijos de las votaciones es muy negativa.

Fue don Ramón promotor de candidaturas, y como tal, contestó a discursos de ingreso. Cuando ingresó el medievalista Ángel Ferrari en la Academia, fue don Ramón quien contestó a su discurso. No le era difícil trazar la semblanza del nuevo académico, por haberle tratado cuando era estudiante Ferrari en Sevilla. Al final Ferrari era oriundo de Lora del Río. Y la contestación es inteligente, a pesar de que en abril de 1958, en

carta a Valdeavellano, decía don Ramón haber ido a Capela el penúltimo día de marzo, después de haber rematado de cualquier manera la contestación a Ferrari.

Y en ese día, cuando Ferrari ingresa en la Academia (y fue por lo que hablé de las brumas del día del discurso de recepción de don Ramón, en que estuvo ausente su amigo íntimo Juan Lladó... Juan Lladó se excusó diciéndole: «Don Ramón, perdone usted, pero la niebla me impidió llegar a tiempo. Estaba en una cacería, salimos después del almuerzo y la niebla me impidió llegar a su recepción de Académico»). Y estaba en la de Ferrari. Y contaba Lladó que, al verle de lejos don Ramón, le enfiló rápidamente. —Como Ferrari era yerno del Marqués de Aledo y del Banco Herrero, y Lladó del Banco Urquijo, le parecía que las proximidades bancarias le conducirían aquella tarde a la Academia—. Y viéndole de lejos, dijo: «¡Ya sabía que hoy no iba a haber niebla!».

Pues bien; contestó también al discurso de Valdeavellano, y la ocasión se le presentaba perfecta para dar muestra de su actitud contestataria. Cuando ingresó Valdeavellano en la Academia, fue Carande quien contestó a su discurso. Y en diciembre de 1959, en carta de ese día, le expone cuál va a ser el contenido de su oración. Dice llevar más de quince días trabajando en ella, «haciendo lo que los viejos maestros de Filosofía», dice don Ramón, «si bien en este caso, en pro de una tesis desconocida», porque todavía no sabía cuál iba a ser el contenido del discurso. Y además de revisar viejos papeles, de leer un par de libros, estaba en comunicación repetida con don Claudio Sánchez Albornoz, residente en Buenos Aires. Porque Valdeavellano era discípulo, uno de los discípulos, y no el discípulo preferido de Sánchez Albornoz. Y comunica entonces, en diciembre del 59 a Valdeavellano, cuál era su propósito respecto a sus palabras de contestación. Como don Claudio, maestro de Valdeavellano, estaba en el exilio en Buenos Aires, y constaba a todos lo que ambos lamentaban su ausencia —Carande y Valdeavellano—, quería don Ramón explicar entonces, públicamente, la alegría de don Claudio al ver a Valdeavellano elegido académico. Éstas son las palabras de Carande:

«Me propongo concederle a don Claudio la palabra, y explico mi presencia en la tribuna ese día, o explicaré la presencia en la tribuna ese día, con la única razón que se me alcanza: sustituyéndole». Pensaba explicar que al haber elegido académico a Valdeavellano, había influido en la Academia que fuera discípulo de Sánchez Albornoz. Con sus palabras pensaba manifestar públicamente la adhesión de la Academia a su miembro separado. Pensaba también remontarse a exponer cuál era y había sido la labor del maestro, o mejor de sus maestros, Albornoz y Ramos Loscertales. De éstos habría de remontarse, a su vez, a la generación anterior de historiadores, a Hinojosa y a don Andrés Jiménez Soler. Se proponía también hablar de Costa y de Canseco.

En cuanto a la labor de don Claudio, pensaba hablar sólo de la que conocía, tratando poco de sus libros, mucho de su vocación de historiador, de sus dotes para organizar, y de la heroica empresa realizada en Buenos Aires, dedicándose a la historia medieval de España allí.

Para hablar de don Laureano Díaz Canseco, maestro de Valdeavellano, contaba con una nota que le había mandado Albornoz, aunque decía estar defraudado con su lectura, por lo que decía ser preciso que urdiese, a su manera, si no contaba con la ayuda de Valdeavellano, «la semblanza que guardo —dice don Ramón— de aquel cínico, por lo mismo mucho más filósofo que historiador». En efecto, todos los que conocieron

a Canseco (yo le oí a Valdeavellano muchas anécdotas), parece que era un hombre genial, de inteligencia extraordinaria, que escribió poquísimo, que sabía muchísimo, pero que no le gustaba nada dar clase. Justificaba sus ausencias diciendo que los catedráticos se dividían entre dos clases: los que nunca van a clase y los que nunca debieran ir. Y para ver de dar las menos posibles, cuentan que vino un día al café diciendo: «He puesto mi clase a las 2,30 y todavía me va un alumno». Por eso dice don Ramón «la semblanza de aquel cínico más filósofo que historiador».

Pensaba también tratar del anuario en su primera época, y de la labor desarrollada en el Centro de Estudios Históricos, y concluye: «No creo que salga de mi pluma nada estridente. Pero sí le confieso que estoy dispuesto a renunciar a leer el discurso si, en la Academia, cosa posible, el censor hiciese algún reparo. Esto se lo digo a usted confidencialmente. Si lo anunciase parecería una amenaza y que me temía lo que iba a ocurrir. Si ellos desvarían —prohibiendo su contestación por el elogio a un exiliado—, si ellos desvarían, allá ellos, pero sin mi colaboración».

Pedía referencias sobre autores y libros, y concluía don Ramón la carta con una frase sobre su premiosidad como escritor. En espera de más información, decía, iba escribiendo y rompiendo alternativamente las cuartillas que salían y quedaban desconocidas o iban a parar al cesto de los papeles. «Siempre —decía esto don Ramón—, me cuesta mucho escribir, rompo muchos papeles, lleno muchas papeleras, y no me conformo con nada de lo que sale de mi pluma». Yo recuerdo que le preguntaba: «Don Ramón, y por qué rompe usted tantos papeles, y por qué le cuesta tanto escribir, porque al fin y al cabo, tiene usted mucho entrenamiento». «Rompo tantos papeles porque quiero evitar escribir con adjetivos.» Y recuerdo, en aquellos años de aprendiz, que le decía yo «¿Y cómo va usted a escribir sin adjetivos?» «¡Ah! Ahí está el secreto: buscando sustantivos que califican.» Y por eso dice que rompe papeles. «Soy de una premiosidad espantosa, y por eso me tranquiliza que no me ponga usted plazo —el recipiendiario, que no le pusiera plazo para acabar la contestación; y refiriéndose a los sevillanos— o como dicen nuestros artífices locales, no me meta usted bulla. Mal o peor, lo que salga será lento. Y, claro está, entre lo que proyecte y lo que realice se interpondrá un abismo.»

Don Ramón, de acuerdo con su plan, dedicó más páginas a hablar de los maestros de Valdeavellano que de Valdeavellano mismo. Hizo al fin un excelente retrato de don Laureano Díaz Canseco, y reflejó muy bien el ambiente del Centro de Estudios Históricos, entonces en un recatado palacete de la calle de Almagro.

Y Valdeavellano comenzó su discurso de ingreso refiriéndose también a sus maestros y a los setenta y seis años transcurridos desde el ingreso en la Academia (marzo de 1889) de don Eduardo de Hinojosa, y a los más de treinta corridos desde que había ingresado Sánchez Albornoz, discípulo de Hinojosa y maestro suyo. Maestro suyo muy querido, dice.

Decía Valdeavellano cuando ingresó en la Academia, en mayo de 1960, que ligado a Sánchez Albornoz por muy estrechos vínculos de discípulo y de amigo, había aprendido de él a venerar la memoria y a inspirarse en el ejemplo de aquel sencillo sabio español que había sido don Eduardo de Hijonosa, «maestro de mis maestros» dice Valdeavellano. Así, decía, pronto había tenido conciencia de que, al dedicarse a los estu-

dios históricos del Derecho, bajo el magisterio de Sánchez Albornoz, venía a ser él también un discípulo de Hinojosa. Se le hizo por ello patente, decía Valdeavellano, la esencial continuidad de toda investigación científica. —Hay que pensar que esto se decía en la España de 1960, y lo que implicaba en aquel momento invocar la continuidad de la investigación científica. Porque, al fin y cabo, suponía una crítica a la ruptura que se había producido como consecuencia de la guerra civil y del exilio.— «De la investigación científica, continuidad que es, sobre todo, tradición, fuego que unos encienden y otros mantienen vivo, esfuerzo sostenido de grandes y de pequeños investigadores, forjado empeño de muchos que no desdeña ninguna obra, ninguna aportación si ha sido inspirada por el noble afán del descubrimiento de la verdad.»

Don Ramón Carande conocía bien a Valdeavellano. Sabía que era sencillo, humilde, bondadoso. Por tanto, le debía de resultar difícil contestar con elogios, dada la modestia de Valdeavellano, al magnífico discurso, importante libro, que fue el titulado *Sobre los burgos y los burgueses en la España Medieval,* y que se editó después como libro en Espasa-Calpe. Más que del recipiendario de la medalla de académico, se ocupó don Ramón de los maestros, como dije antes. Y en carta de febrero de 1960, con la que remitía parte de sus palabras de respuesta al discurso, decía: «No es habitual que en los discursos de contestación se recurra a este procedimiento, el de hablar de los maestros del Académico que ingresa. Para mí, es gratísimo hablar de los maestros por lo que usted sabe. Y entiendo que, para usted mismo, más soportable que el manejo enojoso del incensario ante una víctima indefensa. No sé lo que pensarán los Señores de la Casa, pero yo me quedo así más tranquilo».

¿Cómo hacía campañas don Ramón dentro de la Academia para lograr candidaturas, que se firmaran, de las gentes que él quería promover, y los votos de los demás? Voy a narrar la carta que le escribe, o glosar la carta que le escribe a Valdeavellano, para promover que se vuelva a presentar en la Academia, como candidato ante una vacante, el eminente historiador de las ideas y de las formas políticas, don Luis Díez del Corral, finalmente Académico de la Historia.

En 1968, don Ramón escribe a Valdeavellano una carta en la que parece justificar su predilección por Luis Díez del Corral, para atraer a Valdeavellano a esta causa: «He venido teniendo, desde antes de producirse la vacante de Melchor Fernández Almagro, conversaciones con Luis Díez del Corral. Casi podía decirle a usted que soy el culpable, si culpa hubiera, de sus aspiraciones. Tengo viva simpatía por él. Le considero culto, muy enterado de las cosas que estudia, y, sobre todo, nada impaciente. Ni quiere lucirse con prisa, ni deja de trabajar en lo suyo, ni mantiene o da a entender que mantenga esas turbias aspiraciones de los jóvenes profesores que todos conocemos, impacientes para ocupar cargos públicos, y capaces de extender rúbricas que califiquen su filiación política. Corral es, desde luego, un hombre que pudiéramos llamar en política liberal-conservador, según nuestra terminología, o liberal-doctrinario, según la suya. Pero no se sale del tiesto, ni comete incorrecciones del tipo de las de tantos que conocemos y no hay para qué mostrar. En una palabra, tenía con él un compromiso, y quise afrontarlo desde primera hora. Las circunstancias de este compromiso son las siguientes: "Creo —le dije alguna vez— que hay una persona capacitada para aspirar a la Academia. Se llama Lacarra. Mis amigos, y yo con ellos, quisiéramos verle ingresar. Yo

entiendo que sería difícil sumar los votos precisos. Al pensar en usted —le dije—, solicito su voto para Lacarra, si usted llegase a entrar''. Asintió a todo ello, y reconoció, lo que no es sorprendente, superiores condiciones a las suyas en el gran medievalista de la historia aragonesa. Yo confío más en la palabra de Corral que en la de varios amigos suyos. Por lo tanto, en mi carta le ofrecía mi voto y le recordaba nuestras conversaciones, pero también le decía que no creía conveniente para sus aspiraciones, encabezar con su firma el pliego de la propuesta».

Vemos en esta carta que promueve una candidatura, prometiendo a la persona cuyo apoyo busca, el voto futuro para Lacarra, que sabía que era el preferido de Valdeavellano. Entraron los dos, afortunadamente para la Academia.

Don Ramón también temía el peligro permanente, que sigue existiendo, de las intervenciones del gobierno en la vida de la Academia. Refiriéndose a palabras del director de la Academia, (lo era entonces Sánchez Cantón) transmitidas por Valdeavellano, sobre un candidato que se creía era del Opus Dei, se expresaba así don Ramón en carta de 1960: «Como siempre es difícil —Sánchez Cantón era gallego—, como siempre es difícil hallar el sentido auténtico de las palabras de un gallego, el hecho suscita grandes dudas, (habría que ver la carta de Valdeavellano para interpretar exactamente ésta) el hecho suscita grandes dudas (es decir, que se lamentara públicamente de la derrota de un candidato, que no sé cuál era) y aunque no debemos pensar mal del prójimo, es difícil evitarlo en este caso. Más bien creo que se había ejercitado de nuevo presión sobre un hombre que, teniendo varios enlaces oficiales, pudiera creer comprometida una actitud imparcial. Acaso sean sus palabras el anuncio de que alguna disposición se prepara en los medios oficiales, para que en lo sucesivo, los miembros de determinada asociación —el Opus Dei— o sus afines, puedan ingresar en las Reales Academias, aunque no tengan en las votaciones el «quorum» ahora vigente. En cualquier caso, esto es un asco, mi querido don Luis. Yo ya tenía mucha desgana para asistir a las sesiones, y desde ahora creo que voy a asistir cada día menos. Y hasta es posible que comunique al señor director las causas de mis recalcitrantes ausencias».

Esta carta, cambiando los nombres, es exactamente válida hoy, cuando también se habla de la reforma de los Estatutos, para que los nombramientos de los académicos, en vez de ser generados en la propia corporación, se hagan por decreto.

*

Don Ramón, en estas cartas, muestra su carácter, cómo era. Le vemos incondicional a sus amigos, a prueba de esa frialdad que siempre puede surgir cuando las palabras de uno quedan sin respuesta. Su afecto, su cariño hacia Millares no varió por el hecho de que éste no contestara nunca a sus cartas.

Le vemos amigo incondicional, activo, irónico, beligerante siempre, contestatario, justo y arbitrario a la vez —era una de las manifestaciones de su carácter: arbitrario en las formas, justo siempre en los fines—, vital siempre...

No es de extrañar que, al cumplir 81 años, escribiera desde Sevilla: «Los años con salud y con cariño, digan lo que quieran los presumidos y descontentadizos, tienen sus

cosas buenas, tienen sus gajes y, me atrevería a decirlo, permiten llegar a metas insospechadas, con una única tristeza: la de recordar a quienes no nos acompañan porque no pudieron llegar tan lejos».

El recuerdo de don Ramón Carande es el que nos convoca, llenándonos de melancolía a quienes le quisimos, melancolía que se acentúa en esta tarde palentina de mayo en que la ciudad conmemora el nacimiento de su hijo predilecto.

**Gonzalo Anes**



RAMON CARANDE
cumple (D. V.) 90 años el 4 de mayo de 1977.
Le esperamos en la antigua Venta de los Monos («Julió». Avenida Molini, 1), a las 20 h.
Se ruega confirmación hasta el 30 de abril: Alvarez Quintero, 37. Sevilla.

# Don Ramón Carande y la universidad

Don Ramón Carande fue catedrático de economía y hacienda de la Facultad de Derecho desde 1918 a 1932, y desde 1945 hasta su jubilación en 1957, al cumplir los setenta años, y Rector de esta Universidad* desde marzo de 1930 hasta abril de 1931. Para precisar más la situación académica de don Ramón Carande en relación con esta Universidad, hay que decir que antes de llegar a ella, en 1916, fue catedrático en Murcia, de donde pasó a Sevilla por permuta en 1918, que durante su excedencia de trece años la cátedra no fue ocupada por ningún otro numerario, y que esa excedencia, toda ella voluntaria en términos administrativos, se dividió en realidad en tres períodos: excedencia voluntaria en el período 1932-1936, con residencia en Madrid; excedencia inevitable, con residencia en Madrid, en el período de la guerra civil 1936-1939, y excedencia voluntaria claramente involuntaria, la más involuntaria de las excedencias voluntarias, con residencia nuevamente en Sevilla, en el período 1939-1945, ya que don Ramón, en 1939, acabada la guerra, decidió volver a Sevilla y a su Universidad. Convocada a concurso la cátedra en ese año solicitó la plaza, pero el concurso tardó seis años en resolverse, espacio tanto más dilatado si se piensa que era el único candidato; que, mientras tanto, Fernando Castiella, persona de indudable fidelidad política al régimen entonces imperante, solicitaba la presencia de Carande en la recién fundada Facultad de Económicas de Madrid, y que los destrozos de la guerra habían reducido la efectiva plantilla de la Facultad de Derecho a sólo cuatro catedráticos: Pelsmaeker, Giménez Fernández, Candil y García Oviedo, [1] inmediatamente aumentados a cinco con la llegada por traslado, al terminar la guerra, de don Alfonso de Cossío.

Carande llamó a ese período «vacaciones forzosas»; desde luego lo fueron, pero sin sueldo. Y esa situación se debió, como se sabe, a la empecinada resistencia del entonces Ministro de Educación, don José Ibáñez Martín, hombre combativamente piadoso, al que no gustaba la vinculación, siempre honrosamente sostenida, de don Ramón a la Institución Libre de Enseñanza, y muy especialmente a su fundador don Francisco Giner de los Ríos. De tal manera que Carande, frente a lo que algunos dicen, nunca fue sancionado; sólo fue una víctima de la arbitrariedad político-administrativa, ejercida en la forma no tan sutil de la inacción, o sea, la ubicación del expediente del concurso en el cajón adecuado, un caso, más o menos, de esa pavorosa institución y praxis burocrática que es el silencio administrativo negativo; víctima que jamás pudo ser compensada de esas vacaciones sin sueldo. Con posterioridad se han inventado y metido en las leyes las que se llaman técnicas más progresivas para evitar estas situaciones, como

* *La Universidad de Sevilla.*

[1] *También estaba en la Facultad un auxiliar numerario, don Baldomero Campo-Redondo, abogado del Estado, uno de los «raros» recordados por don Ramón en su* «Galería».

la denuncia de la mora y posibilidad de recurso ante los jueces, si bien no se ha llegado aún a la solución correcta, pues, según los periódicos, el Consejo General del Poder Judicial se quejaba hace pocos meses de la proliferación del último instrumento de políticos y burócratas para mantenerse, cuando les place, en su heroica y olímpica decisión de callar y no hacer, que es, sencillamente, no ejecutar las sentencias de los jueces. Y he contado todo esto por amor a la exactitud de los datos, de lo que tan alto ejemplo dio, por cierto, don Ramón Carande, y también para que se compruebe que la arbitariedad no es sólo cosa del presente, sino que proporcionó ilustres ejemplos en el pasado.

Además de comunicarme la razón y el sentido del acto académico que se trataba de organizar, el decano, en nombre de la Junta de Gobierno, me invitó a hablar en el mismo, aduciendo para ello tres razones exactas: que soy uno de los escasos profesores de esta universidad que intervinimos, como diputados, en la elaboración del texto constitucional vigente; que también soy uno de los que tenía estrecha amistad con don Ramón Carande; y que fui el único que le sucedió, aunque sólo sea en términos jurídico-administrativos, pues en marzo de 1961 ocupaba la cátedra que don Ramón había dejado vacante por jubilación cuatro años antes. Así que inmediatamente acepté la invitación, y aquí estoy, y aunque mis primeras palabras no han sido de agradecimiento sí quiero que lo sean las segundas: a la Junta de Gobierno y a los decanos de las Facultades de Derecho y Económicas, que me han dado la ocasión de recordar a un maestro universitario que me distinguió con su amistad y, más aún, con su afecto tantas veces demostrado, y que me la han dado aún tratándose, en mi caso, de un profesor que tiene legalmente disminuidas sus facultades jurídico-administrativas, por pertenecer a ese grupo marginal del profesorado que comparte las tareas universitarias con otras extra-académicas.

No sería difícil centrar estas palabras, dada la doble ocasión de este acto, en Carande y la Constitución. Cierto que fue historiador de la economía y no constitucionalista, ni menos eso que se llama ahora politólogo; y que su estudio de la historia le llevó a períodos notablemente alejados, no ya del presente, sino de toda la época constitucional. Pero don Ramón Carande era, en el buen sentido de las palabras que voy a utilizar, un español, universitario y amante de su patria, que vivió siempre, con singular hondura y preocupación, la conflictiva vida española que le tocó en suerte y celebró la transición política sin violencia, y su culminación, la Constitución, con un suspiro de alivio, como testigo de lo que para él era un milagro, un regalo providencial, una muestra de la desaparición del espíritu violento y homicida cuyas consecuencias había padecido, como muchos, de modo muy especial.

No quiero, sin embargo, seguir por este camino, y analizar las ideas sobre la convivencia española que de algún modo están en sus escritos y sobre todo fluían en su conversación, y con las que no dejó de iluminar a quienes pudieron disfrutar del privilegio de escucharle, de dialogar con él, en distendida confianza. Prefiero centrar esta intervención en otro aspecto de su vida, al que luego me referiré. Sí quiero recordar aquí, de todos modos, un logro constitucional que le produjo singular gozo: la abolición de la pena de muerte. Don Ramón era abolicionista declarado, tajante y militante, lejos, por supuesto, como fue en su vida toda, de cualquier energumenismo y de todo lo que no fuera planteamiento sereno, aunque apasionado, de sus puntos de vista. Si me

permiten una alusión personal, tuve la fortuna de intervenir en el debate de la Constitución en el pleno del Congreso, en defensa de una enmienda que, en nombre del grupo parlamentario al que pertenecía, proponía la abolición. Y digo que tuve la suerte porque lo mismo que hice yo, lo pudo hacer otro en nombre de los 165 diputados del grupo. Le entregué el texto de la intervención a don Ramón tan pronto como pude. Me dio las gracias como si se tratara de un asunto personal. Y es que era, para él, un asunto personal, una cuestión de convicción profunda, íntimamente conexa con su sentido humanitario y su amor a la paz.

Pero, como les decía, quiero centrarme en un aspecto de su personalidad que es, quizás, el más nítido factor definitorio de la misma. Don Ramón Carande fue, quizás antes que nada o más que nada, un universitario; un hombre que configuró su manera de ser en la universidad y en contacto con gente de la universidad, que sintió su trabajo como trabajo universitario, que se movió siempre entre referencias universitarias. Y esto es así a pesar de que sus relaciones con la universidad institucional no siempre fueron cordiales, a pesar del distanciamiento que sentía respecto de ciertos modos de la vida universitaria, a pesar de la larga excedencia más o menos voluntaria a que antes me he referido.

Conocí a don Ramón Carande en la universidad, pero de una manera un tanto especial, en el mes de enero de 1961. Estaba jubilado y tenía casi 74 años. En la Facultad de Derecho de la Universidad Complutense se celebraban las oposiciones a las cátedras de economía y hacienda de las universidades de Sevilla y Valencia. Don Ramón acudió, con otros catedráticos, a presenciar el ejercicio segundo de uno de mis contrincantes, Ramón Trías Fargas, que al final obtendría una de las cátedras en disputa. Ese ejercicio se integraba también con el turno de objeciones, la llamada trinca, ese inútil estímulo a la ferocidad académica, aún no totalmente desaparecido. Hice uso de mi turno de la manera que juzgué más dañina para mi contrincante, aunque referida sólo a cuestiones digamos académicas, en aquella guerra de todos contra todos, pues en la carrera para dos plazas competíamos siete u ocho. Al terminar el ejercicio alguien me presentó a don Ramón, a quien yo sólo conocía por alguna de sus obras publicadas, y apenas hicimos algo más que cambiar el saludo. Al llegar a Sevilla dos meses después, me enteré de que don Ramón había comentado, con amigos comunes, mi intervención en aquella trinca, con un elogio matizado por el carácter avieso de mis palabras, que calificó incluso de peligroso; y con toda razón, claro. Pero no sólo no conocía a don Ramón desde antes; aunque catedráticos de la misma asignatura, teníamos poco en común desde el punto de vista de la preocupación científica concreta: en aquel inmenso magma de las cátedras de economía y hacienda de las facultades de derecho había cabido un ilustre historiador de la economía, como era don Ramón, y un aspirante a aprender derecho fiscal, que era mi caso. Pronto, sin embargo, pude comprobar que me unía a Carande la participación en profundas convicciones. Hasta el punto de que puedo decir con orgullo que él fue uno de los maestros que me regaló la vida.

Fui a visitar a don Ramón a su casa. Por la universidad no aparecía para nada, absolutamente para nada. Me puse a su disposición, le ofrecí el seminario para lo que gustara, le dije que lo considerara como propio. Me lo agradeció, pero su reticencia con la facultad era total. En ésta, aunque no por todos sus miembros, ni mucho menos, diga-

mos que la reticencia era compartida. Propuse, sin éxito, que, como se hacía en otras universidades, se convocara a los jubilados (él era el único jubilado vivo de la facultad) a las Juntas de Facultad, con voz aunque sin voto. Para qué le vamos a convocar, si no va a venir, fue la respuesta. Es obvio que no va a venir, contesté yo, pero al menos se tiene un rasgo, digamos, de educación. Todo fue inútil.

A mí me parecía entonces indefendible esa actitud de despego y total cerrazón ante un jubilado que, por jubiloso o jubilante que fuera, según manifestó repetidas veces, había pasado la vida en la universidad, y que se encontraba en plena madurez y capacidad creadora. Y aunque no fuera así. ¿Puede una institución comportarse de ese modo con quienes la han servido, en un trabajo tan personalizado como el de la enseñanza y la investigación? Por lo visto, no sólo puede, sino debe. Pasaron varios años antes de que el profesor Martínez Gijón y el interesado consiguieran que don Ramón formara parte del tribunal que juzgó la tesis doctoral de un actual miembro de esta Facultad de Derecho, el profesor Bartolomé Clavero. Don Ramón estuvo encantado en aquel acto, que para él no fue, desde luego, protocolario. Habían cambiado algunas, pocas cosas, en la universidad, y había transcurrido el tiempo; lo que permitió, a partir de entonces, algunas esporádicas presencias de don Ramón. Ahora, por cierto, ni eso de formar parte de un tribunal de tesis o concurso sería posible a partir, en el mejor de los casos, de la jubilación definitiva de un profesor emérito, a los 69 años de edad. La condena es irremisible: lo que se espera de un jubilado es que se muera de asco o de miseria, o de una conjunción letal de ambos productos. Afortunadamente, Carande hizo malas las previsiones: tenía alegría de vivir, trabajo para realizar, y posibilidades de llevarlo a cabo. En eso fue un ejemplo afortunado. Sin pisar la universidad desde la jubilación, a los ochenta años terminaba de publicar su gran obra, el tomo III de *Carlos V y sus banqueros*. La universidad, entonces, ni se dio por enterada.

Luego volveré sobre esta situación de tensión, o más bien de silenciosa hostilidad, que sólo los muchos años y los cambios de conducta de algunos miembros de la universidad consiguieron paliar y me atrevo a decir que hacer desaparecer. Pero puedo decir que se trataba de una enojosa, y aún dolorosa, situación, para un hombre que, como digo, fue antes que nada un universitario.

Carande había llegado a la Facultad de Derecho de Madrid, como estudiante, al comienzo de este siglo. Los profesores con los que allí tropezó formaban un grupo variopinto, algunos de cuyos miembros fueron recordados, con la aguda precisión, ironía y amor que don Ramón ponía en los retratos, en su última lección pronunciada en esta Universidad, en 1957, con motivo de su jubilación y en otras ocasiones: ante un auditorio, por cierto, de no más de 50 personas, muchas de ellas venidas de fuera, en un aula pequeña y oscura. En Madrid encontró, entre todos ellos, al que habría de fijar el rumbo definitivo de su vida, a don Francisco Giner de los Ríos, en la clase de filosofía del derecho, en 1907.

Prácticamente todo lo que escribió Carande, al margen de sus trabajos de historia económica, está vinculado a la universidad. Don Ramón se sentía deudor de quienes habían enriquecido su vida, y su trabajo constante tenía, entre otros, el sentido de pagar la deuda contraída ante los acreedores de su riqueza espiritual, moral y cultural. Sus acreedores fueron, casi todos, hombres de la universidad, o que había conocido en la

universidad como estudiante o como profesor. En último extremo, todos eran «hombres de cultura», hombres de pensamiento, y que, de un modo u otro, habían tenido, como él, la preocupación por la enseñanza, por la transmisión de la cultura, por el enriquecimiento espiritual de los hombres.

Así, de sus cuatro maestros por excelencia, los principales acreedores de su vida, tres eran profesores universitarios que habían influido decisivamente en él: el mencionado Giner de los Ríos; don Antonio Flores de Lemus, padre universitario de todos los economistas españoles, responsable de la presencia de don Ramón en la cátedra de economía y hacienda; y don José Castillejo Duarte, catedrático de derecho romano, que, efectivamente al frente de la Junta de Ampliación de Estudios desde su creación en 1907 hasta 1936, en que se exilió, había pensionado para Alemania, entre otros, en 1912, a Ramón Carande y Thovar. A todos recordó públicamente en numerosas ocasiones, la última y más emotiva, al filo de los noventa años, en el acto de investidura como doctor *honoris causa* de la Universidad Complutense, Facultad de Económicas, en un discurso pronunciado el 28 de enero de 1977, al que luego habré de referirme. Don Ramón hablaba frecuentemente de ellos, de ese modo natural del que se considera hechura de sus maestros, y en algo más que en la ciencia recibida, con una actitud que es prototipo del comportamiento de quien ha vivido de acuerdo con una concepción humanista de la universidad, lo que no supone una actitud de adulación bobalicona indiscriminada, ya que no faltaban, en sus palabras y en sus escritos, las críticas, no exentas de humor y de ternura, de profesores y compañeros, unos amigos y otros no, que se habían caracterizado por su vagancia, ignorancia o presunción.

Si se repasa su *Galería de raros*, [2] hombres de los que don Ramón se sentía deudor, aunque no hubieran sido profesores suyos, se observa que la mayor parte de ellos tenían un vinculación universitaria, y, de algún modo, aparecen en su vida con un motivo universitario: Diego Angulo Laguna, notario de Sevilla, y padre de Diego Angulo, historiador del arte, que acaba de desaparecer, le había sido presentado por don José Castillejo, con motivo de un viaje de ampliación de estudios a Londres; Luis García Bilbao llega a su vida como condiscípulo de la Universidad de Madrid; Laureano Díez Canseco fue catedrático de historia del derecho; Baldomero Campo-Redondo, profesor auxiliar de esta Facultad de Derecho; Arturo Duperier, catedrático; Santiago Ramón y Cajal, de quien se ocupó en el discurso de apertura del curso académico 1949-1950; don Francisco de las Barras de Aragón, catedrático de esta Facultad de Ciencias.

Pero es que aquéllos que no tienen con don Ramón alguna vinculación universitaria, como Pablo Gutiérrez Moreno o José María Soltura, son recordados por lo que con ellos y junto a ellos se aprendía: en el primer caso, la arquitectura como una de las bellas artes, además de que era, como dice don Ramón «figura de primera fila entre los amantes de la enseñanza» [3]; en el segundo, filosofía, y, más aún, una visión esclarecedora del mundo y de los hombres.

Pero no son sólo éstos; a otros muchos profesores recuerda y festeja, como él decía, o trata con ironía fina en sus escritos; sólo enumero, para no cansar, a algunos de ellos:

[2] *Ramón Carande:* Galería de raros atribuidos a Regino Escaro de Nogal. *Madrid, 1982, 376 págs.*
[3] Galería de raros, cit., *p. 119.*

don José Ortega Rubio, catedrático de historia en el preparatorio de derecho; don Antonio Hernández Fajarnés, catedrático de lógica; don Prudencio Mudarra y Párraga, de literatura. Sus contertulios de la librería de Lorenzo Blanco aquí en Sevilla, éramos, en mayoría, profesores de universidad. No deja de glosar, con distintas ocasiones, las figuras de otros muchos maestros universitarios, Menéndez Pidal, Sánchez Albornoz, Ortega y Gasset, y tantos otros. Las personas que se veían en su casa, con motivo de las celebraciones de sus cumpleaños, también lo eran en gran medida; lo mismo que sus amigos de Madrid o de Valladolid. Y recuerdo que, cuando en Colonia, en diciembre de 1969 (tenía entonces 82 años) le fue otorgado el título de doctor *honoris causa* por aquella universidad, en un meticuloso discurso pronunciado ya por la tarde, casi al final de una jornada que únicamente no había resultado agotadora para él, hizo lo posible, también allí, por pagar la deuda contraída con sus maestros alemanes, las grandes figuras de la escuela histórica, Schmoller, Brentano, Sombart, von Below.

Fue la de don Ramón una vida inserta en el sentido de la continuidad científica, «imperativo especial del hombre culto», [4] como decía, en 1966, citando a Burckhardt, en la contestación al discurso de ingreso en la Academia de la Historia de otro gran amigo universitario, más joven que él y también fallecido, como tantos, con anterioridad, Luis G. Valdeavellano. Don Ramón Carande fue un universitario consciente, con una honda preocupación moral por rendir de acuerdo con lo que, de otros, había recibido, como un eslabón en la cadena de la transmisión de la cultura, ejemplo vivo, en este orden, del buen administrador de la parábola evangélica de los talentos. Se sentía, sin pedanterías, de una manera tan natural como la de la práctica de la respiración, sin presunción alguna, inserto en el mundo de la cultura, más aún, en el mundo de la transmisión de la cultura, por escrito o con su palabra, sin que por ello se creyera superior a quienes no pertenecían a ese mundo. Se sentía, en suma, incluso sin proclamarlo, inserto en el mundo de la universidad; pero no de cualquier universidad, sino de la que él consideraba la verdadera, la real; no la libresca de la vacía o inútil pedantería o erudición, ni la burocratizada, y un tanto miserable, que le tocó, en gran medida, vivir, y que intentó, de algún modo, reformar; la universidad, en cuanto lugar en que se cultiva la ciencia, se aprende, se enseña aprendiendo, se aprende enseñando y en que la gente adquiere una armadura espiritual y moral. Con la fría, anónima oficina expedidora de títulos y papeletas de examen era, fue, siempre, crítico; se sintió distante de una universidad que, a la postre, fue causa de frustración, honradamente confesada, como veremos.

La idea que de la universidad tenía don Ramón era, ni más ni menos, la de don Francisco Giner. A lo largo de su vida, Giner escribió varias veces sobre la universidad. De 1902 procede el más amplio de sus escritos; inédito en vida de su autor, se publica en 1916 en el tomo II de sus *Obras Completas,* que tiene el título genérico, precisamente, de *La Universidad española.* [5]

[4] *Contestación, por el Excmo. Sr. D. Ramón Carande y Thovar al discurso leído el día 8 de mayo de 1960 en el acto de recepción pública por el Ilmo. Sr. D. Luis García de Valdeavellano y Arcimis. «Sobre los burgos y los burgueses de la España Medieval (Notas para la historia de los orígenes de la burguesía)». Real Academia de la Historia. Madrid, 1960, p. 166.*

[5] *Francisco Giner de los Ríos.* La Universidad española, *T. II de las* Obras Completas. *Madrid, 1916, 301 págs.*

Nada mejor que recordar lo que dice Giner, incluso con sus propias palabras, en la conclusión de ese trabajo, cuando diseña, con la prosa deslavazada que le caracteriza, cómo debe ser la universidad española en una corporación social autónoma que no depende de la Iglesia (neocatólicos), ni del Estado (protestantes), aunque en relación exterior y variable con una o con otro. Hoy, entre nosotros, la relación es con el Estado. Sus funciones: a) el cultivo de la ciencia, mediante su investigación y enseñanza; b) la educación general de sus alumnos y la protección de su vida intelectual, material y moral, dentro y fuera de la universidad, como auxilio para el desenvolvimiento de su persona; c) la difusión de la cultura en todas las clases sociales, bajo las distintas formas de la extensión; d) la dirección superior (no autoritaria, sino de influjo moral y libre) de la educación nacional y sus particulares institutos; e) la formación pedagógica directa o indirecta, mediante las Normales, del magisterio para todos sus grados. La universidad, con sus bibliotecas, laboratorios, salas de lectura, de conversación, lugares de descanso y recreo, etc., etc., es, a la vez, un aula, un laboratorio, un ateneo, un club, una fuerza moral, un hogar espiritual para sus profesores y para sus estudiantes». [6]

Es interesante observar que Giner, para reformar la universidad, no habla de hacer una ley, o un reglamento, o un manojo de ellos. Más bien lo contrario. Denuncia «una confianza, que hoy nos parece ingenua y rayana en superstición, en la fuerza punto menos que omnipotente del precepto, de la reglamentación y de la ley. Esta confianza —ya Tocqueville lo mostró plenamente— no es hija de la Revolución, como se murmura en ocasiones, sino del antiguo régimen, de las monarquías absolutas». [7] La ley (de 1857) «contribuyó a acentuar aquella superstición en favor de la omnipotencia del mandato, de la letra, para crear por sí solo obras cuyo valor radica todo en el espíritu, y a relegar el elemento interno, el verdaderamente real, el personal a un lugar cada vez más y más secundario». [8]

Por eso, para la reforma, propugna Giner un movimiento de profesores, no una ley: «Sobre estas bases, cada universidad se organizará a su modo, según sus condiciones particulares y las de la localidad.

Donde es pequeña, y a la vez se halla formado un núcleo de trabajo en este sentido, con intensidad apreciable en sus efectos y simpatía general dentro y fuera de la institución, aumentar la energía y la libertad de acción de este núcleo. Donde existan elementos individuales, pero sin haberse condensado aún en una acción común, que pueda representar en cierto modo, por su intensidad cualitativa, más que por su número, a la universidad entera, favorecer por todos los medios la organización más homogénea posible de esas fuerzas. Donde eso sea muy difícil, constituir un órgano aparte, sea con los doctorados (aunque son demasiado numerosos), sea formando una especie de comité de reforma independiente. Siempre, en todos los casos, procurando reunir elementos homogéneos, lo cual no quiere decir de unas mismas doctrinas políticas, religiosas,

[6] *Giner de los Ríos*, op. cit., *pp. 143-144.*
[7] Ibíd., *p. 11.*
[8] Ibíd., *p. 15.*

filosóficas, etc., sino de un mismo sentido y orientación en cuanto a las necesidades y modo de la reforma exclusivamente.»[9]

Prescindiendo de detalles concretos, don Ramón Carande siempre defendió y trató de practicar esta idea de universidad de Giner y rechazó la acusación de elitista que a éste le hicieron algunos. Don Ramón hablaba así, en 1960: «Acerca de la idea que tuviese Canseco de nuestra labor docente, se ha repetido mucho su clasificación de los catedráticos en dos grupos: "Los que no van y los que no deberían ir a clase". Propendía a incluirse entre los últimos. Estableciendo paralelos muy de su gusto, le oí decir que el catedrático malvive de la paga, como el marido vago y pobre de la dote, sin conseguir verse libre de la *horita* de clase. No veamos en esta recusable clasificación nada difamatorio; más bien una burla, un grito de amargura. Conocía y admiraba Canseco casos ejemplares menos raros de lo que se piensa, pero hacía en estos términos tabla

[9] Ibíd., *pp. 144-145. Es oportuno citar aquí algunos párrafos del trabajo de Giner.*

*En cuanto a los estudios: «El plan, obra libre de cada Universidad, sobre un mínimo obligatorio en cada Facultad para todas. Adopción de métodos de enseñanza realistas que exciten la actividar personal del alumno. Sustitución del libro de texto por lecturas y estudios sobre los problemas de clase. Subdivisión de las clases numerosas para el trabajo científico y la comunicación constante con el profesor. Subdivisión de los estudios de todas las Facultades en un mínimo obligatorio y un grupo electivo. Reducción de uno o dos años en los estudios de la licenciatura. Aumento de otro a los doctorados. Desarrollo de las prácticas profesionales en toda la carrera (no sólo al final de ella). Aumento de la duración del curso».*

*«Supresión de los exámenes y grados anuales de fin de curso y sus asignaturas, sustituidos por el trabajo del alumno durante el curso entero. Necesidad de oponerse a la tendencia a obligar a todo alumno a estudiar las mismas cuestiones, como cosa incompatible con la libertad de la ciencia (programa único). Supresión de todo ejercicio memorista en los grados, y sustitución por ejercicios de carácter científico y monográfico, quitando toda importancia a lo que hoy se llama "saber la asignatura" (cantidad de pormenores de memoria, según un programa y un texto); y dándosela a la solidez y profundidad en el estudio personal de uno o varios problemas.» (pp. 145-147).*

*Por lo que se refiere a «Formación profesional del catedrático y consiguiente supresión de las oposiciones: pensiones de estudios en el extranjero a los alumnos de estas instituciones que se destinen al profesorado. Mejora de la retribución actual del profesorado por medio de la acumulación voluntaria de cátedras con el sueldo íntegro, tendiendo a disminuir la plantilla actual de los catedráticos de número (mayor que en casi todas partes). Pensiones de estudios en el extranjero (modestas, como en Francia) a un número dado de profesores cada año. Elección de los medios conducentes a que los actuales profesores, que sientan necesidad de ello, puedan perfeccionar sus estudios y sus métodos.*

*La Universidad podrá proponer para sus cátedras, también libremente, a científicos de fuera de ella.» (pp. 147-148).*

*Entiende Giner que la Universidad debe tener una doble función de formación de profesionales y de científicos, pero del siguiente modo:*

*«1. Relegar la preparación para los títulos cada vez a más secundario lugar, sea desenvolviendo en todas sus consecuencias el sistema alemán de los exámenes de Estado, sea organizando escuelas para el aprendizaje, no meramente empírico (como el clásico inglés casi lo es todavía), sino teórico y práctico, científico y manual, en combinación con las de las respectivas profesiones.*

*2. Reservar el primer lugar a la función propiamente científica; esto es: 1°) a la investigación original del profesor, puesto ante todo para ello, sea por sí solo, sea con sus compañeros, sea, principalmente, y sobre todo, auxiliado y secundado por sus discípulos, cada uno de los cuales toma la parte de trabajo personal que corresponde a su grado de preparación para este fin, y a la publicación de su fruto en bien y servicio de la obra universal de la ciencia, en monografías, anales, revistas, libros. 2°) a la formación del personal científico, esto es, de investigadores. 3°) a la educación de aquella parte del personal científico que se destina al profesorado.*

*3. Poner en relación cada vez más íntima, en vez de la mera mecánica de coexistencia y mera yuxtaposición, los diferentes grupos de estudios, facultades, etc. A) Favoreciendo y estimulando que los alumnos de una de éstas tomen estudios de otras, aun las más opuestas. B) Estableciendo estudios comunes que reúnan en unas mismas aulas a estudiantes de varias Facultades.» (pp. 112-114).*

rasa por considerar indispensable, antes que nada, un sistema de selección racional de ingreso en el profesorado y una organización docente adecuada a la idea o esencia de la universidad, para que la enseñanza y la investigación fuesen dos caras de una misma cosa. Únicamente entonces los catedráticos, en vez de *contar* a sus alumnos lo que saben, colaborarían, a su lado, mostrándoles el camino a seguir después de capacitarles para emprenderlo. Ello traería consigo un aumento de las horas de clase, con una simultánea reducción del número de las clásicas lecciones».[10] Era 1960, y don Ramón, jubilado, y con 73 años, no abandonaba su preocupación por la docencia universitaria, bien lejos de la imagen, que algunos, superficialmente, han creído tener de él, en sus últimos 30 años de existencia, de hombre gustoso de investigar y ajeno a los problemas de la enseñanza universitaria como actividad de menor rango que la primera. Nada apreció tanto Don Ramón como la capacidad para enseñar, y cuando se refiere a sus maestros no habla nunca, o casi, de sus logros científicos, sino de su aptitud para transmitirlos, y para generar en el alumno una actitud de estudio positiva, creadora. Y ahí está en el ejemplo que acabo de citar: cuando ya se había liberado, forzosamente, de cualquier compromiso docente, vuelve al tema de la docencia universitaria en un lugar y ocasión que permite decir que el problema ha sido cogido por los pelos: en la contestación, en la Academia de la Historia, a un discurso de Valdeavellano «sobre los burgos y los bugueses de la España medieval», en el que don Ramón se refiere, ampliamente, a los maestros de Valdeavellano, Canseco y Sánchez Albornoz, y a la que es una idea permanente: la deuda del discípulo con sus maestros.

Don Ramón se forma, en el extranjero, conforme al modelo de Giner, y hace un esfuerzo tremendo para ajustarse a él, como universitario integral, investigador y profesor y no sólo como investigador. Con una clara conciencia de su responsabilidad moral y con un hondo sentido patriótico. Esta expresión está devaluada por el uso y abuso que los energúmenos de determinado pelaje han hecho y hacen de ella, pero no encuentro otra mejor para describir esta realidad: don Ramón Carande, como Giner, y como tantos otros individuos de varia ideología, al elegir la universidad como lugar de vida, lo hicieron con una clara conciencia de alta responsabilidad social. En don Ramón la idea es casi obsesiva. No se trataba, es claro, de un mero camino de medro personal. Pero tampoco de alcanzar ese paraíso selecto de la ciencia, de altura intelectual y satisfacción personal, al margen de los problemas de los hombres. Se trataba de hacer, por la vía del esfuerzo personal en el terreno elegido por cada cual, una obra de transformación social, empezando por la universidad misma, que debería ser, de algún modo, como decía Giner, levadura de fermentación social.

La tarea era inmensa: España estaba atrasada, la universidad española también, el campo de la investigación, baldío. Había que ponerse a trabajar, a reformar, desde dentro, la universidad real, aunque la universidad legal y reglamentaria fuera un desastre. Giner decía: lo mejor que puede hacer el Estado por la universidad es no pretender reglamentarla demasiado. «El mal más grave que padece nuestra universidad es la atonía, a la que tan grandemente contribuye la comprensión reglamentaria, cuyo casuismo tiende a hacer de la universidad una oficina atomísticamente desparramada en negociados,

[10] *Contestación citada a Luis G. de Valdeavellano, p. 169.*

mecánica, desespiritualizada, sin alma. A Dios gracias se pueden infringir los reglamentos; ¡dónde estaríamos si se hubieran cumplido! Asusta pensarlo». [11] Y Carande siempre pensó, dijo y escribió que el verdadero problema era el de la cultura generalizada, el de la enseñanza para todos; de ahí su admiración por el maestro de escuela, en consonancia con la preocupación de Giner por la formación del maestro de escuela como una de las funciones específicas de la universidad.

El amor, más aún, la entrega a esta universidad real, corren parejas con el rechazo de la que, parafraseando a Ortega, podríamos llamar la universidad oficial, de la enseñanza oficializada, de la burocratización, el examen, el libro de texto. Refiriéndose a Soltura, el más celebrado de los raros de don Ramón, elevado a la categoría de maestro al lado de Giner, Flores de Lemus y Castillejo, dice, en texto publicado por primera vez en 1978: «Persona bien enterada, pero muy distante de la juventud de José María, sospecha que su tío hizo dos carreras universitarias: derecho y medicina, y que fue cadete de una academia militar. No tengo pruebas de semejante proeza, y casi me alegro. Tres carreras son capaces de destrozar a los mejor dotados. Imagino que el niño José María pudo estudiar en alguna escuela o colegio extranjero, y mientras no quede certificada otra cosa, le veo exento de exámenes, grados, títulos, recomendaciones, concursos, oposiciones, etc., a diferencia de quienes hicimos carrera en las aulas, entre mercedes y tropiezos, para llegar a ser licenciados, doctores y afanosos coleccionistas de títulos académicos. No desmerece Soltura, a mis ojos, sin el grado de bachiller siquiera». [12]

En la vida académica activa de don Ramón Carande hay dos períodos claramente diferenciados, y no sólo en el tiempo: el de 1918-1932, y el de 1945-1957. Muchas cosas habían pasado entre ambos, en España y también, como hemos visto al principio, en su vida. El primer período es de mayor dedicación a la enseñanza que a la investigación, aunque en él ve la luz el excelente estudio de *Sevilla, fortaleza y mercado;* el segundo, más a la segunda que a la primera. Pero hay algo más; estas expresiones son frías y describen una realidad sin entrar en el meollo de la misma.

De la investigación queda rastro de autor reconocible, si se publica lo investigado. De la enseñanza, no tanto, aunque sus frutos sean abundantes. El testimonio de los alumnos o colegas es lo que nos puede servir. Pero, para la primera época, no quedan, prácticamente, ni unos ni otros. Quienes fueron alumnos de Carande en los últimos años de la primera época deberían andar ahora, como mínimo, por los ochenta años. Alguna noticia de alumnos de esa época tuve a mi llegada a Sevilla, en 1961; pero poca cosa. De no contar con algún cronista como don Ramón lo fue de sus maestros, la memoria de la enseñanza se pierde pronto. Sin embargo, don Ramón ha hablado de esos años, y de los posteriores, se puede decir que en todos sus escritos que no son de historia económica, y sobre todo en su discurso, varias veces citado, en la Universidad Complutense en 1977. [13]

[11] Ibíd., *p. 61.*

[12] Galería de raros, *pp. 219-220.*

[13] *Ramón Carande:* Una escolaridad con vacaciones y cuatro maestros. *Sevilla, 1977. La primera parte es el discurso pronunciado en la investidura como doctor* honoris causa *por la Universidad Complutense de Madrid, el 28 de enero de 1977.*

Cuando don Ramón llega a Sevilla, en 1918, le acucia el afán renovador que Giner cultivara en sus alumnos y que don Ramón había hecho suyo de manera responsable. Carande no era entonces un hombre «refugiado» en la investigación, como luego llegó a ser, aunque, como ya he dicho, algún fruto produjera, más que notable. Carande se dedica a esa reforma de la universidad en el sentido de Giner, esa reforma sin cambios legales que le absorberá muchas horas. Es una persona aislada de lo que es la vida de la ciudad, poco relacionada con universitarios u hombres de cultura. Él mismo lo ha contado con precisión envidiable. [14]

*[14] En 1939, acabada la guerra, decide volver a Sevilla: «Mi nostalgia de Sevilla se avivaba recordando mis primeros pasos en archivos de la ciudad: el municipal, el del cabildo catedralicio y una especie de almacén de protocolos notariales, pues apilados estaban los legajos, en la iglesia desafectada de San Laureano, hasta que pasaron a su actual instalación en el archivo del colegio notarial de Sevilla y, por cierto, contribuí a la iniciativa del traslado con una moción tomada en cuenta por el entonces (1924 ó 25) director general de registros y del notariado. Aún con mayor intensidad me atraía, desde lejos, la presencia diaria en las aulas, durante una hora, de tres, cuatro o cinco docenas de muchachos; nunca serían más, los matriculados entonces (1918-1931) cada año, en la facultad de derecho. Había disfrutado esta compañía continuamente, sin privarme de asistir ni un día a clase, porque en clase apreciaba el privilegio de nuestra profesión: vernos rodeados de quienes, mientras corren los años, conservan la misma edad, y a nosotros nos toca ser pilotos y testigos de sus afanes. Consciente de limitaciones propias y ajenas, creo haber puesto, con amor, cuanto pude para que, bien encaminados, realizáramos las averiguaciones propuestas, y las que su experiencia les despertara, con espíritu crítico, procurando librarles de la rutina. Ellos me dieron pruebas de efecto y de confianza; muchas durante el año de mi rectorado, en el penúltimo gobierno del reinado de Alfonso XIII».*

*«Recordaba, durante mis vacaciones forzosas, a colegas de la facultad de derecho, asiduos colaboradores. Tenía presentes nuestras afinidades y discrepancias, en temas didácticos, exentos de dogmatismo, y nuestro deseo común de ofrecer a los alumnos cuanto sirviese para su formación. Acostumbrábamos ampliar la hora diaria, preceptiva, con dos de clase por semana, analizando casos de negocios jurídicos, o problemas del presente y del pasado en la realidad española local, regional y nacional y, más que otra cosa, teníamos sesiones de lectura y comentábamos trozos de obras clásicas, o de reconocida autoridad, manejando la versión original, y las traducciones disponibles, y practicando, así, alguna lengua extranjera. Recordaba también que, por no estar provista de libros y revistas modernas la biblioteca de la facultad, llevábamos a menudo a clase los libros que hacían falta y teníamos en casa, que no eran pocos.»*

*«En aquellos años (1918-1931) del segundo al tercer decenio del siglo, se había elevado considerablemente el nivel docente, y en Sevilla se hacía notar, aunque fuesen mínimas las aportaciones de la universidad a los problemas de la ciudad, más allá de las aulas, y no tomaran mayor parte, bien se comprende, un corto número de profesores recién llegados. Los sevillanos ocupados en el comercio o en la industria, y los funcionarios civiles y militares, en su inmensa mayoría, poco interés ponían en el fomento de la educación y de la enseñanza; tampoco la clase más alta en cuyos palacios fueron sus señores, patronos, antaño ilustrados y dadivosos en las artes y en las letras. De todos ellos, los menos enterados de la preparación y de la vocación del personal docente, no creo que propendieran a enterarse mejor.»*

*«A los catedráticos, de quienes estoy hablando, fácil nos sería comprobar, sin recurrir a los salones de círculos de recreo y de cultura, que no era allí nuestra presencia la más apetecida. Para convencernos bastaría escuchar comentarios dedicados a nuestra manera de enjuiciar problemas políticos candentes y, en especial, el de la guerra de Marruecos, endémica en los años veinte, estragadora de vidas y hacienda, y determinante de situaciones funestas. No teníamos por qué ocultar nuestra disconformidad con la persistencia de aquellas contiendas, y queríamos que cesaran; pero sirvieron de inspiración nuestra palabras, a sujetos ingeniosos, para llamarnos "los de la harka", esto es, "una partida de rebeldes marroquíes", según el diccionario.»*

*«Contribuiría, desde los primeros años, a fructificar mis ocios, con deleite, la frecuentación de mis copartícipes en las tareas docentes. De éstos estaban ya en Sevilla, a mi llegada, Pedro Salinas, Demófilo de Buen y Pedro Castro; poco tiempo después llegaría José Ramón Xirau, mi compañero de noviciado universitario en Murcia, y en Sevilla encontré, también, a Antonio Cortés, Emilio Muñoz Rivero y Estanislao del Campo y, tras ellos, fueron llegando, en fechas no muy distanciadas, José María Ots, Enrique Martí Jara, Aurelio Viñas y, con posterioridad, Blas Ramos Sobrino, Manuel M. Pedroso, Juan de Mata Carriazo y Francisco Candil, condiscípulo mío predilecto en la universidad central.»*

*«En mis tareas universitarias me alentaron con su ejemplo los mejores colegas. Manteníamos relaciones solidarias, y de su actuación podría dar pruebas.»*

*«En el desarrollo de mis lecciones, siempre a prueba de tanteos y enmiendas, procuré atenerme a lo que me enseñaba el trato cotidiano con los alumnos. Su curiosidad, que me revelaban sus preguntas, me esti-*

Esta etapa culmina con el rectorado de Carande. El ministro del ramo, otro ilustre profesor, don Elías Tormo, en el penúltimo gobierno de la Monarquía, le nombró Rector después de comprobar que en su nombre coincidían la mayor parte de los catedráticos de la Universidad. Lo fue hasta muy poco antes del advenimiento de la República.

Esta imagen de Carande profesor no es la que coincide con la que, por regla general, transmiten sus alumnos de la última época, (1945-1957). Más bien tienen conciencia de un profesor que cumplía fielmente su obligación, pero como una pesada carga que le hacía sufrir. Son muchos los alumnos de esa época que quedaron tocados por la fuerza, la personalidad, la agudeza y la libertad de expresión utilizada por Carande en un período en que ésa no era la norma (aunque en la Facultad de Derecho de Sevilla, en esta época, no era Carande un caso aislado y ni siquiera el más significativo en este sentido). Pero Carande ya no se sentía capaz, dadas las circunstancias, de «reformar» una universidad que por muchos conceptos le resultaba extraña.

> Al regresar a la ciudad, no recuerdo en qué mes (creo que de los primeros de 1940), no me faltaron ocasiones para medir la cuantía de las bajas, por muertes o exilio, que trajeron consigo la guerra y la posguerra, en todas las ramas del árbol docente. Cuando llegó, por fin, el día de mi reposición, quedaban en la universidad únicamente tres de mis viejos amigos y colegas (sancionados, dos de ellos). De los que me recibieron, en la facultad, no tengo especiales motivos de queja. No olvidaré las atenciones de algunos compañeros durante mi ausencia.
>
> El número de alumnos fue creciendo cada año, a partir de 1950, de tal manera que resultaba imposible diferenciar la capacidad y la preparación de cada uno, y ajustar la enseñanza a su medida. Me costaba esfuerzos, inválidos, acomodarme al nuevo estado de cosas. Concurrían circunstancias que malograban mis intentos. Me asaltaban sensaciones de humillación y de fracaso. Tengo que atribuir la mengua de mi rendimiento, en la cátedra, al ambiente que me rodeaba y, también, a que, durante el último período de mi profesorado, dedicaba menor tiempo a la preparación de las lecciones, cuando, simultáneamente, avanzaba sin tropiezos la redacción de páginas del segundo tomo de *Carlos V y sus banqueros*. Era ésta, para mí, tarea predilecta; dependía exclusivamente de mis fuerzas, y no ocurría lo mismo con las obligaciones de la cátedra, que deseaba transferir a quien las asumiera con desembarazo, y con mayor vocación, y siendo así no engañé a nadie al declararme jubilado jubiloso, y con gozo conseguí, en los diez años inmediatos posteriores, terminar la obra, en 1967. [15]

Cómo cambia el tono. Carande fue siempre un hombre pudoroso en la expresión de sus estados de ánimo. Esa confesión de «sensación de humillación y de fracaso» en la tarea docente, hecha a los 90 años, 20 después de su jubilación, es lo más patético que ha salido de su pluma. Siempre fue un universitario, pero, en su segunda «entrada universitaria», Carande ya no era el mismo. Estaba lleno de capacidad y vigor, lleno de fortaleza, y así lo demostró. Don Ramón volvió a la universidad, pero no como un protagonista reformador, sino como un profesor más que digno que empeñó su voluntad, inteligencia y tiempo en una tarea, universitaria desde luego, pero desarrollada totalmente fuera de la universidad, que requería una menor, o ninguna, actuación de

*mulaba y contribuyó a la intensificación de mis tareas, y de mi vocación. Ella me ha servido para reconocer mis defectos, y pretender superarlos.»*

*«En la lucha por librarme de otro defecto, reconozco, sin hipocresía, no haber logrado que mis horas de clase fuesen dialogadas. Dije, antes, que me estimulaban mis colegas, y así fue; entre ellos Blas Ramos (otro de mis raros) que dominaba el arte coloquial de la mayéutica.»* (Una escolaridad con vacaciones, op. cit., *pp. 16-21).*

[15] Una escolaridad con vacaciones, op. cit., *p. 23.*

tipo colectivo corporativo: la investigación. Así sucedió por fortuna para la investigación histórica española. Pero no sólo fue un admirable ejemplo de energía y lucha contra el tiempo, lucha por estar vivo. Tuvo un contrapunto amargo: fueron «esas sensaciones de humillación y de fracaso» en la docencia.

¿Qué había sucedido? Como acabo de decir, muchas cosas, entre otras, la guerra civil; para Carande fue una experiencia abrumadora. La guerra civil, la sociedad política consiguiente, la lucha por mantenerse en medio de la desaparición y la persecución de lo que para él más había supuesto, muy especialmente el mundo de la Institución, despedazado entre el exilio, la muerte y el silencio, y la misma cruel burla de un concurso en el que era el único aspirante y que tardó seis años en resolverse; el ambiente opresivo de lo que en él eran valores primordiales, todo esto le encaminó, de algún modo, a elegir el camino de refugiarse en la única actividad en la que nadie podía enturbiar su labor: investigar en los archivos y descubrir la historia. [16]

Vuelvo al principio. Cuando llegué a Sevilla, y visité a don Ramón, noté su tenso distanciamiento de la universidad oficial. Tardé algún tiempo en comprender; pero comprendí. Aprendí una lección práctica de deshumanización de una institución, lo que era, y es, algo mucho más hondo que la crueldad alegre de algunos sujetos faltos de delicadeza y sobrados de abuso de poder y de edad.

Carande fue, de este modo, dentro y fuera de ella, en entrega a la tarea docente o a la investigadora, en discrepancia con la universidad o al frente de su gobierno, en su sentimiento de fracaso y en sus satisfacciones como profesor o como investigador, en el sustrato y contextura de su vida toda, un hombre de la universidad al que sólo su extraordinaria longevidad y fuerza, su singularidad irrepetible, y, por qué no decirlo, el cambio de situación política, le permitieron obtener, de alguna manera, alguna tardía reparación de unas desatenciones o despegos que, desde luego, no fue el único en sufrir, ni será el último, aunque otros no tuvieran esa singularidad para saber vivir, en la plenitud del sentido, al margen, no de la universidad, pero sí del recinto universitario.

Don Ramón nunca perdió la esperanza; pero la fe en el futuro mejor tenía algo de voluntad de vivir contra viento y marea. Estaba seguro de que las cosas podían mejorar y encontraba indicios de ello, pero no sabía cómo.

Decía en 1977: «Con frecuencia, en horas de la tarde, me gusta salir en busca de jóvenes amigos universitarios, profesores y estudiantes. Su compañía me reconforta. Conversando imagino que compartimos idénticos afanes. Volviendo la vista al pasado, retrocedo tanto, que me acerco a los días de mi mocedad, y, comparando con lo que entonces yo hacía, lo que hacen ahora estos jóvenes, no puedo sentirme orgulloso, ni lo lamento». [17]

Pero, en medio de esas prendas de esperanza, la realidad le traicionaba, apuntando a una evidencia más bien sombría. Continúa diciendo: «Soy de los que todo lo esperan

[16] *Tampoco fue en esto el único. Profesor hubo en esta Facultad que, sumido en el ostracismo político como consecuencia de la guerra y la posguerra, hizo una obra tan admirable como apasionada de investigación histórica: me refiero a Jiménez Fernández y Bartolomé de las Casas.*

[17] Una escolaridad con vacaciones, op. cit. *p. 24.*

del maestro y de la escuela; creo que la educación y la instrucción son una sola cosa, en grados sucesivos, y con continuidad. Atribuyo lo mucho conseguido en los centros de enseñanza, durante los comienzos de este siglo, y hasta 1936, a la ingente labor realizada por los promotores del museo pedagógico, de la junta de ampliación de estudios, el centro de estudios históricos, la residencia de estudiantes, el instituto escuela, etc.»

Y después de dejar destruido lo que ellos hicieron, ahora, reconociendo la calidad de lo que perdimos, tendremos que volver a empezar. [18]

¿Cabe algo más patético que confesar, a los noventa años, que todo lo que ellos hicieron en la universidad y en el mundo de la enseñanza había sido destruido y que hay que volver a empezar? Aunque se disienta de la exactitud del juicio, ¿cabe algo más admirable y a la vez más conmovedor que esa fe, afirmada en una experiencia negativa del resultado del trabajo de casi un siglo?

**Jaime García Añoveros***

[18] Una escolaridad con vacaciones, op. cit. *p. 24-25.*
* *Sevilla, febrero de 1987.*

# Don Ramón Carande y la historia económica

Quisiera, ante todo, comenzar definiendo aquello a que pretendo referirme al hablar de «historia económica», una disciplina que se confunde, a mi parecer indebidamente, con lo que en justicia debiera llamarse «historia de la economía», que es lo que suele enseñarse en nuestras universidades, y muy especialmente en nuestras facultades de ciencias económicas, lo cual no critico en modo alguno, porque tal vez sea, en efecto, lo que conviene a quienes se forman en ellas. Lo que no me parece bien es que se identifique con algo muy distinto, como es la «historia económica», una vieja disciplina, que tiene entre nosotros una tradición de doscientos años y que se distingue por tener un enfoque y un contenido propios.

¿Simple cuestión de nombre? No lo crean. La «historia de la economía» se ocupa ante todo de la evolución de las diversas actividades económicas del hombre, consideradas casi siempre por separado —estudia la agricultura, la industria, la minería, el comercio exterior, la banca, la política monetaria...—, mientras que la vieja «historia económica» tiene como objeto fundamental al hombre mismo como sujeto y protagonista integral, no a sus actividades o al resultado de éstas, y se distingue de otras modalidades por el hecho de que intenta darnos una explicación global de lo humano a partir del análisis de cuanto se refiere a los datos económicos: al trabajo, a la subsistencia, a la lucha por la riqueza... La primera es historia de las cosas; la segunda, historia de los hombres.

Déjenme poner un ejemplo que aclarará lo que quiero decir. En las bibliografías sobre el siglo XVI español que suelen publicarse en nuestros manuales de historia de la economía encontrarán ustedes con frecuencia asociados dos libros que son semejantes desde el punto de vista de lo que interesa a esta disciplina, pero que no pueden ser más distintos, si los consideramos desde la perspectiva, más amplia, de la historia económica. Uno es *Carlos V y sus banqueros* de don Ramón Carande; el otro, *La Hacienda de Felipe II,* de Modesto Ulloa. Para los historiadores de la economía ambos se ocupan de la hacienda de los Austrias. Para quienes contemplamos las cosas de otra forma, las diferencias resultan mayores que las semejanzas. El libro de don Ramón Carande estudia la suerte de los castellanos del siglo XVI —desde el soberano al campesino, pasando por los banqueros— a la luz de lo que los problemas de la hacienda nos enseñan de sus empeños, sus esfuerzos y su suerte, común y diversa. El de Modesto Ulloa analiza los mecanismos propios de la hacienda, sin una preocupación fundamental por los hombres. ¿O acaso creen ustedes que es un mero rasgo de estilo el hecho de que Carande diese al suyo un título que evoca el protagonismo de unos seres humanos

—el emperador y sus prestamistas—, mientras que en el de Ulloa lo substantivo es «la hacienda», esto es «las cosas», y el hombre, «Felipe II», aparece como una mera acotación temporal, la de las fechas de un reinado? No se trata de un problema de estilo porque los títulos no son intercambiables. El libro de don Ramón no pudo nunca titularse *La Hacienda de Carlos V,* porque esta denominación no hubiera reflejado el propósito que lo inspiró ni la riqueza de su contenido. Ni el de Modesto Ulloa podría rebautizarse como *Felipe II y sus banqueros,* porque quien buscase lo que tal título promete en sus páginas, no lo hallaría. Y no lo digo en detrimento del excelente estudio de Ulloa, para valorarlo por debajo del de Carande, sino sólo para señalar que pertenece a un género distinto.

Un género que no he inventado yo, sino que data de mediados del siglo XVIII y que me conduce a insistir en una distinción que no es un mero juego de palabras. Como no lo es, de acuerdo con una tradición nacida hace varios siglos, hablar de una «historia filosófica» que no era, en modo alguno, lo que hoy entendemos por «historia de la filosofía» o, para referirme a otra denominación que se ha conservado hasta nuestros días, decir «historia natural» o «historia de la naturaleza», expresión, esta última, que correspondería más bien a campos como el actual de la «paleontología», por poner un ejemplo.

Y ocurre que éste de la «historia económica», entendido con su viejo y más amplio sentido, es precisamente un género al que deberíamos prestar la mayor atención, aunque no fuese más que por el hecho de que el primer libro que merece clasificarse en él se escribió precisamente en este país y en lengua castellana. Déjenme explicárselo...

Como pone muy bien de manifiesto el reciente estudio de Coleman sobre el ascenso y decadencia de la historia económica en Gran Bretaña, *History and the economic past,* quienes aceptaron los fundamentos de esta nueva concepción de los estudios históricos fueron los grandes pensadores de la escuela escocesa del siglo XVIII, comenzando por David Hume. Fue Hume quien, en sus *Discursos políticos,* aparecidos en 1752, utilizó un enfoque globalizador para señalar la estrecha relación que existía entre las formas de organización económica y el grado de civilización alcanzado: «Las leyes, el orden, la policía, la disciplina —escribía— no pueden ser llevados a un grado cualquiera de perfección antes de que la razón humana se haya refinado a sí misma por el ejercicio y por una aplicación por lo menos a las artes más vulgares del comercio y la manufactura». De ahí tomaría Adam Smith uno de los fundamentos en que se apoya su *Riqueza de las naciones,* cuyas concepciones de la sociedad y de la economía siguen estando en la base misma de la legitimación de nuestra propia sociedad. Pero, como señala muy bien Coleman, estos fundamentos teóricos no fueron desarrollados por los pensadores escoceses. Cuando Hume escribió su gran *Historia de Inglaterra,* no acertó a aplicar en ella los principios que él mismo había alumbrado, y Smith dedicó poca atención al análisis histórico en su obra magna —aunque esa nueva concepción de lo histórico fuese uno de los fundamentos del edificio entero que construyó. Hay apenas atisbos en Gibbon o en Robertson, pero no se encuentra en el siglo XVIII británico un solo libro que pueda definirse como de historia económica. De hecho, para Coleman, el género no aparecería en Gran Bretaña hasta cien años más tarde, entre 1880 y 1910, tras más de un siglo de olvido.

Quien parecería recoger el reto planteado por Hume y por Adam Smith sería un economista francés, Adolphe Blanqui, que en 1837 publicaba una *Historia de la economía política en Europa* y justificaba su enfoque con estas palabras: «Llamado hace unos doce años a la cátedra de historia y de economía política de la Escuela Especial de Comercio, que hoy dirijo, no tardé en apercibirme de que existían entre estas dos ciencias relaciones tan íntimas que no se podía estudiar la una sin la otra, ni profundizar en ellas por separado. Ambas se prestan apoyo en todo momento: la primera proporciona los hechos; la segunda, explica sus causas y permite deducir sus consecuencias. A medida que avanzaba en la exposición de las doctrinas, necesitaba de los ejemplos, y el estudio de los acontecimientos quedaba a su vez incompleto hasta que la economía política no venía a iluminarlo». Dejemos ahora a un lado lo esquemático de esta formulación teórica, que no alcanza, con mucho, la riqueza de las de David Hume. Lo cierto es que Blanqui escribió el primer manual de historia económica de que tenemos conocimiento. Pero no el primer libro de historia económica.

El primero que merece realmente este nombre se había publicado medio siglo antes en España. Me refiero a las *Memorias históricas sobre la marina, comercio y artes de la antigua ciudad de Barcelona,* de Antonio de Capmany, aparecidas entre 1779 —a tres años de la primera edición de la *Riqueza de las naciones* — y 1792. Porque, aunque su título pueda hacer creer a quien no conoce este libro que se trata de simple historia de la marina, el comercio y la industria —o sea de las actividades económicas por separado—, su contenido desborda con mucho este planteamiento. Lo que Capmany —que sin duda había leído los *Discursos políticos* de Hume, traducidos al francés en 1754— quería hacer era una historia económica de la Corona de Aragón en la Edad Media, no para contentarse evocando pasadas grandezas o para pedir alguna vuelta a las reglas vigentes en otros tiempos —en otro libro atacaría explícitamente a quienes ponderaban las excelencias del pasado, ignorando los progresos del presente—, sino para extraer de este pasado la lección de un crecimiento económico que no había nacido del desarrollo agrícola, sino del comercio y de la industria, con el fin de combatir la obcecación con que la mayor parte de los agraristas ilustrados, como Campomanes, para poner el ejemplo más relevante de lo que quiero decir, se empeñaban en no entender la realidad de otras formas de progreso y desarrollo y, obstinados en la defensa de una industria doméstica que había de limitarse a ser un complemento de la agricultura, pretendían cerrar el camino a la industrialización moderna.

Pero si Capmany fue el primero entre nosotros —y, sin duda, el primero en Europa—, y si pudo parecer por un momento, en especial con la aparición del libro de Asso sobre Aragón, que otros podían seguirle, la verdad es que el ambicioso camino que había abierto no sería recorrido de nuevo en muchos años. Tendríamos muchos y excelentes libros sobre las ideas económicas, estudios sobre las instituciones, los precios o la moneda. Mucho que puede clasificarse como antecedentes de la «historia de la economía». Pero el segundo libro español que puede llamarse con propiedad una obra acabada y madura de «historia económica» es *Carlos V y sus banqueros* de don Ramón Carande.

Tuve la fortuna de poder contar, en mi juventud, con dos grandes maestros en el estudio de la historia económica, como Jaime Vicens Vives y Pierre Vilar. Vicens era

consciente de que su esfuerzo entroncaba, en Cataluña, con el de Capmany, aunque su aprendizaje más inmediato lo había hecho con las corrientes europeas de su tiempo; Vilar procedía directamente de ellas. De ambos aprendí los rudimentos de este oficio. Pero pronto hube de descubrir que había entre nosotros quien había avanzado en el tiempo: una voz poderosa, original y mal entendida hasta entonces, que los jóvenes descubriríamos como un precursor de nuestras preocupaciones y como un maestro a quien acudir en demanda de enseñanza y de consejo. Era, claro está, don Ramón Carande, autor de un gran libro, más citado que leído, que no había alcanzado entre nosotros la difusión y la estima que merecía, al igual que sucedía con su autor, que nunca obtuvo el reconocimiento que se daría a figurones académicos sin merecimientos o a historiadores que, aun teniéndolos, no alcanzaban con mucho a los suyos. En el terreno de la historia académica, su *Carlos V y sus banqueros* vino demasiado pronto, cuando sus colegas cultivaban la más rancia retórica o se contentaban con un positivismo erudito de cortos vuelos. No habrá de extrañar que fuésemos los más jóvenes quienes aprendiéramos a leerlo correctamente y a sacar fruto de sus estudios de historia de España.

Quisiera mostrar hasta qué punto se acomoda don Ramón a estas pautas de la «historia económica» que he querido comenzar definiendo. Lo lógico sería hacerlo a partir de sus libros, desmenuzando sus fundamentos teóricos y poniendo al descubierto la forma en que se articulan. Pero como otros comentarán la obra escrita de don Ramón, yo he querido apartarme de este camino, llamémosle «normal», por lo menos en la práctica cotidiana de nuestro oficio, para acudir más directamente al meollo mismo de su pensamiento a través de una vía más directa y que, por otro lado, me permitirá iluminar unos cimientos profundos de propósitos y objetivos que no siempre aparecen explicitados en la obra científica publicada. Podía haberlo intentado a partir de las muchas conversaciones sostenidas con él. Conversaciones a lo largo del camino, puesto que don Ramón era, como es bien sabido, un maestro que gustaba de hablar andando, durante los paseos a que nos arrastraba, con su insólita energía, a través de las calles de Barcelona o de Sevilla (alguno tengo contabilizado yo desde la parte alta de Barcelona hasta las Ramblas, a sus ochenta años cumplidos, que mediría un kilometraje muy notable). Conversaciones que fluían ágilmente mientras andaba y que, de pronto, eran puntuadas con una detención y un gesto que remachaba un argumento o introducía algo completamente nuevo. Conversaciones también, más reposadas, en el cuartito junto a la puerta de su casa sevillana, en medio de libros y papeles. Pero la memoria podría serme infiel, y no quiero prescindir de las pruebas.

Me basaré, por ello, en otras conversaciones que puedo evocar con toda exactitud: las que quedaron escritas en las cartas de don Ramón, en una correspondencia sostenida a lo largo de diecisiete años, que citaré fielmente, compartiendo con los lectores algo que he guardado todo este tiempo como un caudal del más alto precio, tanto más valioso, en mi opinión, por cuanto don Ramón se expresaba en sus cartas con una pasión que no siempre encontraríamos en sus textos impresos, o en sus alocuciones en público, donde se contenía mucho más, callaba cuando no podía elogiar o desviaba la atención de su persona, ironizando sobre sí mismo y contribuyendo a crear la imagen de un don Ramón Carande bonachón y divertido, que algunos pudieron llegar a creer

un tanto superficial, sin entender que tras esta máscara había un ser humano que tenía una hondura que ellos no llegarían siquiera a sospechar.

¿Qué clase de historia quería don Ramón? Una historia que considerase los datos de la economía, evidentemente, pero también los de las restantes dimensiones del quehacer humano, y que usase de las cifras como instrumento para llegar al hombre, no como una finalidad en sí mismas. Me escribía, así, en un texto que cité en una ocasión parcialmente y que doy ahora en su integridad: «Estimo las cifras imprescindibles, pero me quedo muchas veces sediento y, a la vez, harto, cuando tantos estudiosos nos ofrecen, con cifras exclusivamente, obras que muchos reputan definitivas. La historia la concibo dramática o trágica en su entraña, y no me basta presentir, nada más que en números, las escenas del teatro del mundo. Por eso me quedo frío y aburrido si los hombres no salen a escena en sus páginas y, en ellas, sin bastidores ni bambalinas, los veo actuar y destacarse y sufrir como héroes, o mártires, o suicidas, o payasos y bufones. Y, "tenores y jabalíes", como protagonistas o en el coro innominado de intérpretes del destino. Que se escriba la historia serenamente o con pasión, depende del punto de vista y del temperamento, pero que nos cuenten lo que dicen las estadísticas y nada más, me deja con frecuencia indiferente».

Consecuente con esta manera de entender, elogiaba en otra ocasión un artículo de historia económica con estas palabras: «Destaca, con menos cifras que otros (parvedad que prefiero) porque escudriña [...] lo que las cifras representan, y en esto encuentro la huella de los hombres, su presencia, tantas veces preterida por los coleccionistas de números». A lo que añadía, refiriéndose a los trabajos de estos últimos: «No estoy en condiciones de juzgarlos y, acaso por eso, casi todos me aburren».

Y no se vea ni asomo de frivolidad en esta indicación acerca del aburrimiento. Don Ramón, que entendía muy bien estas cosas, sabía que no hay signo más claro de que algo nos apasiona realmente, de que estamos ocupados en un trabajo que conecta con nuestras preocupaciones más íntimas —lo que significa, en última instancia, que estamos en condiciones de obtener en nuestra investigación resultados que merezcan la pena—, que el del interés que sentimos por él, que eso significaba ahí la «diversión». Era lo que él mismo había sentido en la larga elaboración de su obra maestra, como me lo decía en una de sus últimas cartas, en mayo de 1986, al referirse a *Carlos V y sus banqueros* con estas palabras: «que tantos años me ocupó y tantas delicias me produjo». A lo que añadía, y servirá para matizar el alcance real de lo que significase «diversión»: «Delicias muy caras, por cierto». O véase, por otra parte, ese consejo que me daba en ocasión en que yo le expresaba algunas dudas sobre el curso futuro de mi propio trabajo: «Creo que, sin empeño competitivo, debe acometer el estudio de todo lo que le interese, que será, sin duda, lo que más le divierta y, por consiguiente, lo que más enseñe a quienes no quieran aburrirse».

Añadiré todavía una cita que puede escandalizar a algunos, pero que me va a servir de puente para ir más allá de esta primera aproximación. Creía más en la dimensión integrada y plural de la historia que en la sesgada y hueramente cientifista que se nos propone bajo otras coberturas legitimadoras, y lo decía sin tapujos, con estas palabras: «Creo, también, que esos pomposos títulos que dicen abarcar el "área sociológica de las ciencias humanas" —y subrayaba tres palabras de esta expresión para calificarlas

como *tres camelos*— son pura logomaquia y que, si alguna sustancia tuvieran, cabe todo lo que necesitamos en el marco de las viejas Facultades de Letras».

Alguno de ustedes puede pensar que no hay en esto más que el reflejo de una concepción tradicionalista de la ciencia histórica, propia de un hombre que no se ha adaptado a las corrientes de este tiempo. Sabía que algunos podían verlo así, y le constaba que no era justo y que el tiempo acabaría por darle la razón. Lo cual le llevaba a afirmar: «Presiento que muchos historiadores tienen motivos para desdeñar mi concepto de la historia, y hasta llego a presumir (efectiva presunción) que en cuanto envejezcan los patrones hoy en boga alguien apreciará en *Carlos V*... lo que hoy parece viejo».

Pero el problema real no debe expresarse en términos de viejo y de actual, en términos de modas. Lo que inspiraba esta concepción de la historia y su exigencia de que en ella se hiciese presente la dimensión humana era su convicción de que la función principal de la investigación y la enseñanza de la historia era la de contribuir a educar y no sólo a instruir; que teníamos que hacer ciudadanos más que historiadores. Me lo decía en términos rotundos, replicando a alguna observación mía acerca del modo de formar historiadores: «y futuros ciudadanos. ¡Sí señor, sí señor! Importa mucho, pero mucho, educar a la gente; importa más aún que instruirla». Afirmación que nos cuesta poco compartir a quienes nos hemos formado en una línea de pensamiento que propugna que lo que importa no es explicar, sino transformar, y que aprendimos hace mucho de un poeta que «lo que no sirve a un hombre, no sirve al hombre: lo que no sirve al hombre, no vale nada».

No se puede pretender una comprensión correcta de esta concepción de la historia de don Ramón, si uno la desgaja de sus ideas sobre la educación, que tienen más que ver con su manera de concebir la sociedad que con las preocupaciones estrictas de orden pedagógico. Don Ramón trataba a los jóvenes y los conocía. Se admiraba en muchos casos de su talante. Decía: «¿Por qué las nuevas generaciones, formadas sin maestros, o informadas, se mantienen despiertas? ¿Quién alienta su vigilia?» Lo cual no significa que todo le pareciese bien. Puesto que era perfectamente capaz de ver el reverso de esta medalla, añadiendo a continuación: «¿Quiénes y cómo (si este aliento persistiera) serán capaces de extirpar la endemoniada sed de dinero de esos jóvenes que se llaman a sí mismos marxistas [...], y de los viejos de cuarenta años, insaciables?» Frase de compleja interpretación, que yo he entendido mucho mejor años más tarde, a la luz de tantas corrupciones que debíamos haber presentido, y que obliga a pensar en el significado real de esas palabras «viejos de cuarenta años», escritas por un hombre que había sobrepasado ya los ochenta y que, evidentemente, no era todavía un viejo. Tras haber dibujado un panorama que podía definirse con esos rasgos mezclados de esperanza y de desánimo, añadía: «Todo ello me tiene, como es lógico, desolado y perplejo».

No creía, además —y le constaba que esa falta de fe era compartida por mí—, que la universidad pudiese remediar este desconcierto. «Lo único claro, me parece, es que nada debemos esperar de la universidad, incluso si expulsase, ¿cuándo?, a los policías, mientras imperen los docentes actuales. En lugar de ¿nuevas? universidades, sin profesores, necesitamos muchos miles de escuelas y maestros. Únicamente cuando lleguen

a discurrir los españoles, discurriendo harán que se conmuevan las estructuras más reacias y barrerán a las que ya están putrefactas.»

«Enseñar a discurrir», he ahí el objetivo fundamental de la educación, la manera de formar ciudadanos. Por ello se explican sus primeras decepciones ante el estado de cosas que seguiría a la vuelta a la democracia, tal como me las expresaba en una carta escrita en Almendral en diciembre de 1978: «Mis quejas, acaso, provienen de observar que el cambio de régimen no ha traído consigo muchas felices realizaciones. Esto me tiene (como a muchos) decaído y desilusionado, y a veces con alguna rabia. ¿Cuándo comenzaremos a discurrir? Cierto que nadie nos lo ha enseñado».

«Enseñar a discurrir», insisto en ello, era el objetivo fundamental que debía perseguir quien se dedicaba a la docencia y, en la medida en que ninguno de nosotros estaba desligado de ella, todo nuestro trabajo intelectual, comenzando por la investigación, debía valorarse en función de este criterio. ¿Cómo no entender, desde este supuesto, la necesidad de que la historia que investigábamos o enseñábamos se ocupase ante todo de los hombres? «De todos los hombres del mundo, en cuanto se unen entre sí en sociedad, y trabajan, y luchan, y se mejoran a sí mismos» —déjenme hacer esta cita de la carta que un hombre que murió hace cincuenta años escribía, moribundo ya, a un hijo lejano.

A discurrir se había de aprender, sobre todo, por la lección y el ejemplo de los maestros, porque no era sólo cosa de ciencia, que se puede aprender en los libros, sino de conciencia, que sólo se adquiere con el contacto humano. Cuando hablábamos de un posible premio que se malogró, él pensaba sobre todo que debía servir para «poner a los jóvenes cerca de maestros, y proporcionarles medios y orientación».

Su fe en los maestros, en la calidad humana por encima de la cantidad de conocimientos, me la expresaba en una de las más hermosas entre todas las cartas suyas que conservo, y que aparece firmada como «Regino». Respondía en ella a un momento mío de desesperanza, en junio de 1974, cuando llevaba apenas medio año de ejercer como catedrático numerario y estaba pensando en abandonar la universidad, y pretendía justificarme diciéndole que a la gente que le necesitaba a uno se podía llegar también desde fuera de ella. Leeré sus palabras, que me parecen iluminar plenamente el concepto que tenía de la función del educador: «¿Abandonar la universidad? No creo que sea la mejor solución, pese a todos los pesares. No tendrá usted (ya lo comprendo) ilusión bastante para creerse correspondido. Sí tiene, no lo dudo, la certidumbre de que no podrá usted convertirse en uno de tantos catedráticos exentos de vocación, y mientras usted la mantenga, sufriría más privándose de ejercitarla. Cierto que a quienes quieren aprender se llega sin estar en la cátedra; pero mucho más estando en ella y teniendo en torno a quienes, indefensos y abandonados, buscan maestros. A ellos, pocos o muchos, aunque fuera uno solo, se lo debemos todo. La universidad, o lo que sea esta ficción (entre nosotros) se irá pudriendo en nuestro oscuro medio ambiente, ¡y ojalá que sea pronto! Pero los que tenemos idea del sentido tradicional de esa palabra no podemos desertar. Así lo pienso, y así me lo enseñaron mis maestros, que ninguna fe tenían en nuestra universidad, cuando no había llegado a la degradación y envilecimiento de la que hoy tenemos. Claro está que no me reconozco autoridad para aconsejar; me limito a confesarme».

Esa forma de concebir la historia que he denominado «historia económica», que arranca del estudio de algo tan fundamental como son los problemas del trabajo, el alimento y la subsistencia, pero que en modo alguno acepta quedarse en este nivel —como lo hacen quienes cultivan la «historia de la economía»—, sino que, por el contrario, aspira a construir, a partir de estos cimientos, una imagen global del hombre que nos permita abarcarlo por entero, incluyendo sus proyectos y sus sueños; esa historia que tiene al hombre como objeto central, porque se propone ayudarle a comprenderse a sí mismo, enseñarle a discurrir, no está hoy de moda entre nosotros. En nuestras universidades domina, por el contrario, una ciencia deshumanizada que se ocupa mucho de las cosas y poco de quienes las hacen, y que desdeña por completo la función didáctica de formar para contentarse con la de instruir. No crean, sin embargo, que esa otra concepción de la que les estoy hablando sea algo tan raro, sobre todo fuera de la Universidad. Puedo asegurarles que somos muchos los que compartimos la forma de entender nuestra disciplina que propugnaba don Ramón Carande. Yo los he encontrado, sobre todo, entre los jóvenes docentes que trabajan en los institutos y en las escuelas. Y tal vez no sea esto tan raro.

He comenzado planteando esta charla en un plano muy formal y académico, hablando de Capmany como el primero que llevó a cabo una gran investigación de «historia económica». Me he referido después, muy por encima, a otros hombres que han sido mis maestros, como Vicens Vives y Pierre Vilar. Fue, en realidad, de ellos de quienes recibí las primeras lecciones de esta disciplina. Del primero, de Vicens, aprendí que el historiador tiene una responsabilidad cívica y que en esto consiste, a la vez, el riesgo y el privilegio de su oficio; del segundo, de Vilar, que no basta la ciencia, pero tampoco la pasión, o, para decirlo con sus propias palabras, que «no es una ciencia fría lo que queremos, pero es una ciencia». Les he hablado después, y sobre todo, del tercero de los maestros de quienes aprendí esas reglas esenciales que no se enseñan en los libros: de don Ramón Carande, que me enseñó a comprender que lo fundamental era entender que había que usar este saber para enseñar a los demás a discurrir: a pensar por su cuenta. Al hacerlo, he tenido que pasar del plano de la ciencia al de la conciencia, del mundo cerrado de la investigación al campo abierto de la enseñanza. Y me he acercado, con ello, a ese trabajo cotidiano de la formación y la docencia que es el aspecto más importante de nuestro oficio o que, por lo menos, debería serlo. Del oficio de todos los que enseñamos, desde la escuela a la universidad, que no hay aquí diferencias sustanciales. O, si las hay, tal vez sean en favor de quienes efectúan las tareas fundamentales de formación, en la escuela y en el instituto. No somos tan distintos. Al fin y al cabo, como me contaba don Ramón un día, y lo hacía sin pizca de ofensa ni amargura, ¿acaso una cierta aristocracia sevillana no solía expresar su desdén por los catedráticos de la universidad llamándolos «esos maestrillos de la fábrica de tabacos»? ¿Y qué otra cosa somos? Por ello nuestros problemas son muy semejantes y nuestros combates tienen mucho en común.

Lo descubrí, hace bastantes años, cuando el azar puso en mis manos un libro de aspecto humilde, pero rico en contenido, que muchos de ustedes conocerán, porque se escribió e imprimió en Palencia hace más de cincuenta años. Me refiero a *Mi primer libro de historia,* escrito por quien se titulaba, en la portada, «Profesor de historia de

la Escuela Normal de Palencia», Daniel González Linacero. Es éste un libro que puede incluirse, sin exageración ni forzamiento, en ese género de la «historia económica» de que don Ramón fue maestro, y me duele hoy no haberle hecho partícipe de este descubrimiento mío que, estoy seguro, le hubiera hecho feliz. Se hablaba en las páginas de este libro de la vivienda, el vestido, el trabajo, la cultura o las diversiones de los hombres, y se exponía su evolución a lo largo del tiempo con el fin de estimular al niño a que comparase por sí mismo. No había en él más que un sesgo; el de haber omitido todo lo que pudiese implicar división y enfrentamiento, para reforzar la idea central que se defendía en toda la obra: que el cimiento básico de las sociedades humanas eran la cooperación y la solidaridad o, para decirlo con las mismas palabras que allí se empleaban para explicarlo a los niños, que «la vida se asienta sobre esta cooperación y ayuda que nos prestamos mutuamente».

En sus primeras páginas figuraban unas reflexiones destinadas a los maestros, que comenzaban con un rechazo de la historia tradicional entretejida con «fechas, sucesos, batallas y crímenes», una condena de una enseñanza que proponía al niño «un sentido falso del valor moral, individual y colectivo» —con argumentos que repetían, a sabiendas o no, lo que uno de los fundadores del pensamiento moderno, John Locke, había expresado doscientos cincuenta años antes en sus escritos sobre la educación— y la propuesta de un método que, por el contrario, sirviera para extraer, y repito aquí sus mismas palabras: «del evolucionar histórico aquellos sucesos de orden material y espiritual que de una manera indudable han contribuido a formar este mundo que nos rodea, sin olvidar que la historia no la han hecho los personajes, sino el pueblo todo, y principalmente el pueblo trabajador, humilde y sufrido que, solidario y altruista, ha ido empujando la vida hacia horizontes más nobles, más justos, más humanos». Añado, para acabar con mis citas de González Linacero, que éste era bien consciente de lo que significaba su libro, puesto que lo empezaba con estas palabras: «Tenemos la pretensión, al trazar las líneas que siguen, de llenar un evidente vacío en la enseñanza de la Historia en nuestro país».

¿Creen ustedes que exagero al hacer esta aproximación entre un investigador de la talla de don Ramón Carande y este otro educador palentino, por lo menos de adopción, autor de un modesto libro de enseñanza para la escuela primaria? Empezaré por decir que la he hecho a sabiendas de que don Ramón la hubiese aprobado. Y que habría sabido apreciar las muchas afinidades que existían entre ambos, no sólo en la ambición de enseñar a discurrir para conseguir una sociedad más justa y solidaria, sino hasta en sus concepciones sobre la historia. Porque quien no haya entendido que *Carlos V y sus banqueros* —el que es para mí, sin duda alguna, el mayor y mejor libro de historia (de historia así, sin más, y no sólo de «historia económica») que se haya escrito en este país desde Capmany para acá, a lo largo de dos siglos—, quien no haya entendido que ese libro es el más lúcido y penetrante intento de desmitificar los oropeles que se han ido acumulando sobre nuestra visión del imperio de los Austrias, mostrándonos la triste realidad de sus quiebras, para ayudarnos a evaluar el peso de los costes que hubieron de soportar los campesinos castellanos sobre sus hombros; quien no haya entendido esto, no ha comprendido nada de este libro admirable. Siempre me ha sorprendido que ese hecho pasase por alto y que en las bibliografías al uso se

caiga en el error de poner al *Carlos V* de Carande, como les he dicho, al lado de anodinas monografías sobre la hacienda o, lo que todavía es peor, de toda esa literatura de retórica seudoimperial, de ese parnaso de cartón piedra y escayola donde figura algún libro, como uno que yo me sé, que se titula nada menos que *La España de Carlos V* —nunca se hubiera atrevido don Ramón a tanto—, cuando en él no aparecen más que los pocos cortesanos con los que trataba habitualmente el soberano, sin que se nos diga nada de todos los otros españoles, los más: soldados, hidalgos, campesinos, letrados... Siempre me sorprendió que no se hubiese advertido el carácter crítico, desmitificador de la obra de Carande. Tal vez se deba a que no sólo no nos han enseñado a discurrir, sino que tampoco hemos aprendido a leer, que no es lo mismo que deletrear.

Déjeseme volver, para concluir —que bastante espacio he ocupado ya—, a una cita de una carta de don Ramón que hice anteriormente. Aquella en que señalaba que «en cuanto envejezcan los patrones hoy en boga, alguien apreciará en *Carlos V*... lo que hoy parece viejo».

Nos hallamos en momentos de crisis y de cambio. Y ocurre que lo que puede llamarse «los patrones en boga» en el terreno de las ciencias sociales, y en especial en el de la historia, es precisamente aquello que nos ha conducido a esta crisis y que no tiene respuestas para salir de ella. Del neoliberalismo de la «historia de la economía» dominante, difícilmente van a surgir la renovación profunda de que estamos necesitados, el chispazo imaginativo que abra las vías del descubrimiento de nuevos caminos, la esperanza que sea capaz de movilizar nuestra apatía. Pero, como le sucede al saltador que se prepara para un nuevo intento, hemos de volver atrás en el camino hecho para observar dónde nos equivocamos, en qué punto nos dejamos las ilusiones que nos animaban, y para emprender de nuevo la carrera, con los pies firmemente asentados en el suelo, para despegar de él y llegar más lejos esta vez. Lo que parece viejo y pronto se apreciará como bueno en don Ramón es, evidentemente, su propósito educativo, su ambición de enseñarnos a pensar por nuestra propia cuenta (no sólo a memorizar las respuestas, aunque tales respuestas sean modelos teóricos complejos, consagrados por las bendiciones de los santos académicos, pero inútiles para explicar la realidad social cotidiana). Un bagaje de ideas y propósitos, de exigencias éticas, que él recibió de sus maestros y nos transmitió a nosotros, sin que hayan caducado todavía, porque estaban lejos de haber llegado a su cumplimiento.

Es vieja también esta «historia económica» que exige la consideración del hombre y sus problemas como una preocupación central; pero es la única que nos puede sacar del atolladero en el que nos ha metido la otra. Porque tal vez sea bueno que nos preparemos para lo que se nos acerca. En un libro al que antes me he referido ocasionalmente, *La historia y el pasado económico,* de Coleman, que las prensas de la Universidad de Oxford acaban de publicar, se nos advierte de la honda crisis que atraviesa hoy en Gran Bretaña la enseñanza de la «historia de la economía», tal como se da en aquellas universidades —que todavía siguen siendo, para nosotros, modelos a imitar— y se avisa que según un estudio de las tendencias de matriculación que se hizo en 1985, si sigue la evolución actual, esta enseñanza puede desaparecer antes de fin de siglo —y recuerdo que el siglo se acaba dentro de once años—. ¿Cómo escapar a este riesgo? ¿Cómo volver a convertir en algo significativo, en algo que importe a los jóvenes, esta

muerta letanía en que se está convirtiendo nuestra disciplina? Coleman nos propone, por ejemplo, que volvamos a integrarla dentro de la historia, de una historia concebida globalmente, con frases como ésta: «Necesitamos más examen histórico del hombre económico irracional en un contexto político y social, y bastante menos del hombre racional en el vacío». Y nos dice que la clase de integración con la ciencia económica a que lleguemos no puede consistir en una mera utilización de los modelos teóricos que los economistas nos proporcionan, sino que debemos estar preparados para construir y verificar otros que hagamos nosotros mismos. Que hemos de explorar el estudio de la interrelación entre lo económico y lo político, entre la creación y distribución de riqueza y la creación y distribución de poder. O sea, para abreviar: que lo que nos llega de las grandes universidades anglosajonas como una advertencia angustiosa ante un presente de crisis y como un programa de esperanzas para el futuro es precisamente lo que los discípulos atrasados de estos mismos maestros siguen denunciando hoy como envejecido, anticientífico, cargado de ideología (lo que vale tanto como cargado de ideas)... O, si me lo dejan decir de otro modo, que lo que Coleman denuncia y pide hoy es lo que don Ramón Carande denunciaba y pedía desde hace años.

Yo no pretendo aquí conmemorar a un hombre del pasado. Pretendo honrar a un hombre que sólo es del pasado porque, por desgracia, no podemos contar ya con su presencia física entre nosotros; no podemos conversar más con él en su despacho sevillano, junto a la puerta; no podemos volver a recibir de él esas cartas de letra enrevesada y pensamiento claro. Pero quiero insistir en que es también un hombre del presente y del futuro porque en lo que escribió y enseñó hay un caudal de ideas que han de servirnos para seguir nuestro camino. La mejor forma de honrarle ha de ser, como dijo un poeta, aprender a hacernos de lo que él pensó y esperó nuestro deber y un poco de alegría.

**Josep Fontana**



Bernard van Orley: *Carlos V a los 16 años* (Museo del Louvre, París)

# Don Ramón Carande, historiador de Carlos V

Mi vinculación con don Ramón en principio fue puramente intelectual; arrancaba de mi admiración como historiador por su obra escrita. Antes de las jornadas de su doctorado *honoris causa* por la universidad de Salamanca (1983), jamás nos habíamos visto. Ni siquiera sé si don Ramón tenía conocimiento de mi existencia, por lo que quizá le sorprendiera que yo hubiera promovido la candidatura para su doctorado en mi viejo estudio salmantino. En todo caso yo sí tenía muy presente la obra de don Ramón. Y lo que puedo asegurar es que, apenas iniciada nuestra relación epistolar, se estableció al punto una corriente de hondo afecto y de cordial amistad.

Por ello puedo empezar diciendo que evocar al historiador no puede hacernos olvidar al hombre. Antes al contrario. Así podríamos hablar, de inmediato, de su españolismo, que arrancaba, sin duda, de estas tierras que le vieron nacer (esta Palencia de recios hombres). Y que se había acentuado en aquellas otras de Sevilla, la luminosa Sevilla, donde tuvo su cátedra y donde puso su hogar, y en las del campo extremeño donde —como aquel Carlos V al que tanto estudió— vino a morir.

Y digo españolismo a lo gran patriota, como lo sintieron y lo practicaron Francisco Giner de los Ríos, su maestro, o Miguel de Unamuno, su amigo; porque ¿acaso cabe más patriotismo que dedicar tan dilatada vida al mejor conocimiento de España, revelando su historia? Gran patriota Carande, porque también se puede servir a la patria con la pluma, y él supo hacerlo como gran maestro: creando escuela.

De entre esa obra suya como historiador, y concretamente como modernista, un libro destaca de forma impresionante, un libro justamente famoso: *Carlos V y sus banqueros*. Y de tal forma que hablar de Ramón Carande es evocar inmediatamente ese título, de igual modo que pensar en Carlos V ya es preciso hacerlo a través de los cientos de páginas que le dedicó el insigne historiador; de modo que el uno y el otro, el personaje histórico y el historiador actual, resultan ya inseparables para el hombre culto en todo el ámbito de nuestra Europa occidental.

Dicho todo esto, se comprenderá bien mi emoción al encararme con la empresa que se me ha confiado: el dar la estampa de don Ramón Carande como historiador de la época de Carlos V. Para ello será necesario que nos refiramos primero a cuál era el estado de la historiografía carolina antes de que a ella se incorporase con su magna obra don Ramón Carande.

## La historiografía carolina antes de Carande

La historiografía carolina tiene un gran aliciente, pero también un no pequeño riesgo: se trata de una figura —esa de Carlos V— de talla universal que rompe los marcos nacionales, con lo cual quien se atreva a estudiarla debe tener en cuenta que ha de habérselas con los mejores historiadores de medio mundo. Dejando aparte las cumbre de la historiografía decimonónica, como el alemán Ranke y el belga Gachard, al menos debemos recordar aquellos historiadores que en el primer tercio de nuestro siglo habían aportado ya trabajos valiosos sobre Carlos V, tales como el francés Morel-Fatio, el norteamericano Merriman y, sobre todo, el alemán Karl Brandi, al frente éste de todo un equipo.

Morel-Fatio se había fijado en dos aspectos sumamente atractivos de Carlos V: el primero, su discurso de 1536 lanzado en Roma, un vehemente discurso en el que el César quiso justificar su política como Emperador de la Cristiandad ante el Papa y el Colegio Cardenalicio, junto con los embajadores acreditados en la corte pontificia; siendo una de las más notables singularidades de aquel discurso, que sorprendió a propios y extraños, que ante tal auditorio Carlos hablase en español. El segundo tema tratado por el eminente hispanista francés, fue el de las *Memorias* de Carlos V, cuestión singularísima, puesta en duda por muchos y que Morel-Fatio ayudó a esclarecer, con una cuidadosa edición crítica del manuscrito portugués aparecido en la Biblioteca Nacional de París, que él supo completar con una excelente traducción francesa, labor toda ella para los especialistas, que apenas si trascendió al gran público.

Otra fue la cosa del historiador norteamericano Merriman, que con su sólido estudio sobre el Emperador y su tiempo, basándose en documentación en buena medida original, acertó a presentar la figura de Carlos V, no dejando lo suyo en una mera biografía, algo que ya venía señalando en el título de su obra: *Carlos V, el Emperador y el Imperio español en el viejo y nuevo mundo.*

Pero la obra de historiador insigne, como trasunto de un trabajo en equipo, la realizaría otro investigador, en este caso, un alemán: Karl Brandi. En su equipo nos encontramos con figuras de la talla de Fritz Walser, Otto Adalbert (conde Looz-Corswarem) y Franz Stix. Trabajando denodadamente en los principales archivos europeos, y muy particularmente en el incomparable de Simancas, Karl Brandi pudo ofrecer en 1937 la más seria biografía que hasta entonces se había escrito sobre el Emperador. Una biografía luego infinidad de veces reeditada en Alemania: *Kaiser Karl V. Werden und Schicksal einer Weltreiches,* una obra de dos volúmenes de la que en español sólo tenemos la traducción del primero.

A esa historiografía carolina del primer tercio del siglo XX España había aportado algunos trabajos interesantes, pero parciales: tales la muy erudita obra de Manuel Foronda y Aguilera sobre *Las estancias y viajes de Carlos V (desde el día de su nacimiento hasta el de su muerte),* obra publicada en 1914; la de Francisco Laiglesia: *Estudios históricos* de particular interés para la política imperial y el papel jugado en ella por las Cortes castellanas; y finalmente un luminoso ensayo de alguien muy admirado por Carande: su homónimo don Ramón Menéndez Pidal, que a raíz de la aparición de la obra

maestra de Karl Brandi pronunciaría en La Habana una conferencia que pronto sería muy comentada: *La idea imperial de Carlos V.*

Pero, en su conjunto, puede afirmarse que la aportación española a la historiografía carolina no alcanzaba las cotas marcadas por los estudiosos extranjeros.

## La aportación de Carande a la historiografía carolina: *Carlos V y sus banqueros*

Esa presentación ha sido necesaria para que apreciemos en su justo valor lo que supuso la aparición en 1943 del primer volumen de don Ramón Carande titulado *La vida económica de España en una fase de su hegemonía;* largo título que aún se prolongaba con este final más expresivo y que pronto se haría popular: *Carlos V y sus banqueros.* Inmediatamente el público percibiría la importancia de la obra que había aparecido, que tuvo al punto el doble impacto sobre el sector de los especialistas más exigentes y sobre el hombre culto.

Lo notable es que Carande no era conocido anteriormente entre los modernistas. Su formación de economista —una rigurosa formación, tal como propiciaba la Institución Libre de Enseñanza, que había alentado los comienzos de Carande—, se había proyectado hacia el mundo medieval. En 1936 tenía acumulado un formidable material con el que preparaba un estudio sobre la hacienda castellana en la época de los Trastámaras. Sin embargo, siete años después sale su primer tomo sobre *Carlos V y sus banqueros,* obra que concluiría un cuarto de siglo más tarde.

Tales hechos merecen algunas reflexiones. En 1943 Carande tiene ya 56 años y se ha embarcado, sin dudarlo, en una empresa que había de llevarle muchos años más; exactamente un cuarto de siglo. Sin duda se trata de alguien que está seguro de sí mismo, de su longevidad, la gloriosa longevidad de don Ramón.

Ahora bien, Carande al afrontar los problemas económicos de la España imperial (recordemos la parte inicial del título de su obra: *La vida económica de España en una fase de su hegemonía)* se encaraba con algo prácticamente desconocido y sólo abordado muy de refilón por las historias tradicionales al uso, que se preocupaban sobre todo de los grandes triunfos militares conseguidos en tiempos de Carlos V. Para esa historiografía, recordar aquel reinado era pensar sobre todo en Pavía, Viena, Túnez y Mühlberg, en el Viejo Continente o en las grandes navegaciones y conquistas de ultramar protagonizadas por Magallanes, El Cano, Hernán Cortés y Pizarro.

A lo más que hacían esas historias al uso era asomarse a los conflictos internos provocados por comuneros y agermanados, o a los problemas religiosos derivados de la Reforma. Por lo tanto, atender documento en mano a cómo estaban nuestra agricultura, nuestra industria y nuestro comercio en el Quinientos, para estudiar después el sistema de cargas tributarias y los efectos de la llegada de las remesas indianas en oro y plata (con el costo de lo que supuso para la Corona de Castilla la política exterior de Carlos V) era tantear un mundo hasta entonces prácticamente desconocido, donde sólo algún que otro erudito —como Cristóbal Espejo o como Carmelo Viñas— se había atrevido a penetrar. En suma, era algo así como asomarse a la cara oculta de la Luna.

Podría parecer asombroso que Carande, con su formación de medievalista, lograse tales resultados. Ahora bien, sobre eso conviene tener en cuenta lo siguiente: Carande tenía una buena base de partida, puesto que conocía el panorama económico de Castilla en la baja Edad Media; eso le permitiría comprobar la magnitud de los cambios que había supuesto para Castilla la llegada al poder de Carlos V. Por otra parte sólo quien domine plenamente el alemán puede atreverse a la empresa de adentrarse por el mundo carolino, no sólo por la estrecha vinculación del Emperador con la historia de Alemania, sino porque precisamente por ello, buena parte de la bibliografía más destacada sobre ese tema está escrita en alemán. Y es aquí donde entra en juego la juventud de Carande, quien tras doctorarse en derecho en 1909 es pensionado por la Junta de Ampliación de Estudios para completar su formación en Alemania. Durante tres años, Carande estudiará en las universidades de Munich y de Berlín, adquiriendo así esa formación germanista que tan útil le sería después para sus estudios carolinos. Por otra parte, como el meollo de sus investigaciones estará en los aspectos económicos, no podemos olvidar tampoco que a su regreso a España, en 1914, Carande va a trabajar nada menos que con Flores de Lemus. Por lo tanto, estaba poniendo a punto su utillaje mental, al que luego sabría sacarle tan formidable partido al aplicarlo a los aspectos económicos de la Castilla de Carlos V.

¿Habría que hablar también del destino?

En 1936, cuando Carande anda por los 49 años se ve sacudido —como toda España— por la tremenda conmoción de la Guerra Civil; una guerra que, en el campo profesional, supone para don Ramón la pérdida de aquel material que tan amorosamente había ido acumulando para su estudio sobre los Trastámara de Castilla y, además, el despojo de su cátedra de la universidad de Sevilla, de la que se verá apartado hasta el curso 1945-1946; amarga experiencia que hubiera aniquilado a cualquiera, pero que a don Ramón le lleva a cambiar de rumbo, pasando al campo del modernismo y con tal ímpetu, que podría sacar a la luz en 1943 la primera parte de su trilogía sobre *Carlos V y sus banqueros*. Hay en esa actitud algo a destacar: la impresionante humanidad de Carande. He aquí con qué gracia comenta don Ramón la «oportunidad» que le había dado el obligado apartamiento de la cátedra a que le había sometido el régimen franquista:

Por no haber sido todavía atendida la demanda del autor para reingresar en la vida docente, la excedencia le ha permitido intensificar el trabajo y acelerar la aparición de este libro.

Una cosa era cierta: Carande no se había dejado ganar por el abatimiento; sacando, sin duda, fuerzas de flaqueza, había obtenido el máximo rendimiento de aquellos extraños años sabáticos a que le había obligado a «disfrutar» la administración entonces en el poder.

En el prólogo a su libro nos explica Carande cómo había germinado en él la realización de su trabajo. Fue a partir de la relectura de un libro clásico de la historiografía alemana, la obra de Ehrenberg: *Das Zeitalter der Fugger* (esto es, la época de los

Fugger)[1]. Como es bien sabido, los Fugger eran los principales banqueros del Imperio alemán, y acaso los más destacados de la Europa de su tiempo. Pero la obra de Ehrenberg, aun siendo notable, mostraba algunos flecos y dejaba bastantes interrogantes en el aire, que sólo podían resolverse a través de la documentación existente en los archivos españoles, y concretamente en el de Indias de Sevilla y en el de Simancas.

La formación como economista y germanista, la inteligencia, la perseverancia de don Ramón Carande y el tiempo libre a que le había forzado su apartamiento de las tareas docentes, harían lo demás. Carande pasaría de estudiar los documentos de Sevilla a los de Simancas y, al cabo de los años, aquellos retoques al libro de Ehrenberg se convertirían en la obra que le haría justamente famoso en el mundo entero, como a Marcel Bataillon su *Erasmo y España;* en este caso *Carlos V y sus banqueros.*

¿Qué supone entonces la aportación de Carande a la historiografía carolina y, más aún, a la historiografía de España en la época del Emperador? ¿Qué hay de notable en su obra?

Yo diría, en primer lugar, el acierto en el tema de investigación planteado y, junto con ello, la cantidad ingente de los datos que aporta, las reflexiones que suscita, las conclusiones que saca y hasta el mismo estilo que emplea; un estilo que no es uniforme, sino que sabe ajustarse admirablemente a cada aspecto que trata de exponer.

Veamos algunos ejemplos: sea el primero, cuando en el prólogo a la primera edición evoca Carande al Carlos V catalizador de banqueros:

> El capitán invicto —nos dice Ramón Carande—, el magistral diplomático, el mejor conocedor de los hombres de su tiempo, el caballero mancebo, como le denomina Tavera; el alférez de Jesucristo, como se llamó él mismo en Túnez; aquel cuya grandeza humana resplandece en la suprema renuncia que le llevó a Yuste, sufrió tan a menudo las amarguras de la penuria, que éstas llegaron a dotarle de un insuperable poder catalizador de banqueros. [2]

O cuando, al comentar su elección a la corona imperial, nos presenta las contradicciones en que había de sumirse el reinado de Carlos V:

> Obtiene victorias a lo largo de cuarenta años, en contiendas que hubiera preferido eludir; pero de sus campañas puede decirse que sólo dos, la de Túnez victoriosa y la de Argel siniestra, las acomete con auténtica decisión y con personalísima iniciativa...

Y añade Carande:

> ...Fuera de allí veremos siempre debatirse a Carlos V entre la vocación y el destino. Esta fue su tragedia y la de tantos héroes, y la de innumerables criaturas del Señor. Le acarrea cada victoria una nueva confabulación; a los vencidos se suman, buscando todos el desquite, los aliados de la víspera y enardecidos procuran abatir la prepotencia del César.

Y así, con este estilo vibrante, termina Carande su juicio sobre el Emperador:

> Fue la vida de Carlos V, en este orden de cosas, un vano tejer y destejer. Las proporciones ilusorias de sus firmes ideales pondrán constantemente a prueba el temple de aquella personali-

[1] *«Una cuarta lectura del libro clásico de Ricardo Ehrenberg.* Das Zeitalter der Fugger, *en el otoño de 1940, indujo al viejo admirador que lo estudiaba de nuevo a enriquecer alguno de sus capítulos...» (R. Carande:* Carlos V y sus banqueros, *Prólogo, Madrid, 1964, 2.ª ed., I, p. XI).*

[2] *R. Carande:* Carlos V y sus banqueros, *1.ª ed. 1965, I, p. XV.*

dad egregia pues es, a juicio de Juan Valdés, una de las más elevadas encarnaciones de la nobleza humana. [3]

No voy a glosar aquí aspectos del libro de Carande ceñidos a los temas económicos, de todas formas, no quisiera silenciar su acierto al destacar el valor de las fuentes parroquiales, para el debido conocimiento de la evolución demográfica en la Castilla del Quinientos[4], o la pugna entre laneros y pañeros, como clave del desajuste económico de aquella sociedad[5], o cuando subraya el valor del trigo, como medio coactivo utilizado por el poder —como ahora podría serlo el petróleo[6]; o su referencia al famoso *Memorial* de Luis de Ortiz, al que juzga como el mejor antecedente de Sancho de Moncada, que en buena medida no haría sino repetir el análisis de la situación económica hecha por el contador burgalés medio siglo antes[7], o su estudio sobre la marina, con unas páginas dedicadas al papel de la galera en el Mediterráneo en el siglo XVI, que ya quisiéramos leer en el libro —por otra parte tan notable— dedicado por Braudel al *Mare Nostrum* en tiempos de Felipe II[8]; o, en fin, su memorable capítulo que ya desde un principio resulta acertado por su título tan sugestivo: «Las Indias en la retina de la sociedad española». [9]

Lo que sí quisiera destacar, porque creo que es digno de mención, es al Carande humanista que aflora constantemente en sus páginas; aun entre las dedicadas de lleno a los temas económicos. Así cuando analiza los asientos con los banqueros en 1532, recoge el paso de Carlos V por el Norte de Italia, a raíz de la liberación de Viena (recordemos que fue el año en el que Solimán el Magnífico intentó un segundo golpe sobre la capital austriaca). Carande menciona al punto que fue cuando Ariosto le ofreció su *Orlando Furioso* en Mantua, y cuando Tiziano, su gran pintor de cámara, le hizo aquel soberbio cuadro de cuerpo entero, que conserva nuestro Museo del Prado[10]. Por otra parte, ese estudio de los asientos con los banqueros no impide a Carande estar atento a cualquier otra novedad, como lo había de ser en 1534 la conquista del Perú, que Carande comenta ampliamente a través de una preciosa relación que halló en el Archivo Imperial de Viena[11]. Por supuesto está al tanto también de los escritos de Erasmo y de su vinculación al Emperador, al que denomina el humanista holandés «el campeón de los evangelios»[12].

Pero, volviendo al Carande historiador del Emperador, quisiera recordar aquí un breve, pero hermoso estudio, de nuestro querido don Ramón: el que presentó a los coloquios de París celebrados en 1958, con motivo del IV centenario de la muerte del Emperador. Ese estudio lleva por título *Carlos V: viajes, cartas y deudas.* Del grupo de historiadores

[3] *R. Carande*, op. cit., *I. 33 y 34.*
[4] Ibídem, *I. 68.*
[5] Ibídem, *I. 98 y ss.*
[6] Ibídem, *I. 123.*
[7] Ibídem, *213 y ss.*
[8] *R. Carande*, op. cit., *I. 354 y ss.*
[9] Ibídem, *I. 413 y ss.*
[10] Ibídem, *III. 145.*
[11] Ibídem, *III. 161 y ss.*
[12] Ibídem, *III. 106.*

españoles presentes en aquella ocasión, era Carande el verdadero especialista en la época de Carlos V. En él nos da algún juicio sobre el Emperador verdaderamente digno de subrayarse; así cuando nos lo presenta como el sempiterno viajero:

> A lo largo de su vida ajetreada, corriendo tierras, tratando gentes y venciendo obstáculos, se enriquecieron sus dotes; fue adquiriendo plenitud, con calma y tesón, el desarrollo de su majestuosa personalidad. [13]

Pero sobre todo, quiero recoger ahora su canto a Carlos V, cuando aboga en dicha ponencia por la publicación inmediata de su correspondencia:

> La historia de Carlos V —afirma Carande— es la historia de Europa en una época que no termina el 21 de septiembre de 1558. Su correspondencia, es una vulgaridad repetirlo, nos interesa a todos, y no, ciertamente, de una manera erudita, a quienes estén encerrados en su torre de marfil.

Y añade Carande, con ese afán tan suyo de hacer de la historia algo más que un recuento de cosas pasadas, con ese afán por conseguir que la historia, al modo orosiano, sea siempre útil para el presente, añade lo siguiente:

> Los mismos afanes del mundo actual —no hay que decir que ahora es Carande el que así se expresa— reciben luz desde la perspeciva universal de la personalidad patética de Carlos V, y cualquier hombre que vuelva los ojos al pasado, para columbrar el porvenir, buscará con avidez los escritos más íntimos del último Emperador de Occidente. [14]

Porque se insiste en que lo más notable de la obra de Carande sobre Carlos V y su tiempo estriba en que supo desmitificar a los personajes, dándonos la otra cara de la moneda: la de aquel sufrido pueblo castellano, que al fin era el que pagaba las cuentas de las hazañas imperiales. Y esto es cierto siempre y cuando que no se crea, por ello, que Carande rebajaba el papel de Carlos V en la historia de Europa. Antes al contrario. Por eso quedaba aún más de manifiesto la importancia que concedía Carande al pueblo que servía de soporte al Emperador. Veámoslo en este fragmento suyo, referido al año 1533. Nos dice Carande:

> Ya por entonces tareas abrumadoras que reclamaban en muchas partes su competencia, determinaron el desgaste físico del héroe —se refiere, claro está, a Carlos V—, en cuyos cabellos brotan las primeras canas, cuando está rayando los treinta años de su edad.

Obsérvese que no regatea al Emperador esa cualidad heroica. Para Carande, Carlos V es el héroe de la Europa de su tiempo. Pero no olvida a los demás, y así añade:

> ...no serían menores los desgastes de las víctimas anónimas de aquella trayectoria gloriosa; incontables serían los seres humildes cuya voz no siempre resuena en mi narración, aunque los tengo presentes, y ahora especialmente, comprobando lo poco que habría de tardar Carlos V en consumir guerreando, sin beneficios económicos para los reinos peninsulares, los caudales que... llegan desde el Perú...

Quisiera referirme ahora a otros aspectos de la obra de Carande. Hacia 1958 planeaba Carande la formación de un equipo internacional de especialistas para acometer aquella

[13] Charles Quint et son temps, *París, 1959, p. 205.*
[14] Ibídem, *pp. 209 y 210.*

empresa que Karl Brandi y sus ayudantes habían sólo iniciado, cuando la segunda Guerra Mundial vino a desbaratar aquellos esfuerzos germanos: un equipo para el que los principales especialistas carolinos de todo el mundo eran convocados: por Alemania, Peter Rassow; por Italia, Federico Chabod; por Francia, Fernand Braudel; por Bélgica, Charles Verlinden; por Norteamérica, Lewis Hanke. Y por España, por supuesto, Ramón Carande. Era un sexteto de lujo. Así podía comentar yo en mi *Elogio a don Ramón,* con motivo de su doctorado *honoris causa* por la universidad de Salamanca:

¿Quién mejora ese equipo de modernistas al final de la década de los cincuenta?

Para añadir que allí podía encontrarse la justificación de que cuando acometo yo la edición crítica de la correspondencia familiar de Carlos V —en particular, las cartas cruzadas con su hijo Felipe II—, al llegar al quinto y último tomo y ver coronada una empresa de 25 años, se lo dedicara a don Ramón. Eso ocurría en 1981. Todavía no había cruzado una sola palabra con el insigne historiador. Aún no nos conocíamos. Pero ¿qué importaba? Y repito aquí lo entonces declarado en mi *Elogio:*

¿Acaso no existen lazos intelectuales, a veces tan fuertes como los de la propia sangre?

Pues yo había estudiado y aprendido tanto en la obra de Ramón Carande que, sin conocerlo, me podía justamente considerar como discípulo suyo. Cuando los historiadores no sabían más que presentar la época imperial a través de sus triunfos militares, en Pavía o en Otumba, en Perú o en Túnez, Carande revelaba la otra faz de aquella sociedad. Y esto en los años cuarenta, cuando primaban por todas partes los sueños casi infantiles de los imperios divinales. Entonces, con sencillez, huyendo del énfasis, Carande venía a demostrar cuánto sudor y cuántas lágrimas —y cuánto dinero y cuánta sangre— había costado a Castilla la obra carolina. Porque había ya dos Españas y por tanto dos Castillas: una, la que se había imperializado, compuesta por la minoría cortesana y aventurera, que seguía a Carlos V a todas partes y participaba —y aún le conseguía— sus brillantes triunfos militares; era la Castilla de los tercios viejos, que tenía su eco en las Indias con los navegantes y los conquistadores. Pero la otra Castilla, que constituía la inmensa mayoría, era la que penaba para arrancar a la meseta el trigo con que a duras penas si se alimentaba; esto es, la Castilla del *Lazarillo de Tormes,* famélica y aterida, bien reflejada en aquella carta de Felipe II a su padre, recogida por Carande, en la que el Príncipe advertía a Carlos V que no podía comparar Castilla con Francia:

...porque demás que la fertilidad de aquel reino es tan grande..., la esterilidad de estos reinos es la que S.M. sabe, y de un año contrario queda la gente tan pobre, de manera que no pueden alzar cabeza en otros muchos...

Y el Príncipe, apiadado entonces de sus súbditos, describe en términos compasivos la mucha miseria en que estaban sumidos:

La gente común, a quien toca pagar los servicios, está reducida a tan extrema calamidad y miseria que muchos de ellos andan desnudos, sin tener con qué se cubrir, y es tan universal el daño que no sólo se extiende esta pobreza a los vasallos de V.M., pero aún es mayor en los de los señores, que ni les pueden pagar sus rentas ni tienen con qué, y las cárceles están llenas. Y todos se van a perder.

Esa carta la escribía Felipe II en 1545; tal era la situación del campo de Castilla, cuando Carlos V se apresta a la empresa de mayor envergadura de su última etapa: la guerra contra la liga de Schmalkalden. Así podía el Príncipe indicar al Emperador que mirase de acomodar sus altos pensamientos con la realidad del pueblo castellano que la sustentaba.

Y eso fue lo que supo señalar Carande, para desmitificar un período del que había tanta información y del que paradójicamente se sabía, en verdad, tan poco. Tarea de alto porte, que la Real Academia de la Historia supo reconocer, eligiéndolo a poco académico, y de la mano nada menos que de Gregorio Marañón, otro insigne coetáneo suyo.

Y lo notable del caso es que don Ramón Carande, con su modestia innata, nos confiesa que tenía remordimientos por no haber aprovechado todo el ingente material que había tenido entre sus manos y de no haber llegado tan lejos como hubiera querido. Se trata del *Prólogo* a la segunda edición escrito en Sevilla en 1964, a veinte años después del primero. Y nos dice, con su prosa sencilla y, por ello, tan elegante:

> Tanto tiempo interpuesto no puedo decir que lo requiriese, ni lo absorbiera, esta única tarea. Estoy seguro de no haberlo aprovechado todo. Y aunque ciertamente, a ella dedicara más horas que a otras, habré preterido muchas y no estoy libre de remordimientos.

Después de dicho esto, en la cumbre ya de sus 77 años, encuentra que algo debe decir a la juventud: de qué modo se engaña el que se cree eternamente joven. Y en esta forma:

> Me pesa más que ninguno (y lo declaro para que lo recuerden los jóvenes) haberme dado cuenta muy tarde de lo inexorable: de que mientras perdía el tiempo iba envejeciendo.

Eso le obligaría, nos dice, a algunas renuncias. Y de nuevo, con la modestia auténtica del sabio auténtico que él era, comenta:

> La renuncia es la compañera de los hombres que conocen sus limitaciones. [15]

¡Admirable don Ramón! ¡Cuán lejos de la altanera soberbia de tantos falsos eruditos con que se tropieza uno cada día! ¿Cómo no habíamos de quererle todos los que le habíamos leído y todos los que le hemos conocido?

## Un suceso en los últimos años de la vida de Carande: su doctorado «honoris causa» por la universidad de Salamanca

En noviembre de 1983 don Ramón Carande va a ser investido doctor *honoris causa* por la universidad de Salamanca, en un acto verdaderamente emotivo, del que pude ser testigo. Estando ese acontecimiento ligado a esa faceta del Carande historiador de Carlos V, tiene sentido que yo dé cuenta ahora de lo entonces acaecido.

En la primavera de 1983 proponía yo al claustro de doctores de la vieja universidad salmantina la designación de don Ramón Carande y Thovar como doctor *honoris causa.* Tan notorios eran los méritos de don Ramón que no hubo más que esperar el tiem-

[15] Ibídem, *I, VII.*

po marcado por los trámites burocráticos; pero entre unas cosas y otras, no se pudo fijar la fecha hasta bien entrado el mes de noviembre, cuando normalmente los primeros fríos se hacen sentir en la meseta. Yo los temía por don Ramón, tan hecho ya a los suaves inviernos hispalenses. No le conocía bien. Se presentó en Salamanca, recorriéndola de un lado para otro, sin más abrigo que su larga bufanda. Quería verlo todo, o por mejor decir, revivirlo. Pues hacía más de medio siglo, en la época en que vivía Unamuno, gustaba de acercarse de cuando en cuando a Salamanca. Con un gran interés visitó la Casa Unamuno, subiendo sus empinadas escaleras con agilidad juvenil. Incluso quiso acudir al cementerio, una hora antes de iniciarse el acto académico, que estaba anunciado para las doce, para recordar allí al gran amigo; pero yo se lo desaconsejé, temiendo que fueran demasiadas emociones para un día que tantas anunciaba.

En efecto, como es sabido, el ritual pide que el padrino recoja al nuevo doctor, cuando el rector inaugura la solemne sesión académica en el paraninfo. Para ese momento, ya el viejo estudio salmantino estaba repleto de público, en su mayoría formado por jóvenes estudiantes, que desbordaba el gran salón del paraninfo. Para ese momento, el claustro antiguo. Fue preciso abrirse camino por entre una auténtica muralla humana que acogió con un formidable aplauso la presencia de aquel anciano, que iba cogido de mi brazo, y que reiteró, interminable, cuando terminó Carande su discurso; una bella pieza oratoria, en la que quiso recordar a su viejo amigo, don Miguel Unamuno.

Don Ramón Carande tenía tal personalidad que cautivaba a todos los que le conocían. Fue un gran historiador, eso lo sabemos todos; pero fue algo más: fue un gran hombre. Con su longevidad —ese regalo que los dioses hacen a los pueblos de cuando en vez— llenó prácticamente todo este siglo XX, que él vio nacer cuando ya le apuntaba la adolescencia, y que dejó cuando ya empezamos a pensar en el siglo futuro, ese siglo XXI que ya da nombre a clubs y editoriales de prestigio.

De forma que la historia de la España de nuestro siglo XX, la historia más auténtica de sus hombres y de sus pueblos, con sus afanes y sus problemas, difícilmente se podrá escribir sin recordar su figura. En todo caso, seguir sus peripecias biográficas es tanto como ahondar en esa historia española: su vinculación a la Institución Libre de Enseñanza, su rectorado de la universidad de Sevilla, su asistencia a las tertulias famosas de su tiempo, como las del *Gato Negro* (donde se reunían personajes de esta talla: García Morente, Zaragüeta, Fernando Vela, Cossío y Aurelio Viñas) su adhesión a los hombres más prominentes de la Segunda República, como Ortega y Gasset y como Azaña, sus años de persecución por las fuerzas oscurantistas, todo ello hace de él un símbolo para los españoles amantes de la libertad.

Algo que la juventud universitaria sensibiliza al punto. De ahí su presencia en masa en ese acto de la universidad de Salamanca, que antes he mencionado. No los había convocado nadie. O mejor dicho, sí los había convocado alguien o algo: el anuncio de que se iba a celebrar ese homenaje a la figura de Carande. Y quisieron estar presentes, para tributarle su aplauso emocionado y agradecido.

**Manuel Fernández Álvarez**

# Ramón Carande, historiador de la Edad Media

Conocí personalmente a Ramón Carande en Sevilla en el otoño de 1971 y, como no podía menos de suceder, quedé embrujado por el maestro. Su personalidad deslumbrante y, sobre todo, su humanidad, hacían de ese «palentino sevillanizado», como él mismo se ha definido en ocasiones, un ser de auténtica excepción. Al recordar ahora su figura y su obra, cuando hace poco tiempo que se nos fue de este mundo, la emoción quizá nuble a la razón. Por otra parte ¿qué puede uno decir a la hora de valorar la gigantesca labor de Ramón Carande, uno de los más señeros valores de la cultura española del siglo XX?

Se me ha pedido que me refiera a Ramón Carande como historiador de la Edad Media. De entrada ya se nos plantea una duda. ¿Es posible etiquetar a Carande? ¿Historiador de la Edad Media? Mas aún, ¿cabe definir a Carande, simplemente, como historiador? Si algún calificativo se puede dar al maestro el único admisible sería el de «humanista», incluso en el sentido renacentista del término. Por su cultura, amplia y profunda, por la diversidad de sus saberes, por su curiosidad, ciertamente infinita, por el exquisito tratamiento que sabía dar a todo lo que concernía al ser humano. Ramón Carande era, lo repetimos una vez más, un «humanista».

En todo caso, centrado nuestro interés en el ámbito específico de su actividad docente e investigadora como universitario, Ramón Carande nos ofrece un ejemplo admirable de confluencia entre tres ramas del saber, el derecho, la economía y la historia. Carande tuvo una formación inicial de jurista, interesándose posteriormente por la economía, lo que le llevó a ganar una cátedra universitaria de economía y hacienda pública, para desembocar, finalmente, en el terreno de la historia. De ahí que se le considere, con razón, el fundador de la historia económica en España. Pero al mismo tiempo diversos profesores de historia del derecho de este país se proclaman sus discípulos.

Si nos atenemos al ámbito cronológico de sus principales publicaciones, y en primer lugar de su monumental *Carlos V y sus banqueros,* la obra de Carande interesa ante todo a los especialistas de historia moderna. ¿Y la Edad Media? No faltan, en la bibliografía de Ramón Carande, títulos que se refieran a la historia del medievo. Mas no se trata de señalar estas o aquellas publicaciones que, por su ámbito cronológico, quepa clasificar en la época medieval. Lo que nos interesa poner de relieve es la importante contribución que realizó Carande a lo que hoy entendemos por medievalismo. Es posible que esa contribución haya pasado, con frecuencia, desapercibida. Sin embargo, al analizar el conjunto de la obra de Carande, con una cierta perspectiva temporal, nos sorprenden multitud de aspectos. Ramón Carande conocía, como pocos, las grandes

aportaciones del medievalismo de su época. Carande investigó a fondo en los archivos, en busca de documentación medieval. Pero Carande, asimismo, expuso, en sus trabajos de los años 20 y 30 de este siglo, ideas que hoy nos parecen geniales anticipaciones. ¿Cuántas cosas que se presentan como novedades de la historiografía de hace diez o quince años fueron señaladas por Carande hace más de medio siglo en sus trabajos sobre el período medieval?

Nada mejor que seguir en nuestra pesquisa un orden rigurosamente cronológico. Nos situaremos en la década de los veinte. Pues bien, Ramón Carande fue uno de los fundadores del *Anuario de Historia del Derecho Español,* cuyo primer volumen salió a la calle el año 1924. Intervino también en la empresa Claudio Sánchez Albornoz, sin duda el medievalista español más importante de este siglo. La nueva revista, pese a su título, no iba a ceñirse al estudio de cuestiones jurídicas. En realidad era un cauce de expresión de los estudios históricos en general, y en particular de los relacionados con la Edad Media. Por lo demás el *Anuario...* ponía de manifiesto la confluencia que existía, en las fechas de su aparición, entre historiadores *stricto sensu* e historiadores específicos del derecho y de las instituciones.

Precisamente en el primer volumen del *Anuario...* publicaba Carande un trabajo de investigación y una reseña bibliográfica. El trabajo llevaba por título «Cartas de un subarrendador de rentas reales. 1287». La reseña se refería a uno de los volúmenes de las *Acta Aragonensia* de H. Finke. En ambos casos, como se ve, el protagonismo recaía en la historia medieval. Las «Cartas...» indicaban el interés de Carande por el mundo de la hacienda. ¿No era él, al fin y al cabo, catedrático de hacienda? Pero su artículo versaba sobre la hacienda medieval de la Corona de Castilla y se publicaba, no lo olvidemos, en una revista de «historia del derecho». ¿No estaban aquí presentes, y a la vez hermanados, los tres pilares en que se fundamenta la actividad científica de Carande, el jurídico, el económico y el histórico?

Al año siguiente, 1925, Ramón Carande hizo nuevas aportaciones, algunas de ellas ciertamente decisivas, al medievalismo. En el volumen IX de la *Revista de Occidente* se publicó un artículo suyo, titulado «Godos y romanos en nuestra Edad Media». De hecho era una glosa a la obra de E. Meyer *Historia de las instituciones sociales y políticas de España y Portugal durante los siglos V a XIV,* cuya traducción preparaba Carande junto con su colega y amigo Galo Sánchez.[1] A partir de las investigaciones del historiador alemán, Ramón Carande planteaba el gran dilema de las instituciones medievales hispánicas y en cierta medida el trasfondo interpretativo último de nuestro medievo: ¿qué pesó más, el legado de la época romana o la aportación germánica?

El volumen II del *Anuario de Historia del Derecho Español,* correspondiente al año 1925, incluía un largo artículo de Carande. Nos referimos a «Sevilla, fortaleza y mercado: algunas instituciones de la ciudad en el siglo XIV especialmente estudiadas en sus privilegios, ordenamientos y cuentas». Es preciso observar, en primer lugar, la modestia del investigador palentino. Pretende, solamente, estudiar «algunas instituciones de

[1] *La versión española de la obra de E. Meyer se publicó en los años 1925 y 1926, correspondiendo a Carande la traducción del tomo segundo.*

la ciudad» en una determinada época de su historia. El trabajo en cuestión es, sin embargo, uno de los más importantes de cuantos se han publicado en el transcurso de este siglo sobre historia medieval. No obstante ha habido que esperar muchos años para que fuera «recuperado». En 1972 la Universidad de Sevilla decidió publicar *Sevilla, fortaleza y mercado* en su colección de libros de bolsillo. La edición se agotó rápidamente, obligando a realizar en años posteriores nuevas ediciones. En cualquier caso desde que apareciera la versión original del trabajo hasta 1972 ¡transcurrieron casi 50 años!

El trabajo de que estamos hablando comienza con una dedicatoria, sumamente significativa, al gran medievalista alemán von Below, una de cuyas obras fundamentales, *Der deutsche Staat des Mittelalters,* está presente desde las primeras páginas. Pero vayamos al fondo de la cuestión: ¿qué es *Sevilla, fortaleza y mercado?* Por de pronto, una obra que cuenta con investigación original en archivos. Carande trabajó a fondo en los archivos sevillanos, tanto en el de la catedral como, particularmente, en el municipal. Pero también consultó la Sección de Manuscritos de la Biblioteca Nacional de Madrid e incluso archivos extranjeros, como el de Estado de Génova. Carande, por otra parte, tenía un sólido bagaje teórico para abordar el estudio que se proponía. Tanto los clásicos de la economía como Marx, de cuyas obras escribió cosas interesantísimas nada menos que en 1917, le eran familiares. Por lo demás su estancia en Alemania, años atrás, fue una espléndida ocasión, aprovechada al máximo por Ramón Carande, para entrar en contacto con las más avanzadas corrientes de la historiografía. En *Sevilla, fortaleza y mercado* hay un trasfondo bibliográfico impresionante de la historiografía germánica de las primeras décadas de este siglo. Están, entre otros, el ya citado von Below, Schaube, Müller, Spiess, Brunner... pero también Max Weber y su *Wirtschaft und Gesellschaft.* Mas no por ello se olvida la aportación historiográfica de otros países europeos: Inglaterra con Maitland o Gros, Italia con Volpe, Francia con Luchaire, Bélgica con Pirenne o Espinas, etc. Así pues en *Sevilla, fortaleza y mercado* encontramos los dos elementos imprescindibles en todo estudio histórico que se precie de científico, los «fundamentos» y los «conocimientos», según la opinión de P. Vilar. Y por si fuera poco el trabajo está escrito en un castellano espléndido. Jorge Guillén definió a Carande, no lo olvidemos, como «escritor muy sensible a la escritura».

Hemos analizado, someramente, los elementos de que está compuesto el trabajo de Carande sobre Sevilla en el siglo XIV, desde las fuentes inéditas que el autor consultó hasta el lenguaje utilizado en su redacción. Queda, no obstante, una pregunta por responder: ¿Qué aportaciones ofrece esta obra desde el punto de vista historiográfico? Aquí es donde, sin lugar a dudas, hallamos las principales novedades. *Sevilla, fortaleza y mercado* es mucho más de lo que indica el subtítulo del trabajo. No es un mero estudio del funcionamiento de algunas de las instituciones de la ciudad en la decimocuarta centuria. Se trata, en realidad, de un análisis global de una ciudad hispánica bajomedieval. Ciertamente el aspecto primordial del trabajo concierne a las instituciones municipales y en primer lugar a todo lo relacionado con la fiscalidad concejil. Pero Carande sitúa esas instituciones en su contexto, tanto territorial como social y económico. El trabajo se inicia con una presentación de la ciudad, su alfoz y su entorno. Analiza después la población, internándose en el campo de la historia demográfica, pasando a continuación a interrogarse por la estructura social de la urbe. Estudia asimismo las activi-

dades económicas y el gobierno de la ciudad para concluir con las cuestiones del fisco municipal. Todo aparece encadenado, sin fisuras entre las diversas partes de que consta el trabajo. Nada de historia institucional al uso. *Sevilla, fortaleza y mercado,* por el contrario, constituye un modelo para cualquier estudio acerca de la historia de una ciudad, pues integra el marco territorial, la población, la economía, la sociedad y el gobierno de la localidad. ¿Cuánto tiempo ha habido que esperar para que esa metodología fuera seguida en los estudios de historia de las ciudades medievales? Por lo demás el trabajo de Carande que comentamos privilegia el análisis de los aspectos dinámicos, aspectos fundamentales en una investigación histórica (lo que contrasta con algunas modas de nuestros días, como la «teoría de los sistemas», lamentablemente seguida por algún medievalista en sus estudios de historia urbana). Un artículo de revista, que no llega a las 200 páginas impresas, y cuya aparición data del año 1925, es, no obstante, una de las más importantes contribuciones al medievalismo aparecidas en España en el primer tercio del siglo XX.

En 1927 Ramón Carande publicó otro trabajo de historia medieval. Su título es «Repoblación del castillo de Badajoz en 1370», y apareció en el volumen I de la *Revista del Centro de Estudios Extremeños.* Era un contribución a la historia de las tierras extremeñas, tan estrechamente vinculadas a la propia trayectoria vital de Ramón Carande. El siguiente trabajo del maestro sobre tema medieval se refería al ámbito palentino, en concreto al pasado de la capital de la provincia en la que naciera Carande en 1887. Nos referimos a su trabajo «El obispo, el concejo y los regidores de Palencia (1352-1422). Aportación documental sobre el gobierno de una ciudad en la Edad Media». Su primera versión fue leída en el mes de abril del año 1932, con motivo de la celebración de una «Semana de Historia del Derecho». Poco tiempo después el artículo aparecía impreso en la *Revista de la Biblioteca, Archivo y Museo del Ayuntamiento de Madrid,* IX, 1932, págs. 249-271. Aunque de pretensiones más modestas que el trabajo antes comentado acerca de Sevilla en el siglo XIV, éste de Palencia presenta también un interés excepcional. Una vez más el título se nos queda corto, pues hay mucho más que una simple aportación documental sobre el gobierno de Palencia en la segunda mitad del siglo XIV y los comienzos del XV. El artículo a que aludimos estudia el desarrollo del concejo palentino en relación con la sociedad en la que estaba incardinado, pero sobre todo analiza el papel del obispo, señor de la ciudad, sobre el órgano de gobierno municipal. Palencia, caso singular en el contexto de la Meseta norte, era una urbe de señorío episcopal. De ahí el complejo juego de relaciones que se establecieron entre el señor de la ciudad y los regidores del concejo. Pues bien, Ramón Carande, utilizando magistralmente el idioma castellano, desentraña el trasfondo del gobierno de Palencia entre 1352 y 1422, basándose ante todo en fuentes inéditas, del archivo catedralicio y del archivo municipal de la ciudad del Carrión. Este trabajo, no obstante, fue escasamente conocido por los medievalistas, al menos hasta el año 1969, en que la editorial Ariel lo incluyó en el libro denominado *Siete estudios de historia de España.* Su «recuperación» fue saludada con gran entusiasmo, pues, más allá de las cosas concretas que en el trabajo se decían sobre Palencia, había en él importantes pistas metodológicas para el estudio de las ciudades medievales. De ahí que en el reciente congreso sobre historia de Palencia, celebrado en diciembre de 1985, las referencias a este

trabajo de Carande fueran abundantísimas en las ponencias y comunicaciones que versaban sobre el período medieval.

En la década de los treinta, no obstante, disminuye la actividad publicística del maestro. Ello obedecía, entre otras razones, al incremento de las tareas públicas que se le encomendaron, como el desempeño del rectorado de la Universidad de Sevilla. Eran los tiempos de la Segunda República española, la cual, para llevar adelante los proyectos de modernización de la sociedad, necesitaba el concurso de los intelectuales progresistas, entre los cuales se encontraba Ramón Carande. Pero este acercamiento a «la cosa pública» no paralizó, ni mucho menos, la actividad investigadora del maestro. Lo que sucedía era que Carande preparaba pacientemente los materiales de una importante empresa investigadora. Su valía como historiador, y más aún como medievalista, había quedado probada por sus anteriores trabajos. Ramón Carande no estaba acuciado por la necesidad de acumular publicaciones, mal que tanto aqueja al mundo académico de las últimas décadas de este siglo. Lo que le interesaba era publicar cosas que tuvieran interés y que pudieran aportar algo novedoso, ya fuera por la metodología utilizada o por las conclusiones de sus investigaciones.

Pues bien, Ramón Carande había proyectado un trabajo sobre «la vida económica de la corona de Castilla en la época de Trastámara». Nadie estaba mejor preparado que él para llevar adelante esta empresa. Conocía las fuentes de los últimos siglos de la Edad Media, se había adentrado sin miedo en los archivos, dominaba los recovecos jurídicos de buena parte de la documentación, pero sobre todo poseía una formación teórica de economista. Día a día Carande iba recopilando información para su trabajo. Fichas bibliográficas, datos procedentes de las fuentes, ideas que pensaba desarrollar, todo iba a parar a las numerosas carpetas que Ramón Carande estaba reuniendo en su casa de Madrid para realizar la investigación soñada en el momento en que las ingentes actividades a las que tenía que hacer frente le dejaran un resquicio. Pero en el verano de 1936 estalló la guerra civil en España. Desastres sin cuento se produjeron por todo el territorio nacional, mas pocas ciudades pasaron tantas penalidades como Madrid. Allí perecieron las carpetas que Carande había reunido amorosamente para estudiar la economía de la época de Trastámara. ¡Cuántas horas de trabajo del maestro se volatilizaron en aquella tragedia! Y al mismo tiempo ¡qué pérdida sufrió el medievalismo español!

Pasada la contienda fratricida Ramón Carande, como si nada grave le hubiera sucedido, reanudó la actividad investigadora. Abandonado el proyecto sobre la economía de la época trastamarista, su nuevo punto de mira fue el reinado del emperador Carlos, y en concreto la actividad de sus banqueros. Se estaban poniendo los cimientos de lo que, andando el tiempo, sería su obra más conocida, *Carlos V y sus banqueros*. ¿De no haber perdido en la guerra los papeles sobre su anterior proyecto de investigación, hubiera existido siquiera *Carlos V y sus banqueros?* Futurible sin sentido, se nos dirá. Ciertamente, pero la pregunta no es tan absurda. Con ella se quiere dar a entender que la nueva orientación de Ramón Carande hacia la actividad económica de Castilla en la primera mitad del siglo XVI tiene mucho que ver con la tragedia acaecida en Madrid entre 1936 y 1939. De todas formas para emprender el estudio de la economía castellana de tiempos de Carlos I se necesitaba un sólido conocimiento de la etapa que le precedió. Esta circunstancia se daba sin duda en Carande quien, aunque no había desarro-

llado su investigación sobre la economía de Castilla en la época de los Trastámara, conocía el tema suficientemente. Nos lo pone de manifiesto un trabajo que publicó años más tarde, «La economía y la expansión ultramarina bajo el gobierno de los Reyes Católicos», aparecido en el *Boletín de la Real Academia de la Historia,* t. 130, 1952, págs. 213-257, recogido asimismo en el libro *Siete estudios de Historia de España.* En este trabajo traza un bosquejo de la economía de la corona de Castilla en los siglos XIV y XV. Sus rasgos más sobresalientes fueron, según el maestro, una ganadería transhumante próspera, una caudalosa exportación de lanas, una incipiente marina y una postrada industria. El conjunto define, en opinión de Carande, una «economía castiza», expresión singularísima con la que tipifica el panorama económico de la corona de Castilla en tiempos de los Reyes Católicos. Pero quizá lo más significativo es que en 1952, cuando ni había en España cátedras de historia económica, ni apenas estudios sobre la economía de la época medieval, Carande diera en el clavo. Todos los trabajos de investigación de las últimas décadas no han hecho sino confirmar lo que el maestro apuntara en su artículo del año 1952, pues la economía castellana de los siglos XIV y XV ofrece ciertamente los rasgos señalados por Carande.

Creemos haber dado ejemplos suficientes de la significación de Ramón Carande como historiador de la Edad Media. Sus principales trabajos son anteriores a 1936. Sus investigaciones posteriores, bien lo sabemos, se orientaron hacia los siglos de la Edad Moderna. Pero ello no amengua el valor de su contribución al medievalismo, que tuvo en muchos casos un auténtico carácter pionero, particularmente en lo que se refiere al estudio de las ciudades medievales.

Antes de concluir quiero hacer mención de mi primer encuentro con Ramón Carande. Fue en Sevilla, en el otoño del año 1971. Acababa yo de incorporarme a la cátedra de historia medieval de la universidad hispalense. Carande era para mí un nombre señero de la historiografía española, una autoridad universal, poco menos que una divinidad personificada. Por si fuera poco tenía noticia de su proyectado trabajo sobre la economía castellana de la época de los Trastámara. Esto aumentaba mi intranquilidad, toda vez que yo había publicado algunos trabajos sobre esos siglos. Pero cuando se produjo el encuentro todos los temores desaparecieron. Carande se mostró desde el primer momento como un hombre cordial, sencillo y cariñoso. El hombre había triunfado sobre el mito. A ese hombre, gigante intelectual de nuestro tiempo, quiero yo rendir homenaje, por lo que ha supuesto su contribución al medievalismo hispano, pero sobre todo por el inmenso legado que nos ha dejado, que constituirá, sin duda, una estela imborrable para que las generaciones futuras puedan orientarse en este mundo.

**Julio Valdeón Baruque**

# Don Ramón, contemporaneísta

La propia vida de don Ramón Carande constituye un retazo pleno de interés de la más rigurosa contemporaneidad española y europea. Pocos fedatarios ha tenido el siglo veinte más lúcidos y sensibles. De un fin de siglo a otro fin de siglo se proyecta su existencia. Como lo describe en sus jugosos recuerdos de infancia y juventud la carreta aún imponía su paso a gran parte de la vida de la España canovista; el avión a reacción comenzaba a estar superado en la España filipista en la que murió. Muchas cosas, en efecto, entre la yegua o la mula y la turbina atómica. De todas o casi de todas dio buena cuenta y razón el primer historiador de nuestra economía. En su inmensa obra de memoriógrafo don Ramón estuvo poseído por una gran pasión de retratista, hasta el punto de convertirse en nota definitoria de su carácter y trabajo intelectual. Son incontables los rasgos, tics, modas y costumbres de la España de su tiempo recogidos con minuciosidad de contable y vibración de artista. Los usos y hábitos pedagógicos de la «Belle Époque», la idiosincrasia de las clases pudientes sevillanas de los años cuarenta, los atisbos de los 50, los estremecimientos de la «década prodigiosa», las ilusiones de la democracia, la sedimentación de los ochenta quedaron anotados en sus escritos «menores» para provecho y delicia de los investigadores de nuestro más próximo pasado.

Incluso sus profundas catas en los días bajomedievales y carolinos están transidas, como en todo historiador de raza, por la preocupación y atención a los problemas y debates de su biografía colectiva. ¿Cómo conciliar el Estado de las libertades con el Estado de la socialización y la igualdad? ¿De qué forma, anverso de la interrogación anterior, pueden asegurar los celtíberos una convivencia respaldada por un desarrollo económico sostenido y firme? Burgués ilustrado por nacimiento, estudios y preferencias, Carande sintonizaba plenamente con sus antepasados dieciochescos en orden a pensar que el binomio económica-educación se dibujaba como un vaso comunicante para el logro de un país maduro y abierto. Posiblemente, una burguesía más amplia y dinámica que la nacional hubiera puesto fin al pleito de España con la modernidad, acomodándola a la marcha de otros pueblos occidentales, por él tan admirados, como Francia, Gran Bretaña o Alemania. Alguna de sus reflexiones de la Guerra Civil estampadas en el citado libro de recuerdos junto con otras meditaciones esparcidas con cierta prodigialidad en sus semblanzas y galería de figuras de su tiempo dan pie para imaginar que, en momentos de autocrítica, se consideró como miembro de una generación frustrada en su gran y noble empeño de regenerar el país a través de una cruzada educativa, que no encontró la asistencia debida, pero a la que faltó igualmente una estrategia adecuada a los condicionamientos reales de un pueblo como el hispano muy lastrado por hipotecas de intolerancias y carencias de vario tipo.

Al igual que gran parte de sus mejores coetáneos, don Ramón se sintió atraído en su juventud por el socialismo. Lo que viera de él en sus años de formación madrileña

y germana le sedujo, y aspiró a que las tendencias democráticas prevalentes en la Alemania guillermina adquirieran también la primacía dentro del movimiento creado por Pablo Iglesias. Sin un proletariado adulto, con elevado nivel de sindicación y educación política, se hacía impensable una España a la altura de los tiempos, e integrada verdaderamente en la órbita de los países occidentales. Concibiéndolo así, el autor de *Carlos V y sus banqueros* vivió plena e ilusionadamente la sugestiva aventura en la que se embarcaron muchos cuadros de la Institución Libre de Enseñanza y del socialismo de los años diez para la creación de un vasto movimiento ciudadano, plataforma de entendimiento y de afanes entre la burguesía progresista y el proletariado de obediencia socialista, el más afín a los planteamientos de la primera. A largo plazo esta conjunción de esfuerzos no descartaba, para alguno de sus mentores, su cristalización en una fuerza política, convertida en auténtica alternativa al agónico turnismo de la Restauración.

El episodio de don Ramón Carande con carné de la Unión General de Trabajadores es una de las más valiosas anécdotas de su vida y prueba una de sus virtudes relevantes, la autenticidad. Proclama que el hombre nacido en un medio social privilegiado, tal el suyo, puede protestar contra una sociedad inaceptable por su injusta estructura, por su formalismo y su conducta egoísta enmascarada de filantrópica voluntad; pero muy rara vez ese hombre llevará su protesta hasta unirse con toda su alma y toda su pasión a la acción de quienes sufren materialmente una vida privada de sus goces. El partido político no es para el intelectual, sea conservador o revolucionario, el medio natural de sus actividades político-sociales. No fue larga ni intensa la colaboración de don Ramón en la Escuela Nueva, pero sí significativa, porque don Ramón sabía y sabe bien que el hombre es un animal político, que no quiere decir lo que creen nuestros políticos poco aristotélicos, un animal habilidoso y marrullero entre los otros hombres, sino algo menos animal: un animal que necesita para realizarse vivir en una sociedad ordenada jurídicamente. Pero a don Ramón no le atraía ni le atrae la actividad política del gobernante; y así en medio del estruendo tormentoso de aquellas fechas, seguía con más atención la marcha de la cultura en todas sus manifestaciones que el movimiento de la política. (R. Pérez Delgado, prólogo a *Galería de raros atribuidos a Regino Escaro de Nogal,* Madrid, 1982, p. 21.)

Al margen de sus aficiones culturales, la «excentricidad» de don Ramón, primero en Murcia y luego en Sevilla, fue tal vez la principal causa de su apartamiento de la citada corriente intelectual, que contemplaba en él a unos de sus guías, tal y como cabe deducir de los ofrecimientos y referencias hechos por Luis Araquistáin y otros directivos de la *España Moderna,* principal órgano de la tendencia descrita.

Más tarde es de sobra conocida la «llamada a la política» que recibiera Carande, después de su fugaz rectorado hispalense, por el régimen instaurado en 1931. Muchos caminos llevaban a desembocar su biografía en las huestes acaudilladas por su admirado Azaña; y harto sabido es también cómo éste le tuviera preconizado para el cargo de ministro de Transportes, cuando uno de los normales temblores de tierra de la política de aquella etapa dio al traste con el deseo de don Manuel. Es presumible que de haberse realizado aquél las ideas e inquietudes políticas de Carande se habrían cumplido con su cooperación a la obra perseguida por los más egregios espíritus republicanos: la asunción por el pueblo español de sus destinos y el logro de una convivencia democrática y justa. Durante medio siglo don Ramón no dejaría de rumiar los motivos que lo impidieron.

Pero más que la preocupación política y la actividad pública desplegadas por Carande, lo que nos interesa en la ocasión presente es recalar en su obra de estudioso de la España contemporánea. Muy atinadamente pensaba que las raíces de buena parte de

los problemas actuales sentaban sus bases en el siglo de las luces. Esta razón, junto con su afinidad anímica con los ilustrados, según ya hemos dicho, determinaron sus simpatías por dicha centuria y por algunos de sus hombres, ofreciéndonos una muestra de ello en un notable artículo, concluido con hermosas y agudas palabras.

El tono moderado de nuestros reformadores, en un país extremoso, cuyos hombres e instituciones, desgraciadamente, subordinan el bienestar de la colectividad a las apetencias particulares, y en el que han prevalecido sobre el Estado las oligarquías de cualquier signo, según los tiempos; en el que rara vez propendemos a respetar los móviles honestos de la conducta ajena, ni a secundar las iniciativas lúcidas, cuando no las compartimos, estaba condenado, aquel tono precisamente por ser comedido, a encontrar adversarios exaltados en uno y otro flanco. No debe olvidarse la acción estragadora de tendencias acusadas y persistentes, si queremos explicar la falta de arraigo de aquel programa de las sociedades económicas, o patrióticas, cuya huella es, sin embargo, notoria en más de un caso. *(Siete estudios de la Historia de España.* Barcelona, 1969, p. 181).

Luis López Ballesteros fue, por múltiples motivos, el último gran epígono de la élite gobernante carlotercista. No es extraño, pues, que Carande consagrara unas páginas muy sagaces a comentar la biografía del inteligente hacendista pontevedrés llevada a cabo por el alpujarreño Natalio Rivas. En esta reseña bibliográfica afloran aquí y allá sugerencias que fue gran lástima que el propio Carande no las analizara por menudo ulteriormente. Así la defensa de la honestidad de gran parte de los responsables de nuestro fisco está cuajada de aciertos y acometida con su característica beligerancia hacia el tópico y la injusticia.

La trayectoria de nuestra vida contemporánea volverá a presentar otro foco de atención para la pluma del profesor palentino en el capítulo escrito por la Institución Libre de Enseñanza. La sobria escritura de don Ramón, tan enemiga de la grandilocuencia y de los adjetivos, se torna exuberante al hablar de la tarea de don Francisco Giner de los Ríos y sus discípulos. El surco de ésta fue profundo, y en él se sembraron algunos de los mejores frutos de nuestra historia. Sus hombres acertaron en todo. En el diagnóstico de los males y en la receta de su curación. Derrocharon entusiasmo y esfuerzo, y huyeron del éxito fácil y de las actitudes oportunistas. Hasta el fin de su vida mantuvo Carande una fidelidad y estimación sin sombra a la labor acometida por sus maestros universitarios, en particular, por el fundador de la Institución y por el manchego José Castillejo.

[...] pero terminaré recordando que Giner ejercitó continuamente en grado superlativo (con otras), dos virtudes a las que España debe tesoros, en la educación psicológica y en el conocimiento de las personas. Una y otra virtud lucen en la elección libérrima de colaboradores, no todos procedentes ni todos adictos de la institución. Supo poner a cada uno en la tarea que mejor le cuadraba y en lugar idóneo para realizarla. A ello deben la Junta de pensiones, la Residencia de estudiantes, el Centro de estudios históricos y el Instituto-escuela su asombroso rendimiento. Estos centros indispensables para la universidad del porvenir los concibió, sin duda, Giner, pero los frutos incalculables son obra de don Manuel Bartolomé Cossío, don José Castillejo Duarte y don Alberto Jiménez Frau; ellos hicieron, con ilusión y sin cansarse, lo que don Francisco inspiraba y que en persona y solitario, no hubiera podido realizar. A estos hombres, y a colaboradores suyos, conocidos unos y otros innominados, no debe olvidarlos España, ni podría pagarlos, ni ellos pretendieron jamás cobrar. Destaco estos hombres entre nuestros acreedores preferentes. Antes de ahora los he evocado y, ahora, lo repito, avergonzado de innumerables preteriboard y de flagrantes injusticias, y no me cansaré de repetirlo [...]

Era [Castillejo] hombre de mínimas necesidades físicas, en albergue, mesa y ropa. Modelo de pulcritud, de tenacidad, de originalidad y de donosura. Inalterable en apariencia, ardiente de entusiasmo, hizo lo imposible para que nadie notase su presencia. Pero quienes lo escucharon en la universidad, en la secretaría de la Junta, o donde quiera que fuese, difícilmente olvidarán sus actitudes, su mirada, sus palabras; ni estarán seguros de que aprobara, explícitamente, lo que estuvieran haciendo. Había en él un no sé qué de alentador y admonitivo. Nada dogmático, apenas proponía normas de conducta a quienes le consultaran, sin dejar un instante de proseguir la tarea propia, y la de todos, en perpetuo desvelo para encontrar soluciones eficaces, sin herir, ni rozar, las convicciones y los sentimientos de cualquier sector de la conciencia española. Fue un creador de comprimidos sintéticos vitalizadores; reunía rasgos del deportista, del inventor y del diplomático. Hombre de pensamiento tan suyo como su conducta, asimilaba cuanto pudiera servir a su misión regeneradora. Conocía perfectamente España y los pueblos rectores de Europa, y, de todos, empezando por el nuestro, supo recoger lo más fértil. Lo que da mejor que nada la medida de sus dotes, atrayentes y asociativas, es que, siendo parco en el elogio, nada acomodaticio, algo desconfiado, de humor sarcástico, y tacaño a la hora de retribuir (los sueldos fijados por él eran irrisorios) consiguiera ganarse la adhesión de los colaboradores imprescindibles para realizar aquella tarea. (Ramón Carande, *Una escolaridad con vacaciones y cuatro maestros*. Sevilla, 1977, pp. 54-5 y 69.)

Pero en el alma de Carande cabían muchos españoles, con sólo acreditar sus servicios a la patria común. Su maestro en España en la disciplina económica, don Antonio Flores de Lemus, suscitó del más sobresaliente de sus discípulos un culto también rendido e invariable. Los términos con que se expresara siempre Carande hacia el inspirador de toda la política hacendista del primer tercio del novecientos muestra las calidades de espíritu de don Ramón, en un extremo en el que el alma hispana se suele revelar habitualmente asaz enteca. Don Antonio, ágrafo casi impenitente y hoscamente reacio a los primeros planos, perteneció a esa reducida especie que en nuestro país forman los servidores del Estado por encima de opciones ideológicas y legítimas preferencias políticas. Conservador, católico y monárquico, inmoló su existencia en aras del mejor funcionamiento de nuestro sistema tributario, con inteligencia y abnegación tales que despertaron la admiración incondicional de Carande y de todos sus discípulos.

Otros muchos españoles de eximias cualidades y brillante ejecutoria en la vida económica, cultural o política de la más reciente historia española se congregan en las páginas de los varios libros de recuerdos de don Ramón y en sus apuntes y artículos que aún no han sido colectados en forma de volúmenes (pero que lo serán sin duda alguna muy pronto, pues no en vano don Ramón ha tenido la fortuna de poseer albaceas literarios diligentes y solíticos, a cuya cabeza figura su hijo Víctor Bernardo). El gran vasco José María Soltura, el patriarca de nuestros estudios de Historia del Derecho don Eduardo de Hinojosa, el montaraz pero celoso cardenal Segura, el benemérito bibliófilo don Diego Angulo Laguna, Ortega, el modesto as de la aviación española Rodríguez y Díaz de Lecea, Ramón y Cajal, el reputado erudito Francisco de las Barras y Aragón, la celebérrima hispanista Alice B. Gould, Arturo Duperier, sus colegas y amigos Agustín Viñuales y F. Bernis y un anchuroso —séanos concedida la licencia gramatical por lo extendido y, en este caso, gráfico, de la expresión— etcétera. Toda esta gavilla de españoles y de hispanistas ilustres por sus trabajos o su amor a nuestro país recibieron de don Ramón el homenaje de su pluma y el aplauso de su espíritu.

Hay, pues, encerrada mucha humanidad española en sus libros no especializados, que pueden servir de cantera para los investigadores de facetas muy variadas de la historia hispana del siglo veinte.

Epistológrafo ejemplar, la correspondencia de don Ramón constituye igualmente otro capítulo destacado de los últimos tramos de la existencia nacional. Desde la fecha en que se publique, esperamos que sea próxima, su epistolario pondrá a la disposición de los investigadores un yacimiento de fabulosas riquezas, como ya cabe deducir de las misivas intercambiadas con don Pedro Sainz Rodríguez —aparecidas en el libro póstumo de éste, *Semblanzas,* Barcelona, 1988—, y de otras cartas parcialmente reproducidas por sus afortunados corresponsales. Esta devoción por la carta pinta muy a lo vivo un atractivo aspecto de la personalidad de don Ramón, la de un romántico adentrado en el siglo veinte, contrarrestada por otras muchas de su espíritu plural, muy alerta ante todas las vanguardias artísticas y literarias.

Modernista cimero por su trayectoria profesional, la vida y la obra de Ramón Carande atesora multitud de enseñanzas aleccionadoras y materiales de firme porte para convertirse en lugar de su sólita frecuentación por los estudiosos de la contemporaneidad hispana. Para ellos don Ramón será siempre un acreedor preferente...

**José Manuel Cuenca Toribio**



Ramón Carande con Raúl Alfonsín, Presidente de la Argentina. Oviedo 1985



1930. Rector, preside la Hermandad de la Buena Muerte, en Sevilla

# Bibliografía de Ramón Carande


1. (1909) Traducción: Pedro de Tourtoulon, *Los principios filosóficos de la Historia del Derecho.* Precedidos de una carta del autor y otra de don Gumersindo de Azcárate, 367 pp. Imprenta de Indalecio Calleja. Madrid.
2. (1916) *Notas para un estudio sobre la naturaleza económica del trabajo.* Tesis doctoral leída en 27 de julio de 1910 por Ramón Carande Thobar *[sic]*, 56 pp. Imprenta Felipe Peña Cruz. Madrid.
3. (1921) (T) M. Tugan-Baranowsky, *El socialismo moderno.* Biblioteca sociológica de autores españoles y extranjeros. Vol. XIII, 141 pp. Editorial Reus, S.A. Madrid.
4. (1924) Reseña: J. von Below, *Territorio y Ciudad. AHDE* (1). Madrid.
5. (1924) (R) Heinrich Finke, *Acta Aragonensia III. AHDE* (1). Madrid.
6. (1924) «Carta de un subarrendador de rentas reales. Badajoz 1287», 6 pp. *AHDE* (1). Madrid.
7. (1925) (R) «Godos y romanos en nuestra Edad Media». Ernesto Mayer, *Historia de las instituciones sociales y políticas de España y Portugal durante los siglos V a XIV*, tomo I. *RDO* (25). Madrid.
8. (1925) «Sevilla, fortaleza y mercado. Algunas instituciones de la ciudad en el siglo XIV, especialmente estudiadas en sus privilegios, ordenamientos y cuentas». *AHDE* (II). Madrid.
9. (1926) (T) Ernesto Mayer, *Historia de las instituciones sociales y políticas de España y Portugal durante los siglos V a XIV*, tomo II, 294 pp. Publicaciones del Anuario de Historia del Derecho Español. Tipografía de la Revista de Archivos. Madrid.
10. (1926) (T) Enrique Finke, *La mujer en la Edad Media,* 183 pp. Revista de Occidente (Historia Breve III). Tipografía Artística. Madrid.
11. (1926) (R) «Rescatar, requerir, pacificar». Georg Fredçrici, *Der charakter der Entdeckung und Eroberung Amerikas durch die Europaer. RDO* (32). Madrid.
12. (1926) (R) Rodolfo Kötzschke, *Allgemeine Wirtschafsgeschichte des Mittelalters. AHDE* (III). Madrid.
13. (1926) (R) Mario Chiudano, *Contratti Comerciali Genovese del secolo XII. ADHE* (III). Madrid.
14. (1926) «Jorge Federico Knapp», 2 pp. *AHDE* (III). Madrid.
15. (1926) «Pedro de Luna, en Peñíscola», 4 pp. *RDO* (34). Madrid.
16. (1926) (R) Ludwig Pfandl, *Spanische Kultur und Sitte des 16 und 17 Jarhunderts. RDO* (36). Madrid.
17. (1927) «J. von Below». Necrológica, 8 pp. *AHDE* (IV). Madrid.
18. (1927) «El Instituto Hispano-Cubano de Historia de América», 2 pp. *AHDE* (IV). Madrid.
19. (1927) (R) Mateo Escagedo Salmón, *Colección Diplomática Privilegios. Escritura y Bulas en pergamino de la insigne y real iglesia colegial de Santillana. AHDE* (IV). Madrid.
20. (1927) «Repoblación del castillo de Badajoz (1408)», *RCEE.* Badajoz.
21. (1928) (R) Ernst Kantorowicz, *Kaiser Friedrich der Zweite. AHDE* (V). Madrid.
22. (1928) (R) Sir Samuel Dill, *Roman Society in Gaul in the merovingian age. AHDE* (V). Madrid.
23. (1932) «El obispo, el concejo y los regidores de Palencia (1352-1422). Aportación documental sobre el gobierno de una ciudad en la Edad Media», 27 pp. *Revista de la Biblioteca, Archivo y Museo del Ayuntamiento de Madrid.*
24. (1935) (R) E. J. Hamilton, *American Treasure and the Price Revolution in Spain (1501-1650). Tierra Firme* (1). Madrid.
25. (1941) «Bases de una política económica de reconstrucción», 39 pp. *Revista de Estudios Políticos* (1). Madrid.

25 a (1941) (R) Carmelo Viñas Mey: *El problema de la tierra en la España de los siglos XVI-XVII, Escorial,* Madrid.

26. (1942) (R) Carl Brinkmann, *Gustav Schmolle und die Volkswirtstchaftslehre. Boletín Bibliográfico* (3-4). Instituto Alemán de Cultura. Madrid.
27. (1943) *Carlos V y sus banqueros. 1516-1556.* La vida económica de España en una fase de su hegemonía, 392 pp. Revista de Occidente. Impreso en Galo Sáez. Madrid.
28. (1944) «El Imperio de Carlos V (Comentarios a Peter Rassow)», 14 pp. *Boletín Bibliográfico* (año XII, núms. 1-2), IAC. Madrid.
29. (1944) «Cartas de mercaderes (en torno a 1575)», 38 pp. *MYC* (9). Madrid.
30. (1945) «Ballesteros en Hacienda (1823-1832)», 9 páginas. *MYC* (14). Madrid.
31. (1945) «Las llevaderas alcabalas», 22 pp. *MYC* (13). Madrid.
32. (1945) Prólogo, «Peter Rassow», Peter Rassow, *El mundo político de Carlos V.* Afrodisio Aguado (Los cuatro vientos). Madrid.
33. (1946) «The Bank of England cumple 252 años (rapsodia sobre temas de Chapman, sin variaciones)», 46 pp. *MYC* (16). Madrid.
34. (1948) *La lúcida obstinación de Cajal.* Edición de

150 ejemplares a beneficio de los Hermanos de San Juan de Dios, 55 pp. Imprenta Suárez. Sevilla.

35. (1949) *Carlos V y sus banqueros, II.* La Hacienda Real de Castilla, 635 pp. más XVI. Sociedad de Estudios y Publicaciones. Impreso en Rivadeneyra. Madrid.

36. (1949) «La huella económica de las capitales hispano-musulmanas», 17 pp. *MYC* (29). Madrid.

37. (1949) Discurso. De recepción pública en la Real Academia de la Historia: *El crédito de Castilla en el precio de la política imperial* y el de contestación del duque de Maura, 67 pp. Rivadeneyra. Madrid.

38. (1951) «La economía de Nápoles bajo Carlos V», 3 pp. *MYC* (36). Madrid.

39. (1951) «Gobernantes y gobernados en la Hacienda de Castilla (1536-1556). *Arbor* (62). CSIC. Madrid.

40. (1952) «Comercio, banca y crédito medievales según De Roover», 15 pp. *MYC* (40). Madrid.

41. (1952) *La economía y la expansión de España bajo el gobierno de los Reyes Católicos*, 49 pp. Imprenta Maestre. Madrid.

42. (1952) (T) «Valery y Mallarmé». De una página de *Vie de Mallarmé*. Henry Mondor. *Aljibe* (III). Sevilla.

43. (1953) «Presentación de miss A. B. Gould». En Homenaje a miss A. B. Gould. Sociedad de Amigos de Simancas. Madrid.

44. (1954) «Un banquero de Felipe II en Medina del Campo», 11 pp. *MYC* (49). Madrid.

45. (1954) «Charlot y Chaplin», 6 pp. *Libélula* (3). Sevilla. (Firmado R.E.N., Regino Escaro de Nogal.)

46. (1955) «Das westindische Gold und die Kreditpolitik Karls V», 22 pp. En *Gesammelte Aufsätze zur Kulturgeschichte Spaniens*. Aschendorffsche Verlagsbuchhandlung. Münster Westfalen.

47. (1956) «Catálogo de la colección de manuscritos e impresos de ciencias económicas y jurídicas de don Juan Sempere Guarinos», 73 pp. *BRAH* (tomo CXXXI, cuaderno II). Madrid.

48. (1956) *El despotismo ilustrado de los Amigos del País*. Conferencia dada en la Facultad de Ciencias Políticas, Económicas y Comerciales de Bilbao (25-4-1956), 29 pp. Universidad. Valladolid.

49. (1957) «Lección de jubilación». *MYC* (61). Madrid.

50. (1957) *Relaciones comerciales en el Mediterráneo durante el siglo XVI* (en colaboración con Henri Lapeyre), 112 pp. Imprenta Ministerio Asuntos Exteriores. Madrid.

51. (1957) (P) Miguel Capella y Antonio Matilla Tascón, *Los cinco gremios mayores de Madrid*. Cámara de Comercio. Madrid.

52. (1958) (P) «Antonio Pérez, reaparecido». *Pliegos sueltos sobre el emperador Carlos quinto*. Duque y marqués. Edición bibliográfica. Valencia.

53. (1958) (D) De contestación a Ángel Ferrari Núñez, *Castilla dividida en dominios según el Libro de las Behetrías*, que incluye ambos. Real Academia de la Historia. Madrid.

54. (1958) «El puerto de Málaga y la lana de Menorca, en la Edad Media (Dos estudios de F. Melis)». *MYC* (64). Madrid.

55. (1959) «Carlos V: viajes, cartas y deudas», 24 pp. En *Charles Quint et son temps*. Coloquio. Centre National de la Recherche Scientifique. París.

56. (1959) «Aurelio fugitivo». *Capela* (VI). Almendral.

57. (1959) «Arturo Duperier». *CAP* (VII). Almendral.

58. (1960) (D) De contestación a Luis García de Valdeavellano y Arcimís, *Sobre los burgos y los burgueses de la España medieval*, que incluye ambos. RAH. Madrid.

59. (1960) Necrológica Agustín Viñuales. *CAP* (VIII). Almendral.

60. (1960) «María de Hungría en el mercado de Amberes», 13 pp. Kölner Colloquium 1958, *Karl V Der Kaiser und seine Zeit*. Böhlau Verlag. Köln.

61. (1961) (R) J. Gentil de Silva, *Stratégie des Affaires entre 1959 et 1607. Lettres marchandes des Rodriguez D'Evora et Veiga* y V. Vázquez de Prada, *Lettres marchandes d'Anvers*. *MYC* (77). Madrid.

62. (1961) «Los moriscos de Henri Lapeyre, los de Julio Caro y algún morisco más», 18 pp. *MYC* (78). Madrid.

63. (1961) «Mercaderes, artesanos y panos [sic] en Castilla (Segovia 1518-1550)» en el Homenaje a los 70 años de Peter Rassow, *Historische Forschungen und Probleme*. Franz Steiner Verlag. GMBH Wiesbaden.

64. (1961) «Tres secretos suyos». En Homenaje y recuerdo a Gregorio Marañón (*1887-1960*). *Papeles de Son Armadans* (tomo XX, número LX). Madrid-Palma de Mallorca.

65. (1961) «Zum problem einer Wirtschaftsgeschichte Spaniens», 7 pp. En *Historische Zeitschrift* (Heft 192/2). München.

66. (1961) «El atrayente y ambicioso Francisco de los Cobos», 8 pp. *BRAH* (tomo CXLIX, cuaderno II). Madrid.

67. (1961) (P) Guillermo Herrero Martínez de Azcoitia, *La población palentina en los siglos XVI y XVII*. Tello Téllez de Meneses. Palencia.

68. (1962) (R) Eduardo García de Enterría, *La Administración española*. *MYC* (80). Madrid.

69. (1962) «Felipe Cortines Morube». *Insula* (185). Madrid.

70. (1962) «Francisco de los Cobos (1470?-1547)», 7 páginas. *Annales* (1). París.

71. (1962) «Solimán no llega a Viena (1532) y de España sale un tesoro, recibido de Francisco I», 32 páginas. En *Studi in onore di Amintore Fanfani*. A. Giuffrè Editore. Milano.

72. (1962) «El sorprendido y sorprendente Adriano VI, papa». En *Homenaje a Johannes Vincke*, tomo II. 16 pp. CSIC/Goerres-Gesellschaft zur Pflege der Wissenschaft. Madrid.

73. (1963) (D) De contestación a Julio Caro Baroja, *La socieda ' criptojudía en la corte de Felipe I* . que incluye ambos. RAH. Madrid.

73a. (1963) *Fortuny 14, Residencia*. México.

74. (1964) «Isaac del Vando Villar». *INS* (208). Madrid.

75. (1964) «Maravall ante las Comunidades». *RDO* (16, 2.ª). Madrid.

76. (1965) *Carlos V y sus banqueros,* I. La vida económica en Castilla (1516-1556). Segunda edición corregida y aumentada, 542 pp. más XXII. Sociedad de Estudios y Publicaciones. Rivadeneyra. Madrid.

77. (1965) «Don Francisco en la Universidad». *INS* (218). Madrid.

77a. (1965) *Déficit crónico* (fragmento de *Carlos V y sus banqueros.* En Gabriel Franco: *Historia de la economía por los grandes maestros,* Aguilar, Madrid.

78. (1966) «José Barinaga Mata (1890-1965)». *INS* (220). Madrid.

79. (1966) «Un vástago tardío de la Ilustración: José Castillejo (1877-1945)». En *Mélanges a la mémoire de Jean Sarrailsh,* 20 pp. Centre de Recherches de l'Institut d'Etudes Hispaniques. París.

80. (1966) (P) *Ceca y Banca de Toledo. 1515 y 1551.* Joyas Bibliográficas. Madrid.

81. (1967) *Carlos V y sus banqueros,* III. Los caminos del oro y de la plata (Deuda exterior y tesoros ultramarinos), 627 pp. Sociedad de Estudios y Publicaciones. Rivadeneyra. Madrid.

82. (1967) «Gastos créditos y deudas en Italia (1515-1556)». En *Homenaje a Richard Konetzke* (70 Geburtstag), 16 pp. Böhlau Verlag. Köln Graz.

83. (1967) «La tirantez del crédito en Augsburgo y Nuremberg (febrero-abril, 1552)», en *Homenaje al profesor Giménez Fernández,* 9 pp. Universidad. Sevilla.

84. (1967) «El destino de los tesoros ultramarinos en la Hacienda del emperador (1520-1556)», 11 pp. *MYC* (101). Madrid.

85. (1967) «Azcárate en sus últimos años». *INS* (253). Madrid.

86. (1968) «Alice Bache Gould (Homenaje a una centenaria)», 18 pp. y 5 ilustraciones. *BRAH* (tomo CLXIII, cuaderno I). Madrid.

87. (1968) «Prólogo a *Galería de raros*». *INS* (263). Madrid.

88. (1969) «Uno de mis raros: Luis García Bilbao», 28 páginas. *RDO* (72). Madrid.

89. (1969) *Siete estudios de Historia de España,* 229 páginas. Ariel Quincenal (27). Ediciones Ariel. Esplugues de Llobregat.

90. (1970) «Mis recuerdos de estudiante en Alemania». *El Correo de Andalucía* (24-1-70). Sevilla.

91. (1970) «La línea quebrada de Joaquín Romero Murube». *ECDA* (17-11-70). Sevilla.

92. (1970) «Don Manuel, visto y oído», 6 pp. *BRAH* (tomo CLXVI, cuaderno I). Madrid.

93. (1970) «Una tertulia al pie de la Selva Negra», 7 páginas. En *Homenaje a Xavier Zubiri.* Sociedad de Estudios y Publicaciones. Madrid.

94. (1970) «Don Norberto». *ECDA* (10-12-70). Sevilla.

95. (1971) «Silvano y Flora». Españoles en Oxford (1). *ECDA* (22-8-71). Sevilla.

96. (1971) *Siete estudios de Historia de España.* Segunda edición.

97. (1972) *Sevilla, fortaleza y mercado.* Las tierras, las gentes y la administración de la ciudad en el siglo XIV, 212 pp. Secretariado de Publicaciones de la Universidad de Sevilla. Bolsillo (9). Escuela Gráfica Salesiana. Sevilla.

98. (1972) «Maestros de Economía en Berlín y en Munich (1911-1913)». En *Homenaje al profesor Carriazo* (tomo II). Universidad. Sevilla.

99. (1972) (P) Rafael Pérez Delgado, *Murillo.* Ediciones Giner. Madrid.

100. (1972) (P) Josep M. Barnadas, *Charcas (1535-1556). Orígenes históricos de una sociedad colonial.* Centro de Investigación y Promoción del Campesinado. La Paz.

101. (1972) (D) De contestación a Luis Díez del Corral y Pedruzo, *La monarquía de España en Montesquieu,* que incluye ambos. RAH. Madrid.

102. (1974) «Dos mercedes de doña Juana a Francisco de los Cobos», 10 pp. *MYC* (128). Número homenaje a José Antonio Rubio Sacristán. Madrid.

103. (1975) (P) Enrique Soria Medina, *La Sociedad Económica de Amigos del País de Osuna.* Publicaciones Diputación Provincial. Sevilla.

104. (1976) «Nuestro don Antonio Flores de Lemus (en el recuerdo de un discípulo superviviente)». *Hacienda Pública Española* (42/43). Número homenaje a Flores de Lemus. Instituto de Estudios Fiscales. Ministerio de Hacienda. Madrid.

105. (1976) *Siete estudios de Historia de España.* Tercera edición.

106. (1977) *Carlos V y sus banqueros.* Edición abreviada. Dos tomos. 592, 351 pp. Editorial Crítica. Grupo Editorial Grijalbo. Crítica/Historia (1). Gráficas Diamante. Barcelona.

107. (1977) *Una escolaridad con vacaciones y cuatro maestros.* Prólogo de Luis Ángel Rojo. Edición numerada a beneficio de los Hermanos de San Juan de Dios sevillanos, 69 pp. Maribel Artes Gráficas. Madrid.

108. (1977) «Don Francisco Giner de los Ríos en la Universidad». *En el centenario de la Institución Libre de Enseñanza,* 7 pp. Tecnos. Madrid.

109. (1978) «Tugan Baranowsky y el marxismo en España», 7 pp. *Estudios de Historia Social* (5/6). Número homenaje a Ramón Carande. Madrid.

110. (1978) «José María Soltura (1861-1927): Su juventud en Bilbao», 16 pp. *Homenaje a Julio Caro Baroja.* Centro de Investigaciones Sociológicas. Madrid.

111. (1978) «Testimonio de Diego Martínez Barrio», 2 páginas. En *Homenaje a Diego Martínez Barrio.* París.

112. (1978) *Otros siete estudios de Historia de España,* 349 pp. Editorial Ariel. Ariel Quincenal (132). Esplugues de Llobregat.

113. (1978) (P) Alfonso Otazu, *La reforma fiscal de 1749-1779 en Extremadura.* Instituto de Estudios Fiscales. Ministerio de Hacienda. Madrid.

114. (1978) «Sopeña» (Semblanza de José Sopeña Boncompte). *CAP* (X, 1.°, 2.ª época). Almendral.

115. (1978) «Melis» (Semblanza de Federigo Melis). *CAP* (X, 1.°, 2.ª época). Almendral.

116. (1978) «La gestión del nuncio Juan Poggio, Colector general de la Cámara apostólica en España».

*BRAH* (tomo CLXXV, cuaderno III), 38 pp. Madrid.

117. (1979) (P) Alfonso M. Guilarte, *El obispo Acuña. Historia de un comunero*. Editorial Miñón. Valladolid.
118. (1979) (D) De presentación de Capela. (Pozuelo de Alarcón) *Los encuentros de Capela*. Sevilla-Almendral.
119. (1979) «Diego Angulo Laguna», 12 pp. *Revista de Derecho Notarial* (CV-CVI). Madrid.
120. (1979) «Nos queda mucho por hacer», 3 pp. *Escuela Andaluza*. Sevilla.
121. (1979) «Guilarte y Acuña». *El Norte de Castilla* (35-5). Valladolid.
122. (1979) «Repoblación del castillo de Badajoz (1408)», 8 pp. *CAP* (3). Almendral.
123. (1979) «Noviciado en Murcia», 11 pp. *CAP* (5). Almendral.
124. (1980) «Joaquín Romero Murube», 3 pp. *CAP* (8). Almendral.
125. (1980) «Carrión decimonónico», 3 pp. *CAP* (8). Almendral.
126. (1980) «Richard Konetzke». *CAP* (9). Almendral.

126a. (1980) «Don Francisco Giner de los Ríos en la Universidad», *Ferias y Fiestas de Pedro Romero*, Ronda.

127. (1982) *Personas, libros y lugares*, 135 pp. Ámbito Ediciones. Valladolid.
128. (1982) *Galería de raros atribuidos a Regino Escaro de Nogal*, 376 pp. Alianza Tres (83). Madrid.
129. (1982) *Sevilla, fortaleza y mercado*, tercera edición, 212 pp. más XV. Incluye «Palabras de gratitud» por imposición Medalla de Oro de Andalucía (25-5-1981). Edición númerada del 1 al 300. Publicaciones Diputación Provincial. Sevilla.
(De la misma edición, en 1984, se encuadernaron, aparte, algunos ejemplares para la Fundación Fondo para la investigación económica y social de la Confederación Española de Cajas de Ahorros en su homenaje.)
130. (1982) (D) «Viaje vocacional a los archivos de España», 8 pp. *Actas del primer congreso sobre archivos económicos de entidades privadas*. Archivo Histórico del Banco de España. Madrid.
131. (1982) «Diez contertulios en el Gato Negro», 11 páginas. *Homenaje a Lucas Beltrán*. Editorial Moneda y Crédito. Madrid.
132. (1982) «Un par de datos sobre el pasado de Cantillana». En colaboración con Antonio José Pérez Castellano. *Revista de Ferias y Fiestas*. Cantillana.
133. (1982) «Viaje vocacional a los archivos de España», 12 pp. *CAP* (15). Almendral.
134. (1982) «Juan Lladó (4 de julio de 1982)». *MYC* (162). Madrid.
135. (1983) *Galería de raros*. Segunda edición revisada.
136. (1983) (D) De doctorado honoris causa. Universidad de Valladolid. *Actos de investidura como doctores honoris causa de los Excmos. Sres. D. Miguel Delibes Setién, D. Bartolomé Bennasar y D. Ramón Carande Thovar*, pp. 67-97. Ediciones Universidad. Valladolid.
137. (1983) «Amigos de José María (de Cossío)». *ENDC* (22-7-83). Valladolid.
138. (1983) «Mensaje de un coetáneo». *RDO* (24/25). Madrid.
139. (1983) (R) «Entre el entusiasmo y la melancolía». Octavio Paz, *Sor Juana Inés de la Cruz o las trampas de la fe*. *Nuevo Alor* (2). Badajoz. (Firmado Regino Escaro de Nogal.)
140. (1983) (R) «La primera tesis histórica de una nueva universidad». Miguel Rodríguez Cancho, *La villa de Cáceres en el siglo XVIII*. *NA* (3). Badajoz. (R.E.N.)

140a. (1983) «Otro raro: Bagaría», *Bagaría*, (1882-1940), Ministerio de Cultura, Madrid.

141. (1984) «Julio Camba», 2 pp. *CAP* (19/20). Almendral.
142. (1984) «José María Soltura ante *Paz en la guerra*», 7 pp. *Homenaje a Julián Marías*. Espasa Calpe. Madrid.
143. (1984) (P) «Alicia Bache Gould», 30 pp. Alicia Gould, *Nueva lista documental de los tripulantes de Colón en 1492*. Real Academia de la Historia. Madrid.
144. (1984) «El 92 está al caer», 2 pp. *Revista de Primavera*. Ayuntamiento. Sevilla.
145. (1984) «Henri Lapeyre» (1910-1984)», 2 pp. *MYC* (170). Madrid.
146. (1984) (R) «Reivindicación de literaturas marginadas». María Cruz García de Enterría, *Literaturas marginadas*. *Alor Novísimo* (0). Badajoz. (R.E.N.)
147. (1984) (R) «Folklore en tierras sorianas», Luis Díaz Viana, *Rito y tradición oral en Castilla y León*. *AN* (1). Badajoz. (R.E.N.)
148. (1984) (D) De doctorado honoris causa. Universidad de Salamanca. *Doctorado honoris causa del Excmo. Sr. D. Ramón Carande Thovar*, pp. 34-45. Secretariado Publicaciones. Universidad. Salamanca.

148a (1984) (P) Manuel Machado: *Canto a Andalucía*, Arte y Bibliofilia, Madrid.

148b. (1987) *Carlos V y sus banqueros*, tercera edición, 3 tomos: 542, 635 y 627 pp. Serie Mayor, Editorial Crítica, Junta de Castilla y León.

149. (1985) «José Pla». *AN* (4). Badajoz.
150. (1985) (T) José Pla, *Babajoz 1953*. *AN* (4). Badajoz.
151. (1986) «Una tertulia al pie de la Selva Negra», 4 páginas. *Rara Avis* (1). Sevilla.
152. (1986) «Antonia Heredia nos enseña diplomática indiana». *ECDA*. Sevilla.
153. (1986) (P) Antonio Cascales Ramos, *La Inquisición en Andalucía*. Biblioteca de la Cultura Andaluza (61). Sevilla.
154. (1986) «El hundimiento de una bóveda». *El País* (22-2-86). Madrid.
155. (1986) «Dos libros capitales» (De Consuelo Varela y Juan Gil). *Diario 16 Andalucía*. Sevilla.
156. (1986) «Erasmo, el buen catador», 4 pp. *AN* (8/9). Badajoz.
157. (1986) «El joven Unamuno entre amigos y jueces», 6 pp. *Volumen Homenaje Cincuentenario Miguel de Unamuno*. Casa Museo Unamuno. Salamanca.

158. (1987) *Recuerdos de mi infancia.* Introducción de B. V. C. Edición conmemorativa centenario. Selecciones Austral (158). 172 pp. Espasa Calpe. Madrid.

158a. (1987) *Carlo V e i suoi banchieri.* 948 pp., Marietti, Génova.

**Abreviaturas empleadas:**

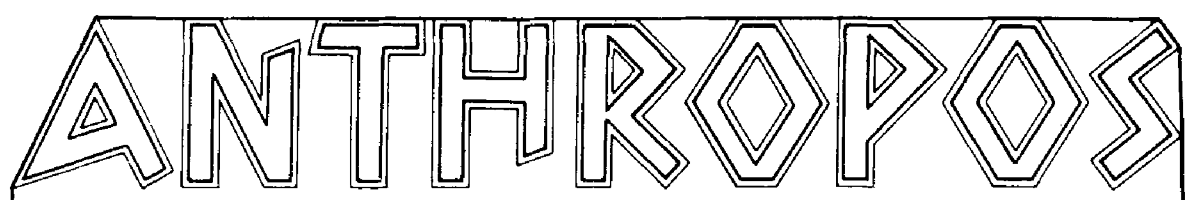
(D): Discurso.
(P): Prólogo.
(R): Reseña.
(T): Traducción.
*AHDE: Anuario de Historia del Derecho Español.*
*AN: Alor Novísimo.*
*BRAH: Boletín de la Real Academia de la Historia.*
*CAP: Capela.*
CISC: Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
*ECDA: El Correo de Andalucía.*
*ENDC: El Norte de Castilla.*
IAC: Instituto Alemán de Cultura.
*INS: Insula.*
*MYC: Moneda y Crédito.*
*NA: Nuevo Alor.*
RAH: Real Academia de la Historia.
*RDO: Revista de Occidente.*
R.E.N.: Regino Escaro de Nogal.
*RCEE: Revista del Centro de Estudios Extremeños.*

Esta bibliografía, la que se reconoce incompleta y es, por tanto, provisional, sólo tiene el interés de ser la primera que se establece de la obra impresa de Ramón Carande. Adolece, entre otras carencias, de su escaso contenido de publicaciones en prensa, donde colaboró un algo R. C., que algún día se logrará. La bibliografía presente, de 166 títulos, fue compuesta por *Bernardo Víctor Carande* (Capela, verano/otoño 1987) y a ello ayudaron Soledad Ortega, Julio Tejero Nieves, Dalmiro de la Válgoma, David Castillo y Manuel Carande Herrero.

**Bernardo Víctor Carande**



Don Ramón en Capela. 1985




## BOLETIN DE INFORMACION Y DOCUMENTACION

***LA CULTURA INVENTA Y CREA TRABAJO***

**Publicación Documental** que tiene por objeto el **Estudio de la Obra Intelectual** de los centros básicos de acción y experiencia como agentes creadores de nuestra cultura científica actual, investigando, al mismo tiempo, su génesis en la tradición histórica.

**El eje de la Publicación** es siempre un **AUTOR/TEMA MONOGRÁFICO**, o un Centro de Investigación, del que se estudian tanto su biografía intelectual como los temas de su investigación y correspondiente verificación.

La **DOCUMENTACIÓN MONOGRÁFICA** se refiere al área temática de trabajo del autor, recogiendo los diversos aspectos actuales de su investigación, sus aplicaciones, sus ámbitos de estudio y la bibliografía correspondiente.

**Publicación Imprescindible** para Centros de Estudio, de Investigación; Bibliotecas, Ateneos; Centros de Educación y Formación, Institutos y, en general, para todas aquellas instituciones culturales o personas que entienden **la Cultura como Proyecto de Historia Crítica de la Producción Cultural**.

| SELECCIÓN DE AUTORES/ | TEMAS PUBLICADOS |
|---|---|
| Octavio PAZ | Bibliografía de y sobre Octavio Paz |
| Luis ROSALES | Bibliografía de y sobre Luis Rosales |
| Pablo PICASSO | Avance de Bibliografía hispánica sobre Picasso |
| Karl MARX | Bibliografía hispánica de Marx |
| Charles DARWIN-Faustino CORDÓN | Bibliografía hispánica sobre Darwin y el darwinismo |
| Salvador GINER | Sociología del conocimiento |
| Antoni JUTGLAR | COU. Libros de Texto |
| José Luis ABELLÁN | Introducción al pensamiento español contemporáneo (Siglo XX) |
| Juan David GARCÍA BACCA | Filosofía 1.er Ciclo (1) |
| Claudio ESTEVA FABREGAT | Filosofía 1.er Ciclo (y 2) |
| José M.ª LÓPEZ PIÑERO | La ciencia en la España de los siglos XVI y XVII |
| Alfonso E. PÉREZ SÁNCHEZ | Historia del Arte 1.er Ciclo (1) |
| Fernando CALVET | Bioquímica |
| Edgar MORIN | Sociología 1.er Ciclo |
| Emilio LLEDÓ | Filosofía del lenguaje |
| José A. GONZÁLEZ CASANOVA | Ciencias Políticas 1.er Ciclo |
| Francisco RODRÍGUEZ ADRADOS | Filología clásica griega |

| AUTORES/ | TEMAS EN PREPARACIÓN |
|---|---|
| Rafael ALBERTI | La Generación Poética de 1927 |
| Manuel MARTÍN SERRANO | Ciencias de la Información |
| José Joaquín YARZA | Historia del Arte. Iconografía |
| Pablo IGLESIAS | El Socialismo en España |
| Francesc de B. MOLL | Lexicografía catalana |

ANTHROPOS
EDITORIAL DEL HOMBRE

**INFORMACIÓN Y SUSCRIPCIONES:**

**Enrique Granados, 114 08008 BARCELONA España**
**Tel.: (93) 217 25 45/2416 Télex: 51832 FSLW-E**

# REVISTA IBEROAMERICANA

**Organo del Instituto Internacional de Literatura Iberomericana**

| | |
|---|---|
| DIRECTOR-EDITOR: | Alfredo A. Roggiano |
| SECRETARIO-TESORERO: | Keith McDuffie |
| DIRECCION: | 1312 C.L. Universidad de Pittsburgh, Pittsburgh, PA 15260, U.S.A. |

SUSCRIPCION ANUAL (1989)

| | |
|---|---|
| Miembros en Latinoamérica: | US$ 25.00* |
| Instituciones en Latinoamérica: | US$ 30.00 |
| Suscriptor regular: | US$ 40.00 |
| Miembro regular: | US$ 45.00* |
| Instituciones: | US$ 60.00 |
| Socio Protector: | US$ 70.00** |
| Instituciones Protectoras: | US$ 70.00** |

SUSCRIPCIONES Y VENTAS:

Erika Arredondo

CANJE:

Lillian Seddon Lozano


Dedicada exclusivamente a la literatura de Latinoamérica, la *Revista Iberoamericana* publica estudios, notas, bibliografías, documentos y reseñas de autores de prestigio y actualidad. Es una publicación trimestral.

* Los miembros del Instituto reciben la *Revista Iberoamericana* y toda la información referente a la organización de los congresos.

** Los socios protectores del Instituto reciben la *Revista Iberoamericana*, las *Memorias* y la información sobre los congresos.

# DISCURSO LITERARIO

## Revista de temas hispánicos

Director
JUAN MANUEL MARCOS
Oklahoma State University
Department of Foreign Languages and Literatures
Stilwater, Oklahoma 74078
Teléfono (405) 624-5825


## INDICE

# CUADERNOS HISPANOAMERICANOS

## BOLETIN DE SUSCRIPCION

Don ..........................................................................................................................

con residencia en ..........................................................................................................

calle de.........................................................................., núm. ............ se suscribe a la Revista CUADERNOS HISPANOAMERICANOS por el tiempo de ...................................... a partir del número .......................................… , cuyo importe de .................... se compromete a pagar mediante talón bancario a nombre de CUADERNOS HISPANOAMERICANOS.

.............................. de ...................................... de 198 .....

*El suscriptor*

Remítase la Revista a la siguiente dirección: ................................................................

..........................................................................................................................................

## PRECIOS DE SUSCRIPCION

| | | *Pesetas* | |
|---|---|---|---|
| **España** | Un año (doce números) .................. | 4.500 | |
| | Ejemplar suelto ........................ | 400 | |
| | | *Correo marítimo $ USA* | *Correo aéreo $ USA* |
| **Europa** | Un año ................................ | 45 | 60 |
| | Ejemplar suelto ........................ | 4 | 5 |
| **USA, Africa Asia, Oceanía** | Un año ................................ | 45 | 90 |
| | Ejemplar suelto ........................ | 4 | 7 |
| **Iberoamérica** | Un año ................................ | 40 | 85 |
| | Ejemplar suelto ........................ | 4 | 5 |

*Pedidos y correspondencia:* Administrador de CUADERNOS HISPANOAMERICANOS. Instituto de Cooperación Iberoamericana. Avda. de los Reyes Católicos, 4. Ciudad Universitaria. 28040 MADRID. España. Teléfono 244 06 00, extensión 396.

Precio de este ejemplar: [illegible]00 Ptas. (IVA incluido)

Próximamente:

**José Ortega**
Las Casas: reformador social y precursor de la teología de la liberación

**Blas Matamoro**
La caña dulce

**Guadalupe Gómez-Ferrer**
El indiano en la novela realista

**Jorge Eduardo Arellano**
El movimiento nicaragüense de vanguardia

